

COLECCIÓN PÍNFANOS

RECOPIACIÓN LIBROS 5-6-7



MADRID

En recuerdo y agradecimiento a todas las personas e instituciones que, a lo largo del tiempo, hayan contribuido con su cariño, esfuerzo y dedicación a que el hecho de ser pínfano no fuera únicamente una desgracia.

© *De los autores indicados en cada relato*
© *Imagen de la portada: Jesús Flores Thies*
Publicado por la Asociación de Huérfanos del Ejército
Recopilación, diseño y edición: Santiago de Ossorno
Primera edición: Junio 2023

PRESENTACIÓN.....	7
HUEVOS DE FAISÁN Y CHOCOLATE.....	11
LA FUGA.....	16
EL HOMBRE DEL SACO	21
VIAJE DE IDA Y VUELTA	27
LA AMISTAD PERDURA SIEMPRE	39
EN PRESENTE CONTÍNUO	46
RECUERDOS.....	53
EL ESPEJO DE LA VIDA	59
EL REY DE LA CASA.....	65
AGIBÍLIBUS	77
TRES IMPRUDENCIAS	86
TODAS A UNA.....	90
COLONIAS ESCOLARES	95
LA RESIDENCIA.....	101
ILUSO: VIAJE A LA DUDA.....	130
EL DURO DE DON JOAQUÍN.....	139
DÍAS DE VERANO	145
EL PÉNDULO Y EL COLUMPIO	155
MI INFANCIA SON RECUERDOS	160
EL DÍA QUE SU MAJESTAD INFERNAL VISITÓ EL CHOE DE PADRÓN	166
EL SILENCIO ROTO	170
FÁTIMA.....	188
ENERO 1939 «III AÑO TRIUNFAL»	194
PARIS DE LA FRANCE.....	216

VIDAS	234
METAMORFOSIS EN EL CONVENTO	240
EL ABUELO	256
EL BOTAFUMEIRO	271
ANÍS.....	278
ES MUJER, LLEVA PENDIENTES.....	282
PATINES.....	286
EL VALOR DE LAS COSAS	290
UN CURSO EN EL CHOE DE PADRÓN.....	302
CAMINO ABIERTO A LA VIDA.....	306
NO LO DIGAS, ESCRÍBELO: NUESTRO LIBRO	310
HASTA DONDE EL CORAZÓN LLEGUE.....	318
EL BELÉN.....	326
LA GALENA.....	333
BELLOS RECUERDOS.....	336
EL DÍA DEL PADRE.....	339
ICHA CANDISA.....	344
TRÁNSITO.....	356
INCENDIO EN PADRÓN	366
SILENCIO AL AMANECER	369
ZAMORA AÑO SANTO DE 1999	380
NOVIEMBRE Y NARANJAS.....	399
CAIDA DEL BURRO.....	403
VAMOS A EXAMINARNOS	406
UN CUADERNO AZUL	409

PRESENTACIÓN

Desde el instante mismo de nuestro ingreso en el colegio de huérfanos quedábamos marcados para siempre por una serie de hechos y palabras que, sin saberlo por entonces, nos acompañarían durante el resto de nuestras vidas.

Basta nombrar cualesquiera de ellas, tanto da pínfano, trapillo, pitraca, aspirino, pava o iqueo, queo! para que un caudaloso torrente de recuerdos infantiles y juveniles inunde de una nostálgica luz nuestra memoria.

Cuánta razón tiene la frase anónima «los acontecimientos, cuando no se escriben, no se cuentan o no se recuerdan es como si no hubiesen ocurrido».

Nosotros tenemos la suerte de contar con compañeros que, además de poseer una memoria prodigiosa y escribir la mar de bien, han dedicado parte de su tiempo a recordar aquellos hechos, construyendo palabra a palabra deliciosos relatos que son un fiel reflejo de nuestro paso por la institución.

En los libros que componen la Colección Pínfanos, se han recogido relatos publicados previamente en la web de la Asociación y que con los años quizás hayan ido quedando en el olvido, semi escondidos tras una maraña cibernética que a no pocos confunde.

Con la edición y publicación de la colección, gracias a los medios y tecnología actuales, desde la Asociación queremos dar a estos relatos una segunda oportunidad de ser leídos y disfrutados, tanto en formato de libro tradicional como en los modernos formatos electrónicos, porque los pínfanos tenemos una capacidad de adaptación a lo nuevo fuera de lo común.

Se han seleccionado relatos al azar, procurando que todos los colegios y épocas estuvieran representados. Otros relatos han quedado a la espera de comprobar la acogida de la idea entre los pínfanos y, de ser favorable, verán la luz en sucesivos libros que se incorporen a la colección.

Sus autores dieron un paso al frente consiguiendo superar el implacable olvido y, gracias a ellos, podemos ahora leer historias y sucesos que seguramente nos traerán a la memoria nuestras propias historias y sucesos, tan parecidas a las seleccionadas que podrían ser las mismas.

Leyendo las peripecias de los protagonistas podremos volver a vernos, siquiera en la imaginación, tal como éramos entonces, ¿quién no se identifica con Higinio Zardoya, Mundi, África la pínfana, el toledano Juan o el pínfano de O Grove?

En el primer volumen recopilatorio de la colección se incluyó un relato que representa la excepción que permite cumplir con la regla, su inclusión es merecida porque haber sido escrito por un hombre que también fue una excepción en su momento, hablamos de don Miguel Delibes, un escritor excepcional; que se sepa no era pínfano aunque podría haberlo sido, ¡qué menos que pínfano de honor!, porque escribió sobre nosotros y esa es otra forma de serlo y de sentirlo.

Como indica el artículo 2 de los Estatutos, nuestra Asociación «tiene por finalidad general conseguir la relación y el contacto continuo entre todos los pínfanos, estrechando lazos de compañerismo en épocas escolares y posteriores con un sentimiento social de ayuda», por lo que esta colección de libros no deja de ser un paso más que damos en esa dirección.

Esperamos que su lectura resulte grata y placentera a una mayoría, aquella que recuerda con cariño su paso por los distintos internados, a sus antiguos y queridos profesores, a los viejos compañeros de fatigas, las fiestas de la Inmaculada, la piscina del Bajo, Aranjuez o los inigualables Castillos de verano.

Desde estas líneas quisiera decirle a África, aquella entrañable pínfana de 15 años que vaticinó «aunque, quién sabe, puede que, dentro de un montón de tiempo, haya algún sistema por el que podamos volver a ponernos en contacto e incluso reunirnos los que pasamos tantos años en los colegios de huérfanos» que volverás a reunirte con tus compañeras de ayer, quizá ya lo hayas hecho, pero esta vez será solamente para disfrutar del reencuentro; acertaste de lleno: tenemos nuestra página web, hemos celebrado una decena de Días del Pínfano y la Asociación sigue adelante, vivita y coleando.

*Santiago de Ossorno
Secretario de la AHE, 2013-2017*

HUEVOS DE FAISÁN Y CHOCOLATE

Natividad Jaime Santamaría

Estamos en verano, una de esas tardes en las que el sol calienta, he pasado la mañana en la playa y ahora me apetece quedarme en casa, bajo un poco las persianas, se está mejor en penumbra y me dispongo a leer el libro que me tiene enganchada: «Paso a Dos» es su título. Como me gusta tener música de fondo busco «El concierto de Aranjuez», me gusta escucharlo de vez en cuando.

No pasa mucho rato cuando el libro que tengo en mis manos, que normalmente hace que pierda la noción del tiempo, pierde interés para mí. Mi mente se recrea oyendo esa música que me transporta a aquellos años, lejanos, en los que las tardes de los domingos las pasaba paseando y jugando por aquellos maravillosos jardines a los que está dedicado el concierto.

Han pasado muchos años pero los recuerdos perduran con nitidez en mi memoria. A mí que venía de un pueblo, aquellos jardines tan grandes en los que además había un palacio me parecían algo extraordinario y siempre descubría algún nuevo rincón lleno de encanto.

Si el tiempo lo permitía, salíamos del colegio con nuestro uniforme de domingo, formadas de tres en fondo, flanqueadas por las madres que nos acompaña-

ban y nos encaminábamos a los jardines. Normalmente frecuentábamos el «Jardín de la Isla» (supongo que porque quedaba más cerca del colegio), pero también íbamos al del «Príncipe». Al llegar, rompíamos filas y teníamos libertad para movernos por todo el entorno.

Mientras oigo la música, se agolpan en mi mente los recuerdos de aquellas tardes y me parece escuchar el sonido del agua al caer por la cascada de Las Castañuelas o en las innumerables fuentes que pueblan y embellecen el Jardín de la Isla. La de Hércules a la entrada, Baco, Narciso, Ceres, Espinario que para nosotras era El Niño de la Espina... y muchas más. Las recorríamos todas jugando y nos pasábamos algún rato sentadas contemplándolas mientras charlábamos de nuestras cosas. Me llamaban la atención aquellos árboles con unas grandes flores blancas, eran los magnolios.

El Jardín del Príncipe era distinto, creo que más grande o al menos a mí me lo parecía. Muy frondoso, con grandes avenidas bordeadas de altos árboles y fuentes preciosas.

Albergaba en un edificio a «las reales falúas» que eran lujosas embarcaciones en las que antaño la familia real surcaba las aguas del Tajo. A mí se me quedaron los ojos como platos la primera vez que las vi siendo ya mayor. No muy lejos, estaba «La casita del Labrador», un palacete que al parecer era el alojamiento de los reyes y sus acompañantes cuando salían de caza.

Dentro de este jardín está uno de mis rincones favoritos, «El estanque de los Chinescos», en medio

del agua, dos templetos, uno de madera y otro de mármol, en el que me encantaba sentarme a contemplar el paisaje, en sus columnas más de una vez, estampé mi firma.

Y aquí en el jardín del Príncipe es dónde tuvo lugar la anécdota que da nombre a este relato.

Por aquellas avenidas veíamos pasearse a majestuosos Pavos Reales y admirábamos su precioso y espectacular plumaje. Había otras aves desconocidas para nosotras que no llamaban nuestra atención pero sabíamos que ni a unos ni otras podíamos tocar ni molestar.

Era un domingo cualquiera, como siempre corremos, jugamos un rato al pillapilla y después unas cuantas decidimos jugar al escondite, cualquier tronco, matorral o piedra nos servía de refugio y no he logrado recordar quien de todas fue la que al esconderse encontró un nido lleno de huevos, le faltó tiempo para llena de alborozo salir a contarnos y enseñarnos su hallazgo y... ¡fue todo tan rápido!, todas gritábamos, no sabíamos que hacer al verlos, los cogimos, nos los pasamos de mano en mano y la cuestión fue que entre risas y empujones algunos cayeron al suelo y se rompieron.

¡Qué disgusto!, imaginamos que habíamos hecho algo mal, ¿qué podíamos hacer?, ¿los escondemos? ¿salimos pitando? Algunas hasta se pusieron a llorar, ¿qué dirían las monjas?, seguro que nos iba a caer un buen castigo. Todavía no habían llegado ellas cuando hizo su aparición uno de los guardias del jardín, iba uniformado, ya lo conocíamos de otros días, era muy simpático, siempre tenía una sonrisa y una palabra amable para nosotras pero en ese momento

tenía la cara desencajada, se llevaba las manos a la cabeza mientras con las botas restregándolas por el suelo intentaba borrar el desaguisado que habíamos provocado.

Se le veía muy disgustado y su actitud nos daba a entender que verdaderamente algo malo habíamos hecho. Los huevos eran de faisán, aquellas aves desconocidas para nosotras y que según se desprendía de lo que iba diciendo el guardia tenían mucho valor. Cuando llegaron las monjas, estuvo un buen rato hablando con ellas. A partir de entonces tenían más control sobre nosotras y no nos quitaban los ojos de encima.

He de decir a su favor que no se enfadaron demasiado, nos reprendieron haciéndonos ver las consecuencias que podían tener nuestros actos si no nos parábamos a pensarlos pero creo que también supieron valorar que al fin y al cabo éramos niñas y los pocos años unidos a nuestra ignorancia nos impidieron ver dónde nos podía llevar aquella acción.

Tuvieron que pasar bastantes años para darnos cuenta de que el faisán y por supuesto sus huevos estaban considerados «delicatesen».

Hasta aquí mis recuerdos de la anécdota transcurrida en uno de los famosos jardines de Aranjuez.

Y ya que qué estoy, voy a recordar otra que también transcurre en un jardín y cuyos protagonistas vuelven a ser unos huevos, en esta ocasión de chocolate.

La anécdota tiene lugar dentro del colegio. Estamos en Semana Santa, algunas de las que vivíamos lejos de Aranjuez no podíamos irnos de vacaciones a casa ni en Navidad ni en Semana Santa, a mí me tocaba que-
darme siempre.

Ha ido transcurriendo la Semana, hemos asistido a todos los Santos Oficios, hemos montado y desmontado el Monumento, ha venido a visitarlo la gente del pueblo y por fin ha llegado el Domingo de Pascua. La Madre encargada de la sección de pequeñas ha tenido una feliz idea, ha querido alegrarnos el día y se le ha ocurrido comprar huevos de chocolate, poner en cada uno el nombre de las alumnas y esconderlos bien distribuidos por todo el jardín de cuarta sección, el que Sister cuida con tanto esmero y en el que casi no nos dejan entrar, en esta ocasión podemos hacerlo ya que ente plantas y flores hay que buscarlos.

El jardín es pequeño, se recorre en un pis pas. En un momento determinado al mediodía, a la hora del recreo nos dan el aviso, ¿preparadas?, a buscar los huevos... ¡qué emoción!, ¡qué nervios!, al ser la primera vez no sabíamos por dónde empezar. Nos lanzamos a por ellos cuidando de no hacer destrozos en los parterres de flores y poco a poco la búsqueda va dando sus frutos, van apareciendo, ¡aquí está el mío! se oye a una, ¡yo ya lo he encontrado! dice otra, están forrados con papel de plata de todos los colores, todas van encontrando el suyo menos yo, el mío se resiste.

Doy un montón de vueltas ayudada por todas las compañeras que ya tienen el suyo en sus manos, miramos todas las plantas una y otra vez pero nada de nada, mi huevo no está. Después de mucho buscar nos rendimos, el mío no aparece y lo doy por perdido. Mi gozo en un pozo. Fue una gran decepción y no podía imaginar que había pasado.

Nunca supe si alguien fue más lista y ligera que yo, lo encontró y se lo quedó o si fue que nunca hubo un huevo con mi nombre. Aun hoy tengo mis dudas.

LA FUGA

Santiago de Ossorno

Se dice que la ocasión la pintan calva, personalmente no tengo nada a favor ni en contra de la alopecia pero el refrán es el que es, y hay que aprovecharla cuando se presenta.

Llevaba varios días rondándome la cabeza la obsesiva idea de fugarme del colegio en cuanto reuniese el valor suficiente, no es que estuviera pasando una mala racha estudiantil y hubiera suspendido hasta el recreo, era un estudiante del montón pero iba aprobando, sino que me había hartado del internado y quería escaparme de allí para ver mundo, porque sin duda tenía que haber otros mundos en alguna parte, por supuesto más interesantes que el que me había tocado vivir, y aquellos altos muros de piedra no me dejaban verlos.

Una tarde se jugaba en el patio otro partido de fútbol de la máxima rivalidad, el enésimo del curso, los de primero contra los de segundo o quizá fuera los del norte contra los del sur, en el que a nadie le gustaba perder; el equipo contrario dominaba claramente la situación, estaban siendo mejores y uno de sus delanteros, tan escaso de puntería como sobrado de energía, de un soberbio patadón mandó la pelota por encima del techado de uralita que protegía la leñera exterior y cuyas columnas metálicas de sujeción hacían las veces de portería, a la extensa y verde vega vecina que cantaba Rosalía (de Castro, no la de ahora) en las Orillas del Sar.

*¡Cuán hermosa es tu vega,
oh, Padrón, oh, Iria Flavia!
Mas el calor, la vida juvenil y la savia
que extraje de tu seno,
como el sediento niño el dulce jugo extrae
del pecho blanco y lleno,
de mi existencia oscura en el torrente amargo
pasaron, cual barrida por la inconstancia ciega,
una visión de armiño, una ilusión querida,
un suspiro de amor.*

Antes de que nadie dijese nada me ofrecí como voluntario para ir a por ella, el soldado que vigilaba el recreo me dio permiso, abrió la puerta y salí raudo al encuentro de mi ocasión, sería ahora o nunca; agarré la pelota y la devolví de volea al campo de juego, obligándola a seguir el trayecto inverso que la había llevado hasta allí; por extraño que parezca —porque yo era de los malos, uno de aquellos a los que siempre nos ponían de porteros por bajitos o de defensas para que no molestásemos a los jugones del balón—, la pelota ascendió libremente hacia las negras nubes cargadas de agua de lluvia como impulsada por un cohete, entonces no había misiles teledirigidos, ni drones, ni ese tipo de modernidades guerreras de hoy día, describiendo un arco perfecto hasta que en su trayectoria de bajada la perdí de vista, cuando lo normal hubiera sido que cayera sobre el tejadillo, luego rebotara de nuevo hasta la vega y lo volviera a intentar hasta que, rendido ante la cruda realidad, volviera abatido al patio con ella entre las manos por falta de fuerza física y de habilidad para devolverla por aire de una certera patada al terreno de juego.

En el patio, el aburrido y desprevenido soldado vigilante seguramente estaría leyendo una novela del Oeste de Marcial Lafuente Estefanía, ajeno por completo a mis intenciones de evasión, esperándome en vano de pie junto a la puerta, indolentemente apoyado contra la pared, hasta que yo entrase para cerrarla de nuevo y poder concentrarse de lleno en su apasionante lectura «qué pesadíos pueden ser a veces estos rapaces, mira que interrumpirme justo cuando iba a empezar el duelo al sol entre el sheriff y la banda de cuatreros».

Pero en vez de volver al patio para seguir con el partido —ya se apañarán sin mí, total no había parado ni un solo tiro a puerta, además siempre me las tiran altas para que no llegue—, atravesé corriendo y sin mirar atrás la vega en dirección contraria al colegio, al encuentro del cercano y poético río; como por allí no se podía cruzar al pueblo por bajar el caudal crecido, caminé agachado por la vera de su orilla ocultándome a la vista en lo posible tras el sembrado, llegando hasta el puente de piedra que, desde tiempos de los romanos, salva el cauce del río desde la Fuente del Carmen hasta el Espolón, justo por delante de la iglesia de Santiago Apóstol dónde algunas veces había ejercido de monaguillo para ganarme una propinilla en bodas, bautizos y primeras comuniones de gente del pueblo, a petición del solícito páter del colegio ante la escasez de monaguillos de plantilla.

Una vez en el Espolón fui directo a la plaza Macías donde se encontraba la sede de la por entonces Compañía Telefónica Nacional de España, subí a la primera planta y le pedí por favor a la operadora que pusiera una conferencia a cobro revertido con mi casa; al verme allí plantado en horas de colegio y razonando

por el uniforme que llevaba que sería uno de los «nenos do convento», surgió en ella una lógica sospecha que en aquel momento de tensión extrema no supe interpretar; mirándome por encima de las gafas de cerca que descansaban sobre la punta de su nariz, dejando de hacer punto mientras lo decía, la buena señora me pidió amablemente que me sentase a esperar mientras gestionaba la llamada solicitada, «ten un pouco de paciencia, rapaciño».

Permanecí allí sentado un rato largo —tampoco recuerdo cuánto porque no llevaba reloj, me lo quitaba para jugar de portero, ni tampoco me preocupaba saberlo, las conferencias siempre tardaban mucho— en un incómodo banco de madera, recuperando el resuello, todavía asombrado por lo que acababa de hacer, vestido con el pantalón corto del trapillo, la camisa gris remangada y las botas manchadas de barro, probablemente sudoroso y con las mejillas coloradas por el esfuerzo y la emoción de la veloz huida campo a través.

Mi cara debió ser un poema cuando vi entrar por la puerta, hecha un basilisco, la figura imponente de una monja, con el tocado cornette que le cubría la cabeza descolocado por las prisas, asemejando un toro de lidia en plena acometida; no recuerdo si era sor Luisa u otra aunque por el miedo que pasé juraría que fue ella, pero se vino derechamente hacía mí y casi me meo encima del pánico que sentí, incluso puede que sin el casi, ¡tierra trágame! de una galleta no me salva nadie; con un gesto rápido agradeció a la telefonista su oportuno aviso de huerfanito a la fuga, mientras con una de sus manos me agarró por la muñeca aplicando la fuerza de unas tenazas; sin soltarme un segundo ni aflojar la presión, regresamos a marchas

forzadas al colegio, a ratos tirando de mí cuando inútilmente trataba de oponerme, llevándome casi a rastras, mientras me arreaba capones y tobas en cabeza y coronilla.

Por el camino me dijo de todo y en todos los tonos posibles, pero afortunadamente no tengo tanta memoria ni soy demasiado rencoroso y lo he olvidado; seguramente afligido por mi inapelable derrota, caminaría absorto, pensando en mis cosas y en la que me iba a caer, tanto en el colegio como en casa cuando se enterasen.

De momento, el resto de la tarde la pasé encerrado en el cuarto oscuro dónde se guardaban los aparatos de gimnasia; por las rendijas de la desvencijada puerta de madera se colaban pequeños rayos de luz emitidos por las amarillentas bombillas del pasillo, por ellas mis compañeros se asomaban para preguntarme qué había hecho, qué había pasado, y yo les decía que me había fugado pero que el mundo entero se había puesto en mi contra. Me tuvieron allí hasta la hora de la cena y enseguida se me pasó el disgusto, ya se sabe que las penas con pan son menos y tenía hambre atrasada.

El resto del curso tuve prohibido salir a la vega para recuperar los balones que tirasen fuera, bien por exceso de vehemencia o por falta de tino, los magos del balón, pero bien visto no hay mal que por bien no venga porque en el fondo a nadie le apetecía ser el recogepelotas de la clase.

Tras aquella fallida experiencia no lo volví a intentar nunca más y, esperando que a la ocasión le saliese algo de pelo, terminó el curso sin mayores consecuencias aunque nada me libró de seguir jugando de portero.

EL HOMBRE DEL SACO

Francisco Antonio Álvarez López

Son muchos años ya los que han pasado desde que ocurrieron los hechos que voy a relatar, pero hay sucesos que fueron vividos con tanta intensidad que persisten en nuestro recuerdo a pesar de que en muchos casos quisiéramos erradicar de nuestra memoria para siempre.

Cuando yo era niño, me recordaban con cierta frecuencia que personas extrañas, con inconfesables intenciones, se presentaban en el pueblo para llevarse a la fuerza o con engaño a los chiquillos traviosos que de forma temeraria se alejaban de sus casas o familia. Indudablemente serían lo que llamamos “leyendas urbanas”, para evitar desenlaces indeseables. Se les conocía a esos personajes con los nombres más variopintos y a la vez significativos, a saber: “el sacamantecas”, “el chupasangre”, “el hombre del saco” etc. etc.... Solo con oír su nombre se nos inundaba el cuerpo de un indescriptible terror. A veces se recordaba la historia de Manolito —mata bichos— que cuando tenía nueve años, hace de eso mucho tiempo, en lugar de ir a la escuela, una tarde de primeros de mayo, se quedó cazando grillos en el prado de las monjas, para lo que tenía una destreza insuperable.

Primero localizaba el agujero en el cual introducía una pajita para hacer cosquillas al grillo, el cual solía salir enseguida, pero si se le resistía, no tenía reparo en mear directamente en la madriguera y entonces sí que salía inmediatamente el insecto, medio ahogado. De Manolito nunca más se supo y solo quedó en el

prado una bolsa con sus libros y una caja de cartón con cuatro grillos. Según contaba Jacinto —morillo— le pareció que iba sonriendo y chupando una piruleta en un coche de punto de color negro y matrícula extranjera que aquel día se había visto merodeando por el pueblo.

Tendría yo cinco o seis años, no puedo precisar la edad, cuando me dijo mi madre que fuera a la era a regar la ropa, porque aquel lugar, una pradera de una extensión aproximada de poco más de un cuartal, cuando no era tiempo de trilla, se aprovechaba para pasto de una chiva, el caballo, la pareja de bueyes y una vaca.

También para tender la ropa al sol que previamente se había lavado en el reguero que corría entre el camino y la era. Allí mismo había una caseta donde se guardaban diversos utensilios propios del campo y una regadera que tenía que llenar con el agua del reguero. Mucho me gustaba aquel encargo de mi madre; pero lo que más me gustaba aún era sentarme en la pradera en la misma orilla con los pies descalzos metidos en el agua, observar, cómo había dicho Heráclito, hace más de dos mil años, que nunca veremos pasar dos veces la misma agua del río.

Aquel tintineo era una música tan agradable que podía permanecer horas semidormido escuchándola mientras veía el discurrir de aquella agua transparente. A menudo movía una piedra grande que había en medio para comprobar como cambiaba el curso y el sonido al chocar contra la misma. Otras veces, cuando tenía sed, podía beber con toda tranquilidad, no sin antes proceder con un ritual que me habían enseñado, teniendo en cuenta, eso sí, que el agua fuera clara y no estuviera estancada, siempre fluyendo. El citado ritual,

consistía en hacer una señal de la cruz sobre el agua a la vez que se pronunciaban las siguientes palabras: “Por aquí pasa Dios, por aquí la Virgen. Si es agua buena que me aproveche y si es agua mala que la vomite”.

Dicho lo cual, podía beber con plena garantía de éxito el agua cristalina que gracias al sortilegio se convertía en salubre.

Observar discurrir el agua y escuchar su placentero sonido me inducía un sopor tan agradable, similar al que me producía oír el crepitar de las brasas en la hoguera y admirar las distintas formas de las llamas. Dos bálsamos insuperables y enigmáticos para mí, el agua y el fuego.

Aquella tarde me quedé embelesado de tal forma a la orilla del reguero que no pude percibir como se me aproximaba un hombre con un saco en las manos diciendo: ven que te meto dentro, ven que te meto dentro...

Lo normal es que me hubiera quedado inmóvil, paralizado por el susto, pero lo cierto es que, impulsado por una fuerza desconocida, eché a correr de tal forma que no paré hasta llegar a casa y contarle a mi madre lo sucedido. Ella no le dio la menor importancia, pues pudo saber, aunque no sé cómo lo hizo, que se trataba de Ángel. Un vecino muy dado a gastar bromas a los niños y que por aquel entonces tendría poco más de treinta años, aunque a mí me parecía un señor muy mayor. Posiblemente por su aspecto desaliñado y barba de varios días.

Ángel vivía en la misma calle que nosotros, un poco más arriba, a la salida del pueblo. A la puerta de su casa siempre estaban apostados dos enormes perros, uno negro y pelo largo, otro de color castaño que a mí

se me hacían leones y me infundían un considerable respeto que yo creo que era miedo, francamente.

Al igual que para beber el agua del reguero, tenía que practicar el mencionado ritual, para poder pasar por delante de los perros sin peligro, disponía de dos opciones; la primera, que nunca puse en práctica, era que tenía que hacerlo completamente desnudo. Me habían garantizado que, de esa guisa, podría incluso entrar en cualquier propiedad vigilada por el más fiero de los perros sin ser importunado. La otra forma, más convencional, y era la que yo practicaba, consistía en pasar delante de ellos sin mostrar el menor atisbo de miedo. Para eso, lo mejor era ponerme a silbar o canturrear algo. Realmente siempre resultó satisfactorio este sencillo sistema.

Pasaron ya muchos años de aquel mi primer gran susto, cuando un atardecer de julio, filtrándose los últimos rayos de sol por entre los chopos y negrillos alineados en la parte interna del reguero, acercándome a la era, me pareció ver un tumulto de gente a la entrada, mirando y señalando hacia el reguero. Me abrí paso entre el gentío y un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. En medio del agua yacía un hombre con la cabeza sobre la gran piedra que en otro tiempo yo movía para cambiar el rumbo y sonido del agua.

—Es Ángel. Está muerto, se ha ahogado. Ya se ha avisado a la Guardia Civil.

De pronto y no sé por qué, me sentí culpable de un homicidio culposo.

—Hay que sacarlo ahora mismo —grité con resolución.

—Avisar una ambulancia.

Y metiéndome en el agua me dispuse a sacarlo con

ayuda de dos voluntarios de aquel grupo de mirones.

Lo tendimos en la pradera y mandé buscar un saco de la caseta. Me trajeron un quilma sobre la cual recostamos a Ángel. Sin más dilación creí llegada la ocasión de poner en práctica la técnica de reanimación cardiopulmonar —RCP— aprendida en unas jornadas sobre medicina legal en la Facultad de Derecho en mis tiempos de estudiante.

Escuchaba con estupor los murmullos a mí alrededor y veía las sonrisas irónicas de la gente. Pero al cabo de unos veinte minutos de ventilaciones y compresiones continuadas, Ángel comenzó a dar señales de vida, expulsando gran cantidad de agua. Unos minutos más tarde comenzó a respirar de forma pausada por sus propios medios. Al verle sonreír tranquilo le recordé el gran susto que me dio mucho tiempo atrás en aquella misma era. No pudo reprimir una enorme carcajada que le ayudó a vaciar un poco más de agua sus encharcados pulmones.

Aunque en momentos de angustia parece que el tiempo se detiene, lo cierto es que la ambulancia no tardó mucho en llegar y el médico que le vio con apariencia tranquila nos dijo: Parece que no es muy grave, pero lo llevaremos al Hospital para hacer una revisión más exhaustiva.

A los dos días del suceso, ya estaba de nuevo en casa, en el poyo de la puerta, junto a sus perros sentado.

Aquel tiempo quedó atrás y ya no hay gente que tender ropa para secar en la era, ni chiva, caballo, bueyes y vaca pastando la yerba fresca, ni tan siquiera un chiquillo sentado plácidamente en la orilla del reguero.

Ángel es un anciano y dicen que desvaría. Ayer pasó

por mi casa, con un saco a las espaldas, cabizbajo, tal vez triste, caminando muy despacio y susurrando entre dientes: “El pueblo se está muriendo, solo quedan veinte casas, doce viejos, tres perros y cuatro gatos. Por no tener ya ni tengo un cuarterón de tabaco, vecino para charlar, mujer con quien regañar y niños que echar al saco”....

VIAJE DE IDA Y VUELTA

Marta González Bueno

Fue la pregunta de mi abuela la que despertó mi curiosidad: “¿qué tal te trata?”. Días antes nos habíamos encontrado con ella Juan y yo, pero esperó a la comida familiar del domingo para plantearme lo que me movió a indagar sobre una etapa desconocida de su vida. En ese momento solo contesté reticente “pues normal abuela, como yo a él”.

A los pocos días, siguiendo el consejo de mi madre, me presenté en casa de la abuela, hecho que le produjo una gran alegría. Me arrellené en un sillón de la salita mientras ella preparaba su famoso cafecito “de puchero” que ambas íbamos a compartir. Oí como llamaba a sus amigas para decirles que no la esperaran para la diaria partida de cartas. Antes de terminar el primer cafecito, con una pasta a medio comer, solté un bombardeo de preguntas sobre su vida, lo único que sabía hasta entonces era que había vivido en el extranjero.

Verás, comenzó la abuela solemne, creo que ya tienes edad, y derecho, de saber todo sobre tu familia. Claro que deberás tener paciencia y esperar a conocer todos los detalles en diferentes ocasiones, y momentos, eso en el caso de que sigas manteniendo el interés que se ha despertado en ti. Pero ahora, aquí tranquilitas las dos, te voy a contar a grandes rasgos una parte muy importante de mi vida.

Yo soy de un pueblecito de la provincia de Santander. Cuando tenía 20 años conocí a tu abuelo en el pueblo. Él era un forastero que había ido a pasar unos días con

un familiar lejano que residía en el pueblo, un indiano, que se había construido una gran casa. Entablamos una relación amistosa que nos proporcionó un estupendo verano durante el cual los paseos eran diarios, tanto en grupo, la mayor parte, como solos. Recorriamos todas las callejuelas del pueblo, descubriendo facetas y rincones que permanecieron para siempre en mi mente. Llegábamos hasta la playa, deteniéndonos en los miradores desde los que se divisaban los acantilados y los entrañables paisajes que tantas veces evoqué cuando estaba lejos. Las ocasiones en que llegábamos a la punta del Dichoso yo, joven ilusa, lo vivía como un buen presagio del futuro que nos esperaba. Cuando se fue, mantuvimos una correspondencia regular durante un tiempo y él volvió en varias ocasiones. La relación se hizo más estrecha y no pasó mucho tiempo hasta que decidimos unir nuestras vidas, a pesar de la reticencia de mis padres. Nos casamos en Nuestra Señora de las Lindes. y al poco tiempo viajamos a México, donde él había conseguido ya un trabajo por medio de unos conocidos que estaban allí hacía años. Dejé, llena de pena, a mis padres y al resto de la familia y seguí confiada a mi marido.

Hicimos un viaje que me pareció interminable y digno por si solo de una pequeña novela, lleno de dificultades y vivencias insólitas tras el cual llegamos a la ciudad donde yo iba a pasar los peores años de mi vida. Superados los contratiempos del viaje y aparentemente llenos de entusiasmo por emprender una nueva vida, nos establecimos, con la ayuda de las mismas personas que nos habían encontrado el trabajo.

Los primeros meses estábamos tan inmersos en la

organización y acondicionamiento del espacio que había de ser nuestro hogar, que apenas teníamos tiempo de malos ratos, ni buenos realmente, porque estábamos todo el tiempo organizando cosas. Yo esperaba ansiosa la vuelta del trabajo de mi marido cada día, porque le quería, y porque era el único contacto que tenía con el mundo exterior. Incluso las compras necesarias para el consumo diario me las hacía él. Tampoco recibía cartas, hecho que entonces me extrañaba, y del que luego supe bien la causa. Mi refugio entonces fue el imaginario vuelo hacia los lugares que habían sido escenarios de mi niñez y adolescencia. Evocaba cada detalle como un ciego que rememora los lugares que conoció en el pasado. Yo me alejé de ellos para seguir a mi marido.

Cuando estuvimos un poco más tranquilos y con todo organizado, yo comencé a sugerirle que tuviéramos una pequeña fiesta en casa con aquellos que habían facilitado nuestro trabajo y nuestra estancia, como muestra de agradecimiento. No pareció muy entusiasmado con la idea, pero aceptó y programamos el encuentro para un sábado en el que podían asistir todos los que habían colaborado en nuestro establecimiento allí. Vinieron a casa tres matrimonios, todos algo mayores que nosotros, dos españoles casados con mexicanas y un mexicano casado con española. Yo me esforcé en preparar lo mejor, aunque, inexperta como era, no debió de ser calificado por mis invitados con un sobresaliente. Mucho menos por mi marido, que parecía complacerse en hacer evidentes todos mis fallos. Pero lo pasamos bien, yo estaba feliz de relacionarme con alguien, me parecieron muy agradables y las mujeres congeniamos desde el primer momento.

A este primer encuentro, siguieron otros en que los anfitriones eran las otras parejas, con las que entablamos una agradable amistad. En cada encuentro se desvivían por ofrecernos los productos más exquisitos, que cocinaban con esmero. Pero esa circunstancia, suponía para mí un motivo de disgusto, pues al volver a casa, mi marido me reprochaba el hecho de que yo no supiese estar a su altura y ridiculizaba mi falta de conocimientos culinarios, y mis escasas habilidades, que hacía extensivas a muchas otras facetas de mi vida.

Para entonces, yo me había quedado embarazada y todo aquello me causaba una profunda tristeza. Estaba deseando el próximo encuentro, pero temía los comentarios posteriores, repletos de frases despectivas. A eso se unía una progresiva indiferencia de mi marido hacia cualquier aspecto de nuestra vida cotidiana, indiferencia que en ocasiones se convertía en comportamientos agresivos cuando por diversas circunstancias tenía que permanecer en casa más tiempo del que deseaba. Todo ello me dolía profundamente, tanto más cuanto mi aislamiento continuaba, con la excepción de los encuentros con los matrimonios, cuyas mujeres fueron para mí hadas buenas. Ellas me enseñaron a cocinar algunos platos que resultaron todo un éxito, aunque nunca logré los elogios, privados ni públicos, de mi marido. Yo los esperaba y los deseaba, pero solo obtenía irónicos comentarios por el mínimo error que hubiera cometido.

Llegado el momento del parto, yo estaba esperanzada en que él me acompañara lo más posible, dentro de lo que entonces era costumbre, y sobre todo confiada en que el bebé iba a ayudarnos a recuperar la

chispa y la complicidad, poca y además perdida casi desde el principio, en el duro viaje y nuestro establecimiento en México.

No fue así. Ninguna de mis expectativas se cumplió. El bebé era una niña, una niña preciosa que contra mis pronósticos no contribuyó en absoluto al acercamiento entre mi marido y yo. Más bien lo contrario, ya que él me reprochaba también no haberle dado un varón.

Mi acompañante más fiel en esos días fue Loli, la amiga española a la que debo mucho más de lo que nunca podré agradecer, ni material ni moralmente.

Mi niña era mía. A pesar de ser guapa, tranquila y risueña, su padre la ignoraba tanto como a mí. Todo el amor se lo daba yo, que me sentía muy orgullosa de ella. Con ella pude salir por fin a dar grandes paseos y conocer a otras madres de mi edad.

La abuela interrumpió el relato y se quedó mirándome con una amplia sonrisa. “¿Te cansas?” me preguntó, si quieres lo dejamos para otro día. De esto hace ya muchos años y lo que fue, fue. El tiempo que pasé ya no lo voy a cambiar. Yo estaba completamente atrapada en la historia y lo que deseaba fervientemente era que continuara. Así lo expresé con mi mirada y la taza que extendí para que volviera a llenarla con el sabroso café. Cumplido el ritual, retomó la historia de aquellos años, tristes años, que pasó al otro lado del Atlántico.

Las madres que conocí contaban algunas circunstancias de sus matrimonios, las relaciones más o menos felices, los momentos más o menos tristes, sus contactos con otros miembros de las familias de procedencia de cada uno. No podía deducir que sus

vidas fueran perfectas, pero tampoco me parecía que fueran un desastre. En todas adivinaba momentos de gozo intenso, de complicidad, de proyectos compartidos, de vivencias dichosas que no habían formado parte de mi matrimonio ni siquiera en los primeros momentos. Mi marido me ignoraba, más, me despreciaba, con un desprecio unas veces sordo y otras explícito, siempre tremendamente doloroso, y que yo notaba que iba en aumento cada día. Yo ya no quería que estuviera más tiempo en casa que el estrictamente necesario, pues sabía que, si ocasionalmente pasaba algunas horas más, podía ser peor para mí. Me sentía tremendamente sola, triste y temerosa. Solo los grandes paseos con mi hijita querida me abstraían de la fea realidad cotidiana que me había tocado vivir.

Mi físico se deterioraba a la par que mi alma. Parecía que el envejecimiento que estaba sufriendo quisiera proclamar mi existencia desdichada, aunque jamás comentaba nada con nadie. Cuando fui consciente de que mi marido, que guardaba las formas ante los demás, tenía fuera de casa lo que a mí me hubiera gustado tener en la nuestra, ni siquiera me entristeció especialmente, ni me enfadó; nada cambiaba en nuestra relación por tener la evidencia de lo que ya era más que sabido.

Un día, una lucecita de esperanza brilló en mi penosa existencia. Fui al supermercado, siempre con mi querida hija claro, y me encontré con Loli, la buena de Loli que tanto ha significado para mí. Me dijo que cada día me veía más delgada, evitó decir desmejorada, aunque era fácilmente deducible. Sugirió que nos tomáramos un cafecito en una pequeña cafetería que había en el mercado; estaba frecuentada por mujeres,

allí no íbamos a llamar la atención, dijo Loli. Comenzamos a hablar y progresivamente, de cosas sin importancia y generalidades, pasamos a cosas más serias y personales hasta el punto de que en un momento dado los ojos se me humedecieron y no pude evitar la caída de alguna lágrima. Loli me animó a hablar y me escuchaba atentamente sin mostrar excesiva pena ni sorpresa. Ella era buena observadora y a pesar de que en nuestros encuentros tanto mi marido como yo disimulábamos nuestro distanciamiento, era consciente de la situación en la que me encontraba. Cuando comprendió que me había desahogado, Loli me habló en voz baja, con ternura y tacto, pero con firmeza: “No puedes seguir así, no puedes resignarte a vivir entre la tristeza y el miedo, tienes que tomar una decisión” Ese breve comentario tuvo la virtud de infundir en mí un poco de fortaleza, más eficaz que si me hubiera dedicado unas simples palabras de consuelo. Quedamos en pensar las dos sobre el tema, algo se nos ocurriría, dijo, para que yo saliera de ese pozo en el que me estaba enterrando, y mi hijita tenía derecho también a una vida mejor. Debía luchar por ello.

Yo estaba en tensión, Quería abrazar a mi abuela, necesitaba decirle que agradecía que me contara todo aquello que yo nunca había sospechado, pero no encontraba las palabras. En vez de hablar sobre ello dije, como de pasada, que ya no quedaba café y que por el momento no pesaba moverme de allí. Pastas había todavía, pero abrió otro paquete cuando trajo el tercer café. “Solo para ti” dijo, ella tenía intención de dormir por la noche, y ya había tomado suficiente. Y continuo contándome.

Pocos días después tuvimos otro encuentro. Las dos,

Loli y yo, habíamos llegado a la misma conclusión: Yo debía volver a España. Fácil de decir, pero se diría que imposible de hacer: no manejaba dinero, estaba casada, no sabía nada de mi familia, no tenía donde ir, tenía una niña pequeña, ien fin! todo eran dificultades, se diría que imposibles de vencer. Pero la lucecita que se había encendido seguía brillando. Yo estaba ilusionada con un cambio que me liberara de la mala vida que llevaba, y que de seguir así pronto iba a marcar negativamente la personalidad de mi hijita.

Una de las más importantes dificultades a vencer era la cuestión del dinero. El que yo manejaba no era mío. Para las compras de la casa, que desde el nacimiento de mi hija ya podía hacer yo, disponía de las cantidades justas que mi marido me daba. Pocas economías podía hacer, aunque lo intentaba.

El tiempo iba pasando, y de vez en cuando seguíamos reuniéndonos los matrimonios, manteniendo las apariencias de una situación agradable y sin problemas. Loli y yo intercambiábamos miradas y alguna frase corta para propiciar un nuevo encuentro en el café del mercado, lugar en el que nos sentíamos a salvo.

Cuando mi hijita tenía cuatro años, los acontecimientos se precipitaron. Una conjunción oportuna de factores con los que a veces nos favorece el azar, quizás propiciados por la fuerza del deseo, hizo posible que encontráramos el camino que conduciría a mi liberación. Fue Loli quien tuvo la fuerza, la habilidad, el tacto y la astucia de encontrar ese sendero por el que yo tendría que caminar con sumo cuidado de no tropezar en los múltiples escollos que lo jalonaban.

Uno de los viajes que salían de México con destino a España, iba a contar entre sus pasajeras con una dama

de la alta sociedad, que, habiéndose quedado viuda, quería conocer a su familia al otro lado del Atlántico. Y, por mediación de mi querida Loli, me contrató como ayudante y acompañante, haciéndose cargo de todos mis gastos. Aceptó que yo fuera con mi hija, aceptó no hacer preguntas sobre mi situación, aceptó correr los riesgos que podía conllevar este contrato no escrito, con pocas garantías para ella. Su confianza en Loli debía ser muy fuerte, y su conciencia de mujer, que quizás había sufrido alguna experiencia desagradable, la hacía solidarizarse con mi situación, aunque yo no sabía hasta qué punto la conocía.

Pero se hizo. Embarqué a una hora en que se suponía que paseaba, hacía las compras o arreglaba la casa. Él volvería tarde, como todos los días y ya no me iba a encontrar. Iba a tardar mucho tiempo en adivinar o comprender que había sido de mí y de su hija, si es que conservaba el mínimo interés. Puede ser que ya no tuviera ni deseo de castigarme. Pero yo sabía que no podía fiarme, que no podía ni soñar con volver al maravilloso pueblo donde había vivido mis primeros años, puesto que, de quererme buscar, empezaría por ahí.

Por fortuna, al tanto de todo estaba Loli, mi ángel protector, anticipándose a lo que no podía dejarse al azar. Yo no podía vagar por cualquier lugar con mi hijita sin levantar sospechas, con probabilidades de ser víctima propicia de comportamientos abusivos. Loli, que se había educado en un colegio para huérfanos de militares donde asistían alumnas de toda España, mantenía contactos leales con muchas de las antiguas alumnas; no eran únicamente compañeras, se consideraban hermanas. Pensó en una ciudad que no tuviera que ver nada con mi lugar de nacimiento y

donde ella tuviera contactos seguros. Y aquí ella tenía una amiga de edad parecida a la suya, unos 12 años más que yo.

Lo prepararon todo en pocos días, por teléfono. Su amiga, Rosa, no sólo me iba a acoger en su casa y en su mercería como dependienta, sino que además se ofreció para ir a buscarme a Barcelona de forma que yo no tuviera que permanecer sola en el lugar de llegada, nada más que las horas imprescindibles.

Aquí no pude ya contenerme, me levanté y di un abrazo a la abuela como hacía muchos años que no lo hacía. Me sentía formando parte de una cadena de solidaridad que me llenaba de orgullo, aunque yo no fuera protagonista de nada. Mi abuela recibió el abrazo con satisfacción y una amplia sonrisa, y siguió narrando con sosiego, esa etapa de su vida ya superada, pero que aún provocaba en ella pequeños rictus de dolor o sonrisas de agradecimiento, casi imperceptibles ambos, esbozados en las breves pausas de su relato.

Todo salió bien. La señora con la que viajé se despidió de mi cuando llegamos. Ella fue recibida por sus familiares, que parecían muy contentos de reencontrarse. Agradecí su generosidad, su tacto y su amabilidad, y me separé rápidamente de ella para no causarle problemas teniendo que dar explicaciones sobre mi identidad.

Enseguida encontré a Rosa, que se convirtió en mi hermana mayor, en mi amiga, en mi benefactora. Estuvo pendiente desde el primer momento de todas nuestras necesidades, mi hija fue también suya. Oficialmente, de cara al exterior e incluso para su familia, yo era una prima lejana del marido, eso fue lo que

acordamos para no tener que dar explicaciones. Era muy distinta a Loli, más habladora, quizás porque su trabajo implicaba el trato con muchas personas, su alegría me cautivó y me dio una paz a la que me permití abandonarme y que transmitía a mi hijita, que daba abrazos y besos a todos los que se acercaban a ella.

Te parecerá que esto es una historia de solidaridad entre mujeres, y así es. Pero no quiero que pienses que los hombres no tuvieron su parte en toda aquella historia, mi historia. Nunca lo hicimos explícito, pero estoy segura de que el marido de Loli tuvo mucho que ver en el desarrollo de los acontecimientos. Y del marido de Rosa, que acogió y soportó mi presencia en la casa como la prima lejana, durante varios años, te he hablado muchas veces en supuesta calidad de bisabuelo. Y es que para mi hija fue su padre, su abuelo, su protector. Establecieron una complicidad que a veces nos ponía celosos a los demás.

De tus bisabuelos biológicos, mis padres, no supe nada durante muchos años. La ausencia de cartas, que en los primeros meses me extrañaba, me dolía y me desazonaba, la acepté como otra consecuencia inevitable de mi desafortunada relación, cuando tuve la certeza de que era causada por mi marido. Especulaba con la posibilidad de un feliz reencuentro, pero temía que hubieran muerto. Una vez de vuelta, el miedo a ser localizada me impidió iniciar cualquier tipo de búsqueda. Cuando supe de ellos, muchos años después y por una casualidad, ellos ya se habían ido, seguro que con una inmensa pena por la ausencia de su hija.

Esto es una parte de mi historia, niña. Los detalles, como te he dicho, vendrán poco a poco, ahora que

sabes lo principal. Seguro que con lo que te he contado entiendes mejor mi preocupación porque encuentres un buen muchacho con el que compartir tu vida. Tu madre tuvo suerte, se casó con el hombre estupendo que es tu padre, y ahí estáis, tú y tu hermano, que sois dos diamantes. Soy feliz de teneros. El bienestar del que gozo en la actualidad hace que haya aceptado aquella etapa oscura y desgraciada de mi vida. Pero no te voy a engañar, siempre estoy alerta y las punzadas que a veces siento en mi corazón proceden del deseo de saber cuál fue el devenir de la vida de mis familiares, de mis padres, de mis hermanos, de mis tíos y de sus hijos.

Para ese momento ya me había permitido dejar correr por mis mejillas unas lágrimas que no sabía si eran de pena por lo mal que lo había pasado mi abuela, de alegría por la superación de sus penas, o de agradecimiento por compartirlo conmigo. Pero en todo caso, había tomado una determinación que todavía no comuniqué a la abuela: iba a localizar a sus familiares biológicos, que también lo eran míos, y la sorprendería con el estupendo regalo de un encuentro. Por el momento me contenté con darle un fuerte abrazo, otro más, mientras le daba las gracias de nuevo y ella me prometía otra vez que me contaría todos los detalles.

LA AMISTAD PERDURA SIEMPRE

Tomás Díez Vivas

El reencuentro

Se lo había comentado un compañero de dominó un día que tomaban café después de la partida:

—Me he enterado de que se ha creado una Asociación de Huérfanos del Ejército. Me han dicho que se reúnen anualmente para hablar de sus cosas en ciudades donde hubo un colegio de huérfanos y que este año es en Cáceres. Según me has dicho, tu estuviste estudiando en uno que había en Carabanchel al morir tu padre, ¿por qué no vas? Seguro que te encontrarías con muchos de tus antiguos compañeros.

—No creo que queden muchos —contestó Ramón—. Han pasado demasiados años. Además, si alguno queda, seguro que ya ni me reconoce. Yo era muy delgado y tenía mucho pelo, y ahora ya me ves: con tripa y calvo.

—Eso no importa, el tiempo pasa para todos —le dijo Pedro, que así se llamaba su amigo—. Tú vas, te presentas, y alguno habrá que, como tú, ya no será igual físicamente, pero al que reconocerás seguro tan pronto como se identifique. Siempre te he tenido algo de envidia por las aventuras que, como «Pínfano», has vivido. Recuerdo una que me hacía mucha gracia y que demuestra un compañerismo que ya solo se ve en las películas. Es aquella en la que uno de tus amigos ganó un par de zapatos Gorila que daban como premio al

mejor alumno del mes, y que tan pronto los recibió, y a pesar de las penurias que me has contado que pasabais, los vendió en el Rastro para invitaros a los amigos a unas raciones de calamares y berberechos en el bar Cambados que había en General Ricardos.

—La cuestión —dijo Ramón rascándose la calva—, es que no sé cómo ponerme en contacto con ellos.

—Hombre, Ramón, no creo que eso sea tan difícil. Teclea en Google «Asociación de Huérfanos del Ejército» y seguro que allí tienes toda la información que necesitas.

—Pues me parece que sí, que lo haré en cuanto llegue a casa.

Llegada al Hotel

Ramón llegó en coche al Hotel Barceló de Cáceres. El viaje había sido bueno e iba sólo —se había quedado viudo hacía tres años— y pensó que el ver a sus antiguos compañeros y recordar viejos tiempos quizá le mitigara la amargura en la que vivía desde que murió Luisa, su mujer. Las reuniones de los jueves para almorzar y jugar al dominó con sus amigos en el Hogar del Jubilado de Zamora, apenas le servían para aliviar por unas horas la soledad en la que se encontraba desde entonces.

En el hall del hotel se encontró con distintos grupos hablando animadamente entre sí. Se dirigió al mostrador para hacer la confirmación de su reserva.

—Hola, soy Ramón Hernández y tengo reservada habitación para el encuentro de los Pífanos.

Al oír su nombre, una persona que estaba al lado

recogiendo su maleta, exclamó:

—¿Tú eres Ramón Hernández Rivadabia?

—Sí, ¿quién eres tú?

—Coño, ¿no me reconoces? Soy Amador, el Chispa.

—Joder, el Chispa. La verdad es que sí, ahora que lo dices sigues igual. Un poco más canoso, pero con la misma cara de cachondo que tenías entonces.

—¿Qué es de tu vida? —le preguntó el Chispa.

—Pues nada, chico, me casé, tengo tres hijos, varios nietos y estoy viudo desde hace tres años. Vivo en Zamora... —y así continuaron un rato hablando animadamente de sus cosas.

—Ven, le dijo El Chispa. ¿Te acuerdas de Romerito?

—Claro que me acuerdo. Aún recuerdo el día en que le pillaron copiando y dijo que sólo estaba mirando la lista de cosas que le había dicho su madre que tenía que hacer cuando llegara al colegio.

...Y así, acompañado del Chispa, fue pasando Ramón de grupo en grupo hasta que finalmente pasaron al comedor para celebrar la Cena del encuentro.

Misa de Hermandad

Plenamente integrado ya en el grupo —efectivamente, se había encontrado con más compañeros de los que pensaba— y después de visitar el casco antiguo de Cáceres y de tomarse un gin-tonic con ellos hablando hasta las tantas de la madrugada, se acostó Ramón pensando en Luisa. Como cada noche al meterse en la cama notó el frío de su ausencia, y extendiendo su mano hacía el costado que durante

tantos años estuvo ocupado por ella, dio dos palmaditas a la almohada y le deseó buenas noches al tiempo que le enviaba un beso al cielo.

Al día siguiente, domingo, se fue Ramón a la Misa de Hermandad que se celebra todos los años en recuerdo de los Pífanos fallecidos.

Este año era en la Iglesia de San Juan, en pleno centro de Cáceres.

Como hacía siempre que iba a un sitio desconocido, se había molestado en mirar en Wikipedia la historia de la Iglesia:

Estilo gótico, construida en el siglo XIII, aunque no se terminó definitivamente hasta el XVIII después de varias reformas. Era conocida popularmente como San Juan de los Ovejeros por celebrarse en su entorno las ferias de ganado de la época...

Entró y se sentó en un banco que daba al pasillo central. La iglesia estaba llena de los fieles habituales a los que ese domingo se les habían añadido ellos, los Pífanos. Todo transcurría con normalidad hasta que, a la hora de la Comunión, oyó algo que él había cantado muchas veces cuando era pequeño. Escucharlo de nuevo le hizo sentir un nudo en la garganta al recordar cuando, cogido de la mano de su madre y con el frío calándole hasta los huesos, iban a misa los domingos. La letra decía así:

*Oh, buen Jesús, yo creo firmemente
Que, por mi bien, estás en el altar.
Que das tu cuerpo y sangre juntamente
Al alma fiel en celestial manjar*

Ver a aquellas personas mayores —ya sólo van a misa

las personas mayores— arrastrando los pies, cantando con las manos juntas, las espaldas encorvadas y huesudas y los ojos casi cadavéricos mirando al suelo, dirigirse a recibir la Santa Comunción le emocionó tanto que no pudo, ni quiso, evitar que las lágrimas resbalaran por su rostro. Siempre había sido un poco llorón, pero ahora, con la edad, y desde que murió Luisa, su mujer, cualquier cosa que le resultara emotiva era suficiente para provocar su llanto.

Mientras pensaba en ella y en lo pronto que estarían juntos —nunca tuvo muy claro lo de la otra vida, pero siempre que miraba desde el balcón de su casa a las miles y miles de estrellas que adornaban cada noche el refulgente cielo zamorano—, pensaba en que todo aquello no podía ser fruto de la casualidad: por fuerza tenía haber Alguien que estuviera muy por encima de lo que somos y conocemos.

Siguió llorando disimuladamente en la penumbra de la Iglesia, al tiempo que rezaba y daba gracias a Dios por todo lo que le había dado: estaba sólo, gordo y calvo, pero había sido muy feliz con Luisa y tenía unos hijos y nietos sanos a los que adoraba. Mientras tanto, en la Iglesia se seguía cantando:

*Espero en ti piadoso Jesús mío
Oigo tu voz que dice ven a mí
Porque eres fiel, por eso en ti confío
Todo, Señor, espéromo de Ti*

Y, por primera vez en mucho tiempo, Ramón no sintió ese dolor agudo en el pecho que le asaltaba siempre que pensaba en Luisa. Se dijo a sí mismo que

mientras estuviera vivo tenía otras cosas más importantes que hacer que jugar al dominó los jueves y regodearse en la tristeza de sentirse solo el resto de la semana.

Al terminar la Misa se cantó el himno «La muerte no es el Final» en honor de los Pífanos fallecidos y de los Caídos de las Fuerzas Armadas Españolas. Esto provocó en Ramón un nuevo episodio de llanto al recordar a sus amigos desaparecidos y, sobre todo, a Luisa, la fiel compañera con la que convivió 42 años.

Despedida

Mientras se dirigía al coche para volver a Zamora pensó que ya no se encontraba tan solo. Después del encuentro de Cáceres sabía que había muchas personas que, a pesar del tiempo transcurrido, se acordaban de él y seguían siendo sus amigos e interesándose por sus cosas.

Los dos días y medio habían pasado volando. Había intercambiado su número de teléfono y dirección de correo electrónico con mucha gente, y se habían prometido llamarse regularmente para mantener viva la relación.

Al girar la llave de contacto se felicitó de que Pedro, su amigo zamorano, le hablara de la Asociación. Había supuesto una alegría inmensa para él —quizá la única desde la marcha de Luisa— el comprobar que la amistad surgida en aquellos duros años de colegio, donde tantos sacrificios pasaron para forjarse un porvenir mejor, aún permanecía inalterable entre ellos. En esos momentos se acordó de Cervantes y de cuánta razón tenía cuando dijo aquello de: Amistades

que son ciertas, nadie las puede turbar.

Mientras conducía y observaba con pena alejarse el autobús que llevaba a Madrid a la mayoría de sus antiguos compañeros, un pensamiento se sobrepuso a todos los demás: ojalá el año que viene, en Oviedo, pudieran volver a reunirse de nuevo para seguir contándose sus cuitas.

¡Que así sea!

EN PRESENTE CONTÍNUO

Enrique Gómez Torreiro

Dan ganas de gritar: ¡¡SIN EMPUJAR...!!

Porque ya estoy a las mismísimas puertas del cambio de dígito... Lo que en mis albores parecía una eternidad llegó en un suspiro, mirándolo retrospectivamente. Y es que quién me empuja es el más tirano, chulo y desvergonzado que conozco. Pasa delante de nosotros a velocidad de vértigo, pero no hay autoridad local ni universal capaz de multarle por exceso de velocidad o pararle los pies.

Si hay un punto de inflexión «oficial» para que te cambie la vida, para asomarte a su precipicio sin vértigo suponiendo no lo hayas hecho ya antes, ese, hoy por hoy, es (era en mi caso) el 65 ¡Y subiendo...!

Llegas aquí (sí ¿y ahora qué aparte de hacer balance?) después de muchas batallas, algunas, las menos, ganadas al estilo churchiliano. Las que perdimos y las frustraciones son esas muescas tatuadas en tu piel que llaman arrugas y por regla general son más numerosas que las producidas por reír.

La guerra realmente la tenemos todos inexorablemente perdida.

Nos pasamos la vida pidiendo y buscando algo: Alimentos y cuidados primero en absoluta dependencia; sensaciones e independencia de nuestros cuidadores después... Más adelante nos tiranizan las hormonas y una vez superado el trauma inicial, perseguimos uno o más ideales para, finalmente, pedir la

hora y un descanso, aunque luego tal vez te arrepientes porque el eterno está a la vuelta de la esquina.

¿Qué fue de aquellos ideales? ¿Merecían la pena? ¿Cuántos valores humanos has salvado del accidentado viaje?

Veo un paisaje de banderas inicialmente flamantes y marciales desgarradas por el viento y los elementos... ¡Harapos de colores en un mástil a la deriva!

Ahora toca mirar hacia atrás, por el retrovisor si te lo permiten las cataratas, las cervicales o la memoria que tan infiel se nos ha vuelto últimamente; ser actor o relator de batallitas y conjugar en pasado todos los verbos excepto olvidar, repetir y despistar. Te haces adicto a frases como: ¿Te conté ya que...? Lo tengo en la punta de la lengua... Veo su cara, pero no me sale el nombre... ¿A que venía yo aquí...?

Sin apenas porvenir en cuanto a expectativas, más cortos de ilusiones y sin poder ni querer dimitir de padres hasta el último suspiro, tratas de proyectarte en tu descendencia si la tienes, en su presente y futuro y te haces eco viviente y multiplicador de sus logros y reveses. Sus ilusiones, alegrías y vitalidad serán el mejor viento para hinchar nuestras velas y seguir navegando hasta el final de nuestra singladura allá en el último mar.

Si por ventura tienes nietos estallarás de alegría y tu corazón se ensanchará para hacer un hueco al recién llegado, pero no busques el pan bajo su brazo... ¡ese es para sus papás!

La rosa de esa nueva vida será más flor que espinas para ti gracias al amor de padres duplicado y aun así te pincharás a veces... Tendrás que ponerte de nuevo en modo padre, lo que exigirá un gran esfuerzo físico

y mental para retroceder a un ciclo de tu vida pasada bastante oxidado. La mujer, al contrario, se adapta en cinco minutos, rejuvenece, se retroalimenta y crece...

Ellas siempre fueron las más fuertes, aunque estábamos convencidos de lo contrario. No en vano son el eje del universo, la rueda que mueve el mundo... las que dan la vida.

Los hombres aprenden eso con los años, aunque desgraciada y lamentablemente muchos no; de ahí la negra y dramática estadística por culpa de aquellos que alteran los tempos y las matan antes de darse muerte.

Los más previsores se preparan para esta etapa de los sesenta y tantos tomando distancia emocional para ser menos vulnerables. En la soledad — buscada o no— caes en la cuenta de que casi nadie te conoce tal como eres, ni los más cercanos y te enrocas a veces como en el ajedrez. Tú a estas alturas te conoces ya un poco y conoces a los tuyos o al menos sabes lo que no les gusta de ti, pero ¡es casi imposible cambiar en este tramo!

Empiezas a aceptar que somos como nos ven los demás y tienes que tirar del sentido del humor para evitar volverte invisible y autista, formando parte del mobiliario urbano o te conviertas en una mera extensión de ese banco de piedra o madera del que te has vuelto tan habitual. Pero ahora tiremos de Matemáticas:

$65 = 6 + 5 = 11$ años virtuales (adolescencia regresiva).

Más o menos a partir de aquí volveremos a comportarnos como a esa edad, aunque mermados de espontaneidad, armas y capacidades.

Iremos retrocediendo paulatinamente hasta convertir aquel 11 en $1 + 1 = 2 = \text{bebé} = \text{gaga...}$ y no queda otra que aceptarlo deportivamente.

La verdad, no es un hito a celebrar, pero una especie de «inconsciencia» colectiva (¿instinto de conservación?) o el fin de la vida laboral nos impele a hacerlo. Ciertamente perder facultades y referencias, despedir cada vez con más frecuencia a familiares y amigos, acabar en una residencia o empezar a dar penita y volverte más cursi que los anuncios de un perfume no parecen precisamente dignos de celebración...

Pero, en España especialmente, es casi pecado mostrarse pesimista por más que la botella medio llena o medio vacía no sea más que eso, una botella mediada... Hay una cierta presión en el ambiente para dar la vuelta a las cosas negativas e intentar verlas en positivo, hazaña para algunos hartamente complicada pues llegados a esta edad algunos somos realistas/pesimistas (o como dicen en ciertas latitudes, más negativo que el culo de una pila). Porque si de verdad fuese algo tan positivo ¿por qué carajo (en su acepción mejicana, por ejemplo, para no herir la sensibilidad de los «menores de edad» que van a leer esto) todo el mundo suspira por su juventud y reniega por lo bajinis de la vejez?

Es cierto que hay algunas contrapartidas positivas en esto de cumplir años: Tienes las ideas más claras, sabes lo que realmente importa, «ves venir» a la gente de lejos y no precisamente porque haya mejorado tu vista; distingues entre el fondo y la forma y ¡la mayor de las gozadas!: puedes decir NO a un montón de cosas...

Te acercas a la Filosofía —de la vida— y con eso ayudas a las Humanidades y a la Humanidad, ambas de capa caída actualmente; te relacionas con la Física a través de la teoría de la relatividad, confirmando que todo en esta vida es relativo, que hay muy pocas verdades absolutas y prestas más atención a tu centro de gravedad que ya no está tan equilibrado... Einstein, Newton y tú, todo en uno ¡casi nada!

Serenas tu vida porque ciertas acciones y conductas ya no te afectan como antes y vas desterrando poco a poco ciertos lastres: algunas vanidades, el orgullo innecesario, el odio y el rencor por su efecto bumerán (o boomerang... ¡que se vea que uno es leído!) que finalmente dañan tu salud física y moral.

Pasas del represivo qué dirán y concedes importancia relativa a los agravios e injusticias, salvo que te pueda tu condición de adolescente regresivo y entres a la bronca como en los tiempos del internado... Cuidas los amig@s, los de verdad y te guardas de palmeros y de los que practican el deporte de malmeter. La amistad ha de circular en los dos sentidos, aunque tú recibas menos de lo que das. Aceptamos que no podemos caer bien a todo el mundo y que donde no te quieren estás de sobra... En estos casos mejor tragarse el dolor porque todo lo que hagas o digas estará mal y no gastar ni tiempo ni esfuerzo, ahorrando esa energía para el futuro.

Y puestos a buscar ventajas pírricas de reír por no llorar, te haces mejor persona, aunque más cascarrabias y difícil de aguantar. También te libras de esa nueva enfermedad que viene de la mano de las redes sociales, la ansiedad por conseguir cuarto y mitad de aplauso, «likes» / «me gusta» o los «twits/tweets» o los «retweets» porque ya habíamos quedado en que la

opinión de los demás nos la trae al paio...

En fin, brindaremos pues a pesar de todo, aunque sea un brindis al sol para que siga brillando y calentando; para que una parte de aquel espíritu rebelde juvenil no nos abandone nunca y las tiránicas pastillas nos dejen hueco para gastronómicos placeres ya que nuestro apetito, afortunadamente, no es nada tímido. Que el humor no nos abandone ahora que sabemos reírnos de nosotros mismos y, por ende, de casi todo lo demás.

Brindemos incluso por nuestro bautismo como can-grefantes de la cofradía del Presente Continuo en la que oficial y virtualmente ingresamos... (A la fuerza).

Al fin y al cabo, brindar es beber... ¡y vivir!

«Beati hispani quibus bibere et vivere idem est»

(Lo importante es beber pese a las burlas de los romanos en tiempos de Julio César por nuestra mala pronunciación del latín...)

Una casa vacía, llena sin embargo por tu imagen incorpórea. En cada rincón un recuerdo, en cada recuerdo una herida, un hondo dolor... Desde tu mortal silencio activas mi memoria con imágenes y palabras: épocas, momentos e instantes; paisajes, lugares... en fin... vida.

Amor de madre; el más grande, limpio, sincero y desprendido, único y universal, sólo comprendido y asumido plenamente cuando pasamos de rama a raíz.

Empezamos la vida siendo amados, egoístas y protagonistas; pequeños cuervos de distintos colores: Todos y todo son y están para nuestro servicio y

utilidad. En el tramo final de nuestro viaje nos arrepentimos primero y cedemos y compartimos después. Somos conscientes al fin de que en el fondo todo eso no era más que el guion existencial escrito por la naturaleza.

(En esa fecha señalada mi madre que justamente hoy, Día del Libro, cumpliría 100 años, mis otros seres queridos y l@s que me dolían en el alma no podían faltar en mi recuerdo).

RECUERDOS

Tomás Gamero García

Veníamos de vivir en un piso amplio en una localidad grande, así que cuando vi la casa me pareció bastante fea y antigua. No me gustó.

Llegamos a mediodía. Hacía mucho calor. El tren nos había dejado en una estación también fea y antigua. Esa fue mi primera impresión. Con el tiempo reconocí mi error. No era para tanto. Era mi estado de ánimo. Ahora recuerdo el camino como una bonita carretera flanqueada por álamos y plátanos con esas bolitas de picapica que usábamos para fastidiar y ver cómo se rascaba a quien tocaba. Oía bien.

Mi madre nos había dicho a mi hermana y a mí que la casa era provisional. Que encontraría otra mejor. Estaríamos allí hasta que nos llamaran para ingresar en el colegio. Mi hermana en uno de chicas y yo, de chicos, de huérfanos de militares. Íbamos a estar muy bien. A mí me harían un hombre de provecho y a mi hermana una mujercita de su casa. Así, en este orden y con estos argumentos,

Nos instalamos enseguida. Lo poco que teníamos cabía en dos maletas: ropa y algunas fotos familiares.

La habitación era alquilada con derecho a cocina. Grande. Una cama de matrimonio y otra individual. La primera para mi madre y mi hermana, la pequeña para mí. Mejor. Dormiría solo.

Cenamos pan y queso. La mujer que nos había alquilado la habitación nos trajo agua. Estábamos cansados y nos acostamos pronto.

Ya en la cama pensaba en mi nueva vida. Intentaría pasar el verano lo mejor posible. Después vendrían el internado y los estudios. Iba a estar mucho tiempo sin ver a mi madre y mi hermana, Eso me entristeció. Rezando me dormí.

Al día siguiente después de desayunar sopas de leche bajé a la calle. La casa ya no me pareció tan vieja, incluso tenía su encanto. Viviendas en torno a un patio grande y cuadrado.

—¿Dónde vives?

—En el «patio cuadrao».

Allí se hacía la vida. Una fuente grande en el centro, para llenar de agua cántaros que servían para el servicio de las casas. Artesas y tablas para lavar la ropa. Cuerdas a los lados para tenderla y que luego una horquilla levantaba para que no rozara el suelo. Se hablaba, se reía. Se cuchicheaba y analizaba la vida del vecindario. Alguna trifulca por diferentes puntos de vista, pero mucha ayuda cuando se necesitaba. Barreños para calentar el agua al sol y luego bañar a los más pequeños tal como vinieron al mundo. Perros y gatos retozando, corriendo detrás de alguna mariposa. Pájaros compitiendo por el mejor trino. Se respiraba tranquilidad.

Ya en la calle y, por un momento, anduve un poco desorientado. No había nadie. Un pequeño riachuelo —la cacera— separaba las casas de un gran descampado. ¡Qué bien se jugará aquí al fútbol!

Y, como por encanto, aparecieron un grupo de chicos con una pelota. ¡Qué alegría!

—¿Puedo jugar?

—Sí. Necesitamos uno más.

—¿De qué?

—De portero o defensa.

—¿Cómo te llamas?

—Jesús. Soy nuevo en el barrio.

El partido estuvo muy igualado. Empatamos y no hubo riñas de quién era el mejor. Me extrañó y me alegró a la vez. Estos lances, a veces, acaban en pequeñas peleas sin importancia, por un gol o un fuera de banda. Al día siguiente como si no hubiera pasado nada.

Se fueron todos menos uno —Antonio me dijo que se llamaba.

—¿Quedamos para mañana?

—¡Pues claro!

Con un bocadillo en la mano, Antonio y yo nos juntamos y empezamos a descubrir cosas alrededor de la casa. Vivíamos muy cerquita, así que con «una voz» bajábamos enseguida.

Era muy divertido. A los dos nos gustaba la calle y el aire libre. Nos compenetrábamos muy bien.

Enfrente había un edificio muy grande. Era el Palacio Real. Una gran explanada nos daba la bienvenida. Alrededor bunivos de piedra preparados para subir y bajar rápidos. Allí instalaron un circo para rodar una película: «El mayor espectáculo del mundo». Se quemó y se armó un gran revuelo. Esa noche no dormimos nadie

Había una puerta destartalada, que, con un pequeño empujón, abríamos y nos metíamos dentro. Nunca tocamos ni nos llevamos nada. Nos limitábamos a recorrer las enormes estancias llenas de cosas que ni sabíamos apreciar. Muebles, cuadros, lámparas, tapices

con escenas bellísimas. Jugábamos al escondite cuando nos juntábamos con los del fútbol. Ya en la calle, a tula, a churro, al truco. Benditos juegos que animaron nuestra infancia.

El río, aún en verano, traía mucha agua. Lo habían desviado dentro de los jardines del palacio —la ría la llamaban—. Allí nos bañábamos sin miedo a los grandes agujeros con corriente incluida, que podían engullirte y no dejarte salir. Y pescábamos peces, con una rudimentaria caña que el padre de Antonio le había hecho. Y cogíamos ranas y isapos! Si mi madre se hubiera enterado de nuestras andanzas seguro que más de un zapatillazo habría caído. Por suerte, nunca lo supo.

Nos adentrábamos en los inmensos jardines. Grandes paseos flanqueados por todo tipo de vegetación. Árboles de distintos tamaños, de otros lugares. Setos con formas originales. Flores de colores variados. Quioscos que, en su tiempo, habrían acogido conciertos de orquestas famosas. Estanques con peces y patos que hacían las delicias de los visitantes. Todo era grandioso y a la vez precioso y hermosísimo.

Pero nuestro interés era subirnos a los árboles y coger pajaritos que llevábamos a casa y que mi madre, aprovechando la siesta, volvía a darles suelta.

La siesta. Sagrada siesta. Mi madre tiraba una manta en el suelo y, ella en medio y nosotros a cada lado. ¡Ni moverse! Alguna vez, cuando ella se dormía yo aprovechaba y me bajaba por el balcón. Ya en la calle aparecía Antonio que había hecho lo mismo en su casa y emprendíamos otra aventura.

En agosto ponían la feria en el descampado de los partidos de fútbol. Lo pasábamos en grande subiendo

en los cachivaches. La Noria, La Ola, El tren de la Bruja. Las Barcas. El Látigo. En el tiro a pichón ganábamos algún peluche que regalábamos a las chicas de la pandilla, previo cándido beso. Y comer altramuces —chochitos les llamaban—. «Dos reales de cochitos». Pastillas de leche de burra, caramelos. Comprábamos las golosinas con algún dinerillo que nos daban las vecinas. La tarde se iba de maravilla.

Aprendí a montar en bicicleta. Antonio tenía. Previo pago de chucherías, me la dejaba. Después de algunos mamporros y pequeñas heridas, conseguí guardar el equilibrio. Nos íbamos a la cuesta de la Reina y la bajábamos a toda velocidad. Mi madre tampoco se enteró. Para ella, las heridas eran de ramas sueltas.

Y los melones —de mayor quiero ser melonero—. Montaban un puesto con unas lonas grandes partidas en dos. Una para el negocio y otra para dormir. Así vigilaban las mercancías —iyo quiero dormir con ellos!—. Casi lo consigo. Tenían una hija —María— que se hizo muy amiga nuestra. Intentamos convencerla de pasar la noche con ellos, pero mi madre dijo que no. Lo más que conseguimos fue que nos regalaran medio melón a cada uno. ¡Nos supo a gloria!

Un día estábamos la pandilla jugando a la bombilla. Nos llamó la atención los ladridos lastimosos de un perrillo que se había caído a la cacera y no podía salir. En un momento se hizo una cadena y entre todos lo sacamos sano y salvo. Acabamos llenos de cieno y con la consiguiente regañina en casa. El animalito se lo quedó una señora que vivía en un castillo que había a pocos pasos del «patio cuadrao». Tenían caballos y, a veces, íbamos a ver al perro y nos dejaban montar. ¡Qué jolgorio! y ¡qué cara de envidia de la gente al vernos pasar! Después nos daban agua fresquita con

litines.

Poco a poco el verano se acababa. Los días se tornaban melancólicos y con un no sé qué en la barriga que me entristecía. Ya sabía que en octubre ingresaría en el colegio. Mi madre se empeñaba en prepararme el cabás, una especie de maleta pequeñita en la que iba metiendo las cosas de aseo y las mudas. Lo demás te lo daban allí.

No quería ir al colegio. Las situaciones que no conocía me creaban inseguridad. A la postre era un niño que no quería separarse de su madre y ahora estaría una buena temporada sin verla. Me sentía vulnerable y solo. Tampoco podía rebelarme. Mi madre tenía razón. Era lo mejor para mí. Con su pequeña paga, no podía tenernos a los dos en casa. Con mucho sacrificio nos sacaría de vacaciones, si podía.

—No tienes padre. Ahora ellos, los compañeros de tu padre que crearon estos colegios para vosotros son tus padres. Tu padre querría lo mejor para ti. Ellos también lo querrán. No me defraudes ni les defraudes. Pórtate bien, estudia y haz caso a todo lo que te digan.

Con los años reconozco que el internado ha sido de las cosas más importantes de mi vida. Lo fue todo y me enseñó a ser un hombre de provecho. Frase que mi madre, todas las madres son sabias, me dijo que sería, si hacía caso de sus consejos.

Y lo conseguí. Ser alguien en la vida.

EL ESPEJO DE LA VIDA

Tomás Díez Vivas

Comienzo

El padre se había empeñado en transmitir a su hija una idea que, con el paso del tiempo, se había instalado en él. La vida, hija, le decía, es como un Gran Espejo. Sólo refleja lo que nosotros les mostramos: si reímos, ríe, y si lloramos, llora.

Cuando le decía esto trataba de evitar que cometiera los mismos errores que él había cometido; ya que por formación primero, y por deformación profesional después, él siempre había creído que la Tercera Ley de Newton según la cual cada acción debería tener su reacción correspondiente de forma inmediata era también aplicable a las personas. Pensaba así hasta que, ya con bastantes años, decidió cambiar su trayectoria profesional. Recuerda que fue nombrado Director General de una empresa tecnológica y en su primer consejo de Administración el miembro de mayor edad le llevó a un rincón de la sala y le dijo:

—¿Conoces el chiste del Director General?

—No.

—Pues verás, se trata de que llegó un nuevo Director General a una empresa y decidió ver si su equipo directivo tenía las capacidades que él quería para abordar el nuevo rumbo que quería dar a la Empresa. Así que llamó a su despacho al Director Técnico. Cuando lo tenía enfrente le preguntó:

—¿Cuántas son dos más dos? El hombre respondió

sin dudar:

—Cuatro, dos más dos siempre son cuatro.

—Muy bien, puede retirarse. Mientras lo hacía, el D.G. pensaba que, efectivamente, ese hombre ocupaba el puesto adecuado.

Después llamó al Director Comercial y le hizo la misma pregunta:

—¿Cuántas son dos más dos? El D.C. pensó que allí había algo de truco y no contestó directamente.

—Todos sabemos cuántas son dos más dos— dijo.

—Sí, pero yo quiero que me lo diga usted.

Ante la insistencia de la pregunta y desconfiando aún del porqué de esta, contestó:

—Lo normal es que sean cuatro en nuestro Sistema Métrico Decimal, pero si la pregunta se hace en binario, octal, hexadecimal u otro cualquier sistema de numeración la forma de expresar el resultado podría variar. Por eso —continuó—, y si tengo que decir algo concreto creo que lo correcto para evitar malentendidos sería decir que la solución puede variar entre tres y cinco.

—Muy bien, puede retirarse.

Mientras el D.C. cerraba la puerta el D.G. pensó que éste también seguiría ocupando su puesto. Se había mostrado cauto y sabía que la rigidez en un planteamiento comercial no siempre es la mejor estrategia para conseguir un objetivo.

Por último llamó al Director Administrativo Financiero. Cuando éste llegó al despacho y le hizo la misma pregunta, el DAF se levantó, cerró la puerta del despacho y bajando mucho la voz, le preguntó a su vez:

—¿Cuántas quiere Vd. que sean? Evidentemente

todos sabían la respuesta, pero cada uno de ellos la veía desde su propia óptica: el técnico no podía dudar, el comercial no debía dogmatizar y el financiero sabía que los números pueden disponerse de forma que muestren una cara lo más amable posible a lo que se espera de ellos. La realidad, aun siendo una, puede verse desde distintos ángulos y tan importante es la forma de expresarla como la propia realidad.

Esta simple anécdota le hizo cambiar su actitud ante la vida. La rigidez en los planteamientos solo conlleva rigidez en las respuestas y eso es lo que él trataba de evitar en su hija. Cuando le decía aquello de que la vida es un espejo se estaba refiriendo sin saberlo a lo que ya dijo San Mateo cuando avisaba a los suyos de que «con la misma medida que juzgues serás juzgado». Trataba de inculcar en su hija que la vida no es exclusivamente blanca o negra, que tiene matices y que no siempre llevar razón supone ganar y que, por el contrario, muchas veces es mejor perder una discusión que un amigo o un hijo.

Recordaba también el padre que en uno de los muchos cursos a los que había asistido a lo largo de su vida profesional, un instructor les enseñó algo tan evidente como que «para coger miel de una colmena lo mejor era no enfadar a las abejas», y eso era precisamente lo que él quería enseñar a su hija, que se consiguen más cosas por las buenas que por las malas.

A pesar de las recomendaciones del padre, la hija seguía haciendo su vida. No le había ido tan mal con su actual forma de ser: estaba muy bien considerada en el trabajo, ocupaba un alto cargo directivo en la empresa, tenía un marido y unos hijos que la adoraban y, en definitiva, no veía ni la necesidad ni las razones por las cuales tenía que cambiar su actitud ante la vida.

Le iba bien, muy bien.

Y así fue hasta que un día decidió poner en práctica lo tantas veces dicho por su padre. Tenía una asistenta que iba a casa a ayudarla en las tareas domésticas y a la que jamás había dejado sola, pero ese día tenía que ir al médico a recoger unas pruebas y decidió poner en práctica el consejo de su padre.

Voy a confiar en ella, pensó. Al fin y al cabo lleva años viniendo y jamás ha faltado nada. Se fue y a su vuelta todo siguió como siempre. No había pasado nada. Y así fue aflojando la mano, y pasaron meses en los que ya no hacía falta su presencia. Su padre tenía razón: si le das confianza a alguien ese alguien te la devuelve.

Lo malo es que no fue así. Un día fue a buscar unos pendientes que le habían regalado sus padres y no estaban. Miró con temor el joyero que tenía sin cerrar encima de la cómoda y se encontró con que faltaban muchas más cosas: su medalla de la Primera Comunión, los primeros dientes de los niños con su cajita de oro, un anillo de su abuela, etc. Un desastre en toda regla.

Cuando fue a la Comisaria a denunciar el hecho iba hecha un basilisco. La agente, una señora de mediana edad con chaleco antibalas y gafas ligeramente apoyadas en la punta de la nariz, le hacía preguntas en el mismo tono displicente con que ella daba sus respuestas y, por aquello de la asociación de ideas, recordó de pronto lo tantas veces dicho por su padre. Cambió su actitud y con un tono más amable le dijo:

—Perdone, agente, si me muestro algo seca pero es que se han llevado una parte muy importante de mi vida. Comprenda mi disgusto.

Inmediatamente esta cambió también su actitud:

—Lo comprendo perfectamente —dijo—, por aquí pasan dramas que, muchas veces, dan ganas de llorar.

Y así acabó la denuncia entre sonrisas más o menos forzadas por una y otra parte.

Mientras se dirigía a recoger el coche pensaba que eso del Espejo de la Vida estaba muy bien y había funcionado con la agente de policía, pero que si ella hubiera seguido desconfiando de la asistente seguiría teniendo sus joyas y recuerdos ya irremparablemente perdidos.

Tenía razón, había perdido mucho en su apuesta, pero ese pequeño ejemplo de ver como ante una sonrisa lo normal es responder con otra le hizo recapacitar. Al fin y al cabo se preciaba de ser muy lista y de aprender pronto.

Se sabía exigente, y sabía que tenía bajo su responsabilidad no solo a su familia, sino también a un grupo numeroso de profesionales que estaban bajo su mando y de los cuales debía responder ante sus jefes y clientes.

Seguramente no se daba cuenta de que lo hacía, pero ella tampoco actuaba igual antes sus hijos y familiares que ante los demás. Con unos actuaba según su natural forma de ser: responsable, inflexible, autoritaria, exigente..., mientras que con los otros trataba de ver las cosas desde un punto ligeramente diferente: trataba de ponerse en sus zapatos aunque siempre, y esto ellos lo alababan mucho, trataba de ser lo más profesional y sincera posible.

Final

Hacia muchos años que había muerto su padre cuando decidió transmitir a sus hijos la teoría del Espejo de la Vida. Había pensado en ello muchas veces y había llegado a una conclusión: el Espejo Grande del que hablaba su padre no existía. Ese espejo estaba formado en realidad por la suma de los múltiples espejos que somos cada uno de nosotros. Se interesó por el proceso de fabricación de los espejos y vio que es difícil, muy difícil conseguir que un espejo sea perfecto. El pulimentado del vidrio, la homogenización y distribución del azogue, etc. eran procesos muy complicados en los que raramente se conseguía la perfección, y ese debería ser el motivo por el cual la respuesta a veces falla. No falla la imagen que se transmite, ésta siempre es real, sino el reflejo que de la misma hace el espejo que lo recibe.

Este razonamiento le hizo por fin comprender que la teoría general de su padre sobre el Espejo de la Vida era válida. La cuestión, y eso es lo que ella quería enseñar a sus hijos desde el principio, es saber detectar a tiempo los defectos del espejo hacia el cual proyectamos nuestra imagen.

Mientras pensaba en cómo podía transmitir esto a sus hijos, no pudo evitar una sonrisa al pensar en la paciencia infinita con la que, siendo niña, su padre le había enseñado a jugar al ajedrez.

EL REY DE LA CASA

Marta González Bueno

Imposible olvidar aquellos días de mi niñez no especialmente dura, pero sí anodina y frustrante. Permanecen en mi memoria como un paradigma de lo que me ocurría en otras variadas ocasiones, por mucho que, una vez superada esa larga etapa, que entonces me parecía que no iba a acabar nunca, cada pequeña anécdota se convirtiera en objeto de burla, de exageración y de risas; después ya sí.

Estos pensamientos me invaden mientras recorro con mi nuevo coche los escenarios de mi infancia. Estoy escuchando por enésima vez en la radio una sesuda tertulia sobre el rey de la casa, el pequeño déspota, el niño tirano. Y melancólico como estoy vuelvo la vista al niño que fui, preguntándome si encajaba yo en esa descripción con que los adultos definen ahora la situación a la que se enfrentan en muchos hogares.

Y encuentro al niño, sí, pero ni rey, ni déspota, ni tirano, sino más bien súbdito, dócil, condescendiente. Debe ser que la ley del péndulo que enseñoorea nuestra sociedad llegó a un extremo entonces, y ahora se encuentra en el lado opuesto.

Mis recuerdos se detienen en mis ocho años, con nítidas evocaciones de renunciadas involuntarias, de desilusiones impuestas. Son anécdotas las que recuerdo de esas que los mayores decían entonces que “te hacen crecer”, pequeñas piedras en el camino, que fortalecen tu carácter.

El tiempo de colegio, agradable en general, estuvo ya marcado por mi reiterado sueño, que se repetía como estribillo machacón, con un donut. Una frivolidad, desde la consideración actual, pero un deseo inalcanzable entonces, de ahí que viniera a mí en cuanto caía en los brazos de Morfeo. Soñador a ras de suelo como yo era, me hubiera gustado llevar alguna vez al colegio ese sabroso dulce que por entonces se estaba popularizando para saborearlo en el rato del recreo en compañía de algunos pocos privilegiados compañeros, que sí lo llevaban.

Conscientes de su superioridad, exageraban las muecas de placer cuando lo consumían ante los sufridos compañeros que, con madres responsables y rigurosas, llevábamos, en vez de una golosina, nutritivos bocadillos de embutido.

El sueño me permitía recrearme en el consumo subliminal de ese dulce, compensándome torpemente de la austera realidad de los recreos en que se me hacía la boca agua cuando contemplaba, medio de reajo, el consumo de aquellos inalcanzables roscos.

Repetido deseo también durante mucho tiempo, lo recuerdo con nitidez, fue la celebración del día de mi cumpleaños. Lo que hubiera dado por celebrarlo en uno de esos parques de bolas que todavía eran escasos por entonces, pero que las familias de los privilegiados de la clase ya contrataban.

Cuando llegó mi octavo cumpleaños, la celebración se limitó, como tantos otros años, antes y después, a una merienda en un parque cercano a mi domicilio y dulces de fabricación casera consumidos en platos de plástico, que entonces suponían toda una modernidad

aunque hoy se aborrezcan. Nada que ver con el cumpleaños de Ramiro, compañero del que todos envidiábamos su balón, su cartera, sus golosinas y sus invitaciones.

Quizás él sí había alcanzado ya, excepcionalmente, el estatus de rey de la casa. Tenía hasta patines, regalo para el que yo tuve que esperar un par de años más. Acabado el curso llegaron esos días de verano supuestamente felices, pero en realidad repletos de deseos no satisfechos, una continuidad con el curso escolar. Porque, aunque las horas de playa, los encuentros familiares con tíos y primos, las excursiones, y los juegos presagiaban en teoría diversión, risas y complicidades, no ocurría nada de eso, o si acaso breves fregonazos.

El inicio del verano fue ya premonitorio. Estaba yo contento con mi nuevo juego de cubo, pala y moldes diversos con los que jugar con la arena de la playa. Me habían dicho que ya era mayor para estos juegos, pero aun así me lo compraron, ¿o se lo compraron? Pensé, pobre iluso, que al menos iba a estar entretenido una buena parte de la mañana, aunque antes tuviera que someterme a un concienzudo embadurnamiento de protector solar. Este se producía mientras mi madre desgranaba sin descanso advertencias, avisos y comentarios sobre lo malo que era tomar el sol.

Recuerdo mi asombro ante el hecho de que hiciéramos de forma voluntaria algo tan perjudicial, pero creo que nunca verbalicé una sola objeción a lo que decía. Yo prefería no entrar en discusión; por experiencia sabía, a pesar de mis pocos años, que llevaba las de perder. Y no tenía intención de inaugurar las jornadas playeras con una buena regañina que hubiera empeorado las cosas. Niño tímido y

obediente como era, lo tenía bien claro ¿de baja autoestima se dice ahora? Ya advertido y embaurnado me dispuse a iniciar mi placentero trabajo de constructor con una sonrisa esperanzadora. Pero me duró poco tiempo.

En los inicios de lo que iba a ser mi gran obra arquitectónica llegó mi padre. Jovial y desinhibido, seguro se sí mismo, el sí el rey de la casa, me desplazó de inmediato, relegándome a funciones auxiliares, concretamente porteador de cubos de agua, mientras él disfrutaba con su construcción, que nada tenía que ver con la que yo había imaginado.

Y no parecía existir ningún problema con su edad. Mi madre, tumbada al sol, también demandaba frecuentes cubos de agua, así que durante un tiempo, se diría que interminable, estuve dando pequeños paseos desde el agua hasta la segunda línea de playa donde habíamos instalado nuestros numerosos cachivaches.

Mi sonrisa se trocó desde el principio en mueca de disgusto, más cuando veía grupos de niños que disfrutaban de lo lindo, sin adultos que les dieran instrucciones, eso me parecía. Cuando por fin se levantó mi madre, obligándome bajo la apariencia de sugerencia a que nos fuéramos al agua, yo acepté con gusto. Me las prometía felices, pensando en el divertido baño que me iba a dar; un ratito en el agua me iba a compensar de la aburrida mañana. Pero otra vez ocurrió que me dejé llevar de la ilusión. Resultó que el agua estaba fría: ese fue el juicio de mi madre, y por lo tanto, si ella tenía frío, yo tenía que salirme del agua. Así eran las cosas. Así lo fueron durante muchos años. ¿Cómo hacen ahora para conseguir lo que quieren? Por fin se hizo la hora de dejar la playa para ir a comer.

Mi padre abandonó su obra de arte, y se vistió de prisa para adelantarse a nosotros. Mi madre sabía que era para ir al bar, es más, me hizo partícipe de su certeza a media voz, aunque a mí poco me importaba. La mañana ya estaba perdida, como tantas otras. Recuerdo que mientras nos vestíamos y recogíamos miraba con regocijo como la construcción de mi padre se iba derrumbando con las pisadas involuntarias de los que paseaban por la orilla y en especial por las patadas de los niños que disfrutaban con la destrucción voluntaria.

Tuve la osadía de unirme a ellos para colaborar en el derribo, fueron apenas unos segundos, pero suficientes para proporcionarme una sonrisa de satisfacción, un chincha rabia de venganza por la marginación y el ninguneo al que me había visto sometido. Hicimos la comida en un restaurante de la playa, como muchas otras veces.

En esta ocasión inaugurábamos la temporada. Ya habían llegado los primos, los tíos y la abuela Yo me las prometía felices, pensando que iba a comer lo que quisiera. Pero nadie me preguntó, debería haber sabido que solía ser así; a partir de ese verano ya siempre lo recordé. Me plantaron delante un plato que se suponía que me gustaba, pero que lo habían llenado de una salsa que no podía tragar, así que lo dejé. Sorprendentemente, nadie me regañó.

Debía ser por la abuela, pero no por condescendencia sino que cuando terminamos, a ella le prepararon un cazuelita, antecedente de los hoy populares tapers, para llevar en ellos lo que no habíamos querido los demás. Me fijé en la mala cara que puso mi padre, pero no dijo nada, con la abuela él no se atrevía. Cuando terminamos de comer, fuimos hasta el parque dando

un paseo, el paseo de todos los días y de todas las horas. Eso era pasable, si no hubiera sido porque en el camino nos encontrábamos con otras familias que nos saludaban con efusión desorbitada.

Sobre todo las mujeres: madres y abuelas, nos abrazaban apretándonos y nos besaban dejando en nuestras caras restos de saliva o de carmín, y nos daban pellizcos en las mejillas mientras exclaman con entusiasmo: ¡Qué ricura! ¡Cómo has crecido! ¡Qué grande estás!

Nosotros soportábamos estoicamente esas efusiones de cariño, sin ni siquiera poner mala cara, como he visto hacer a algunos niños muchos años después. Eso ocurría el primer día, luego los encuentros eran más rutinarios y menos efusivos, afortunadamente. Así se iban sucediendo las horas en aquel lugar playero en el que se me había dicho que lo iba a pasar estupendamente.

Los episodios tenían lugar como tantas otras veces después de ese verano de mis ocho años que tan bien recuerdo, y antes supongo que también, aunque mis recuerdos sean más difusos. La convivencia con los primos suponía plegarte a los deseos de los mayores y soportar las broncas que recibías por culpa de los pequeños. Nunca conseguí la litera que deseaba para dormir, ni jugar tranquilamente con mi flamante maquinita nintendo, ni leer en solitario mis historietas preferidas.

Los adultos regulaban hasta el más pequeño de los aspectos de nuestra vida en ese “lugar maravilloso”, decían. Recuerdo con nitidez el chasco que me produjo el no poder saciar el pequeño deseo que se generó en una pastelería. Uno de mis tíos, en un

arranque de generosidad, decidió invitarnos a todos. “Cada uno que elija lo que quiera”, dijo. Yo, de nuevo ejerciendo de pobre iluso, me las prometía felices.

Pero ¡ay! cuando señalé el pastel elegido, grande y de nata, que me lo estaba relamiendo, alguien me dijo “ese no, que es muy grande y te va a quitar las ganas de cenar”, y a cambio me dieron uno pequeño y seco, que mordisqueé sin entusiasmo. Frustración, lo llaman ahora a eso; y hasta es posible que un hecho similar constituya una sólida causa para una visita al psicólogo.

Entonces no frustraba, pero fastidiaba muchísimo. Cuántos pasteles como el que entonces deseaba, me habré comido de mayor, para resarcirme de las reiteradas negativas que seguían a la generosa proclama “cada uno lo que quiera”.

El primer día que amaneció nublado en aquel verano objeto de mis recuerdos, no fuimos a la playa. Como el desayuno se alargaba mucho, pude coger la maquinita y ponerme a jugar a mi juego preferido; con él conseguía miles de puntos ya que lo había practicado otras tantas miles de veces los fines de semana, que era cuando podía utilizarla durante el curso. Y eso entonces no frustraba, era la disciplina.

Pero poco duró mi tranquilidad; algún adulto me vio y sentenció que no me hacía bien estar jugando con la maquinita yo sólo. Sé que en esa ocasión osé no hacer caso, pensé que si no me movía se olvidarían de mí. Vana ilusión. Como tantas otras veces, antes y después, apareció mi madre ordenándome ir a jugar con los primos. Mis deseos no contaban. Bajamos todos a la calle y nos pusimos a jugar con una pelota.

Estuvimos un ratito, pero cada vez pasaba más gente

y oíamos algunas protestas. Al poco tiempo algunas personas nos decían directamente PÁGINA 5 que dejáramos la pelotita y que nos fuéramos a otro sitio, que no hacíamos más que molestar. Nos replegamos a unas escaleras de subida al mercado formando un pequeño grupo, pero aun así molestábamos.

Las personas que subían y bajaban protestaban y nos increpaban, nos miraban con desconfianza y antipatía, se convertían en nuestros enemigos. Eso, y las bobadas que decía uno u otro de nosotros, provocaba nuestras risas al tiempo que generaba la solidaridad y la unión del grupo de primos, ya se sabe que no hay nada que una más que un enemigo común.

Pero no duró mucho nuestra autoafirmación y nuestro atisbo de rebelión, notábamos que la gente se mosqueaba cada vez más, y nos tuvimos que ir de allí. Estoy evocando ahora con nitidez ese verano al que siguieron otros igual de fastidiosos y debo reconocer que esta circunstancia es de las pocas que me evocan un sentimiento de bienestar pasado, como los pocos instantes en que colaboraba en la destrucción de las construcciones que mi padre hacía a la orilla de la playa.

Pero ninguno de nosotros éramos por entonces los pequeños déspotas de los que se habla actualmente. La gente todavía se atrevía a reñir a los niños, aunque no fueran hijos suyos. Ahora, cuando el péndulo roza el extremo opuesto, empezamos a añorar la labor que la tribu desempeñaba en la educación. La comida casera de esos días nublados suponía una pequeña alegría, los macarrones sabían a lo que tenían que saber.

Siempre que los preparaba mi madre era un plus de

seguridad, y así sigue siendo aún hoy en día, después de haber probado mil sabores. Recuerdo que nos daban la comida primero a los niños, para que luego dejáramos en paz a los adultos. Nada de excepciones, nada de favoritismos. Nosotros vigilábamos férreamente que reinara la equidad en esos repartos tan vitales, pero en todo caso, de nada hubiera servido manifestar el mínimo descuerdo. Éramos niños, debíamos obedecer, conformamos.

Me pregunto cómo y dónde surgió el pequeño déspota del que estoy oyendo hablar y del que se teoriza con tanta frecuencia, y que hoy me hace recordar detalles de ese curso y ese verano de los que conservo recuerdo fidedignos y al que siguieron muchos casi idénticos.

Terminábamos de comer cuando ellos tenían previsto, y nos permitían entonces, bajo la apariencia de dormir un rato de siesta, hacer, más o menos, nuestra santa limitadísima voluntad.

Procurábamos entonces hablar en voz baja, para no darles un pretexto por el que venir a reñirnos, los mayores digo, que siempre estaban dispuestos a echarnos una bronca. Aunque con el paso de los años he llegado a la conclusión de que en esos ratos, hacían oídos sordos a los cuchicheos que sobrepasaban los límites permitidos.

Recuerdo que uno de mis pasatiempos favoritos en esos tiempos de reclusión forzada era rebuscar en los armarios y cajones que teníamos a nuestro alcance. En una ocasión mis manos inexpertas dieron con una muñeca vestida de negro que me intrigó bastante y que se rompió al golpearse con una cama.

Tuve la frialdad de disimular el incidente y esconderla rápidamente entre mis cosas. De haberse dado cuenta, mis primos, chivatos sin paliativos, rápidamente lo habrían hecho público y la consecuencia menor hubiera sido una buena regañina y un discurso sobre mi torpeza, heredada de no sé qué abuelo, y que iba a arrastrar toda mi vida. Así me lo decían, sin miedo a crearme traumas; yo no era el rey de la casa.

Tengo que decir que aunque no era el rey de la casa, con el tiempo averigüé que no había vivido en el peor de los escenarios. Pude conocer la historia de la muñequita vestida de negro, que perteneció a mi abuela; iba vestida con el uniforme del internado en el que estudió. Y el entorno y la sociedad de entonces, cuando ella tenía ocho años, los mismos que yo tenía en aquel verano que estoy evocando especialmente, eran mucho más severos que los que yo tuve que sufrir.

El régimen de educación y estudio del internado estaban inspirados en la disciplina militar, y pocas bromas se permitían allí a las más de trescientas internas que convivían durante nueve meses. Los padres de entonces, eso lo he sabido mucho después, estaban convencidos, como en la Edad Media, de que no utilizar la vara con la descendencia era malcriarla, y en concreto, a mi abuelo, le decían los de su quinta que quien no pegaba a los hijos no era hombre. Creo que en la actualidad esos comportamientos son objeto de denuncia, incluso por parte de los propios hijos.

Recuerdo el día que íbamos de excursión a la montaña, o algo similar. Es un paraje con un río cantarín y unas colinas que cada año nos iban pareciendo más bajas. Aquel primer año que recuerdo con nitidez, los preparativos para la excursión parecían no tener fin.

Estuvieron la tarde anterior haciendo tortillas, rebozando filetes, friendo croquetas. Como el ritual se repetía anualmente no es fácil olvidarlo: había que recordar meter refrescos, vinos, fruta, manteles, servilletas y un sinfín de accesorios por si acaso. Los preparativos comenzaban primero entre risas, pero progresivamente las risas se convertían en nervios, lo que suponía, eso lo sabía bien yo, peligro eminente.

Un gesto, una risita o un intento de meter la mano en algunos de los manjares camperos podían acarrear un coscorrón, un violento empujón o incluso un bofetón. Nuestra función, la de los niños, consistía en esperar pacientemente a que estuviera todo preparado y repartido en los coches, lo que dado el pequeño tamaño de los utilitarios de entonces, era una tarea complicada.

No sabían si ponernos juntos a todos, repartirnos por edades o cada uno con sus padres. Entrábamos y salíamos tres veces de cada coche. Los conductores estaban cada vez más exaltados, y los niños recibíamos una colleja sin saber por qué, ¡ojalá hubiéramos podido ser invisibles entonces! Recuerdo haber pensado insistentemente que era mucho más fácil comer en casa, pero jamás lo dije, como tampoco dije lo que me gustaría llevar al campo, ¿para qué? yo era entonces una insignificancia con la que había que cargar, así que cuanto más callado, mejor.

Por eso mi sorpresa y hasta admiración cuando oigo hablar, aunque sea por enésima vez, del pequeño déspota que organiza la vida de los demás en función de sus caprichos, de que es ese pequeño rey de la casa quien ordena sin piedad. Casi caigo en la tentación de considerar héroes a estos personajes de que hablan y

a los que he tenido la oportunidad de padecer en ocasiones. Pero no, ellos jamás conocerán la dicha que proporciona la obtención de un regalo esperado durante años, o de conseguir por medios propios lo que te negaron en tantas ocasiones.

Y sonriendo, cuando la tertulia termina y aprovechando que la playa está casi desierta, decido bajar a hacer mi propio castillo, parándome antes en una tiendecita de chucherías para equiparme con una caja de sabrosos donuts.

AGIBÍLIBUS

Santiago de Ossorno

Según la Real Academia Española: Habilidad, ingenio, a veces pícaro, para desenvolverse en la vida.

Al comienzo del curso escolar acababa de cumplir quince años y empezaría sexto de Bachillerato en el colegio Santiago, no tenía edad para fumar, dinero, ni tampoco permiso materno para hacerlo en público sin sufrir las consecuencias; además no había probado el tabaco en mi todavía corta vida, a pesar de lo cual me dediqué durante el curso a la venta clandestina al por menor de cigarrillos de la marca Celtas cortos.

El comedor del Bajo, así llamábamos al colegio por estar situado en Carabanchel Bajo, tenía dos puertas de acceso para los alumnos, de modo que acabados desayuno, comida y cena —la entrada al comedor se hacía en silenciosa formación—, a medida que los pínfanos iban saliendo del mismo cuando el Director lo autorizaba, se encontraban conmigo plantado en uno de los pasillos y con mi jefe en el otro; se trataba de un fortachón cordobés, rubio y sonriente, alma mater del negocio, que establecía las condiciones de venta y préstamo porque a determinados pínfanos, solo a unos pocos privilegiados con fama de buenos pagadores, se les fiaba el fumeque, los que no tenían parné debían conformarse con fumar las pavas (colillas) que recogían del suelo,

No entiendo por qué me eligió a mí para el puesto, ya que a la sazón todavía era un poco canijo, uno de los

más bajitos de mi clase y con cara de no haber roto nunca un plato; algo debió ver en mí, aunque el hecho de no ser fumador quizá lo tuviese en cuenta, quien evita la ocasión evita el peligro; el caso es que un buen día me lo propuso, a mí me gustó la idea de trabajar con él y acepté sin más, porque desde que lo conocí un verano en el Castillo de Santa Cruz lo tenía en un pedestal.

Retrocedamos algunos años atrás, comencé el curso escolar estudiando primero de bachillerato en Padrón; cuando llegó la Navidad no pude viajar a mi casa porque no tenía pasaporte militar para el tren y las estrecheces económicas familiares impidieron realizar semejante dispendio con gran disgusto por mi parte, ajo y agua era la consigna; de modo que tuve que quedarme en el colegio con otros veintiséis chicos más y juntos pasamos tan entrañables fiestas, por cierto que en nuestra página web hay una foto del día de Reyes Magos, 6 de enero de 1965, por eso sé cuántos éramos, en la que aparezco con el regalo que me trajeron, lo había pedido yo mismo por carta y los militares de la Región se encargaron de hacerlo realidad: un juego de carpintería.

Puede que aquella situación, incomprensible para un crío de apenas diez años que no había sufrido estrecheces económicas hasta quedarse huérfano por la gracia de Dios, sea la explicación racional de la aversión navideña que siempre he tenido y que sigo manteniendo en mi etapa adulta; no puedo hacer nada por evitarlo, menos mal que con la llegada de los hijos y más tarde de los nietos, he podido recuperar en parte la ilusión perdida, pero alguna herida ha debido quedarse sin cerrar.

Llegó el cálido verano y se repitió la situación, no

pude viajar a casa por falta de medios y de nuevo tuve que quedarme en el colegio; en esta ocasión solo fuimos cuatro o cinco los elegidos para la gloria, pero lo pasamos bien, no teníamos que estudiar, solo jugar y esperar tiempos mejores, con la exigente disciplina colegial en suspenso temporal hasta septiembre, cuando volviera el resto del alumnado. A finales de julio o principios de agosto, nos llevó una de las monjas a la estación del pueblo, allí tomamos un tren de aquellos de tercera clase que nos trasladó a La Coruña, en cuya estación fuimos entregados sanos y salvos al director del Castillo que nos esperaba en el andén a pie de vagón; aquel verano el director fue don Trinidad Carnicero Ruíz, para los pínfanos «la Trini», profesor de Latín, Geografía e Historia y Filosofía en Chamartín, el cual nos acogió con cariño. Falto de la figura paterna y alejado del resto de la familia, unos pocos profesores se convirtieron para mí en los modelos a seguir, máxime estando en una colonia veraniega dónde la vida era más relajada que en los internados de procedencia y podían mostrarse menos autoritarios.

El llamado Castillo es una construcción militar del siglo XVI, entonces propiedad del Patronato de Huérfanos del Ejército de Tierra y ahora del Ayuntamiento de Oleiros, situada en una pequeña isla frente al puerto de Santa Cruz de Lians en la provincia de La Coruña.

El primer día que subí a la barca que salvaba el recorrido de unos doscientos metros entre los muelles del Castillo y del pueblo, cuando la marea alta no permitía cruzar andando por donde actualmente se levanta una pasarela peatonal, tuve mi primera experiencia marinera; Manolo, nuestro querido barquero,

manejaba con la pericia de siempre la caña del timón y varios pínfanos mayores se hacían cargo de los pesados remos cuando, de repente, la barcaza se detuvo en mitad de la travesía; un fortachón cordobés, de pelo rubio cortado a cepillo e intensos ojos azules, con aquella pinta perfectamente podría haber sido el malo alemán de una película de aventuras, soltó su remo, se levantó, vino hacia mí y me preguntó si sabía nadar.

Algo atemorizado ante su imponente presencia le respondí que no muy bien y entonces dijo «Pues hoy vas a aprender», acto seguido me tiró al agua agarrándome por los sobacos, sin apenas oponer resistencia por mi parte y sin darme tiempo ni para quitarme la camiseta; antes de hundirme en las procelosas y gélidas aguas atlánticas de la bahía de Santa Cruz, ya estaba él dentro del agua dándome instrucciones para conseguir mantenerme a flote «mueve brazos y piernas y no tengas miedo que no te vas a hundir»; reconozco que al principio experimenté un ataque de pánico pero, tras haber superado con éxito mis tres primeros años de internado, antes había estado dos años en las Mercedes en Madrid, había desarrollado el suficiente orgullo pinfanil como para no venirme abajo, no podía dejarme superar por los acontecimientos si no quería quedar señalado para los restos.

Nadé, más bien pataleé y braceé, como mejor supe, intentando mantener la boca cerrada y la poca distancia que me separaba de la popa de la barca, que lentamente había retomado el rumbo inicial en dirección al muelle del pueblo; heladito de frío, tragando buchets de agua atlántica, procurando noirme a pique, hasta que Manolo ordenó enérgicamente

al formido cordobés terminar la prueba y este le obedeció al instante; a continuación nos izaron a los dos o tres novatos que habíamos sido arrojados por la borda para recibir nuestra primera clase práctica de natación en mar abierto; mientras nos rescataban nos manteníamos flotando agarrados a la barca, bajo la estrecha observancia de los veteranos, nadando cual patitos detrás de mamá pata, papel que en este caso representaba aquel gigantón rubio y sonriente, el único que se mantuvo en el agua hasta que nos sacaron a todos.

Posteriormente nos enteramos de que en el pueblo lo llamaban «O nadador», porque cada verano nadaba la distancia, entre ida y vuelta unas seis millas náuticas, que separan el Castillo del puerto de La Coruña; se embadurnaba de grasa y, seguido de cerca por la barca para auxiliarlo si fuera necesario, procedía a la larga travesía por aquellas heladas aguas; lejos de tomarle manía por el mal trago que me había hecho pasar, al saberlo me convertí en su admirador, aquél tío era Tarzán, mejor llevarse bien con el rey de la selva; cuando se me pasó el susto, comprendí que en el fondo solamente se trataba del bautismo de fuego al que éramos sometidos todos los novatos al llegar por primera vez al Castillo; como todos aprendíamos de forma natural, en el colegio a veces convenía tragarse el orgullo, disimular el mal humor y no tomarse las cosas demasiado a pecho para poder encajar sin traumas en la dura vida del internado y sobrevivir.

Retomando el relato inicial, los fumadores me pedían los cigarrillos que querían y pagaban a tocateja el precio establecido; tirando de memoria, un ejercicio arriesgado a cierta edad, un paquete de Celtas cortos costaba en el estanco 4,50 pesetas, casi un duro de la

época; para no equivocarme he leído el BOE número 272 del 12 de noviembre de 1968, página 16.025, dónde el Ministerio de Hacienda modificaba las tarifas vigentes por otras nuevas y lo justificaba de esta manera:

«La necesidad de aumentar los ingresos públicos para hacer frente a nuevas obligaciones, aconseja actuar sobre aquellas fuentes de los mismos cuya alteración resulte menos onerosa para el conjunto de la economía nacional. Tal ocurre con el tabaco, producto de consumo no necesario. Por otra parte, los precios de venta al público, tanto de las labores Extranjeras como de las producidas en nuestra Nación, son inferiores a los vigentes en el exterior, aun ponderando los elementos que intervienen en el nivel general de vida. La preocupación constante del Gobierno de mantener el poder adquisitivo de las clases económicamente débiles, ha llevado a no elevar los precios en las labores más baratas y de consumo más generalizado y popular, no obstante el sacrificio recaudatorio que ello representa. Por todo lo cual este Ministerio. a propuesta de esa Delegación ha dispuesto lo siguiente: Se fijan los nuevos precios para las labores Peninsulares que se indican, expresados en pesetas por unidades de venta al público en la siguiente Tarifa»

A continuación hay una larga lista de marcas de tabaco en la que he comprobado que el precio del paquete de Celtas cortos era de 4,50 pesetas (3,15 pesetas de Renta y 1,35 de Impuesto de lujo), tiene narices que los Celtas cortos pagasen impuesto de lujo cuando eran de pésima calidad y venían llenos de estacas. Los pínfanos, ciudadanos pobres de solemnidad debido a su propia naturaleza por la condición

de orfandad, no podían aspirar a otras labores más selectas como Ducados (12 pesetas la cajetilla), Habanos (17 pesetas), ni mucho menos al tabaco rubio Bisontes con filtro (15 pesetas), 1X2 con filtro (17 pesetas), Pipper mentolado (17 pesetas)...

A veces resulta interesante leer el BOE pasados unos cuantos años; las labores estadounidenses se llevaban la palma, Lucky Strike, Marlboro, Kent, Winston o L&M costaban a 18 pesetas la cajetilla de 10 cigarrillos, una barbaridad. También se vendían en cajetillas de 20, Camel, Chesterfield, Phillips Morris, Pall Mall y otros, pero entonces el precio ascendía hasta las 35 pesetas, prohibitivo incluso para los aspirinos.

Que yo recuerde, solamente vendíamos Celtas cortos, aunque puede que en alguna ocasión también hubiera Celtas Largos con filtro (a 9 pesetas la cajetilla), pero soy incapaz de recordar a cuánto se vendía cada pitillo; por una peseta te llevabas tres cigarrillos, la ganancia neta no llegaría ni a dos pesetas por paquete; para una mente comercial, no era mi caso puesto que trabajaba en negro, pudiera parecer un margen escaso, pero es que en el colegio se fumaba como carreteros y las cajetillas volaban.

El jefe tenía permiso para salir a la calle a comprar, en teoría el permiso era para otro tipo de compras pero los inspectores hacían la vista gorda —creo que acertadamente porque, si no hubieran permitido este escape, se hubiera creado mucha tensión y la vida colegial ya estaba bien servida sin necesidad de añadir nuevas prohibiciones—, volvía con sus cajetillas bajo el brazo y reponíamos existencias a diario; la carga máxima para llevar encima era la que cupiera en el fondo de los bolsillos superiores del trapillo, ni una

más ni una menos; descosíamos por dentro las costuras de los dos bolsillos formándose una gran bolsa hasta la mitad superior de la espalda en la que fácilmente entraban sin deformarse cinco o seis cajetillas por bolsillo, meter más no era apropiado porque entonces uno parecería el jorobado de París.

Aunque para hacer deporte me quitaba la chaqueta del trapillo y la dejaba apilada en el montón común de ropa mientras correteaba por allí, nunca nadie cogió ni un solo pitillo; hacerlo hubiera sido peligroso para el infractor, no por mí, que como he dicho era más bien enclenque, sino por mi jefe que cabreado era el Vesubio en erupción, sin humor para ciertas cosas.

Por mi colaboración yo no recibía un porcentaje de las ventas, sino que cobraba en especie, un triángulo de leche, un batido de cacao, un bollo suizo, una bolsa de pipas, unos sacis y cosas así que el jefe solía darme cuando volvía de la compra; a propósito, no lo he comentado antes, pero él tampoco fumaba, era un deportista de los de mens sana in corpore sano. Si hubiésemos fumado los dos, aquello habría sido como dejar a un zorro cuidando del gallinero.

Acabado el curso, mi jefe dejó el colegio para irse a estudiar al colegio de Valladolid y con él se esfumó — nunca mejor dicho— mi etapa como estanquero aficionado, supongo que por ley de vida alguien se haría con tan lucrativo puesto, pero la corta experiencia me vino de perlas; gracias a los conocimientos mercantiles adquiridos ese año, durante el curso siguiente me asignaron el negociado de las compras de alimentación; al empezar el recreo de la tarde me ponía en la puerta de secretaría, junto a la escalera principal, la gente me encargaba sus pedidos (previo pago por adelantado del importe) que yo anotaba en una lista

antes de salir a la calle General Ricardos para hacer la compra en las tiendas del barrio; cuando acababa los recados volvía al colegio, dónde los compradores me esperaban ansiosos para recibir y consumir ipso facto su mercancía antes de volver a entrar al estudio.

Es evidente que mi espíritu nunca ha sido comercial dado que yo no sacaba rendimiento económico alguno a la actividad, pero a cambio salía todos los días media hora a la calle y para mí eso representaba mucho, era el escape diario que me ayudaba a sobrellevar los rigores del internado; me pasaba el día esperando el momento de salir a comprar para olvidar durante unos minutos el obligado encierro, pisar la calle, ver a la gente que iba y venía, mirar con envidia a los chicos y chicas de nuestra edad que paseaban por allí y a los que entraban en el cine Los Ángeles a la sesión doble de cada tarde; si uno no ha sido pínfano o no ha estado preso largo tiempo, puede que no lo entienda pero eran los mejores treinta minutos del día.

Bien, esa fue mi experiencia de compraventa en el colegio Santiago, nada del otro mundo por otra parte, pero a mí me vino muy bien poder disfrutar de aquella válvula de escape.

No he dicho quién era el jefe, se dice el pecado no el pecador, aunque todavía recuerdo perfectamente su nombre, los dos apellidos, el mote y su dirección postal completa en Córdoba, pero seguro que más de uno sabe de quien estoy hablando.

TRES IMPRUDENCIAS

Francisco Antonio Álvarez López

A estas alturas de la vida —y son muchos años ya— pocas cosas me sorprenden, pero agradezco que así sea, pues el día que nada llame mi atención, creo que no merecerá la pena seguir caminando.

No acabo de comprender a esa gente que sintiéndose orgullosa de todo lo que han hecho en su vida, no se arrepienten de nada, cuando yo por mi parte, raro es el día que no me arrepiento de algo.

Tampoco es cuestión de estar todo el día afligiéndome y reprochándome por actos, pero lo cierto es que he cometido muchos errores; actos imprudentes que al pensar en ellos me sirven para tratar de evitar y repetir en futuras ocasiones.

Hoy quisiera recordar por orden cronológico solo tres de las muchas imprudencias cometidas, reconociendo que cualquiera de ellas me pudo costar la vida.

Primera imprudencia

Tenía yo trece años y estaba internado en el C.H.O.E. Colegio Huérfanos Oficiales Ejército de Chamartín, en Madrid. Los domingos solíamos salir en grupos a pasear por los alrededores del colegio: Arturo Soria, López de Hoyos, Ciudad lineal, etc.

Aquel domingo por la tarde estábamos en el pinar del Rey y viendo una gran torre metálica de la luz, le dije

a los compañeros:

- Yo me subiría hasta arriba.
- No eres capaz —me dijeron todos.
- Que sí.
- Que no.
- ¿Qué os apostáis?
- Cinco pesetas —me dijeron.
- Está bien, allá voy.

Y cuando empiezo a subir, un señor que pasaba por allí, me gritó:

—Chaval, ibaja inmediatamente!

Asustado bajé, pensando que me daría una paliza o algo por el estilo, pero el buen señor, de forma tranquila y respetuosa me explicó lo peligroso que era subir a una torreta de alta tensión, como aquella, porque me podría costar la vida.

Naturalmente que agradecí su consejo y con el miedo que me metió en el cuerpo, jamás se me ocurrió hacer cosa parecida. De hecho, a partir de entonces a la electricidad le tengo pavor y la miro con recelo.

Segunda imprudencia

Con veinte años recién cumplidos, pesando setenta kilos escasos, me abalancé sobre los cuernos de un toro de cuatrocientos cincuenta.

Fue un mes de agosto en Cuéllar (Segovia) donde se celebran los encierros más antiguos de España. Varias localidades rivalizan por este título, pero lo cierto es que sólo Cuéllar lo puede acreditar documentalmente, remontándose dicha costumbre al siglo trece, año de

mil doscientos quince.

Había ido yo a ese precioso pueblo con mi amiga americana Christine Smith. Esperábamos en la plaza de toros la llegada del ganado. Entraron los toros y rápidamente los cabestros llevaron la manada a toriles, pero un toro se quedó rezagado muy cerca de la puerta.

Un grupo numeroso lo rodeó y el animal permanecía quieto. Le digo a Chris:

—Voy allá. Sácame una foto.

Me acerco al grupo, me coloco frente al toro y en un momento determinado me lanzo sobre él, cogiéndole por los cuernos. A partir de ahí no recuerdo lo que pasó. Sólo sé que el animal entró en toriles y yo me voy al tendido cinco, donde estaba Chris, preguntándole muy ufano:

—¿Me sacaste la foto?

—No te vi —me contestó.

¡Vaya decepción! Yo jugándome la vida como valiente español y la americana ni me vio.

Mi reproche solo fue una enorme carcajada y volviendo la mirada hacia toriles le dije al toro:

—Muchas gracias, compañero.

Tercera y última imprudencia

... por ahora. Verano de mil novecientos ochenta.

Me entero de que los radicales batasunos han organizado lo que llaman «La quema del facha» en la principal plaza de Vitoria, la de la Virgen Blanca.

La plaza abarrotada de gente y en ese momento entro yo, cruzando entre el gentío, con zapatillas deportivas,

pantalón vaquero, un pequeño revolver dos pulgadas, cinco balas calibre treinta y ocho especial en la cintura, oculto bajo una camisa de manga corta.

Me dirijo al monumento donde estaba un muñeco tamaño natural, vestido de azul con la bandera de España en una mano. Le quito la bandera y alejándome tranquilamente les digo en alto:

—Ahora ya lo podéis quemar.

Cuando salía de la plaza oía voces que decían: «txakurra, kampa, fascista, etc.» Pero sin volver la vista atrás, me largué tranquilamente enarbolando la bandera.

Si hoy hubieran tenido lugar cualquiera de estas acciones seguro que habría algún documento gráfico que pudiera testificarla, pero en estas ocasiones dudo que haya quedado alguna prueba, cosa que por otra parte, no me preocupa en absoluto.

Como decía al principio, estas son tres imprudencias representativas cometidas a lo largo de mi vida de las cuales quería dejar constancia pues nunca me gustó comentarlas.

Por supuesto que, reconociendo que cualquiera de las tres son imprudencias temerarias, nunca me he sentido orgulloso de las mismas, sino más bien arrepentido de haberlas cometido.

Trato con esto de decir a quien me quiera atender que nunca siga mi ejemplo en asuntos similares, aunque yo, a pesar de los pesares, sigo cometiendo errores.

TODAS A UNA

María del Río L. Garachana Román

(Este es un relato novelado de un hecho real, aunque los nombres son fruto de la imaginación. Pido disculpas a las autoras por las licencias que me he permitido)

Tiembla el asiento y el paisaje corre. Campos, bosques, matorrales pasan a toda velocidad. Las nubes cubren el cielo al atardecer y a lo lejos se divisa una franja brillante. Uno, dos tres... cientos de postes unidos por una tela de araña de cables quedan atrás. Dentro del vagón, un silencio solitario nos envuelve, el resplandor de las pantallas de los móviles destaca entre las butacas. Recuerdo cuando viajaba desde mi pueblo al internado. Tenía dieciséis años y el vagón llevaba departamentos separados. Hacíamos amigos en los viajes, jugábamos a las cartas, compartíamos la merienda y hasta la bota de vino rondaba entre todos...

Llegar al colegio: un vuelco en el corazón, una nostalgia de la familia, del amor aparcado en el pueblo, unas ansias enormes de que pasaran los primeros días, y recordarlo todo como algo lejano, acostumbradas otra vez a la rutina. Aquel año fue especial, estábamos en Sexto de Bachiller, el curso discurrió con normalidad. En mayo teníamos los exámenes finales y, en junio, si aprobábamos, debíamos enfrentarnos a una Reválida que abarcaba los contenidos de Quinto y Sexto curso.

Entre unas cuantas decidimos atajar el estudio haciéndonos con las pruebas de los exámenes antes de estos. La Secretaría estaba en la planta baja; a continuación de la puerta había un espacio; después un mostrador con una mampara de cristal traslucido y una ventanilla desde la que se atendía a la que fuera a preguntar o solicitar algo. En este «horno», lleno de máquinas de escribir y multcopistas, se cocinaban todos los exámenes para las trescientas sesenta alumnas que estudiábamos allí.

Una noche de finales de mayo nos acostamos como siempre, pero el corazón nos iba a cien. Teníamos escondidos los guantes y las linternas, nos metimos en la cama casi vestidas, con el camisón encima. Nos costó bastante disimular, porque dormíamos en un gran dormitorio, en la primera planta, con otras cincuenta compañeras y una monja, que nos vigilaba para que estuviéramos en silencio.

Cuando se apagaron las luces y sentimos acostarse en su camarilla a la madre Teresa, esperamos media hora de reloj para darle tiempo a que se durmiera. Después nos levantamos sigilosamente Pilar, Elena, Paula, Carmen y yo. Caminábamos en fila, casi sin respirar; las linternas de la primera y la última provocaban luces y sombras, y un sudor pegajoso nos corría por la espalda.

Llegamos a la puerta de Secretaría y Elena, que se había pasado un mes entrenando para abrir puertas con una horquilla, abrió a la primera. Después había que saltar la mampara, de esto se encargaban Paula y Carmen. Pilar y yo alumbrábamos; cuando saltaron, abrieron la ventanilla, y les pasé una linterna. Elena, mientras, vigilaba. Localizaron los exámenes y a toda prisa se hicieron con el botín deseado. Había que

volver a saltar la mampara, Paula salvó el obstáculo con limpieza, pero Carmen dio un golpe con la rodilla y oímos el crujido del cristal. Sin mirar atrás cerramos la puerta, escondimos la prueba de nuestro delito debajo de las ropas y, silenciosas y veloces como felinos, regresamos a nuestras camas.

Al día siguiente nos guiñamos, unas a otras, dos veces el ojo derecho, era la señal: «Aventura con éxito». Conforme discurría la mañana las clases se sucedieron sin sobresaltos, pero llegó el recreo. Eran las doce del mediodía, un trío con cara de pocos amigos se presentó en el aula: la madre Superiora, la tutora y la Jefe de Estudios. Madre Natividad era como un armario y con más autoridad que Napoleón.

—Señoritas alumnas de este Colegio de Huérfanas de Militares, hagan el favor de confesar inmediatamente quiénes han sido las que han cometido el robo de los exámenes la noche pasada —bramó la Jefe de Estudios.

—.....

—Se lo voy a repetir por última vez: ¿quiénes han robado, con nocturnidad y premeditación, los exámenes y, además, han roto la mampara de cristal de Secretaría?

—.....

—Quedarán ustedes de pie hasta que decidan hablar, por supuesto, si no se aclara esto antes de la hora de comer seguirán aquí sin comer —dijo Madre Natividad.

La Madre Superiora y la Jefe de Estudios salieron con buen paso, y la tutora se sentó en su silla, colocada encima de la tarima, y se puso a leer.

Yo pensaba, «Ay cuando se entere mi madre, qué disgusto y qué riña voy a tener», y supuse que las

demás pensarían lo mismo que yo.

Pasaron las horas y nadie se movía. Llegó la hora de comer, y nadie se movió. Otra monja sustituyó a la tutora. Cuando llevábamos cinco horas de pie nos permitieron sentarnos. Cada hora que pasaba nos hacían la misma pregunta y obtenían el silencio por respuesta. Llegó la hora de la cena, nos mandaron al comedor, cenamos en completo silencio. Cuando acabó la cena, la Jefe de Estudios se presentó en el comedor.

—Señoritas, vista su actitud, hemos avisado al general Gutiérrez del Valle y mañana tendrán que responder ante él por su delito. Les adelanto que aquellas que han llevado a cabo esta fechoría suspenderán el curso y se irán a su casa hasta los exámenes de septiembre. Ahora ya pueden irse al dormitorio y espero no oír ni una sola palabra.

Desfilamos para el primer piso como corderos que van al matadero. Las compañeras de los otros cursos nos miraban con cara de susto.

Doce horas después apareció el General con la «plana mayor» del colegio. Desde el desayuno seguíamos de pie en el aula.

—Señoritas, vergüenza tenía que darles querer aprobar haciendo trampas. Eso es indigno de ustedes. Como hijas de militares deberían tener como bandera la honradez... —Así continuó una bronca del General de una hora, mientras las monjas que lo acompañaban asentían con gestos a todos sus reproches y echaban fuego por los ojos.

Por último, nos dijo:

— Las que cometieron el delito deberán dar un paso adelante y librar a sus compañeras del castigo y el

deshonor.

Ante su asombro, dimos un paso adelante toda la clase. Durante un rato, que pareció eterno, se oyó un silencio atronador.

— ¡Enhorabuena! —rugió el General—, son dignas hijas de sus padres. Estoy muy orgulloso de ustedes. Y ahora... váyanse a sus casas hasta septiembre.

COLONIAS ESCOLARES

Tomás Gamero García

En verano nos daban la oportunidad de ir a las llamadas «Colonias».

Eran en el mes de Julio. Mi madre, que no andaba bien de dinero como casi todas las familias de huérfanos, me mandaba esos días de vacaciones y así ahorraba un poquito para lo que aún quedaba de verano.

—¡Ya verás qué bien lo vas a pasar! —Me decía convencida de que era lo mejor para mí. Yo no quería.

En Aranjuez me lo pasaba de maravilla. Todo el día fuera de casa. Desayunaba y ¡a la calle! Subía a los árboles, cazaba ranas, renacuajos, me bañaba en el río. ¡Ay! Si mi madre se hubiera enterado. Enseguida se echaba mano a la zapatilla y tú ¡a correr! Menos mal que nunca lo supo. Bueno no sé si de mayor se lo conté, pero ya no había peligro de «zapatillazo».

—¿Pamplona o Fuengirola ?. Creo que mejor Pamplona, no vaya a ser que te pase algo en el mar. Me quedo más tranquila. Pues a Pamplona, No la conocía.

El colegio era grande, muy grande. Con ventanales altos y rejas negras y gordas. Era muy diferente a Las Mercedes, que es pequeñito y acogedor.

Enfrente estaba la muralla. Dentro de ella compartimentos con grandes puertas de madera. Todas las mañanas los operarios las abrían y sacaban los utensilios de limpieza. Me llamó la atención los carros con escobas que arrastraban a mano y a juzgar por los gestos de los barrenderos deberían pesar una

barbaridad.

—¡Arriba gandules! Gritaba y palmeaba sor Luisa.

—Vamos, Juan —dije a mi amigo.

—¡Tengo sueño!

Yo, que llevaba un buen rato despierto viendo los acontecimientos de la muralla me eché a reír y le pegué un buen empujón. Nos mandaron poner las zapatillas de plástico.

—¡Eso es que vamos al río!

—¡A desayunar! Hoy solo leche y galletas. Los bocadillos los comeremos en el río.

—¡A formar filas! ¡Venga! De dos en dos.

Era lo que peor llevaba. Siempre en fila. Menos mal que Juan y yo íbamos a nuestro aire, lo que nos valía alguna regañina de sor Luisa que en eso era muy estricta.

El río no estaba cerca precisamente. Había un buen paseo, pero lo hacíamos con alegría y cantando. La mañana era espléndida. Hacía un sol radiante y presentía que lo iba a pasar de maravilla. Los trinos de los pájaros animaban el ambiente y un olor a fresco se diluía por todo. Los cantos sonaban cada vez más altos y claros. «Un elefante se balanceaba sobre la tela de una araña y como veía que no se caía fueron a llamar a otro elefante»... y así uno, dos, tres... A veces se paraba un coche grande y negro, como esos que salen en las películas.

Se bajaba Don Ramón y nos daba caramelos y golosinas. Nos animaba a seguir cantando y tener mucho cuidado al bañarnos. Llegamos .

—No, no, nada de ponerse a jugar —dijo la Madre—. Primero la gimnasia.

Otra vez a hacer filas. Tengo delante la foto vestidos con un bañador de dos piezas y con los brazos en alto. Estábamos apáticos, lentos, la Madre no conseguía nuestra atención, así que enseguida nos metimos en el agua. Después partido de fútbol para «hacer gana», como decía sor Luisa. Los bocadillos casi siempre eran de mortadela, pero a mí me sabía a gloria.

A la vuelta descanso y la comida. Después la siesta que era sagrada y aprovechábamos para las peleas de almohadas, hasta que aparecía alguna madre y nos obligaba a tirarnos en la cama. De merienda pan con chocolate terroso que era una maravilla, dulce, dulce.

Por las tardes nos llevaban a un parque muy grande y verde. Había una montaña y nos tirábamos rodando.

—¡Voooooy! —Avisé a todos. A Juan no se le ocurre otra cosa que tirar una piedra rodando por la pendiente. Cuando llegué abajo y levanté la cabeza me la encontré de lleno en la frente haciéndome un corte considerable.

—¡Han «escalabrao» a Antonio —empezaron a gritar. Me levanté como pude, asustado por la sangre. Al hospital y unos cuantos puntos.

Aún se me nota. A veces me toco la cicatriz y recuerdo cómo me la hice. Sonríe y pienso en lo feliz que era.

No descuidábamos los estudios. Nos daba clase sor María que no nos dejaba ni movernos.

—Hay que prepararse bien que el año que viene tenéis el Ingreso y es complicado.

Todas las tardes dos horas de trabajo. Dictados, cuentas, problemas.

También geografía e historia. Mares, ríos, cabos, los

Reyes Godos.... aún los recuerdo. ¡Ay! La tan denostada enseñanza memorística ¡qué bien nos vino en aquella época!

Y más cuentas y más dictados...

Si tenéis tres faltas ya no os siguen corrigiendo. Y las cuentas todas bien. Suma, resta, multiplicación y división de tres cifras con prueba.

—Pues sí que es complicado —me comentó Juan.

—Bueno, bueno. Eso será el curso que viene.

Algunas tardes nos llevaban de paseo por la ciudad. Hasta ahora solo conocíamos el camino al río, así que nos alegramos mucho, esta vez sí, cuando nos mandaron hacer filas.

—Juan, ya sabes lo que tenemos que hacer.

—¡Estás loco Antonio! Nos van a pillar

—¡Qué no! ¡Ya verás lo bien que lo pasamos!

El plan era salirnos de la fila cuando no nos viera sor Luisa y darnos un paseíto por la ciudad a nuestro aire, sin ir en la maldita fila.

Como siempre íbamos de dos en dos y cantando. Las calles me parecían todas iguales y me aburría.

—Vamos, vamos Juan.

Me pegó un estirón y me sacó de la fila.

—¡Cómo nos pillen! ¡Nos la cargamos!

Empezamos a recorrer la muralla, pero subiéndonos arriba.

¡Menuda diferencia! Era una maravilla poder correr por ella sin que te dijeran nada. Nos bajamos y seguimos por una calle estrecha llena de bares y de gente. Nos miramos asustados pero seguimos hasta llegar a una plaza muy grande.

—Ven, vamos a tomar un helado. Tengo dinero.

Yo me pedí un cucurucho de fresa que me lo comí poquito a poco, para que me durara más.

—¡Qué diferencia con esos de hielos con líquido dulce que estamos acostumbrados a tomar en las ferias!

—¡Lástima qué no haya algodón!... No podía ser todo...

—Y esa parroquia ¡Qué alta!... Y ahí acabó todo.

—¡ Me hace daño! ¡Déjeme!

—¡Ven aquí diablillo!

Un policía tiraba de nosotros y de verdad que me hacía daño. Me puso las orejas de soplillo.

—Eso os pasa por escaparos del colegio. Ahora las Madres os dirán una cuantas cositas.

Éramos la comidilla de todo el grupo. Y ¡los héroes! No paraban de preguntarnos qué habíamos hecho y dónde habíamos estado. Nos creíamos importantes, pero las consecuencias iban a ser terribles.

—¿Y si os hubiese pasado algo? ¡Menuda trastada y gorda!

Ahora a decírselo a vuestras madres y esperemos que no acabe en expulsión.

Consecuencias. No hubo expulsión, pero no volvimos a salir a la calle hasta que terminaron las colonias. Aburrimiento total.

Recapitando de mayor reconozco que fue una chiquillada sin mala intención pero que pudo haber acabado mal.

Me arrepiento.

Llegó Octubre y comienzo de curso.

—Juan ¡Qué alegría! ¿Cómo te ha ido?

—Bien, por decir algo. Todo el verano castigado sin salir de casa y con deberes todos los días. ¡No sé cuántos libros me he leído!

—¡Anda! Casi lo mismo que yo. Encerrado en casa. Aparte de deberes también tenía que ayudar a mi madre en las tareas de la casa. Mis mejores amigos han sido la escoba, el cubo y la bayeta. ¡Ah! Y hacer los recados.

—Ahora no se nos ocurrirá darnos un paseíto por Madrid...

—¡Que no, que no! Siempre en fila allá dónde vayamos.

Y nos faltó tiempo para salir al patio a jugar al fútbol.

LA RESIDENCIA

María Blanca Blanquer Prats

La residencia estaba en la falda de la montaña, frente al mar; en un edificio moderno, bien acondicionado, con dormitorios individuales y salas comunes, en que no faltaba la capilla, el consultorio ni la sala de visitas. La capilla era pequeña y acogedora: la sala de visitas amplia y bien amueblada; el consultorio ocupaba un pequeño espacio al fondo de la planta baja y por la parte posterior se comunicaba con un edificio anexo en el que estaba la enfermería que apartaba de la pequeña comunidad humana a las residentes con enfermedades graves o en fase terminal. En el jardín abundaban los tilos que bordeaban las alamedas y daban nombre al lugar. La cancela abierta como símbolo de la libertad de que gozaban aquellas aves, con las alas rotas, que ya no tenían un nido al que volver.

La sala de visitas era la menos usada; el consultorio, lugar de concurrencia matutina en que el Doctor Forteza escuchaba amablemente la descripción de dolores y molestias; la mayor parte de las veces tenían su origen en la soledad y el tiempo que abrían las llagas del miedo en las carnes decrepitas y sabía que su hedor podía disiparse con las pastillas inocuas que las pacientes atesoraban diferenciándolas por sus colores: La roja por la mañana, las blancas al medio día, la rosa antes de acostarse..

Con la misma lentitud que las tardes se acercaban a las noches, las vidas se agotaban deslizándose por el tobogán que las conducía a lo inevitable. La muerte,

como las flores en primavera o las nieves del invierno, tenía su tiempo señalado y, aunque el clima o los tratamientos la retrasaran, su cita era inexorable. Su antesala era la enfermería; se regulaban las visitas, y en momento determinado quedaban prohibidas porque la agonía no necesitó más diálogos que aquellos que tuvieran a Dios como interlocutor

Cuando alcanzaba a alguna de ellas el cadáver salía por una puerta trasera hacia el tanatorio municipal y el funeral se celebraba en la Parroquia del cercano pueblo al que acudían, en aras de la intimidad, solo los parientes, Doña Mercedes y, algunas veces, el médico. La Directora se encargaba de darles la triste noticia de que la compañera había alcanzado el merecido descanso y gozaba de una vida mejor.

Una vida mejor... Así se llamaba a la muerte en la Residencia. La muerte era otra compañera, oculta, temida y persistente que podía alcanzarles bajo el techo de las habitaciones o la sombra de los tilos del jardín; y siendo que todas se aferraban a la vida que restaba sin ansias de conocer esa otra mejor, dejaban que alguna lágrima secase en los pañuelos y se esforzaban en imaginar el rostro que sustituiría al que fue de la compañera, quizá amiga, ocupando la plaza vacante que ella dejó.

Entre los muros de la Residencia se reproducían los modelos de la sociedad que las había relegado y surgían los afectos, las confidencias, las rencillas y los enfados que podían deberse a desacuerdos sobre el nivel de la sal en las comidas u opiniones contradictorias acerca de los protagonistas de los seriales que aparecían en la única ventana real que les asomaba al mundo que no era sino el televisor; cambiaban los sentimientos como los niños pasan de la risa

al llanto con actitudes propias de la infancia perdida a la que su razón parecía regresar. Después cesaba la espuma de su oleaje y, sobrevení­a la calma, a falta de proyectos de futuro se contaban las historias del pasado que guardaba la pálida memoria deformada.

Las había que ingresaron porque no tenían familia; otras, más afortunadas, aún tenían parientes que les escribieran o las visitasen. Y estaban aquellas que llegaron para estar un tiempo y seguían esperando que los hijos cumplieran la promesa de ir a buscarlas; en la fecha revista preparaban su maleta tejiendo un manto de esperanza que perdía los hilos al anochecer cuando las prendas recuperaban su lugar en la cómoda o el armario. Doña Mercedes, la Directora, era el testigo petrificado por la experiencia de las decepciones y maestra en las excusas vanas que deslizaba en oídos atentos y tan necesitados de creer en sus palabras.

Doña Manuela nunca había oído hablar de la Residencia cuando los dolores de espalda que ya conocía se tornaron insoportables y persistentes, se extendieron a las piernas restándoles fuerza y movilidad y, tras someterla a una serie de pruebas, el traumatólogo diagnosticó una estenosis que debía ser tratada quirúrgicamente y a la mayor brevedad.

Begoña, su nuera, tenía un primo hermano director de un hospital alicantino al que inmediatamente fue trasladada; la sometieron a una laminectomía y meses más tarde tendrían que hacerlo a una fusión espinal. Entrambas operaciones Pablo, su único hijo, buscó un lugar cercano que permitiera acudir a las consultas evitando los continuos viajes que, en otro caso, hubiera tenido que hacer desde Madrid. Se barajaron distintas opciones y Los Tilos resultó elegida por el

emplazamiento próximo a Alicante y la comodidad de las instalaciones. Pablo resolvió todos los trámites y la ambulancia la trasladó al lugar en que le asignaron una habitación con cama adaptable como la que tenía en el hospital.

El único problema era que la invalidez de Doña Manuela requería una atención permanente y la directora sugirió varios nombres de mujeres que habían cumplido estas funciones siendo Reme la elegida, una cuarentona, robusta, con el pelo rojizo, de manos expertas en los masajes que frecuentaba la Residencia para hacer sustituciones o atender a las internas. Pablo acordó con ella el horario y el sueldo y le regaló un teléfono móvil para que pudiera comunicarse con él a cualquier hora del día o de la noche porque su trabajo le impediría desplazarse con la asiduidad que le hubiera gustado.

Doña Manuela asistió impávida a los acuerdos alcanzados, demasiado débil para intervenir y al atardecer llegó hasta ella el olor de la tierra húmeda que le hizo recordar...

La vetusta casa de sus primeros años al pie de la colina cuyos alrededores eran el edén que recorría en los paseos cogida de la mano de su madre; la chaqueta del abuelo que se inclinaba en la manga sin brazo que cubrir porque su carne destrozada quedó entre los escombros de un edificio bombardeado, los flores frescas y silvestres ante el retrato del hombre joven, al que nunca pudo llamar padre porque perdió la vida en una batalla de esas en que algunos ganan y todos pierden, y la guerra la condenaría con apenas unos meses a la orfandad.

Hasta que la humedad trepó por los muros, el frío

reventó las cañerías, la nieve anidada largo tiempo sobre las tejas lo agrietó y como la guerra se había llevado vidas y haciendas se enfrentaron a un coste que no podían afrontar y la vendieron a una empresa de hoteles que la convertiría en un albergue rural. Con el precio de la venta compraron un piso pequeño en Madrid y guardaron el resto para alguna emergencia porque en aquellos tiempos, cuando la previsión no formaba parte de los problemas de las clases acomodadas ni existía una Seguridad Social obligatoria, quienes perdieron sus pocas o muchas riquezas, estaban destinados a la penuria. Todos sobrevivían con la pensión de viudedad de la madre.

Al principio no podía salir de la habitación; las residentes acudieron a conocerla, a interesarse por su dolencia. Cuando la fatiga era visible en sus facciones, Reme las alejaba a pretexto de los tratamientos que debía prodigarle y Doña Manuela conseguía el tiempo del reposo que tanto necesitaba.

Unas semanas más tarde empezó la rehabilitación; era tan dolorosa que la hubiera rechazado resignándose a la invalidez si Reme no se lo hubiera impedido con pequeñas claudicaciones en los ejercicios y las palabras de ánimo. Cuando intentaba levantarse su cuerpo se transformaba en plomo y la columna en un sable que atravesaba la espalda. Pero Reme estaba allí, para sostenerla, para sonreírle, para celebrar los pequeños progresos a costa de los grandes sufrimientos. Meses más tarde pudo sentarse en una silla de ruedas y acudir a los lugares comunes de la Residencia y pasear acompañada por la fiel asistenta a través del jardín. Pablo llamaba de vez en cuando pero sus ocupaciones le impidieron asistir, como hubiera querido, para ser testigo de la mejoría.

Doña Manuela se debatía entre el reproche melancólico y la comprensión; Reme le decía que los hombres, ya se sabe, cuando tienen trabajo no lo pueden dejar por si los echan... Y entonces le contó la historia de los botones...

Había pasado la infancia en el colegio de huérfanos de Aranjuez al que llegó siendo una niña delgada y pecosa y del que salió convertida en una grácil mujer en cuyo equipaje de regreso guardó la florecilla que arrancó del pequeño parque que ampulosamente llamaban la pradera, los rostros y nombres de sus amigas y de algunas monjas, y las notas del último cántico ante la gruta de la Virgen, madre del santo recuerdo... que, efectivamente, nunca pudo olvidar. Quería estudiar medicina o biología y aprovecharía lo que ya eran las perpetuas vacaciones del colegio para disipar las dudas que aún tenía.

Mas he aquí que el regreso no fue el esperado; los abuelos no estaban, por vez primera, en el andén de la estación, transformados los cuerpos en esculturas desvencijadas. Sintió el temblor en los abrazos viejos al estrecharla e intentó asimilar la imagen a través de las aguas que le inundaban los ojos. Apenas pudo dormir; al levantarse observó que algunos muebles de valor que aún conservaban habían desaparecido y su madre, pálida y enflaquecida, atendía solícita a las necesidades domésticas: Su primera función era el aseo personal de los ancianos, distribuía los desayunos, limpiaba la casa, cocinaba, lavaba la ropa entre la que abundaban las sábanas porque el declive fisiológico requería que se cambiaran con frecuencia. Los escasos ahorros se habían agotado y no podían pagar ninguna ayuda.

Ser médica, o bióloga, ambas podían llevarla al éxito,

quien sabe si a la gloria, pero jamás le conferirían la dignidad de su madre, una viuda, una simple ama de casa de esas que las siguientes generaciones demostrarían en pro de la independencia económica y eran el vivo ejemplo de la entrega sin recurrir a los lamentos. La escena familiar traspasó sus ojos de niña penetrando en su alma de mujer y dio un salto a la prematura madurez dejando atrás la primera juventud que ya nunca volvería.

Manuela, empezando desde las tareas más elementales, aprendió a llevar una casa. Si tenía un rato de descanso lo aprovechaba para transformarse en los personajes de sus libros consumiendo su fuego interior en la intemperie de los mundos que jamás conocería, a veces cenicienta redimida, otra princesa enamorada... Cuando los ojos, primero del abuelo y casi inmediatamente de la abuela, se cerraron definitivamente, aún tuvieron que pasar semanas para darse cuenta del enorme cansancio que durante años arrastraron.

Poco después el presidente de la comunidad de propietarios les planteó la necesidad de rehabilitar la finca conforme a un presupuesto tan elevado que no podrían hacer frente a la deuda. Pensaron en venderlo, buscar otro en alquiler, pero el estado del inmueble era tan lastimoso que su precio sería mínimo, los arrendamientos se habían encarecido y los números no daban confianza en ninguna solución; salvo conseguir otros ingresos mediante alguna clase de trabajo. Iniciaron el peregrinaje hasta que su madre lo consiguió en una tienda de ropa de la que recogía las prendas para adaptarlos a las formas o caprichos de las damas. Manuela, al principio, solo iba a comprar las cremalleras y botones a una mercería cercana.

Tomás, hijo de los dueños ayudaba en la elección y ocasionalmente deslizaba en el paquete algún botón de más, una cinta, un pedazo de encaje. Mas tarde se interesó por las prendas, aprendió a diseccionarlas, reprodujo los modelos y ensayó sus primeras blusas y faldas. Tomás le propuso exponerlas en sus escaparates. La relación entre los jóvenes se iba estrechando y conocieron de un amor sustentado en la mutua comprensión, la inquebrantable confianza y la ternura.

Su boda fue sencilla y entrañable. Un vestido de blanco satén confeccionado por ella misma, flores en la cabeza que a modo de ramaje desparramaban el tul. Antes de salir hacia la Iglesia su madre le dijo que se sentara porque tenía algo importante para ella. Abrió un estuche de terciopelo azul que guardaba el anillo con el más hermoso brillante que hubiera imaginado.

—Ha pertenecido a muchas generaciones de la familia de tu padre, hasta que llegó a tu abuela y ella me encargó que te lo entregase como su regalo de boda en el día que contrajeras matrimonio.

El anillo en su mano rivalizaba con la mirada que humedecía la emoción.

Después de casada Manuela continuó con sus diseños; Tomás le sugirió que podía venderlos en otros puntos de la ciudad y Manuela se sorprendió de que tuviesen tan buena acogida que no pudiera atender todos los pedidos. Contrataron a dos costureras, alquilaron una planta baja, larga y oscura, para instalar un taller, aumentaron los pedidos y las trabajadoras, ahorraron lo suficiente para comprar una pequeña nave y al cabo de unos años tenían su propia fábrica en un polígono, sus representantes en

toda España y un nombre reconocido en el sector textil. Ambos trabajaban incesantemente y recordando los viejos tiempos calibraban los beneficios en función de los botones empleados.

Pablo fue el hijo más deseado que pudo haber. Nació fuerte y hermoso, demostró ser inteligente, terminó la carrera de Económicas y se incorporó a la fábrica en que hubo que frenar sus ímpetus juveniles que le inducían a sustituir al personal por las nuevas máquinas y expandirse al extranjero. En modo alguno dejarían sin trabajo a quienes se unieron a su esfuerzo y soportaron retrasos en el cobro de las nóminas. Lo suyo era aprender, adquirir experiencia... Cuando la memoria regresaba a las primeras decepciones callaba su boca.

—Antes éramos tres y ahora está solo para atender el negocio.

Reme también le habló de su familia, del marido mecánico, de los hijos que querían seguir los pasos de su padre con el sueño inalcanzable de tener su taller propio. ¿Se animaría a salir de la Residencia y pasar una tarde con ellos? Doña Manuela aceptó y Reme la llevó a su casa; estaba en el otro extremo del pueblo, a las afueras, y se componía de una planta baja que al fondo tenía un corral; en él pululaban conejos y gallinas que contribuían a la alimentación de la familia y le ofreció una tortilla con los huevos puestos aquella misma mañana. El marido y los hijos la saludaron tímidamente; él parecía un buen hombre, los niños eran educados. Al marcharse deslizó unos billetes en la mano de los niños pero Reme impidió que lo aceptaran, como jamás le admitió una propina, porque gracias a ella ya tenía un trabajo y un sueldo que le venía muy bien.

Y aquella noche volvió irremediabilmente a sus recuerdos; en la lejanía escuchó un cántico que tejía un enredado de hiedra amarga en la memoria errática detenida en el primer desencuentro con Tomás al no le gustaba el ritmo de vida del hijo, la afición a los coches, las compañías de gentes ricas que dilapidaban el dinero con sus fiestas y viajes; pero era otra generación en un mundo distinto y la madre lo disculpaba.

Le complacieron en el cambio de piso; otro mayor, mejor situado, en que él escogió los muebles y distribuyó las fotografías de sus ancestros, las decoraciones y medallas de los antepasados, viejos pergaminos de baúles antiguos que el tiempo había quebrado... Para ella era una forma de homenajear a la familia. Para Tomás, una fatuidad innecesaria.

Tomás enfermó; ese mal silencioso que corroe se incrustó en su cuerpo conduciéndole a un terrible final; permaneció a su lado, la mente se aferró a la obsesión de no derrochar ni un solo minuto del calor del cuerpo que trenzaba en sus abrazos y sintió que aquellas manos fuertes se tornaban en astillas de dolor de un moribundo fundiéndose en sus dedos cual aviso de un vacío galopante. El pecho se alzaba y descendía en los estertores agónicos y su voz pronuncio una frase entrecortada.

—Cuídale... él te necesitará siempre...

Por primera vez abandonó la fábrica y regó con su llanto la silenciosa tela de las almohadas. Después se quedaron solos como un lienzo inacabado porque los colores se perdieron en alguna desconocida playa.

Ya nada volvió a ser lo mismo. Como nuevo Director Gerente de la fábrica, Pablo se hizo imprimir tarjetas

de visita en que constaba su nombre, el primer apellido, García, se redujo a la inicial y el segundo, Arga del Burgo, se extendió por toda la cartulina. Trajo a casa a sus nuevos amigos y una tarde le pidió que vistiera sus mejores galas y luciera el anillo de brillantes porque iba a presentarle a su novia.

Aquella muchacha bonita, con exquisitos modales, no fue del agrado de Manuela; le molestó la mirada observadora que escudriñaba los rincones, los retratos de los ancestros y los cuadros con medallas. Tenía la impresión de que su propio hijo se sometía ante ella a un examen y esperaba el beneplácito. Lo que más le dolió fue que Pablo la describiera como una aristócrata convertida en diseñadora de moda y se apresuró a corregirle dulcemente; si en su familia hubo aristócratas debió ser hace muchos siglos porque nadie lo recordaba y ella era una simple costurera que aprendió a ser modista copiando lo que otros creaban.

—¡Te lo dije! Mamá es tan humilde como estupenda, ya la irás conociendo.

La familia de Begoña se dividía entre Madrid y Santander; la mayor parte del año estaban en la capital pero pasaban grandes temporadas en el norte atendiendo a sus importantes negocios de siderurgia. Se conocieron poco antes de la boda; los encuentros posteriores fueron escasos y solo sabía de ellos porque Pablo le contaba lo bien que le habían acogido, las ofertas que le hacían en el seno de sus negocios...

—Afortunadamente tienes el tuyo y no lo necesitas ni te conviene dispersarte —le interrumpió.

Su vida de esposo y padre les había distanciado y las cañerías por la que otrora discurrió el agua limpia de sus comunes pensamientos se atascó de guijarros que

solo permitían el transcurso de los gestos.

Pablo acudió varias veces durante el primer año; la última para acompañarla a la revisión en el Hospital. Begoña lo hizo una vez con los dos hijos que iniciaban la pubertad, muy ocupados con el colegio, las actividades, el verano que ya no pasarían con ella porque se iban a estudiar a Inglaterra y Pablo acompañaría a Begoña a Santander para atender a los asuntos de su familia...

Veintisiete meses en la residencia, de terapias, de controles, le hicieron reconocer que no volvería a ser la misma; no le abandona el dolor subyacente ni regresaba la fuerza a las piernas que arrastraba; era cuestión de asumirlo y regresar a la normalidad y así se lo planteó cuando el hijo fue a verla un fin de semana. Se extrañó de que Pablo se opusiera con tanta vehemencia.

—¿Qué tontería es esa, mamá? El piso es muy grande para ti sola, recuerda esos dichosos escalones del zaguán que aún no estás en condiciones de subir y, aunque me encantaría, yo no podré estar siempre contigo. Tendrías que meter en casa a una o dos personas de máxima confianza y no conocemos a ninguna.

—Lo podemos resolver cuando esté allí.

—En todo caso, deja que yo me ocupe. Pero no tengas prisa porque aquí estás muy bien atendida.

Las visitas se espaciaron y aunque cada vez que iba a verla ella sacaba el tema del regreso, él desviaba la conversación hacia otras cuestiones y lo hacía en el tono sumiso de quien se cree en la obligación de justificarse.

—Tengo una buena noticia para tí, mamá. Vamos a

exportar al extranjero.

—Eso significa más maquinaria, más operarios y, en suma, incrementar la inversión. Un riesgo innecesario con el que no estoy de acuerdo, Pablo. Guarda las reservas por si algún día...

—Los tiempos cambian, hay que abrirse al futuro para ganar a la competencia.

—De momento, no tomes ninguna decisión. Cuando yo vuelva lo hablaremos.

—¡No lo puedo creer! ¿Acaso pretendes volver a la fábrica?

—Lo he hecho toda mi vida...

—Ahora estoy yo y no lo necesitas.

—Ni te imaginas cuánto. La fábrica fue mi segundo hogar y aquí me siento una extraña. Te comprometiste a buscar...

—Estoy en ello; pero el otro día hablé con el cirujano que te operó y me dijo que esperases un poco más porque en Madrid vamos a tener un invierno muy frío.

—En Madrid los inviernos siempre han sido fríos y eso no me preocupa. En casa hay una buena calefacción y tengo ropa suficiente para salir bien abrigada.

—Como quieras, mamá. Pero de momento preocúpate solo de restablecerte y descansar.

Manuela no estaba cansada, solo agotada. Aquella tarde, no abrió el libro que tenía entre las manos y meditó frente a la ventana; a su través podía distinguir las cimas azules de las montañas y los árboles desnudos que dormirían hasta que llegase su primavera y renaciera el verdor de las hojas, el aroma de las flores y el sabor de los frutos que exacerbaban los sentidos. Pero nadie pensaría en la savia a la que

nunca cantaron los poetas, ni nunca se consideró hacedora de las espléndidas primaveras.

La Directora de la Residencia empezó a recelar de la temporalidad de su estancia cuando aquel caballero atento que pagaba puntualmente y saludaba con la máxima cortesía le había pedido confiarle cualquier intención de abandonar el centro. Lo hacía por su propio bien. Ella calló prudentemente pero Manuela sospechó que el interés de Pablo por despedirse de Doña Mercedes y que excusara su presencia tenía algo que ver con la discusión que habían mantenido. No necesitaba el consentimiento de nadie para regresar a la vida que tuvo y quería recuperar. Iba a escaparse, como una furtiva, de los barrotes que cerraron su alma y solo necesitaría la complicidad de Reme que se negó a secundarla a menos que le permitiera acompañarla. La condición era el silencio, porque ella misma llamaría a la Directora por la noche, cuando ya se hubiera instalado de nuevo en su casa. El jilguero liberado emprendió su propio vuelo y al divisar los perfiles de la capital supo que allí estaba el lugar que fue su nido y ante la fachada de su casa ahogó un gemido emocionado en la garganta.

El conserje no estaba en la garita; solo con el apoyo del bastón llegó a subir aquellos escalones otrora inalcanzables; el ascensor las llevó al segundo piso y una vez allí se produjo la ceremonia de las llaves que tintinearón como campanillas en el breve trayecto hasta la cerradura. Tal vez el tiempo de los cerrojos, el ligero temblor en las manos, algo marcaba la resistencia del metal al acceso. Manuela le pidió a Reme que, mientras ella seguía intentándolo, bajase a buscar al conserje, porque tal vez necesitaría un cerrajero. Todo parecía inútil cuando una voz femenina se oyó a

través de la puerta.

—¿Quién está ahí? ¿Qué quiere?

Pasaron unos segundos antes de que Manuela dedujese que se trataría de alguna señora a la que su hijo habría encomendado la limpieza.

—Soy Manuela Arga, la dueña. ¿Querría usted abrirme? Parece que mi llave no funciona.

La puerta solo se entreabrió lo que permitía la cadena de seguridad y el rostro de una mujer joven asomó por la rendija.

—Debe haberse equivocado, señora. Seguramente va usted a otro piso.

Doña Manuela sonrió, benevolente e inquieta, asustada ante el pensamiento de que no hubiera sido capaz de reconocer su propia casa. Pero esa la calle, el patio, el número de la planta sobre el ascensor no dejaba lugar a dudas.

—Sí, sí, debe haber un error, pero no por mi parte y no entiendo que hace usted aquí.

En ese momento, Braulio, el conserje, acompañado de Reme, llegaban al descansillo.

—¡Doña Manuela! ¡Qué sorpresa! ¡No sabe lo que me alegro de verla!

—Muchas gracias, Braulio; yo también me alegro de verle pero ¿puede usted explicarme que hace esa señora en mi casa?

El conserje palideció, no acertaba a decir palabra y se descorrió la cadena de seguridad que impedía el paso permitiendo que la desconocida quedase visible ante todos.

—Braulio, deduzco que conoce usted a esta señora.

—Ya lo creo. Vivió aquí muchos años.

—¿Como que viví? ¿Acaso es que estoy muerta?

—Verá, señora, yo no sé cómo explicarlo...

—Tal vez sea yo quien tenga que hacerlo —interrumpió la intrusa— ¿Quieren hacer el favor de pasar? Tomen asiento. —El interior del piso no se parecía en nada al que ella dejó. Tabiques desplazados, mobiliario diferente y una extraña que le permitía el paso—. Este piso lo compramos mi marido y yo hace casi dos años. Puedo enseñarle la escritura.

—Eso no es posible porque yo no lo he vendido.

—Si me permite un momento...

Se alejó unos minutos y regresó con un documento notarial en la mano en el que podía leerse que D. Pablo... en nombre propio y como representante legal de su madre, Doña Manuela Arga del Burgo... según escritura de poder otorgada.... vendía la vivienda situada en... a...

El documento resbaló de sus manos, quedó sobre las baldosas que habían iniciado una danza frenética y alzó los ojos a las ventanas en que el sol había oscurecido; la desconocida la miraba compasiva, debatiéndose en la duda de si estaba ante un engaño o una persona afectada de alzhéimer. Reme se levantó.

—Disculpen la molestia. Yo me hago cargo de la señora y gracias por todo.

Al alcanzar la calle se detuvieron. Manuela apoyó la espalda contra el muro. Necesitaba tiempo para que el corazón descendiese desde la garganta en la que le impedía respirar y pudiera recuperar el habla. Pesaba sobre ella un madero aplastante y tan solo tenía en sus manos un recurso: La verdad.

Francisco Bárcena, algo más de sesenta años, grueso, bastante calvo, vestido con un traje oscuro salió inmediatamente a recibirla y la acomodó en su despacho. El tiempo pasado, la salud, los lugares comunes que rompen el hielo de un encuentro inesperado...

—Como me alegro de que estés aquí porque me demuestras que, al menos, permanecen el afecto y la amistad. Creo que la verdadera razón por la que tu hijo decidió prescindir de mis servicios es que le desaconsejara la expansión, porque depender de la coyuntura internacional siempre es aleatorio y tal como iba la fábrica no lo necesitaba. Tampoco estuve de acuerdo con que la fábrica se integrase en el holding de su suegro. Desde ese momento algo cambió en nuestra relación y cuando le pregunté si tú estabas de acuerdo con la inversión de toda las reservas se molestó abiertamente por dudar de su palabra y... bueno... ya sabes lo que vino después. ¿Pablo está en Madrid o continúa en Santander?

Manuela suspiró al regalarle una sonrisa. Francisco Bárcena desplegó los labios y su boca permaneció abierta: El rostro demudado, aquellas pupilas clavadas en su rostro que tal vez ni siquiera le veían le produjeran tan profunda desazón que algo le impulsó a levantarse y coger entre las suyas las manos que sintió heladas.

—Manuela —le susurró— ¿He dicho algo que tú no supieras...?

—Nada que no debiera saber. Pero he de pedirte un favor: Jamás le hables a mi hijo de esta visita.

La voz no atinaba el volumen y Francisco Bárcenas percibió la sal rezumando en los labios. Acostumbrado

a improvisar como un deber más de su profesión, esta vez se sintió perdido.

El mundo que las rodeaba se pobló de sombras; una lluvia fina empezó a caer desde el cielo y coloridos paraguas brotaron de las manos erguidas. Los coches desplazaban el agua de los pequeños charcos y las marquesinas servían de refugio a los más desprevenidos. El horizonte se convirtió en un espejo vacío de imágenes y Reme descubría un rostro en que se deformaban las facciones como ante una tempestad las dunas del desierto.

El regreso fue silencioso, ni una sola palabra en el aeropuerto, ni durante el vuelo o el coche que las condujo hasta la Residencia. Allí, en el zaguán, un líquido amarillo recorrió las piernas de Manuela que se desplomó en el suelo sobre su propia orina.

Reme, fiel a su compromiso, guardó absoluta reserva sobre lo vivido aquella jornada. El cuerpo de Manuela se había dissociado por unos instantes de su alma; ni los análisis ni los reconocimientos descubrieron la causa y el doctor Forteza diagnóstico un posible ictus, no confirmado, que afortunadamente no le había dejado secuelas. Doña Mercedes dio parte al hijo de lo acaecido y él aseguró que en cuanto regresara del viaje que estaba realizando iría a verla.

Había pasado más de un mes cuando apareció por la Residencia.

Se la llevó a comer en un restaurante; aseguró encontrarla mejor que nunca, más guapa que la última vez que se vieron porque, a pesar del incidente que por fortuna había superado, gracias a los consejos del cirujano, su estancia en la Residencia le había favorecido en todos los órdenes. La fábrica iba muy bien,

los niños podía decirse que ya dominaban el inglés y estaba pensando en que empezaran los estudios de alemán... Begoña absorbida por la empresa familiar, la Directora ya sabe que si alguna comida no te apetece tiene que pedir lo que quieras en algún restaurante exterior

En el vientre que lo había concebido estallaron las entrañas derramando el zumo imposible de los metales. Era su hijo, el que había reducido a escombros su propia vida y pagaba el sacrificio con el precio de una residencia de lujo, una asistenta privada y acaso una comida especial...

Los pensamientos viajeros llegaban y partían sin detenerse en la posada de su mente y en un rincón del mundo alguien tendía las manos pidiendo amor y las retiraba arañadas de esparto. Cuando regresó su conciencia contempló aquellos ojos que ocultaban el miedo. Y supo que la causa de ese miedo era la mentira.

Pero ella estaba en posesión de la verdad y podía dispararla; decirle que aunque él hubiera heredado la parte de su padre ella seguía siendo la propietaria mayoría de la fábrica y tenía el poder de decisión; que conocía sus maniobras, sus inversiones, la venta de su propia casa y el abuso de los poderes que le había conferido. Estaba tan enojada que temía una conversación vehemente que los alejara; decidió meditar con prudencia la forma más delicada de decírselo sin herir sus sentimientos y sabía que si continuaban hablando difícilmente se iba a contener. O sea que vamos a tener un invierno especialmente frío...

Al despedirse le estrechó entre sus brazos con la misma ternura que le acunó cuando era un niño y luego le miró de frente porque de alguna manera tenía

que prepararle para la conversación definitiva que por su propia voluntad había dejado pendiente.

—Nada hará que yo te deje de quererte.

Pablo no entendió el significado pero ella ya se alejaba sin darle la ocasión de que le pidiera explicaciones.

Aquella noche no le alcanzó el sueño; su mente era presa de la lucidez que provoca el enojo y tenía que planificar sus siguientes actos. El primero era comprar otro piso que podía ser más pequeño y recuperar las riendas del negocio para volver a la estabilidad de su empresa. Lo de exportar al extranjero ya se vería, pero en modo alguno mantendría las inversiones de Pablo en el holding de su familia política. Aunque perdieran dinero, venderían todas las participaciones. Rechazó la idea de escribirle; era mejor enfrentarse cara a cara, de una vez por todas, y si él, Begoña o sus consuegros se oponían, recurriría a Francisco Bárcenas que siempre había sido su abogado. Estaba dispuesta al enfrentamiento y podía hacerlo.

Tomada la decisión le sobrevino la laxitud que sigue al esfuerzo. ¿Realmente podía hacerlo?

Amainó la desconocida cólera en pro de la reflexión. Pensó en las consecuencias: poner en juicio su buen nombre, arriesgar su matrimonio, el futuro de los nietos. Y después... ¿Qué? ¿Ponerse otra vez al frente del negocio cuando sus fuerzas menguaban? ¿Podría enarbolar la bandera de la victoria cuando el vencido era su propio hijo? En algún momento se negó a sí misma porque quien había elucubrado en las horas oscuras no había podido ser ella que jamás se enfrentaría a la vergüenza de que la empresaria se

impusiera a sus sentimientos de madre, como el jilguero que para saciar su sed se ahoga en el pozo.

Unas semanas más tarde Manuela solicitó la presencia del médico y la Directora; ambos tenían que acreditar que estaba en perfectas condiciones mentales mientras eran testigos de unos folios escritos de su puño y letra que, posteriormente, introdujo en un paquete pequeño. Dio la orden de que, si le ocurría algo, le hicieran entrega a Reme que hasta ese momento no debía saber nada.

Era sábado. Reme la llevó a tomar un aperitivo en el pueblo. Mientras caminaban despacio Manuela se detuvo y la miró de frente.

—Reme. ¿Tú que piensas de todo lo que ha pasado?

Reme tuvo tiempo antes de contestar para pasar varias veces la mano por su cabello.

—Una vida da para mucho y desde que entré en la Residencia sé lo que hay detrás de lo que dicen las señoras. No es usted la única Doña Manuela, ha pasado antes... En la vida hay tantas historias reales que los novelistas no debieran molestarse en inventar. Sería bastante con qué las contarán.

Jamás volvió a preguntarle. Doña Manuela se marchitaba en sus silencios, cada vez más prolongados, en sus errabundas miradas ausentes. Hasta que inesperadamente Reme la oyó decir: Tengo que decírselo... Ha de saberlo...

Le preguntó que a quien tenía que decir algo.

—Mi marido. Él no sabe que ya no tenemos casa y que una parte de los botones ya no nos pertenece. Reme palideció, observó el temblor de las manos y una cascada de angustia en la garganta.

—A lo mejor no es necesario... Quizá lo sepa...

No le respondió. Podía ser un síntoma de demencia aunque posteriormente no se volvió a repetir. Acudía al refectorio, a las salas comunes, contestaba al teléfono... Si hijo, todo va bien, hijo, ya sé que tienes demasiado trabajo para venir cuando lo deseas...

Había encontrado la riqueza de la soledad y en las tediosas horas del atardecer se quedaba en su habitación, frente al cuadro gris de la ventana y sus palabras de oración suplicaban pues eran los atardeceres que precedían al anochecer temprano sus confidentes.

—Si estuvieras aquí... si pudieras venir, aunque fuese un ratito...

El regreso de Tomás tardó apenas unos días. Apareció frente a ella con el guardapolvo que siempre llevaba en la fábrica. Se miraron en silencio y cuando él sonrió ella le tendió las manos apretándolas hasta que las uñas se clavaron en las palmas vacías. Él había sido su gran ayuda, su gran amor... Cada tarde le contaba un poco de lo pasado desde que él se fue y lo hizo sin acritud hacia el hijo tan querido, utilizó palabras de comprensión a la generación nueva que busca sus propios caminos entre los tréboles... Tomás la esperaba cada tarde, la abrazaba, sentía su calor entre las sábanas del lecho... cada vez más joven, cada vez con más frecuencia con el jersey que llevaba cuando le conoció en la tienda y hablaban de los botones...

—Por cierto ¿recuerdas dónde guardamos mi traje de novia? Tendré que preguntárselo a los abuelos, o a mi madre...

Las visitas de Pablo eran cada vez más cortas y la

duración menos intensa; las llamadas al móvil, los mensajes telefónicos que atendía alejándose lo suficiente para que no trascendiera su conversación. Los niños habían crecido y también tenían sus propios teléfonos, la tablet, continuamente tenían necesidad de comunicarse con los que habían dejado apenas unas horas antes y reencontrarían unas horas después sin importarles que los platos se enfriaran sobre la mesa. Begoña ojeaba las revistas que le habían llevado antes de dejárselas. Doña Manuela se preguntaba a veces si realmente estaban allí...

Empezaron sus tiempos de silencio, de retirada temprana... porque en el retiro de su cuarto empezaron a concentrarse otras personas. El abuelo con su traje de lujo cediendo en la pechera inclinada; la abuela que se cepillaba el cabello frente al espejo, la madre que cosía insistentemente inclinada sobre la máquina. Y de repente le reconoció: Aquel hombre joven al que nunca pudo llamar padre abría las manos y manaban unas extrañas monedas de vida para que pudieran subsistir y le regalaba estrechándola contra su pecho los abrazos que no llegó a conocer. Eran los únicos que no acudían con problemas de tiempo a sus citas vespertinas y no la abandonaban antes de que el sueño la venciera.

De pronto se impuso el silencio porque un ángel diminuto descendía para posarse en su regazo. Plegó sus alas para convertirse en un niño de piel sonrosada y los cabellos oscuros que se refugiaba en su regazo, tomaba la vida en su pecho y se dormía cuando ella le cantaba una nana. ¡Qué hermoso era su niño! Había nacido en ella el sentimiento que solo brota en una madre, besaba las pupilas vencidas de sueño y se extasiaba en los labios gordezuelos que la sonreían...

La habitación se convirtió en un templo y las voces silenciosas en un coro celestial. Tenía que vestir al niño con ropas imposibles y botones inventados porque hubo un día que se complació con la confección de una blusa copiada y había llegado al cénit con la producción de un ser humano nacido del amor.

Doña Manuela, poco a poco, dejó de hablar; esta vez no era la espalda sino el pecho en el que sentía la presión de una roca que ralentizaba los latidos. No se quejó, no acudió al consultorio aunque a Reme no le pasó desapercibido y avisó a la Directora. El médico le hizo un chequeo, ordenó una analítica y extendió una larga receta con los medicamentos que debía tomar y el régimen de vida que debía seguir. Doña Mercedes le dijo que para su mayor atención debía trasladarse por un tiempo a la enfermería. Sabía lo que significaba pasar un tiempo en algún lugar. Reme acudía a su lado, le leía algún libro, rezaban juntas... y cuando le decía que pronto estaría recuperada asentía complacida porque cualquier cosa que le deparase el futuro sería una forma de recuperación.

Llegó el otoño. El mar había oscurecido, el viento azotó los árboles y las hojas extendieron un paisaje de herrumbre en el suelo. Los sonidos de la naturaleza apagaron el canto de las aves y con la primera luz del alba se abrió una grieta azul en el cielo y la luz del sol reclamó su espacio de calor sobre la tierra

La Directora acudía a primera hora de la mañana a la enfermería para saber cómo habían pasado la noche; Manuela dormía tan plácidamente que dudó en despertarla; sin embargo... se aproximó al lecho, observó que la sábana no se levantaba sobre su pecho y al ir a tomarle el pulso el brazo cayó inerte sobre la

colcha. El doctor certificó que un gran corazón había dejado de latir y la Directora comunicó a las residentes que Doña Manuela había alcanzado el merecido descanso y gozaba de una vida mejor...

Era de las pocas veces en que la Iglesia acogió un cortejo fúnebre; incluso la familia política llegó al lugar en coches de alta gama y descendieron de riguroso luto para asistir a los funerales; Reme, desde el rincón de una capilla los observaba con la escasa claridad que permitía su llanto.

Al terminar los oficios el grupo salió compacto y empezaba a subir la empinada calle cuando su llamada los retuvo. Pablo retrocedió apenas al oír su nombre y la observó con sorpresa.

—Tengo algo que darle...

—Por supuesto. ¿De qué se trata?

—Su madre me ha hecho este regalo pero no creo merecerlo. También me entregó una carta para usted.

El anillo de brillantes surgió en todo su esplendor; Pablo lo contempló, levantó la vista hacia Reme y lanzó una exclamación complacida.

—Agradezco su honradez porque se trata de una joya de gran valor que pertenece a la familia. Supongo que en los últimos tiempos mamá no tenía la cabeza en su sitio...

Reme apretó los dientes.

—¡No se atreva a decir nada parecido!

La sonrisa de Pablo se congeló; las palabras de Reme pronunciadas como aullidos de un perro apaleado penetraron en los oídos y atravesando el cerebro demudaron el rostro. Ella se alejó jadeando, arrastrando los pies. Pablo dio unas zancadas para alcanzar

al cortejo y desaparecieron, todos juntos, por el final de alameda.

La vida en la Residencia siguió su ritmo; la habitación vacía se limpió a fondo y se pintaron las paredes. Volvieron a llamar a Reme para otra asistencia pero rehusó el trabajo porque le desgarraban los recuerdos y, al contrario que las residentes, no deseaba conocer el rostro de la persona que ocupase el vacío que Doña Manuela dejó. La profusión de coronas que acompañaron al féretro ya no existían y sobre la tumba solo había un bote con flores renovadas que crecieron en su patio y renovaba semanalmente. Su siguiente destino fue un Hotel que la contrató como cocinera; el trabajo no era de su agrado pero tenía la ventaja de que les permitían llevarse las sobras de la comida y su familia gustaba de sabores que de otro modo no habrían llegado a conocer. Hizo saber su condición de rehabilitadora y el gerente la recomendó a algunos huéspedes que solicitaron sus servicios y guardó estas ganancias en una caja de galletas vacía de las que nunca sacó un solo céntimo porque serían el ahorro en favor del taller de mecánica a que aspiraban sus hijos que ya hacían prácticas en aquel en que trabajaba el padre.

Llegó otra primavera, otro verano, agonizaba el siguiente otoño cuando la Directora le mandó aviso de que Don Pablo estaba allí y quería verla.

Reme movió la cabeza y lanzó un suspiro porque quizá estaba interesado en otras joyas de las que ella no tenía noticia. Acudió de mala gana; Pablo la esperaba delante de la cancela y le pidió buscar algún sitio para hablar. Se excusó por la tardanza pero había necesitado muchos meses para hacerse el ánimo de acudir a ella y pedirle una explicación que calmase la

inquietud; se trataba de la última carta de su madre, la que ella misma le entregó, de unas frases que parecían referirse a algo que no acababa de entender... ¿Era posible que doña Manuela estuviera enojada con él o entristecida por alguna causa que él no supiese?

Reme no sentía afecto ni simpatía alguna por la persona que le interrogaba; si quería saber, ella le contaría lo que la madre le ocultó... Le narró detalladamente el viaje a Madrid, su llegada al piso que intentaba abrir cuando ya no era suyo, la visita al abogado, el regreso inmediato, la verdadera causa del fallecimiento... Cuando terminó, el sol empezaba a ponerse por el ocaso.

El cuerpo robusto era pluma oscilante de temblores. ¿Cómo? ¿Qué mamá estuvo en Madrid? Las mejillas se encienden y palidecen alternativamente. ¿Qué Bárcenas le dijo...? Los ojos amenazan con salir de las órbitas. ¡Usted debió...! Ella le mira de frente y le arroja siete palabras como siete pecados capitales: Yo a usted no le debo nada. Él baja la mirada que se prende en el velador al tiempo que dos riachuelos alcanzan con sus gotas el mármol del tablero. Intenta hablar y no sabe que decir. Solo acierta a extender el brazo y tomar la mano de Reme al tiempo que le pide perdón. No obtiene ninguna respuesta de la paciente ira que despertó.

Le vio marcharse; sus pasos vacilantes no la conmovían. Ella no ha de perdonarle, porque el perdón es solo para aquellos que se aman y quien tanto le amó ya no está para concedérselo.

Terminó otra primavera y se agotó el siguiente otoño. Las tiendas se llenaron de objetos navideños y se

engalanaron de luces las calles; era un tiempo que imponía la felicidad y relegaba las ofensas al olvido. Reme compró calcetines como regalo de la Nochebuena y siendo que en esta ocasión estaba liberada del servicio regresó temprano a su casa. Sobre la mesa del comedor encontró un paquete dirigido a ella que había llegado esa misma tarde. Al leer el nombre del remitente la envolvió una bruma forjada en miedo e inquietud. En su interior había una cuartilla manuscrita junto al estuche azul y se dirigió a su cuarto para sentarse en la cama porque los aciagos pensamientos apenas la sostenían.

Señora Reme; desde nuestra última conversación me corroe el remordimiento por tantos errores como cometí y temo que por mucho tiempo que viva no recuperaré la paz interior. La envidio, Señora Reme porque usted tuvo la dicha de acompañar a mi madre cuando yo, que era quien debía estar a su lado, la dejé sola. Mi madre quiso que el anillo fuera para usted; no crea por ello que se lo reintegro solo como la obligación que tengo de cumplir su último voluntad, sino porque es la única persona que lo merece y espero que sirva como testimonio del agradecimiento que le debo al haber contraído con usted una deuda que nunca podré pagarle. Y con el deseo de que sus hijos no se conviertan en el hombre que yo fui. Úselo, o dele el destino que mejor convenga a al interés de su familia. Siempre a su disposición. Pablo García.

Reintegró la cuartilla al sobre sin decir palabra y no abrió el estuche de terciopelo azul. Sus ojos estaban tan secos como las rocas que arrojan los volcanes y las manos se aferraban al borde de la mesa sobre el que esa noche habían sustituido el hule habitual por un

mantel. Su marido e hijos la contemplaban aguardando una explicación que no parecía dispuesta a darles hasta que la insistencia le hizo claudicar.

—Cosas extrañas que solo pueden ocurrir en Navidad. Quién sabe si por fin los Reyes Magos pueden traeros vuestro propio taller.

ILUSO: VIAJE A LA DUDA

Enrique Gómez Torreiro

Cuando a las 06.00h, tras casi 4 de desvelo, sonó la alarma del móvil se encontró repasando los 7 días que había pasado en el Norte durante esa Navidad.

Había dormido tres horas escasas y era hora de afrontar la "lotería" del viaje al Sur con cientos de kms por delante en coche.

Durante los primeros kilómetros pudo rememorar sus pensamientos durante las horas de desvelo: Había sido una Navidad diferente, marcada por el aliciente de dos encuentros bien diferentes con Lunca.

Lunca e Iluso se habían encontrado por primera vez unos 25 años atrás, en un pueblo del Norte y rodeados de mucha gente, todos conocidos entre sí conviviendo en una misma casa de amigas comunes; concretamente el día en que murió Franco, el Caudillo.

Tras esporádicos encuentros en el Norte, Lunca se mudó al Sur por su trabajo y estuvo varias veces de visita en casa de Iluso.

Aparentemente congeniaban si bien hay que decir que Lunca pasaba por una reciente ruptura sentimental con su entonces novio. Eso la llevó a una platónica relación con Iluso pese a que declaró al principio que no era su tipo que duró un par de años hasta que ella regresó al Norte y reinició su relación con el hombre de su vida con quien finalmente se casó aunque antes ya había enviado a Iluso al limbo ...

Un día, tras un largo paréntesis, Iluso recibió una postal de Lunca donde le hablaba de su viaje de novios

a Europa: Desde aquel momento Iluso desapareció de su vida por unos años y cuando volvieron a verse durante una Navidad ambos mantuvieron un escrupuloso respeto a sus nuevas formas de vida y jamás se recordaron su pasado.

Después continuaron viéndose al menos una vez por año casi siempre con amigos comunes.

Recientemente se ven más a menudo e incluso dan paseos a solas disfrutando del aire libre y de la compañía mutua (al menos Iluso) charlando de todo aunque sin explorar jamás en los sentimientos.

Tras una breve interrupción de sus pensamientos debido a una fuerte racha de lluvia, el conductor recordó como un momento clave un paseo por una playa en que Lunca le cogió la mano para ilustrarle sobre la forma de pasear de otra pareja mayor conocida de ambos... Este retiró su mano casi bruscamente pues se había jurado muchas veces comportarse de acuerdo con las circunstancias de ella y aquel contacto le había trastornado y retrotraído a los primeros tiempos...

¡Atención... niebla! Eran bancos aislados pero el coche que le seguía hacía muchos kms. (el típico parásito de la ruta que aprovecha la estela de otro coche cuando la visibilidad es mala) circulaba peligrosamente cerca y había que concentrarse al máximo.

Superados los dichosos jirones y con los ojos gastados de tanto escudriñar la nada, se encontraba ya en el centro de la menor de las Castillas, haciendo tremendos esfuerzos por contener los bostezos: Hora de parar y desayunar, superados ya más de 300 kms. Lo hizo en un paraje aislado y ya conocido de otras veces.

Se notaba un cambio progresivo en el paisaje y pasaba del plato monótono y monocromo a estribaciones verdes y rocosas. El coche culebreaba y hubo que reducir la velocidad. Atrás quedaban las vides y el vino y una vez superado el puerto que hacía de frontera natural, llegarían los olivos y el aceite que tanto apreciaba Lunca, sobre todo el virgen de la primera extracción...

Ante él aparecía poco a poco el gran Sur, la otra forma de vivir la vida; la patria aparente del optimismo y la alegría. Iluso analizando rasgos de la sociedad y el folklore, pensaba en ocasiones que en realidad se trataba de un pesimismo histórico rodeado de luz y calor y vestido de colores... pero eso dependía de su estado de ánimo.

A Lunca también le gustan las ropas de colores aunque Iluso rara vez podía describir como iba vestida. Su examen visual casi nunca pasaba del pelo negro y sus ojos y su cara. Sin embargo recuerda que en su primer encuentro en Nochebuena, llevaba un chaquetón o similar negro y ayer algo blanco. Tremenda contradicción en cuanto a los resultados: color negro para la positiva y blanco para la decepcionante, como si se tratase del luto asiático...

Esta reflexión le llevó al día que transitaba precisamente por este paraje durante el viaje de ida, a punto de hacer la primera parada para desayunar...

¡Cuántas ilusiones —coloreadas— depositadas en aquel viaje! Desde la víspera había perdido ya más de veinte años y trataba de adivinar como iba a ser el primer encuentro el próximo domingo que por cierto no se produjo ya que se abortó telefónicamente por problemas en su familia y esa circunstancia evitó la

frustración que ya sería la segunda tras la incomunicación del viaje anterior.

La Navidad pasada Iluso había intentado una cita que en principio ella quiso evitar pero se hizo el milagro.

¡Aquella si fue una verdadera Tardenochebuena!

Tras ponerse ambos al día en las noticias y el calendario de fiestas mientras recorrían siempre el mismo circuito urbano, llegó la despedida...

Hubo una comunión tal de impulsos que ambos se encontraron en un breve beso en la boca que Iluso prolongó unos segundos más. Después una corta carrera de ella sin volver la vista atrás hasta que una esquina la ocultó a Iluso quien se quedó parado por la sorpresa y preguntándose si aquello había sucedido.

Juraría que cuando fue a besarla ella había ofrecido sus labios al mismo tiempo que él los buscaba... Ahora sabía lo que era aquello que la gente llamaba el espíritu de la navidad. Por una vez Iluso había probado el turrón y el espíritu pero fue tan repentino y fugaz que apenas pudo disfrutarlo.

Los coches subían las últimas rampas del puerto, camino del reino de los olivos y el conductor se dio cuenta entonces de que iba apurado de gasolina. Cuando llegó, desviándose, a la gasolinera observó que había recorrido exactamente 499 kms. y 4 horas sin parar desde el desayuno y decidió seguir algo más antes de comer.

En cuanto retornó la autovía, los recuerdos entraron de nuevo en la mente sin llamar... El intento de apresar la imagen de Lunca e Iluso besándose trajo de la mano el recuerdo del último encuentro, el de ayer. Ojalá no se hubiese producido pues empañó la alegría

del otro y fue una gran decepción para Iluso al no haber continuidad del espíritu anterior ni beso; otro beso, sin lengua como dicen los niños.

Hubo uno en la mejilla de Lunca y un "no puede ser" ante la insistencia de Iluso que recibió después un beso al aire cuando ella se hubo alejado ya unos metros. Él hizo un ademán como para esquivarlo y recordó un verso de ella: .. "soplaré ilusiones con mis labios" o algo así y sintió que lo que le habían "soplado" era su ilusión.

Se recriminó entonces el ser insistente como olas del mar y persistente como el chirimirí, Después del primer encuentro telefoneó varias veces a Lunca para poder verla de nuevo y le pareció notar que ella le rehuía y le daba largas pero uno es como es, más cabezón que tozudo y machacó hasta conseguir un sí al borde del tiempo límite que se habían puesto.

Ahora se encontraba de regreso, había recogido de nuevo sus veinte años perdidos a la ida y notó que siendo exactamente los mismos años, pesaban mucho más...

Nada más retomar la autovía, los pensamientos y recuerdos entraron a saco en la mente del conductor, sin pedir permiso ni darle un respiro:

Realmente había sido un último paseo aséptico como los de los primeros años del reencuentro. Iluso se angustiaba porque no encontraba la forma de profundizar en la conversación. Se moría por tocarla pero salvo un beso robado en la mejilla, no hubo ocasión.

—“Si al menos lloviera...””, dijo él en voz alta: Algo de lluvia para acercarse y tocarse al amparo del paraguas. Un leve viento abortó la muy posible lluvia y el

encuentro agonizaba por la tiranía de un tiempo limitado. Tal vez él no supo comunicar su propia ilusión, en parte por si se violentaba Lunca al recordarle la anterior despedida.

De todos modos ella parecía tan pragmática que quizás no se permitía la sensación de vivir dos o más vidas y su aparente conservadurismo le impedía vivir en el filo de la navaja como hacía Iluso.

Cabía también la posibilidad de que ella fuera tan valiente ante la vida real que no necesitara de su propia burbuja aunque era bastante hermética. Iluso es cobarde ante la realidad de su vida y necesita buscarse una ilusión o aislarse a menudo.

El caso es que parecía que ambos no estaban a gusto con su rutina y el hecho de acercarse de nuevo indicaba que les faltaba algo o no lo tenían todo...

Puede que entonces el recuerdo de juventud apareciese ante ellos como un flotador en la mar encrespada y sintieran añoranza de lo que pudo haber sido y no fue aunque nunca se sabe cómo habría resultado. Lo único cierto y grande era recuperar aquella antigua ilusión.

Ya con más de 800 kms. a su espalda, el viajero volvió a parar. Otros viajeros se agolpaban en la barra pidiendo de comer pero él, queriendo ser un conductor prudente y evitar el sueño, pidió un bocadillo de queso y un botellín de agua que fue bebiendo a sorbos entre paseo y paseo por la explanada del restaurante.

Estaba ya a los pies de la gran cumbre blanca que guarda la ciudad más mora. Hacía azul y calor; una zancadilla al invierno regente y un guiño a la futura primavera.

A las 15.00h. emprendió la ruta más despierto y con

nuevos bríos.

(Y ya que lo miento: ¡Voto a bríos! que decían nuestros antepasados, los de la armadura y el cinturón de castidad). Nada más arrancar ya estaban los pensamientos agolpándose para entrar y tomar posesión; no había tregua posible...

Iluso pensó que tal vez aquella despedida había sido la definitiva y sonrió a pesar de la tristeza porque habían tenido un segundo capítulo de su particular "Puentes de Madison" y aquí tampoco hubo sexo. Por lo demás él supo que moriría antes y escribiría algo por o para ella, aunque difícilmente sería publicado.

La siguiente idea fue tan peregrina como la de llamar al alcalde de la ciudad de Lunca para que editara un bando prohibiendo las despedidas en aquella dichosa zona del barrio. Prácticamente fue en el mismo lugar donde se habían despedido —dentro del coche de ella— en Primavera después de haber pasado casi todo el día juntos, paseando y renunciando a comer.

Él la besó intensamente en una mejilla pero ella no correspondió e Iluso pensó que había sido mucho día para tan pobre adiós...

(Esa fue al menos su impresión y, en todo caso, ésta es su propia versión de los hechos).

Esta extravagancia y aparente frivolidad cuando Iluso ya se había puesto en lo peor, quería decir, sencillamente, que su orgullo comenzaba a trabajar para protegerle.

Si Lunca lo enviaba al limbo otra vez, o al quinto carajo —dependiendo de las formas— él permanecería ahí, haciendo honor a la frase que provocó la carcajada de ella cuando se la dijo ayer: "soy tu valor seguro"; pero nunca más la molestaría ni haría por verla...

¡Y todo por una fría despedida! Cierto. Pero ya era la segunda y si a eso le añadimos una dosis de pesimismo al no recibir ninguna palabra o un gesto de aliento por parte de ella, su desazón era comprensible.

Y es que Iluso —consciente de que su peligroso transitar por la vida en los últimos tiempos puede acabar en esquila en cualquier momento— suele cuidar mucho (a diferencia del Nobel colombiano) sus despedidas y muestras de cariño hacia las personas queridas, lo que no es una gran proeza pues no se precisa calculadora para contarlas...

(Tú y yo, invisible amigo, tenemos una edad; nuestros años circulan ya siempre por autopista y hemos oído y conocido muchas tragedias... sabemos de la importancia de los pequeños detalles, de que hay que vivir el momento y de que cada vez se nos ofrecen menos ocasiones para tocar un poco de felicidad.

Sabemos también que la felicidad es esa meta que cada día, alguien, nos cambia de sitio pero ¡chitón!: Eso es alto secreto).

El termómetro subió de 16° a 23° en el último tramo de la ruta: Estábamos en el Mediterráneo y se notaba. Eran casi las 16.00h y había dejado atrás más de mil kms. a demasiada velocidad, casi a la de su galopante pensamiento.

Descarga de equipaje y ducha para el conductor que salió a pasear para estirar las piernas sin probar bocado. Las paredes le ahogaban y esperaba que sus ojos encontrasen por la calle algo que distrajera su atención y le librara de la tiranía de sus pensamientos.

De regreso en casa, intentó esquivar aquella honda opresión leyendo la correspondencia y trazando un plan para mañana, día del ocaso del año.

Después todos serían días, meses y años de oscura rutina, pensó.

Miró su ordenador pero no hizo ademán de abrirlo.

Pensó en ese mismo instante en escribir a Lunca para contarle sus impresiones, sus recuerdos y su versión lo sucedido en esas cortas vacaciones. Lo haría pronto, en cuanto tuviese tiempo, y pensaba dividirlo en capítulos, uno por uno, para alargar lo más posible su desesperanza...

Después era ya cosa de ella: Podía escribir un sólo capítulo de prólogo y epílogo; varios como Iluso o simplemente tampoco en esta ocasión se mojaría, cerrando definitivamente nuestras vidas de un portazo... ¡Aquella horrible opresión en el pecho...!

EL DURO DE DON JOAQUÍN

Francisco Antonio Álvarez López

Ni se te ocurra pensar que con esto quiero decir que D. Joaquín era un tipo duro. Ni mucho menos. Estás muy equivocado si llegaras a pensar eso, pues D. Joaquín Sánchez Revés, "el foca", profesor de Historia en el Colegio La Inmaculada, era una persona sensible, quizás un poco gruñón, algo arisco y reservado pero, sin lugar a duda, respetuoso y amable; lo que se puede decir un perfecto caballero de capa, pipa y sombrero. Rematando su figura con un varonil bigote revirado en semicírculo en ambos sus dos extremos. Era, no cabe duda, un personaje singular; como de otra época. Evocaba recuerdos del pasado cuando lo veías saludando al cruce con una dama, tocando ligeramente el ala de su sombrero e inclinando la cabeza, no podías reprimir una sonrisa cómplice y pensar: "Ya no quedan caballeros como este".

El cambio de colegio, de Padrón, un pueblo de La Coruña, a la capital de España, suponía una gran novedad para mí, a pesar de que mi hermano ya me había anticipado lo que me encontraría al llegar al nuevo colegio de Madrid, calle López de Hoyos 317, barrio de Chamartín de la Rosa, en Ciudad Lineal.

Al fin podría poner cara a todos aquellos personajes tan peculiares que estaba ansioso por conocer: El director, D. Antonio Salinas, "el sasa", profesor de latín; el administrador, D. Vicente Garralda, "el bisonte", profesor de ciencias, si estabas cerca de él cuando explicaba alguna lección acababas empapado

de una fina lluvia salivar. El secretario, D. Inocencio Abadía, "el pájaro", profesor de francés; D. Luis Rejas, "el triqui", de literatura, que en cierta ocasión casi me parte el tímpano de un bofetón que me dio, seguro que con bastante razón. El polinomio, de matemáticas... etc. Y del personal no docente, destacando con mucha diferencia, "la Manola", impresionante señora, morena de pelo largo, ojos negros, labios carnosos pintados siempre de rojo, con firmes y grandes senos. Modelo perfecta para que Julio Romero de Torres la hubiera inmortalizado en uno de sus lienzos.

Al parecer viuda también de militar, era la encargada de las chicas de servicio. Su trabajo más conocido, al menos para nosotros, consistía en repartir el pan en el desayuno, comida y cena, con una pequeña cesta apoyada en su regazo, para quien quisiera repetir. Los más atrevidos le decían: "¡Dame un pico, Manola!". Y estirando la mano, con muy poco disimulo, le tocaban uno de los dos "picos" naturales que la Manola tenía. Si tuviera que recordar a otra persona del servicio, tendría que ser, sin lugar a duda a la inocente Simona; persona cándida, rayando lo infantil, con un corazón que se le salía del pecho. Jamás vi un atisbo de malicia en aquella excelente mujer. Lástima que siempre hubiera algún desalmado que abusando de su buena fe se mofaba de ella y la humillaba inútilmente.

Volviendo con D. Joaquín y tratando de describir un poco su figura y su persona, como dije en un principio, su indumentaria, sobre todo en tiempo frío, consistía en un traje de color indefinido, posiblemente el de su boda, si es que estuvo casado alguna vez; una pipa de espuma de mar siempre empuñada en su mano izquierda, hermosa capa española y negro sombrero

de copa. Llegando la primavera, su cambio simplemente consistía en suprimir la capa y cambiar su viejo traje por otro un poco más claro aunque no menos ajado que el de la temporada anterior. Su brazo izquierdo era ligeramente más corto que el derecho y de ahí nació quizá la leyenda que año tras año y de boca en boca circulaba por el C.H.O.E.

Se contaba que en otro tiempo, siendo capitán de barco, bergantín, tal vez goleta, capeando una dura travesía con mar gruesa y viento fuerte, sintiendo crujir un palo, trinquete, mayor o mesana —nadie supo precisar a ciencia cierta de que mástil se trataba— y para evitar que lesionara a uno de sus tripulantes o marineros, intentó parar el golpe interponiendo su mano izquierda, lo que supuso acabar con el húmero en dos trozos y subsanar la rotura con un aro de platino, teniendo ya para siempre el brazo un poco más corto. Es sumamente curioso y realmente siempre sospeché de esta historia, pues nunca le oí a D. Joaquín referirse a cualquier tema que hablase de barcos y travesías. A veces intentábamos en vano que nos contara sus aventuras marineras pero nunca lo conseguimos y él siempre evadía ese tipo de comentarios.

D. Joaquín no pronunciaba la R y fue por ese motivo que tuvo un fatal desencuentro con mi hermano, porque al tener el mismo defecto, en un principio pensó que pretendía burlarse de esa deficiencia suya, pero al cabo de algún tiempo, viendo que no fingía, reconoció su error y pidiéndole disculpas, tuvo para con él una sincera amistad, premiándole a fin de curso con una muy buena nota.

La primera media hora de clase, la dedicaba D. Joa-

quín a explicar la lección correspondiente, amenizándola siempre con curiosas anécdotas que a mí, personalmente, me gustaban más que la propia lección del día. La siguiente media hora, sacaba a tres o cuatro para decir la lección a pie firme frente a él. Cuando me sacaba a mí, siempre me mandaba sentar en una silla, pues el curso anterior me había roto la rodilla en clase de gimnasia y a pesar de que yo le decía que podía estar de pie, continuamente insistía que me quedara sentado. Esto demuestra, como mencioné al principio, sensibilidad, buen tacto y humanidad del querido profesor.

Aquel día soleado de los primeros de abril nunca se me olvidará, porque a la postre fue el primer dinero que gané gracias a mi trabajo, estudiantil, por supuesto. Y es que cuando respondías la lección correctamente, formulaba a los finalistas lo que se conocía como pregunta de diez, cuya respuesta acertada suponía que diera un billete de cinco pesetas, en la jerga popular conocido como "duro". Cabe reseñar que en aquel año de mil novecientos sesenta y dos, con cinco pesetas —tres céntimos de euro actual— podías pasar tranquilamente la tarde de un domingo: el cine, tres pesetas; un refresco con milhoja, una con cuarenta; y te sobraban sesenta céntimos para comprar el lunes seis caramelos Saci, a las once en el recreo.

Los cuatro que habíamos respondido de forma correcta la lección completa estábamos expectantes esperando, casi temblando, la temida pregunta de diez; la premiada con el duro.

La pregunta fue la siguiente: "¿Quiénes fueron el bisabuelo y preceptor de Alejandro Magno?". Un tenso silencio se hizo dueño de la clase. Pero cuando

todos pensaban que ese día no habría duro, recordé perfectamente aquella entretenida charla de hacía al menos un mes, en que nos había contado de una forma muy amena, como siempre, parte de la vida de Alejandro Magno, que bajo el nombre de Alejandro III de Macedonia, reinó durante trece años. Sólo yo levanté la mano y respondí con aplomo: "Filipo primero de Macedonia y el filósofo Aristóteles". Esbozando una ligera sonrisa y sacando su cartera me dice: "Aquí tiene usted su premio". Y me entregó entonces el muypreciado billete.

He recordado esta historia porque ordenando una vez más mi caduca biblioteca, apareció entre mis manos un libro que me había regalado D. José Hesse Murga, "el Pepe", profesor de literatura en Carabanchel Bajo, hombre desaliñado en el vestir, fumador empedernido, un tanto supersticioso, pero sin lugar a duda, una excelente persona y docto en la materia que con tanto cariño enseñaba. Me contaba Carlos Justo, que un día antes de entrar en clase le dice en voz baja: "Pídeme un cigarrillo con discreción", y poniéndose en medio del aula proclama con toda energía: "Un cigarro pa D. José". Lo que después sucedió es fácil de imaginar... Gritos de D. José:

"¡Pero chico!, ipero chico!, fuera de clase". Y Carlos Justo al pasillo.

Después de imponer un ligero orden en la biblioteca, agrupando los libros por sus temas correspondientes, me senté plácidamente en mi sillón preferido dejándome invadir por aquel tiempo pasado. Imposible fue evitar la tentación de ojear nuevamente aquel libro titulado: "La literatura española en el siglo dieciséis". Ver la dedicatoria que me hizo D. José, leer las primeras hojas y encontrar la gran sorpresa que me

llenó de emoción, pues en medio de aquel tomo se encontraba adormecido, estirado y con postín, un viejo billete verde:

DÍAS DE VERANO

Marta González Bueno

Nada más llegar, lo primero que ha hecho mamá es embadurnarme bien con una crema pegajosa, ya me acuerdo de la del año pasado. Me da crema incluso en las partes del cuerpo que están tapadas con el bañador, dice que es malo que me dé el sol. Y yo digo que no entiendo por qué venimos a la playa a tomar el sol, si es tan malo, pero lo digo entre dientes, no vayamos a tener una regañina el primer día, izon tan enfadones los mayores!

Me resigno, a pesar del mejunje, y pienso que lo voy a pasar bien, con mi nuevo juego de cubo y pala, que incluye varios accesorios, moldes para hacer construcciones. Dicen que soy un poco mayor para eso, pero aun así me lo han comprado. Me pongo, a la orilla del mar, en un trocito que está un poco hundido, donde puedo ir acumulando el agua que, cubo a cubo traslado hasta la arena. Al poco de empezar con el trabajo, llega papá y algo dentro de mí se pone en alerta, no identifico que es. Enseguida se pone a colaborar conmigo, muy contento, arrodillado en la arena, parecemos dos buenos amigos disfrutando de un trabajo en equipo. Pero pronto toma la iniciativa: yo sigo aportando cubos de agua y la construcción queda exclusivamente en sus manos. Al cabo de un rato va tomando forma, no tiene mal aspecto, y entonces me dice directamente que como ya tenemos agua suficiente, mejor que no haga nada y que me siente guardando una cierta distancia, pues si lo toco, lo voy a estropear. La verdad es que hacía un rato que

estaba sin hacer nada. Y ahí me quedo, toda una buena parte de la mañana mirando, con aburrimiento, como disfruta papá haciendo su castillo, ¡él siempre hace lo que quiere!

Después de un rato interminable se levanta mamá, que todo ese tiempo ha estado tranquilamente tomando el sol y me dice que nos vamos al agua, ¡por fin el rescate!, me voy a divertir un rato. Damos unos pasitos y unos saltos hasta que conseguimos la inmersión completa. A mí me brillan los ojos de felicidad con el chapoteo pero casi de forma inmediata mi madre opina que el agua está muy fría así que como ella tiene frío, yo tengo que salirme del agua. Protesto un poco pero cedo, que remedio, ¡ella manda!

Por fin se hace la hora de dejar la playa para ir a comer. Papá abandona su obra de arte, se viste deprisa y se adelanta a nuestra marcha, dice mamá que para ir al bar. El castillo abandonado va modificando su apariencia con las pisadas involuntarias de los que pasean por la orilla y en especial por las patadas de los niños que disfrutan con la destrucción voluntaria. Me acerco a colaborar con ellos, con una nueva alegría que no he sentido en toda la mañana y que no puedo revelar a nadie. Es que no es mi castillo el que se destruye, ¡es la pequeña venganza a mi marginación!

La comida la hacemos en un restaurante de la playa. Hemos quedado con los tíos, los primos y la abuela. Ya han llegado todos. Yo pienso qué bien, voy a comer lo que quiera. Pero nadie me pregunta. Me plantan delante un plato que se supone que me gusta, pero que lo han llenado de una salsa que no puedo tragar, así que lo dejo. Sorprendentemente, nadie me regaña. Debe ser por la abuela, que dice que no me digan nada. Cuando terminamos, a ella le preparan un táper para

llevar, con lo que no hemos querido los demás, aunque papá no pone buena cara, pero con la abuela él no se atreve. ¡Ya entiendo porque no me han reñido!

Cuando terminamos de comer, vamos hasta el parque dando un paseo. Bien, si no fuera porque en el camino nos encontramos con otras familias que nos saludan con efusión desorbitada. Sobre todo las mujeres: madres y abuelas, te abrazan apretándote, te besan dejando en la cara restos de saliva y te dan pellizcos en las mejillas mientras exclaman con entusiasmo ¡qué ricura! Creo que al final acabo con más coloretos que la amiga de mi mamá cuando va a buscarla para ir de compras. Espero que no se repitan más días las supuestas caricias. ¡Qué paciencia hay que tener con los mayores!

Cerca del parque hay una pastelería, y uno de mis tíos, en un arranque de generosidad, decide invitarnos a todos. “Cada uno que elija lo que quiera”, dice. Pero no. Cuando yo señalo el pastel elegido, grande y de nata, que como había comido poco me lo estaba relamiendo, alguien me dice “ese no, que es muy grande y te va a quitar las ganas de cenar”, y a cambio me dan uno pequeño, que mordisqueo sin entusiasmo. ¿Qué puedo decir yo? ¡A aguantar una vez más!

Después de cenar quiero ver la televisión, pero sólo hay una en la casa y muchos candidatos a elegir, alguno de ellos impone su voluntad y yo me retiro a la habitación que comparto con los primos. “Al menos este rato tendré tranquilidad para leer mi libro sobre animales”, pienso. Falsa esperanza, al poco rato empiezan a entrar y salir, a sugerir otros juegos, a tirar almohadas, y no hay manera, tengo que dejar el libro para otro rato. Pero antes me enfado un poco con alguien más pequeño que yo, porque ha arrugado

algunas hojas de mi libro. Enseguida va a quejarse a los mayores y yo me llevo una bronca, ison intocables los más pequeños!

Cuando llega la hora de dormir de verdad, viene el numerito de las literas: que “yo me he pedido la de arriba”, que “yo tengo vértigo”, “que yo tengo que salir a hacer pis”. Al final, la de siempre, viene un adulto a ordenar por ley el lugar que nos corresponde a cada uno. Aceptamos de mal grado y con múltiples protestas la designación, pero aun así llegamos al gran momento de las risas: un chiste a medias, un pie que cuelga más de la cuenta, un eructo, y algo más oloroso, y hasta un proyecto esbozado a medias para el día siguiente. Lentamente, la energía decae y nos dormimos. La noche ha sido tranquila, imenos mal!

El día ha amanecido lluvioso. Hoy no vamos a la playa. El desayuno se alarga indefinidamente. Consigo que me dejen la tablet y me las prometo felices. Me pongo a jugar en un rincón de la habitación dispuesto a hacer puntos sin límite en un juego que tengo más que trillado de tantas veces como lo he practicado. Cuando estoy en lo mejor, entra uno de los mayores y me dice que no me viene bien estar ahí, “jugando con la maquinita” yo solo. No hago caso y sigo. Pero al poco tiempo entra mi madre y me obliga a salir. Me confisca la tablet y me dice que lo que tengo que hacer es jugar con los primos. No entiendo ese afán de querer estar todos juntos, con lo bien que se está cada uno a su aire, claro que eso cuando te dejan hacer lo que tú quieres, lo que es verdaderamente difícil. ¡Se pasan la vida mandando los adultos!

Bajamos a la calle y nos ponemos a jugar con una pelota. Estamos un ratito, pero cada vez pasa más gente y oímos algunas protestas. Al poco tiempo

algunas personas nos dicen directamente que “dejemos la pelotita” y que nos vayamos a otro sitio, que “no hacemos más que molestar”. Agachamos la cabeza, cogemos la pelota y nos sentamos en grupo en unas escaleras de subida al mercado. Nos apretamos bien para formar un grupo lo más pequeño posible, porque la gente está subiendo y molestamos. Cuando miramos a la cara de alguna señora vemos que nos mira con desconfianza y antipatía. Eso, y los comentarios y tonterías que decimos, nos provoca la risa, y estamos un rato bromeando. Pero notamos que la gente se mosquea cada vez más, y nos tenemos que ir de ahí. ¡No entienden nada los mayores!

Hoy comemos en casa, y por fin parece que los macarrones saben a lo que tienen que saber, debe ser que los ha preparado mamá. Es muy pesada, pero cocina muy bien. Nos dan la comida primero a los niños. Cuando nos sirven, nos miramos unos a otros y sobre todo los platos, con recelo y desconfianza, pues nadie está dispuesto a renunciar a su parte a favor de los demás, y siempre parece que los platos de los otros están más llenos. Se producen algunas protestas, pero enseguida uno de los mayores pone orden, así que nos resignamos a conformarnos con lo que nos han puesto, y lo engullimos sin más contemplaciones. Terminamos tan rápido como los mayores habían previsto, y mientras ellos comen podemos deambular por la casa sin que nos digan nada. Hacemos conciliábulo y decidimos solicitar la gracia de ir al cine, sin importarnos mucho la película. Cada uno debe pedir a su padre, con muy buenas maneras, que nos dejen ir al cine esa tarde, los padres son más sensibles a esas peticiones, opinamos, mientras que las madres siempre quieren que estemos con ellas. ¡Seguro que lo

logramos!

Después de algunos “mejor no”, “otro día,” “qué película”, “cómo van a ir solos”, parece que se ponen de acuerdo y ganamos la partida. Nos acompañan al cine y nos compran palomitas y Coca-Cola, que era de lo que se trataba. Nos dejan entrar solos con la promesa de volver a buscarnos. Pasamos bien el rato, pero cuando se terminan las palomitas y la Coca Cola empezamos a impacientarnos, a movernos, a hablar, a reír. La gente de alrededor nos llama la atención, nos mandan callar y a nosotros nos entra más la risa. Mucho antes de acabarse la película ya salimos. Esperamos a la salida a que vengan a buscarnos, tal como habíamos quedado. ¡Qué no noten nada, que nos la cargamos!

Día soleado, playa segura. Vamos todos, Uno se retrasa porque tiene que ir al baño, el otro olvida la toalla y a otro se le sale la sandalia, así que parece que no salimos nunca. Al menos hoy no tendré que observar las habilidades constructivas de mi padre, a todos juntos no nos puede. ¡Los primos sirven para algo!

Cuando llegamos a la playa, como estamos todos, alguien sugiere ir a las rocas a coger lapas. Las mamás dicen que no podemos ir solos, así que los padres vienen con nosotros mientras ellas se quedan charlando sobre cosas que ya conocen, quitándose la palabra unas a otras. Pero antes se desarrolla la ceremonia del embadurnamiento, incluidos los padres. Cuando empezamos a andar brillamos todos más que el sol. La mañana pasa bien aunque con un par de heridas de los más patosos, una en la pierna y la otra en la mano. Además de curarles les echan una notable bronca por no tener cuidado, ¡cómo les gusta reñir a

los adultos!

Después de comer estamos un rato tranquilos. Bueno, aparentemente. Nos han dicho que durmamos un rato la siesta, así que procuramos hablar en voz muy baja para que no vengan a reñirnos, que le tienen mucha afición y cualquier pretexto es bueno. Empiezo a revolver lo que hay en los cajones y encuentro una figurita de cerámica blanca y azul que representa un pescador. La doy vueltas, la miro por todos los lados comprobando que está hueca hasta que se cae y se parte en tres. La recojo rápidamente y no digo nada. Por suerte, nadie se ha dado cuenta, porque mis primos son unos chivatos. La escondo en lo más profundo del cajón y pongo delante todo lo que encuentro, con la esperanza de que tarden mucho tiempo en encontrarlo. ¡No quiero otra regañina!

Entre las cosas que he encontrado durante la inspección, hay una que me guardo sin decir nada. Es una figurita pequeña de una niña vestida de gris, con un lacito en el cuello. No sé de dónde ha salido, no es como los adornos que venden en las tiendas. La meto en mi mochila, entre unos calcetines para que nadie me la vea ni se rompa, ¡preguntare a mamá cuando lleguemos a nuestra casa!

Los mayores organizan una excursión al “interior”, eso dicen. Hay unas montañas y un río que algunos ya han visitado en una ocasión.

Los preparativos parecen no acabarse nunca, todos nos ponemos nerviosos, sobre todo ellos, claro, pero nos contagian. Han estado haciendo tortillas, han rebozado filetes y han hecho croquetas. Todo lo ponen en unas tarteras grandes, pero según van metiendo cosas, se van acordando de otras: vino, gaseosa por si

acaso, agua por si no encontramos, fruta, que siempre viene bien, servilletas, latillas, pan, refrescos, yogures... llenan dos neveras. Digo yo que sería mucho más fácil comer en casa. Bueno no lo digo, lo pienso, no están los ánimos para que ninguno de nosotros haga una objeción. En el último momento se acuerdan de que hay que llevar rebecas, pañuelos y algo de ropa de repuesto. Me parece que no vamos a salir nunca. ¡Cada vez están más nerviosos!

La ocupación de los coches es una odisea. No saben si ponernos juntos a todos, repartirnos por edades o cada uno con sus padres. Entramos y salimos tres veces de cada coche. Los conductores están cada vez más exaltados, vale más quedarse callado, más de uno recibimos una colleja sin saber por qué, ¡ojalá pudiéramos ser invisibles!

Llegamos al campo. Nueva odisea hasta encontrar un sitio del agrado de todos para extender alguna manta y los manteles sobre los que hacer el despliegue de nuestras provisiones. Cuando por fin lo encuentran, mientras preparan todo, nos vamos a dar un paseo hasta el río que está cerca. ¡Por fin nos vamos a divertir!

Exploramos la zona y comenzamos a tirar piedras al agua, a ver quién llega más lejos, nos acercamos cada vez más a la orilla hasta que doy un tropezón y me caigo al río. Del susto empiezo a bracear y parece que no voy a poder salir, pero el primo mayor se mete un poco en el agua y me agarra, los demás tiran, hasta que estamos todos en la orilla de nuevo. Yo estoy como una sopa, y mi primo bastante mojado. Nos reímos, nos ponemos nerviosos, nos asustamos. Decidimos volver sigilosamente al campamento base y buscar ropa para cambiarnos sin decir nada a los mayores. Pero cuando

estamos cerca nos ven, porque ya nos estaban buscando. Al principio no notan nada, pero enseguida nos ven las pintas que llevamos tan mojados, sobre todo yo. No se compadecen ni preguntan si estamos bien, pero nos echan una bronca morrocotuda mientras nos cambian de ropa. ¡Ya estamos todos bien enfadados!

Mañana otro día más con todos, a ver que me espera. ¡Ya estoy deseando que empiece el cole y poder estar en paz durante unas horas!

¡Qué bien se está en casa!, ya llevamos unos días y en el colegio nos hemos contado todo. Tengo los cuadernos y los libros, todo en orden, así que mamá está bien tranquila, es hora de averiguar el misterio de la muñequita que encontré!

Cuando he enseñado la muñeca a mamá, no me ha reñido por traerla. La ha cogido con cuidado y he notado que se emocionaba, se le han humedecido los ojos. Nos hemos sentado en el sofá, juntos, con la tele apagada. Me ha dado un abrazo y me ha dicho que era de su madre, de mi abuela Loli. Me ha contado que estuvo interna en un colegio y que esa ropa era el uniforme que llevaba. Que tenía mucho cariño a su colegio, a su uniforme y que tenía muchas amigas de aquella época. Luego se ha sonreído y me ha dicho que la abuela se reía mucho recordando las trastadas que hacía durante los muchos años que había estado interna. Yo la escuchaba con los ojos bien abiertos, ¡una abuela que hacía trastadas! Con lo buenos que son todos los mayores, eso dicen, seguro que ella no reñía. Como ha visto que yo escuchaba con mucha atención, mamá me ha prometido que me iría contando algunas anécdotas que ella recordaba. A mí me parece mentira tener una abuela que ha estado

tantos años interna, yo había oído que iban internos los que se portaban muy, muy mal, pero mamá me ha dicho que fue por otros motivos. Estaba deseando saber más cosas de la abuela, se iba a convertir en mi heroína.

El profe de sociales nos ha dicho que con la vida de nuestros familiares podemos estudiar la Historia, y yo tengo el privilegio de tener una abuela especial. Voy a investigar todo sobre ella, ¡este curso va a ser muy interesante!

EL PÉNDULO Y EL COLUMPIO

Juana Teresa Peñate Rueda

“Cuenta la leyenda que mientras Galileo escuchaba misa en la catedral de Pisa, mataba el tiempo observando el movimiento de vaivén de una lámpara suspendida del techo. Galileo notó que, aunque la amplitud del movimiento cambiase, el tiempo que tardaba la lámpara en realizar una vuelta completa era el mismo. Galileo, pensó que podría utilizar esta propiedad para construir un instrumento que midiera el tiempo de forma precisa, pero murió antes de conseguirlo.

El columpio es bastante parecido a un péndulo. Para conseguir una mayor amplitud en cada ida y venida hay que añadir energía y la forma de hacerlo es acortando el péndulo que forman las cuerdas del columpio – pero ha de hacerse el momento preciso. El truco está en balancearse para doblar las cuerdas, levantando el ombligo para que el columpio forme un «triángulo» que produce el acortamiento; en cada pasada se añade un poquito de energía, hasta lograr un buen impulso.

El péndulo, marca nuestra vida; el columpio, el impulso, la fuerza con la que vivimos”

El 8 de enero de 2017 el impulso, la fuerza con la que vivía la vida, su vida, quiso impulsarla más alto, la hizo volar, romper fronteras... y su péndulo terrenal se detuvo. No podíamos o no queríamos creerlo, nos costó y nos sigue costando aceptarlo, pero la realidad

se impone y hoy quiero brindarle mi homenaje por tantas y tantas cosas que nos dejó como legado.

Y parece que fue ayer y han pasado 11 años, Aranjuez 2006, el reencuentro después de 40 años. Parece que te estoy viendo, oyendo y... tu famosa frase “mamá, me tiembla el culo” que siempre recordábamos, recordamos y recordaremos. Corrías de un lado para otro, abrazos y lágrimas, suspiros... tus ojos brillaban alegres y repetías sin parar ¡qué alegría! Y otro achuchón... largas conversaciones, karaoke ¡cómo lo pasamos! Y dura despedida después de aquellos maravillosos días.

Y se fueron sucediendo los encuentros formales e informales: días del Pífanos, Toledo, 6/6, 7/7... Santiaguíño y allí siempre estabas contra viento y marea, venciendo todas las dificultades y, sin saberlo ni presentirlo, Sevilla fue tu despedida.

¿Sabes, Loli? estás cerca y estás muy lejos; echo de menos aquellos chateos en los que nos reíamos tanto y que se fueron al garete con el cambio de servidor; eran una cita casi obligada; a partir de las 22.00 horas nos íbamos incorporando, se puede... buenas noches, ¿cómo estamos?... y de pronto aparecía uno nuevo, decías: asoma la patita... dinos quién eres, pero no respondía, seguía ahí calladito y nosotros picando, se marchaba sin decir nada... nueva entrada ¿quién será? ¡oye, asoma la patita! y respondía, se quedaba... y así se fueron tejiendo otras relaciones, otras amistades ¡cómo te reías! ¡cómo pinchabas! luego decías ¡qué malos somos! jaaaaaa .

Echo de menos tus largas conversaciones telefónicas en las que se detenía el tiempo y hablábamos de todo, de nuestros malos y buenos momentos, cambiábamos

impresiones, comentábamos nuestras preocupaciones, nos animábamos ¡ay, Loli! ¡cómo te añoro! Añoro tus wasaps con los vídeos y las fotos de tus nietos, en ellos compartías cómo iban creciendo; las fotos de tus instantáneas curiosas, de tus flores... Ahora me consuelo mirando tu foto permanente y congelada en ese triste 26 de diciembre y te hablo... hoy la he mirado un par de veces y he ido y me he servido una birrita y he dicho ¡por ti! como hicimos tantas veces.

Alguna lagrimilla ha empañado mis ojos, he tenido que detenerme ¡son tantos recuerdos! Y siento una pena inmensa por no haber podido darnos un abrazo el 5 de diciembre como teníamos previsto, tu salud ya no lo permitió. Te prometí ir a celebrar tu cumpleaños, pero... la realidad se impuso a los deseos. Nos felicitaremos y nos abrazaremos el día de mi último viaje, seguro que entonces nos encontraremos. Pero no voy a seguir con añoranzas, tenía que expresarlo porque mi corazón lo necesitaba.

Retomo el inicio: el péndulo y el columpio, no sé la razón pero cuando dije que escribiría algo sobre ti para esta nueva cita ¡infantil te asocié con ambos elementos y me pregunté el porqué, busqué su significado y encontré las citas con las que he comenzado; fui desgranando, asociando: Loli, sé que eras un péndulo lleno de vida, marcabas perfectamente el ritmo de tus tiempos, luchabas incansablemente por tus ideales, por tu vida hasta el último momento y te fuiste con paz dejando una estela de grandes y buenos recuerdos.

Una mujer cabal; recuerdo haber leído hace tiempo una definición sobre la persona cabal, la guardé porque me gustó y hoy la transcribo porque te define:

“aquella que está en armonía y de sus virtudes se desprende la aptitud y actitud sujeta a la honestidad y la claridad mental...” Se te aplica perfectamente. Ya no te puedes poner colorada pero seguro que desde donde nos contemplas te estarás riendo.

¿Y por qué columpio? Sencillamente por el impulso, por la fuerza con la que vivías la vida: la familia, los amigos, los deseos, las ilusiones, las alegrías, tus verdades, y ¿por qué no?: tus mentiras, tus engaños, tus tristezas, porque también formaron parte de tu vida.

Y también me viene a la memoria, ya sabes que soy una persona de recuerdos, un poema de Gerardo Diego titulado así y que creo que también te refleja y que él, además, expresó gráficamente: “A caballo en el quicio del mundo un soñador jugaba al sí y al no Las lluvias de colores emigraban al país de los amores .

*“A caballo en el quicio del mundo
un soñador jugaba al sí y al no
Las lluvias de colores
emigraban al país de los amores
Bandadas de flores
Flores de sí,
Flores de no
Cuchillos en el aire
que le rasgan las carnes
forman un puente
Sí
No
Cabalgaba el soñador
Pájaros arlequines
cantan el sí, cantan el no”*

Hoy, al contemplar el reloj antiguo que hay en mi casa, veo y oigo el péndulo marcando los segundos, los segundos que la vida nos regala, que tenemos la oportunidad de poder disfrutar y agradecer; péndulo y vida van unidos, marcan el ritmo, pero cuando llega el momento, se detiene y un péndulo invisible comienza una nueva andadura que llamamos eternidad, allí nos encontraremos.

Y paseando por la vida en nuestros parques encontramos muchos columpios, en ellos se columpian niños cargados de ilusiones, reflejo de la realidad de la vida; los mayores, junto a ellos, los impulsan, los acompañan y ellos van aprendiendo a tomar ese impulso que les lanza; aprendimos de nuestros mayores, de nuestro pasado, nos impulsaron e impulsamos y llegamos a la meta con un legado, tú lo entregaste antes, otros no sabemos cuándo, nuestra misión es estar preparados.

El columpio y el péndulo, el péndulo y el columpio, nuestras vidas, nuestros tiempos, nuestro impulsos, nuestras paradas, nuestros encuentros y nuestras despedidas, nuestros anhelos... todo forma parte del entramado, del misterio, del vivir y del morir, del soñar y el despertar, de lo real y lo irreal, del ayer, del hoy y del mañana y sólo importa el ser y el dejar en el camino las señas de identidad de ser buena gente: bondad, amabilidad, confianza, honradez, coherencia, generosidad, entusiasmo... y todo eso nos dejaste tú ¡gracias por tu amistad!

MI INFANCIA SON RECUERDOS

Natividad Jaime Santamaría

Nunca pensé que un día escribiría los recuerdos de mi infancia pero en cierta ocasión alguien me preguntó ¿Qué recuerdos tienes de tus primeros años?, fue entonces cuando vinieron a mi mente en tropel cantidad de recuerdos que intentaré plasmar en este relato.

Cogiendo prestada la frase del gran Machado... “Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla”, yo cambio por “una calle”, si, de una calle de un pueblo, una calle como las hay a miles por nuestra Geografía, pero una calle muy particular porque era la mía, en ella estaba la casa en la que vi la primera luz y en la que se extinguió la de mi padre. Una calle en la que viví hasta que salí camino del internado, en la que pasé una infancia feliz, llena de juegos travesuras y anécdotas. Eran años en los que todavía jugábamos en la calle, niños y niñas juntos, nuestros juegos eran variados, la comba, las tabas, las chapas, la “zancarrilla” en otros sitios llamada “rayuela”, el escondite, el pillapilla, los cromos que había que voltear ahuecando la mano dando un golpe y que requería gran habilidad, los boletes, aquellas bolas de barro de distintos colores a los que pegábamos con la “tinadera” una bola algo más grande; todavía no conocíamos las “canicas” de cristal... No había actividades extraescolares quitando la “catequesis” y por eso después de la escuela solo jugábamos, hacíamos una parada para merendar y aunque eran tiempos de

escasez y no sobraba nada en ninguna casa lo hacíamos donde pillaba, cualquiera nos daba una trozo de pan con chocolate o una rebanada de pan con aceite y azúcar, incluso a veces el aceite se sustituía por vino. Todo estaba buenísimo, no necesitábamos nada más.

La calle de mis recuerdos era estrecha, casi no cabía el carro del hortelano que allí vivía ya duras penas un coche de ahora pero tenía vida, establecimientos de todo tipo a ambos lados, desde una entidad bancaria en la que veíamos a los empleados muy trajeados a una tienda de ultramarinos en la que vendían de todo, pequeña pero bien surtida, aun veo al dueño con su guardapolvo azul grisáceo. Recuerdo cuando llegó el caldo “Texton” ya todo el que pasaba le ofrecían un tazón de aquel caldo recién hecho que según decía la propaganda iba a ahorrar muchas horas de cocina a las sufridas amas de casa. Era una degustación en toda regla.

No quisiera olvidarme de ningún establecimiento porque todos tenían su encanto. Había una fontanería, una pequeña librería con un dueño al que hacíamos rabiara menudo y él respondía con cara de amargado. Una curtiduría de pieles que despedía un desagradable olor que contrastaba con el que emanaba de una pequeña fábrica de chocolate situada a pocos metros y en la que solíamos hacer cola para ver si nos daban un cachito de aquel dulce tan delicioso... Una carpintería, una carbonería, un almacén de lanas y otro de compraventa de pelo natural, una tapicería, una imprenta en la que volvíamos locos a los empleados con el afán de que nos dieran recortes de papel con los que nos fabricábamos libretitas; hoja a hoja íbamos pegándolas con nuestro pegamento particular hecho a base de agua y harina, quedaban

hechas un primor, eran tiempos de carestía y aguzábamos el ingenio.

Había también un almacén de zapatos, era grande y en alguna ocasión llegamos a jugar al escondite entre las estanterías, (la zapatería estaba situada en otra zona). Justo al lado estaba la alpargatería totalmente artesanal, allí pasábamos horas embobados viendo como sobre una mesa inclinada de madera manejaban el esparto hasta dar forma a las suelas y después todo el proceso hasta poner las vetas y ver finalizada la alpargata. Se daba la circunstancia de que el alpargatero, era natural del pueblo de mi madre en el que no había más industria que la alpargata y allí ella en su juventud también las había hecho; nos unía una gran amistad y quizás por eso el hombre tenía tanto aguante con nosotros.

He dejado para el final del recorrido los dos bares, si, había dos bares, uno justo debajo de mi casa y el otro unos metros más alejado, allí hacíamos acopio de chapas para nuestros juegos; tenían su razón de ser ya que justo enfrente, ocupando gran parte de la calle estaba la fachada del teatro que también era cine y los días en que había espectáculo tenían la clientela asegurada, las películas se proyectaban los días festivos.

Aquí quería llegar, la joya de la calle. Teatro Principal era su nombre, así figuraba en grandes letras en su fachada. Lo recuerdo con precisión, tres grandes puertas, una para tramoyas y utensilios, otra para la entrada a platea, palcos y anfiteatro y otra para el “gallinero”. Cada categoría tenía un portero. Llegué a conocer el edificio y patearlo de arriba a abajo. Los palcos y plateas estaban tapizados de terciopelo azul, los asientos muy cómodos, mullidos, nada que ver con los del anfiteatro, asientos corridos, de madera en

varias filas y ¡que decir! de los del gallinero que eran gradas de cemento. Era aquí, arriba del todo dónde podíamos acceder con menos dificultad, el portero, era un buen hombre al que la chiquillería de la calle mareábamos para que nos dejara entrar, puedo decir que lo acosábamos y él se dejaba querer, se hacía el duro pero al final cedía, creo que por aburrimiento... Nunca se nos ocurría pedírselo a los otros porteros. En contadas ocasiones según su estado de ánimo se negaba en redondo, no había manera de convencerlo y es entonces cuando recurriamos a los soldados que eran los clientes más accesibles, en aquel entonces, en el pueblo, había un gran destacamento militar en el que hacían la mili aquellos jóvenes provenientes de muchos lugares de España y los domingos cuando salían del cuartel, muchos se acercaban al cine. Nosotros al verlos con su entrada en la mano nos arimábamos a ellos y poniendo cara de buenos les decíamos ¿me entras? Y normalmente pocos se negaban. Si la película no era tolerada, no entrábamos de ninguna forma. Una vez dentro, si la cinta nos gustaba, nos manteníamos sentados y atentos pero si no era así empezábamos el periplo de llegar al escenario por todos los recovecos que alguien había descubierto antes... Nos conocíamos todos los rincones, nada del edificio tenía secretos para nosotros. Aun hoy me pregunto ¿Quién sería el primero en tomar la iniciativa?

Conseguíamos llegar hasta los camerinos de los artistas, en un pasillo cuyas ventanas daban a la calle estaban todos, quedaban justo enfrente de mi casa y mi madre se asomaba a su ventana en los días que había función de teatro o “varietés” para ver el ambiente de la calle, la gente iba con sus mejores galas.

A veces las artistas, conversaban con ella de ventana a ventana. Yo recuerdo verlas pasar con sus coloridos trajes de plumas y lentejuelas.

En los días que había función de un tipo u otro, en el portal de mi casa se sentaba una señora mayor (la veíamos como una abuela) con un gran canasto lleno de chucherías de las de entonces, nada que ver con las exquisiteces de hoy en día. Tenía pirulís, bolitas de anís, caramelos, regaliz, cacahuets con cáscara, pipas de girasol y de calabaza, almendras garrapiñadas, boletes, yoyos y pistones. No faltaban los litones, luego supe que eran el fruto del almez; eran unas bolitas que pasan del verde al marrón y al final al negro que es cuando son comestibles, pequeñas como guisantes que dentro tienen hueso; el sabor es bueno, la gracia estaba en tirar el hueso a través de un canuto hecho con una caña, apuntando a las piernas y brazos del contrario, normalmente las dianas solíamos ser las niñas, nos traían mártires pero la verdad es que nos defendíamos lo mejor que podíamos. Más de un jersey, vestido y pantalón llegó a estropearse con tanto litonazo.

En los días de lluvia o frío, la abuelita se refugiaba dentro del portal, era grande, siempre estaba abierto y podía venderlo mismo que en la calle.

En mi recuerdo están también algunas de las travesuras que hoy moverían a risa. Empujar la puerta de los establecimientos y salir corriendo, llamar en los portales con el picaporte (no habían llegado los timbres) y esperar a que salieran a reñirnos y, a veces, incluso esperar que nos echaran un jarro de agua.

Pienso que lo del agua debía ser algo que nos gustaba mucho porque recuerdo en los días de verano con un

calor sofocante en los que no caía una gota de lluvia, los operarios del ayuntamiento iban regando las calles con una gran manguera para refrescar un poco el ambiente y los críos nos acercábamos a ellos cantando “la manga riega, que aquí no llega, si llegaría, me mojaría”, luego echábamos a correr y ellos nos seguían con un gran chorro hasta que nos mojaban. Era todo un divertimento.

Cuando llegaban las fiestas del barrio, nuestra calle participaba con ilusión y se engalanaba con banderitas que hacíamos con papel de seda de todos los colores, entonces se organizaban juegos; carreras de sacos, cucañas, concursos de parchís, de chapas, de boletes... etc. y sabrosas chocolatadas con dulces que preparaban entre todas las madres. Eran días distintos y los disfrutábamos.

Han pasado los años y mi calle sigue siendo mi calle pero... de aquellos establecimientos no queda ninguno, uno a uno fueron cerrando o se trasladaron a otros sitios. El bello teatro que ahora se me antoja como una cajita de música desapareció en aras de la modernidad construyendo en su lugar un bonito y funcional cine que para nosotros dejó de tener interés ya que ni siquiera tenía la entrada por la calle y que en unos años dejó de funcionar y hoy está abandonado. Los dos bares se cerraron y ahora ha vuelto a abrir uno reconvertido en un moderno y coqueto restaurante. Tampoco quedan las familias que la habitábamos, los mayores, poco a poco se fueron marchando, los niños crecimos y también la abandonamos. Ahora queda solo su nombre en una esquina y el recuerdo que dejó en mí.

EL DÍA QUE SU MAJESTAD INFERNAL VISITÓ EL CHOE DE PADRÓN

Miguel González Quevedo

En nuestra infancia escolar predominaba en las mentes de nuestras maestras un refrán de procedencia sajona “La letra con sangre entra”, bueno yo creo que la sangre al río no llegaba pero sí que estaba presente en nuestro devenir diario.

Pero como este refrán no causaba el efecto previsto a la teórica sangre iban añadiendo pequeñas dosis de terror infernal con la amenaza del castigo eterno y similares.

El colegio de Padrón era un caserón vetusto de tres plantas, a la planta baja se accedía por el patio y se ubicaban los wáteres, el dormitorio de las sirvientas “las chicas”, la leñera, los lavaderos y el salón que servía especialmente como zona de recreo los días de lluvia y lógicamente para los actos oficiales.

En la planta del medio estaban las clases, cuyas ventanas daban a la carretera y al perímetro exterior por una parte y por otra al patio que estaba en la zona inferior, la capilla, el comedor y las cocinas.

Por último en la planta de arriba estaban los dormitorios, la enfermería y la comunidad (territorio privadísimo de las monjas donde estaba prohibidísimo entrar bajo el castigo de condenación eterna y paliza en grado superlativo).

Esta exposición aproximada de lo que era físicamente el colegio ha sido necesaria para poder comprender los hechos que vamos a contar los que no gozaron de la dicha de ser temporalmente padronenses.

Al principio del inicio en las actividades del colegio como tal todo iba más o menos bien (hacia 1946-7), pero en los años posteriores el tejado se fue deteriorando con las lluvias y llegó un año en que a la que caían veinticuatro gotas se inundaba el dormitorio y nos teníamos que pasar la noche cambiando las camas de un sitio a otro por lo que se tuvo que reparar todo el tejado. El problema era donde recolocar las camas mientras durasen las obras, la solución que se buscó fue habilitar unas clases del primer piso y convertirlas en dormitorios.

Desde luego esta medida en teoría no era suficiente pero no recuerdo que otras se adoptaron en este aspecto, lo que si tengo la absoluta seguridad que las clases cuyas ventanas daban directamente a la carretera acogieron durante un buen espacio de tiempo nuestros sueños.

El problema era que en la planta donde estaban las clases no había ningún wáter y por lo tanto para aliviar las necesidades perentorias de la noche había una pequeña serie de problemillas. El primero era que la clase quedaba absolutamente a oscuras cuando se apagaba la luz, cosa que no ocurría en el dormitorio en que siempre había alguna luz encendida. Por lo tanto si te levantabas tenías que ir tanteando hasta llegar a coger el pomo de la puerta y al abrirla ya entraba la luz del pasillo; luego teníamos que ir hasta la escalera y bajar a la planta baja donde estaba el wáter.

Un buen día Radio Macuto nos despertó con una noticia sensacional.

Aquella noche el mismo Demonio en persona se había paseado por el colegio, por fortuna no se había llevado a ningún pinfanillo pero... ¿Qué hacía aquel elemento tan peligroso rondando por allí?

No acababa ahí la cosa, cuando se abrieron los postigos de las ventanas de las clases-dormitorio, todos los cristales estaban pintados de llamas de fuego y signos demoníacos. Aquello de por sí ya era terrorífico.

Poco a poco Radio Macuto fue ampliando la información, un alumno había ido al váter a medianoche y al ir a subir la escalera para volver a la cama de lo alto del piso de arriba sintió que alguien le llamaba con un “chist” miró hacia lo alto y vio al demonio apoyado en la barandilla de la escalera mientras que con una sonrisa burlona le indicaba con el dedo que subiese hasta el último piso donde él se encontraba.

Temblando de miedo comenzó a subir el primer tramo de escaleras poco a poco y cuando llegaba al primer piso echó a correr hasta llegar a la clase donde entró y rápidamente cerró la puerta y se metió en su cama.

Esta fue la historia de lo que ocurrió (o no) una noche de los alrededores de 1950 y que propició que durante las noches siguientes nadie se atreviese a ir solo al váter por la noche y que se formasen grupos para ir siempre acompañados.

En cuanto a las pinturas de las ventanas, da la casualidad de que las que pintaron estaban a pie de calle, o sea que para pintarlas quien lo hiciese no

necesitaba ni una escalera, cosa que no ocurría en las ventanas del dormitorio que estaban en el piso de arriba.

Y YO ME PREGUNTO ¿QUIEN DIABLOS TUVO TAN GENIAL IDEA?

EL SILENCIO ROTO

María Blanca Blanquer Prats

En la ciudad antigua, en el barrio antiguo salpicado de edificios palaciegos, iglesias y conventos, con sus pequeñas tiendas y oficios que satisfacían todas las necesidades, varios colegios y solo dos escuelas, una para niños y otra para niñas, en que aprendían sus primeras y, quizá, últimas letras.

Las familias que allí habitábamos nos diferenciábamos por la altura de las viviendas: Áticos, que eran solo porches, y plantas bajas estaban destinadas a los porteros, artesanos, obreros. Despertaban con el sol y regresaban a última hora de la tarde con los pies cansados y la espalda inclinada bajo el peso de la fatiga. A partir del primer piso residían los señores del despertar tardío que guardaban su intimidad tras los cortinajes.

Los niños de las escuelas iban solos, con ropas que siempre parecían demasiado grandes o pequeñas para su edad y un babero de rayas ondeando en el antebrazo; los niños de colegios salíamos siempre acompañados, con relucientes uniformes. Estábamos educados en el santo temor de Dios, el miedo al demonio, la obediencia a nuestros padres y el respeto a los mayores y vecinos, lo que coartaba nuestras voces que no podían elevarse más allá de ciertos límites ni permitírnos ademanes considerados soeces o pronunciar palabras tenidas groseras.

Los niños de las escuelas no debían sentir tantos

miedos ni respetos ni coacciones porque se reunían por las calles, vociferaban, e insultaban al jugador que no había conseguido colar la pelota de trapo en el imbornal que, previamente taponado con un viejo periódico, se usaba como portería.

Mis atalayas estaban en los balcones de casa agazapada detrás de las barandillas, oculta por las plantas; porque me fascinaba el desenfado de aquellos niños a los que no osaría aproximarme para que mi Ángel de la Guarda no presentara su dimisión irrevocable. Pero entre ellos hubo uno que se incorporó al álbum de los primeros recuerdos; era fuerte y delgado, el pelo rubio y áspero descendía sobre la frente hasta las cejas y entre sus facciones pequeñas destacaban unos ojos rectilíneos de pupilas tan grandes y tan intenso azul que parecía no tener córneas. Nos cruzábamos en algún punto del recorrido desde mi casa hasta el colegio y pasaba muy cerca de mí dejando atrás el olor de jabón que expelía su babero. También formaba parte de los juegos callejeros y capitaneaba a su tropa con diversos gestos sin que jamás alzara la voz y pudiera llegar a mis oídos.

Ingresé en el internado dejando atrás mi ciudad, mis balcones y mis niños para subir a un tren con lágrimas de despedida y soportar en el duro asiento el trayecto que, a la sazón, duraba casi un día. Caras nuevas, una forma diferente de disciplina, monjas maternas que intentaban hacernos un hogar imposible y solidaridad entre las alumnas que resultaba imprescindible cuando se formaba parte de la pandilla más revoltosa de las aulas: Las niñas visitaban la Capilla para orar y pedir gracias a la Virgen y, como suponíamos que tanto ruego la abrumaba, decidimos que en los recreos haríamos nuestra visita para alegrar a la Santa Madre

contándole un chiste. La preciosa imagen permaneció siempre impasible mientras nosotros sofocábamos las risas y, en una de esas, nos pilló la superiora que tras acusarnos de un montón de irreverencias nos impuso un severo castigo. Una vez nos colamos en las buhardillas para curiosear en los baúles que guardaban las religiosas con el único fin de averiguar su nombre verdadero y alguien echó la llave por fuera; un par de horas más tarde dieron con nosotras y el alivio del encuentro no aminoró en absoluto la reprimenda y amenaza de expulsión que cayó sobre nuestras cabezas. Una tras otra, entramos en el ranking de los “trastos” del Colegio y cuando ya de exalumnas nos volvimos a reunir con las religiosas y les contamos nuestras motivaciones hubo una reconciliación universal al abrigo del cariño que nos profesábamos todas.

Día tras día, año tras año, el alma conservaba las esencias de la sumisión y, a pesar de ello, a medida que nuestros cuerpos se desarrollaban y ensayábamos ocultas los efectos de un colorete sobre las mejillas, brotaban los primeros síntomas de independencia.

Durante las vacaciones vi muchas veces al niño de los ojos rectos y la primera vez que se cruzaron nuestras miradas descubrí en ellos el fulgor de dos centellas que me atravesaron; me ruboricé y sentí que el azote de un escalofrío me laceraba todo el cuerpo. Algo en él me asustaba y en cuanto atisbaba su figura me temblaban las piernas y procuraba desviarme del camino; sin embargo, los encuentros, en el reducido ámbito de nuestro barrio, eran inevitables y cada vez que nos veíamos se repetía en mí idéntico fenómeno. Uno y otro sólo éramos conscientes de que ambos existíamos, que formábamos parte de la comunidad

de un barrio pacífico limitado en sus espacios e infinito en nuestros afanes.

Empecé la Universidad. Estaba un poco más lejos que mi primer colegio y volví a mi antiguo recorrido. La Facultad de Derecho nada tenía que ver con mis anteriores experiencias estudiantiles y gozaba distribuyendo mi tiempo para compatibilizar los estudios con los conciertos, el teatro, el orfeón, el deporte universitario, cine clubs, lectura y comentario de libros, para lo que necesitaba planificar hasta el último segundo de mis días. Pero no fueron estas las únicas inquietudes porque me había instalado en la década de las transformaciones y Bethowen, Bach, Mozart o Vivaldi iban apagando sus notas y dejaban para dejar paso a los ritmos del swing, los blues de Littel Walter, el vértigod e Elvis Presley, el inicio de los Beattles, Los Pantalones Azules, Los Milos, o las voces de cantantes surgidos de las propias aulas, como Vicente Castelló, Bruno Lomas y Raimon.

Los guateques dominicales dejaron de ser pacíficos y los bailes inspirados en nuestra nueva música tan poco acordes con los vestuarios tradicionales que Mari Quant se incorporó a nuestros armarios acertando poderosamente las faldas, nuestros héroes cinematográficos distaban de ser los buenos situando entre las preferencias a los rebeldes, con o sin causa. La adolescencia entre brumas, la discrepancia frente a los dogmas, resplandores del aura construidos con el fervor de una muralla que detuvo golondrinas del ayer para albergar a los jilgueros del mañana. El único consuelo para las familias era la abundancia de jóvenes inconformistas que a nadie odiaban pero se habían prendado en las utopías.

Volví a encontrarme con el niño de los ojos rectos

convertido en un hombre joven. Al volver de mis clases estaba delante de su portal, la espalda contra el muro, las manos atrás y el rostro hermético, los ojos rectos que me esperaban, me seguían, y para atenuar su resplandor yo elegía la acera de enfrente estableciendo entre los dos el abismo de unos pocos metros. En una ocasión asomó por la ventana el rostro macilento de una mujer y le dijo “Rafa, la comida ya está...” Él no respondió, volví a perder la oportunidad de saber cómo era su voz pero había aprendido su nombre: Rafa. De nuevo al atardecer su presencia constante, en la calle paralela por la que acudía a mis citas y él departía con otros jóvenes que bajaban la voz cuando yo doblaba la esquina, le musitaban frases, sonreían y esbozaban algún movimiento de empuje a la estatua marmórea e infatigable.

Confieso que en alguna ocasión pensé en abordarle y preguntar el porqué de su mirada insistente; y también he de confesar que si no lo hice fue por el temor a su respuesta. ¿Qué me podía decir? ¿Que yo me interponía en su paisaje? ¿Que tenía todo el tiempo del mundo para contarme...? Quizá podía acercarme y decirle “Yo soy Cristina” como pago de la deuda contraída por conocer su nombre... Y seguía adelante, con el último reducto de mis miedos y algo en mi interior que se complacía. Hubo una ocasión cuando visitaba en compañía de un amigo la rotativa de su periódico y desde la plataforma le vi junto a una máquina enfundado en un mono azul de trabajo; hierático, como si toda la nave se hubiera convertido en un desierto cubierto por el cielo oscuro en que brillase su única estrella. ¿Quién es ese chico? Mi amigo me respondió que no tenía ni idea. Nos fuimos; sé que algo mío se quedaba allí y que me llevaba algo

que no me pertenecía.

Terminé la carrera e inicié la de la propia vida como el árbol cuyas ramas desconocen cómo será el sabor de sus frutos, los sueños colapsados ahogándose en salitre de lagos encogidos y en la selva del mundo aparecí como gacela cercada, escindida del calor de la manada que, por vez primera, me dejaba sola. Mis manos sudaron para flotar en un río que me llevase al futuro y brotaba de los manantiales de las dudas y el hastío.

El primer día que entré como pasante en un bufete de Abogados empezó mi pasantía trasportando legajos y buscando los Aranzadi; pero como nadie me impidió leer los escritos y, ocasionalmente, acompañaba a mis maestros a los Juzgados, me atreví a opinar acerca de algunos temas al parecer con acierto bastante para que me encomendasen mi primer Recurso contra una multa de tráfico y mi primera Demanda en reclamación de cantidad en las que puse tanto empeño como si con ello fuera a distribuir las riquezas del mundo entre todos sus habitantes. Vinieron otros Recursos, otras Demandas y, poco a poco, otros casos más difíciles cuyo planteamiento no mereció reproche alguno de D. Manuel, el Abogado Jefe, y sorprendieron gratamente en el despacho que un par de años después me relevarían de la pasantía integrándome en el equipo jurídico.

Abría devota los oídos a las palabras de nuestros clientes, hice míos sus problemas y lloré y reí con ellos. La cartera era muy amplia, banqueros o desahuciados, asalariados y patronos. Conocía a tantas entidades y personas que me pregunté si alguna vez el trabajador en la rotativa de un diario no sería alguno de los que llamaban a la puerta solicitando nuestra ayuda.

Otros eran ya a los que llamaba amigos o compañeros, con los que compartía el trabajo, los viajes y las fiestas, y aparecieron los primeros amores eternos que fenecían prontamente hasta que, al fin, uno de ellos lo fue y ambos hicimos un proyecto de vida en común que consagró nuestro matrimonio.

Me alejé para siempre de mi barrio a otro más moderno en que eché de menos las pequeñas tiendas y la familiaridad de los vecinos porque los geométricos trazados y las amplias avenidas que surgen del proyecto de vida administrativo poco tienen que ver con la aglomeración de familias que se hermanaron para compartir el agua de un río o cobijarse a la sombra de una Iglesia. Mi familia lo haría un poco más tarde, y nunca volví a ver los ojos azules y rasgados ni el fulgor de sus centellas estremeció mis pensamientos.

Era absolutamente feliz con mi matrimonio; todo lo compartíamos, y cuando él regresaba del hospital adivinaba el desarrollo de su jornada por la expresión de su rostro y celebrábamos los éxitos o le acompañaba en silencio mientras el consultaba en sus libros de medicina acerca de algún difícil diagnóstico. Los viernes cenábamos con los amigos y el sábado buscábamos algún destino de soledad compartida, unas horas que eran solo nuestras, y yo me las arreglaba en el despacho para acompañarle a los Congresos Médicos que nos llevaron a distintos lugares de la geografía. Cuando me propuso abrir su propia clínica habíamos alcanzado una de las metas que nos señalamos desde el principio y aunque disponíamos de menos tiempo libre los dos estábamos encantados.

Mi madre me ayudó mucho con los tres niños que ya

teníamos a los cinco años de casados y aquella diminuta prole que nos hizo tan felices se encargó de complicar nuestras vidas que asumieron las suyas como prolongación de las nuestras

La cuarta vez mi madre nos había dejado y tuve serias complicaciones durante el embarazo; la niña nació prematuramente con graves problemas y a pesar de tener un médico en casa pasamos un año largo entrando y saliendo de urgencias, confundidos los días y las noches ante la pálida fragilidad amenazada y una angustia perenne que se traducía en una oración continua. Dejé de trabajar porque el caso más importante que tenía que resolver era salvar la vida de mi hija.

A los veintidós meses le dieron el alta sin que ello obstase para someterla a una vigilancia permanente; la mínima alteración del color de sus mejillas me ponía en guardia y hasta que cumplió los seis años no la llevamos al colegio por miedo a los contagios de las enfermedades infantiles. La acompañaba, la esperaba a la salida, preguntaba a las profesoras sobre como había transcurrido la jornada y me esmeraba en mantener el horario de sus tratamientos y el régimen alimenticio a que estaba sometida.

Los niños iban creciendo; cada vez que apagábamos las velas de un cumpleaños se encendía en mi mente la chispa de un nuevo sistema para multiplicarme. Me sometí al imperio de una agenda que señalaba el destino de mis horas y se oxidaron los tiempos pasados sustituidos por otros que forjaban por igual el amor y el sentido del deber que se imponía a mis actos y mis pensamientos se tradujeron en renglones sobre los que escribir las horas sin permitirme un solo desvío. Días de obligación, noches de desvelos y sobre

todo ello la dicha compartida de que mi familia crecía en el abrazo de las palabras extendiéndose en la llanura verde de las adolescencias y la primera juventud que señalaba el inicio de nuestro propio declive. Sanos, estudiosos y en algún caso brillantes, es lo cierto, pero tuvimos que adaptarnos a otras canciones, a la estética de los vaqueros rotos, a las uñas pintadas de colores impensables, a las salidas nocturnas, a la emancipación de las deliciosas vacaciones familiares y a las exigencias de una generación que consideraba como derecho propio lo que otros habían conseguido con su imponderable esfuerzo. Ya no solo escuchaban, sino que debatían y a partir de entonces nos resignamos a aceptar que en la continua guerra generacional ya estábamos al otro lado. Se adormeció mi imaginación hasta sumirse en un letargo y al descubrir en la sien los primeros cabellos blancos comprendí que la nieve de los inviernos dormidos había congelado una parte de mí que, a fuer de lejana, quizá no había existido.

Todo lo soporté feliz mientras me alentaba el sentido de la familia pero empezó otra clase de sufrimientos: La sensación indemostrada de que algo no iba bien en mi matrimonio revelada por aquellas minucias que solo una mujer enamorada es capaz de comprender: Demasiadas guardias, excesivas reuniones, frecuentes ausencias y aquella forma de mirar cuando sus ojos se posaban sobre mi haciéndome sentir que no me veía.

A continuación fueron los niños convertidos en objetivo de sus reproches porque, según él, siempre habían estado demasiado consentidos y hacían lo que les venía en gana. Intentaba pacientemente hacerle comprender que a unos niños que sacaban tan buenas

notas y eran tan cariñosos no podía reprenderles por las cosas propias de su edad entre las que no había ninguna que mereciese su condena; y entonces me decía que yo era la culpable porque era una sombra en el mundo que no se enteraba de nada.

Aquella frase me hizo meditar y tuve que darle la razón; habían pasado doce años desde que me había encerrado en casa y dedicado plenamente a aquellos hijos míos, que también eran suyos; como ya no aportaba mis propios ingresos solo tenía una asistenta dos veces a la semana; mi aspecto, siendo decoroso, en nada se parecía al de aquellos años en que rompía los moldes, mi cabello había olvidado lo que era una peluquería y los escasos momentos de descanso solo deseaba sentarme en una butaca con un libro entre las manos. Seguramente yo era responsable de que en el escaso tiempo que pasaba en casa no tuviéramos nada que decirnos y albergase una cólera apenas reprimida

Me llegó la oportunidad con motivo de una boda a la que asistiríamos los dos. Me sentí transformada y feliz, regada por la esperanza de que mi nuevo aspecto le afectase y cuando aparecí delante de él, temerosa y sonriente, me regaló una breve mirada añadiendo las palabras más hirientes que le había oído nunca: Si pensaba presentarme en la ceremonia con ese aspecto impropio de una cuarentona.

Fueron mis lágrimas más amargas; me miré en el espejo: El vestido era de un tono gris perla con suaves bordados, ceñido a la cintura y un pronunciado escote que pudo considerar excesivo pero, en ningún caso, excusaba su grosería. Era posible que le hubiera sorprendido; pensé que hacía demasiados años que había dejado de lado las modas y siempre buscaba ropa práctica y cómoda, casi nunca llevaba tacones y

apenas me pintaba los labios. Esa tarde me empinaba sobre diez centímetros, había ido a la peluquería y me habían maquillado de forma que pensé que habían sacado de mi todo el partido posible y quizá un poco más. A mis años... había sobrepasado los cuarenta pero...

Después, alguna conversación telefónica que se interrumpía, un perfume extraño en su ropa... y el miedo se personalizó en una silueta definida y un nombre concreto. Me aferré a la esperanza de un amor pasajero porque la madurez se retrasa en los hombres y él seguía teniendo la apostura que me enamoró. No me daría por enterada, evitaría a toda costa que mis hijos lo supieran y el tiempo arrastraría su aventura para que volviera a posarse en el nido de su hogar.

Solo la pequeña seguía con nosotros; los mayores habían terminado sus estudios y apenas consiguieron el primer trabajo reclamaron la independencia que para la nueva generación consistía en vivir con quien fuera, menos con los padres, aunque mi despensa, mi lavadora y las fiambreras con sus preferencias gastronómicas estaban a disposición de los ausentes que entraban y salían a su antojo y me demostraban que por muchas mujeres que hubiera en su vida yo era la única que siempre sería su madre.

Tuvo que ser la niña quien afrontara el problema que yo esquivaba; Su padre les había reunido a todos para darles a conocer una decisión que nos afectaría a todos y esperaba que ellos que eran jóvenes lo comprendieran.

—Son cosas que pasan, mamá... él no se atreve a decírtelo.

—¿Decírmelo? ¿Qué tiene que decirme?

—Papá quiere el divorcio... Espera que le ayudemos contigo, que estemos preparados porque en cualquier momento te lo va a plantear. Nosotros sabíamos que algo pasaba porque no se ha esforzado mucho en ocultarlo, los chicos le habían visto alguna vez y dice que es algo que viene de atrás, que hace muchos años que se enamoró de ella... Ninguno hemos reaccionado como él esperaba y me consta que se ha enfadado mucho pero tememos que sea algo irreversible. De verdad, mamá ¿No sospechabas nada?

Si, lo sabía; desde el primer momento, aunque me negase a creerlo, aunque fuera una verdad evidente que me negaba.

La temida conversación se produjo sentados los dos, frente a frente, conociendo de antemano cuales serían las palabras. Un par de horas durante las cuales evocó que las personas cambian y apeló al amor como ese sentimiento irracional que nos invade y esclaviza la voluntad porque él nunca quiso hacerme daño. No existe argumento alguno contra la irracionalidad alegada en su defensa; hay otros, si, otros que se refieren a las transformaciones humanas por motivos de responsabilidades que a ambos atañían y yo solo había asumido.

La mañana que ratificamos el divorcio se acercó sonriendo y atajé su gesto de besarme. No éramos ya un matrimonio. No éramos amigos. De la persona que me enamoré no quedaba nada aunque yo siguiera pensando que un día existió y la que estaba a mi lado era solo una fotocopia de su imagen. Soporté con desagrado la separación de bienes que se limitó al piso que pagamos entre los dos y en el que yo, bajo ningún concepto, quería seguir. Él se haría cargo hasta que se vendiera y me entregó la mitad de su valor en un talón

demostrándome que tenía más dinero del que yo siempre había creído.

Compré un apartamento de dos dormitorios que vestí sobriamente y empezó el largo duelo por la pérdida del ser que más había querido y creía volver a ver en el rostro de mis hijos que no se apartaban de mi lado y a los que tuve que corregir algunas expresiones porque el divorcio solo me afectaba a mí y ellos siempre serían sus hijos. Rechacé algunas llamadas, acercamientos sin sentido de gente que otrora frecuentábamos y rehusé invitaciones porque todas respondían a una curiosidad morbosa que yo no satisfaría.

Los niños se iban acostumbrando a la nueva situación; aunque nunca me hablaban de él hubo frases demostrativas de que habían asumido nuestro estado, incluso con mejor o peor grado lo aceptaban y poco a poco recuperaron el ritmo habitual de sus visitas.

Susana también se fue; había conseguido trabajo en una librería y compartiría piso con unas amigas. Mi pequeña se había hecho mujer y destrozaba con las garras de sus propósitos el cordón umbilical que yo nunca rompí. Tenía que asumir que estaba sola, adentrada en la desconocida senda en que me había perdido y que el poco dinero que me quedaba se acabaría pronto y tenía que pensar en cómo sobrevivir sin molestar a nadie. Cuando no podía soportar los negros pensamientos me lanzaba a la calle sin un destino; erraba por las aceras, me detenía ante los escaparates, inaccesibles a mi nula economía, podía sorprenderme la noche en un lugar alejado al que nunca supe por qué llegué.

Sábado del mes de julio. Tras una noche de insomnio plagada de pesadillas escapé de la soledad de mi casa. Un sol abrasador plateaba el asfalto y los escasos viandantes, sin multitudes alrededor, podíamos diferenciarnos: Frente a una parada de autobús volví a encontrarle. Nos habíamos hecho mayores pero nada fundamental en él había cambiado: De repente se detuvo el tiempo y con él cesaron mis pasos hasta que quedamos frente a frente, sumergidos en la soledad de un mundo habitado por los dos, enredados por las miradas que se prendían de los ojos incapaces de ver los cuerpos para interpretar las almas y sentí que un profundo suspiro se transformaba en una palabra.

Rafa...

Prisioneros del inmovilismo en un molde arcilla, me embriagaba el aroma de su aliento con perfumes de madera y la zarpa del ayer rasgó sus labios que se entreabrieron para que una voz, tan fuerte y rumorosa que no pudo crear garganta humana y brotara del manantial en el que beben las mariposas me respondiera

Cristina...

Nos lo contamos todo desde el fondo del silencio roto; cosas que nunca pensamos, cosas que nunca supimos, cosas que pudieron acaecer y no podían quedar en el olvido; derramamos lágrimas secas y reímos sin sonidos. Sus brazos desnudos tenían el color de mi playa y la cabeza se inclinaba sobre mí como el mástil abatido por la tempestad presto a recuperar la esbeltez que desafiaba el viento. Regresé a mí, a las pelotas de trapo, a las tertulias de los jóvenes en la plaza, inmensamente pequeña y delgada,

el corazón prendido en la hoguera de su mirada y tanta debilidad que no podía apartarla de mis ojos.

Para que el tiempo recuperase su ritmo fue necesario que la sombra de una mano sobre su brazo nos despertara y contemplara el rostro de la mujer sembrado de una angustia infinita intentando desentrañar el misterio de mi nombre y los labios entreabiertos comprimiendo sus preguntas. El espacio que solo ocupamos solo los dos se llenó de edificios, de calles, de vehículos, de gente indiferente al prodigio de un encuentro; recobré la potestad de mandar sobre mis pasos y proseguir mi camino que en ese momento no me llevaba a ninguna parte. Detrás de mí, dos centellas azules se clavaban en mi espalda y me quitaban la fuerza. Al volver la esquina las piernas apenas me sostenían y hube de detenerme apoyándome en el quicio de un portal y pensé que éramos protagonistas de una obra sin argumento y habíamos abandonado el escenario sin saber el desenlace. En mis oídos y en mi mente el eco de una voz que me llamó como nunca me llamó nadie.

Me senté en un velador, bajo la sombrilla que me ofrecía la necesaria penumbra, encendí un cigarrillo y vi acercarse al camarero que tantas veces antes me había atendido.

— ¡Vaya día insoportable! ¿Qué va a tomar la señora?

Con mano diestra arrancó el polvo del tablero y sonrió afable esperando mi confirmación.

— Un martini; blanco y dulce, por favor.

Pareció extrañado y se metió en el establecimiento.

Tuve la sensación de que la cafetería era mi lugar porque si la abandonaba rompería la columna de humo del cigarrillo sobre la que me elevaba galopando

en el fuego de la brisa que prolongaba nuestro encuentro... Recordé las batallas ganadas, las pérdidas y la única a que jamás me enfrenté porque me lo impidieron sus ojos; acepté por igual las victorias y derrotas, pero no podría nunca perdonar lo que no me atreví a hacer nunca. Acaso toda mi vida, desde la última vez que le vi, estuvo encerrada en un paréntesis que se cerró cuando volví a verle.

Me olvidé de comer; frente al sillón en que me había desplomado había un retrato en que mi madre y yo sonreíamos frente a la cámara, precisamente cuando, a causa de mi ingreso en el internado, nos separaríamos por vez primera y ella quiso que ambas conservásemos ese recuerdo. En aquella ocasión mis ojos aún eran grandes y reidores y el rostro reflejaba un ardor que el tiempo había apagado. Porque yo había sido esa niña feliz que derrochaba cariño e irradiaba esperanzas, la que inventó el juego de policías y ladrones en que aquellos eran las monjas persiguiéndonos cuando escapábamos de las aulas para sentir el placer de oírlas correr detrás de nosotras. La de los chistes en la capilla, la buhardilla cerrada y tantas otras travesuras por las que se habían desbocado los potros de infancia hasta convertirme en un caballo alado capaz de ascender a la más alta de las montañas... Yo había tenido una vida, la vida que fue mía, quizá la que nadie pudo arrebatarme porque formaba parte de las raíces de mis recuerdos. El sol había girado en el horizonte y comenzó el dulce atardecer de las añoranzas.

La semana siguiente regresé a mi viejo barrio, a las estrechas calles cuyos edificios se mantenían por imperativo municipal aunque ya no existieran las

mismas tiendas y fueran otras las plantas que asomaban a mis balcones. No encontré a ninguna portera sobre la silla de enea haciendo ganchillo porque los propietarios habían prescindido de este servicio y alquilado sus casas. Sobre las aceras polvorientas dejé las huellas de las pisadas que renovaba diariamente y levantaba la cabeza para contemplar el horizonte limitado por las aristas de las fachadas de las que colgaban algunas plantas silvestres capaces de producir flores aunque no tuvieran tierra... Mi viejo barrio guardaba el secreto de la paz y me acogía en su seno como otra madre que en anochecer me transmitía el mensaje de un principio. Jamás volvería ese parte del pasado en el que fueron posibles tantas cosas...

El viejo maestro salió a mi encuentro y me tendió los brazos. Con mi marcha del bufete había perdido a la que pudo ser la mejor abogada del equipo y aunque se sentía cansado seguía al pie del cañón porque no encontraba el momento de retirarse. ¿Acaso yo...?

Pude contarles mi tragedia, que seguramente ya conocía, pero no lo hice. Pude explicarle que algo llamado mi futuro estaba en sus manos y me callé. Sí, efectivamente, me gustaría volver a trabajar si es que aún era posible y lejos de ponerme inconvenientes manifestó su alegría porque había vuelto al lugar del que no debí marcharme nunca

Tuve que estudiar mucho, me atreví a consultar de nuevo, a pedir consejo, y aquellos compañeros, a los que tan poco ofrecía y tanto me dieron, me hicieron recordar que existía algo importante: El respeto.

Me costó menos de lo que esperaba habituarme a mi nuevo ritmo; comía con mis compañeros en una

cafetería que estaba en la planta baja y, negándome a la integración en el club de viudas y divorciadas que parecían constituir mis antiguas amigas, solo de vez en cuando iba a un cine o un teatro y a través de la televisión me asomé a la sociedad de la que, voluntariamente, no formaba parte.

Solo algún atardecer, cuando alargaban los días y acortaban las noches; cuando la luna temprana se vestía de blancura entre las nubes del firmamento enrojecido y el viento traía aromas de azahar; recordaba al hombre que perdí en tan temprana edad que nunca pude llamar padre; a la madre que siguió siéndolo hasta que me la arrebató la muerte; a mi barrio, mi casa, mi colegio, la Facultad de Derecho, las actividades frenéticas a las que había dedicado y renuncié a convertirme, también yo, en la fotocopia amarillenta de la mujer que había sido.

Tenía a mis hijos, llegaban mis primeros nietos, mi nombre en una placa reluciente en la puerta del despacho y era consciente de que el destino que me reservaba la vida era como un juego en el que solo yo podía jugar las cartas.

Aún eran posibles tantas cosas...

FÁTIMA

Francisco Álvarez López

Habiendo comenzado mis estudios y por consiguiente parte de mi educación en un internado de monjas, a la edad de cinco años, siempre había creído que para ir al cielo era imprescindible ser cristiano. Pero ahora, superados los sesenta he visto y comprobado fehacientemente que ese no era un requisito indispensable.

La historia se remonta un año y medio atrás, cuando conocí a un muchacho llamado Soufián. Era una tarde del mes de abril cuando los últimos rayos de sol se colaban furtivamente por las cristaleras de la oficina. Casi no percibí su entrada porque apenas se dejaba notar, pidiendo perdón por si molestaba. Me pareció un joven educado y respetuoso, cosa que más tarde pude constatar. Venía a pagar el seguro de su coche, un pequeño utilitario con muchos años encima y algo desvencijado. Una vez que hubo salido, Pilar, la jefa, me puso un poco al tanto sobre el muchacho. Era un chico marroquí que rondaba la treintena y llevaba viviendo en el pueblo desde hacía unos diez años. Un joven, como dije, amable, de buenos modales y alegre, pero que últimamente se le veía triste porque su madre, llamada Fátima, no se encontraba bien de salud. Había dejado de trabajar para estar todo el día al cuidado de ella. Al día siguiente tenía que llevarla a París, donde residía su hermana, para que le siguieran el tratamiento de un cáncer de pecho que previamente había comenzado en Marruecos.

Con ese coche que tiene, es una temeridad el viaje, me dijo Pilar. Deberíamos llevarlo a reparar al taller de nuestro amigo Curiel. Ahora mismo llamo y le acompaño. Que se lo revisen bien de dirección, ruedas y frenos. Ah, y llénale el depósito, que seguro que estará en la reserva. Así cumplimenté la orden de Pilar a regañadientes de Soufián, porque alegaba no tener dinero para la reparación.

No te preocupes por eso, en estos momentos. Lo importante es poder viajar con ciertas garantías. Si algún día puedes, me lo reembolsas le dijo Pilar. Pero de cualquier forma, no hace falta que me lo des a mí personalmente porque me sentiré pagada si le puedes devolver el favor a cualquier otro que lo necesite.

Los días en el pueblo se sucedían con la monotonía acostumbrada de un típico pueblo castellano, sin mayores sobresaltos. El agua del Carrión seguía su curso y lo mismo sucedía en el Canal de Castilla, los conejos corriendo por el campo junto a los topillos y la gente dedicada a sus quehaceres diarios.

Ángel, el cura párroco, había creado un grupo de voluntarios para ayudar a los múltiples necesitados del pueblo. Personas con problemas económicos y sociales, que siempre hay más de los deseados. Familias desestructuradas, individuos en paro, desahucios en ciernes, recibos de luz impagados, necesidad de alimentos, etc....

Pilar y yo nos unimos al grupo y cada quince días teníamos una reunión en el salón parroquial para comentar y tratar de solventar los casos pendientes y los nuevos que siempre se presentaban. El primer problema que llevamos a la junta fue la necesidad de una silla doble de paseo y una cuna para los gemelos

que iba a tener de forma inminente un matrimonio que vivía al lado de la oficina. Matilde, una voluntaria del grupo enseguida se ofreció dando una solución y consiguiendo lo solicitado. Gran mérito el de Matilde porque en esos momentos también se encontraba en paro. Pero con el ánimo que le caracterizaba y el espíritu emprendedor que tenía, muy pronto empezó a trabajar de nuevo. Indudablemente recibió una merecida recompensa por su predisposición a la ayuda desinteresada.

Hacía tiempo que no sabíamos de Fátima y Soufián, cuando de forma inesperada aparecen de nuevo con Rizlan, hija y hermana respectivamente. Otro problema se había presentado y naturalmente debíamos implicarnos, pues inevitablemente le habíamos cogido un cariño especial a esta familia. Karima, la hermana de Fátima les había dicho que debido a la ayuda social que estaba recibiendo, no podían seguir residiendo en su vivienda, por lo que era preciso que buscaran una casa de alquiler. Cosa, por otra parte harto difícil, pues su capacidad económica era sumamente escasa. Así pues, nuevamente conseguimos solventar su perentoria situación. Pilar los empadronaría en su casa y a Fátima se le hizo un contrato laboral como empleada de hogar, cumplimentando todos los requisitos administrativos. De esta forma, su situación a partir de este momento resultaría más estable y tranquila pues en caso de necesitar tratamiento médico en España, ese tema tan importante, lo tendría resuelto a partir de ahora.

Un año entero pasamos con relativa calma, pero cuando a Fátima le iba a cumplir su contrato laboral, la tuvieron que ingresar en el hospital y esta vez la cosa parecía seria. Sus padres, que residían en Francia,

vinieron a su lado pues el diagnóstico era fatídico. Al poco tiempo la trasladaron a otro centro para ingresar en la planta de paliativos, lo cual significaba que el fatal desenlace era cuestión de días.

A Soufián le costaba admitir la dura realidad, pero había que asumirla. Nos pusimos en contacto con la asistente social para tratar de disponer el futuro traslado a Marruecos cuando sucediera el óbito. Contactamos con una funeraria y el presupuesto ascendía a seis mil euros, lo cual nos pareció mucho para nuestra precaria economía.

Empezamos a movilizar a todos los amigos incluido Ángel, el cura, lo cual nos supuso algo de apuro en principio pues se trataba de una mujer musulmana, pero una vez más pudimos comprobar su entereza moral, porque con una gran sonrisa nos dijo: Le llamamos de forma distinta, pero todos somos hijos del mismo Dios. Contad con mi aportación personal. Con pocos más pudimos contar, pero al final esa cuestión también se nos arregló, pues hablamos con el Cónsul de Marruecos en Bilbao, el cual se hizo cargo por completo del traslado, que por cierto resultó ser la mitad de costoso en otra funeraria.

Era mediodía cuando recibí una llamada de Soufián diciendo que su madre quería verme. Me puse en camino y en pocos minutos estaba en la habitación, donde me llamó la atención un olor a rosas frescas que no vi por ningún lado. Pregunté por aquel olor y nadie me supo responder porque nadie había perfumado la sala aunque todos percibían y comentaban aquella repentina fragancia tan agradable.

Encontré a Fátima calmada pero sin fuerzas apenas para hablar. Cogí su mano derecha entre las mías. Me

dijo que estaba viendo a sus familiares fallecidos a través de la ventana, como le sonreían y extendían los brazos para recibirla en una extensa pradera tapizada de verde, con árboles de todo tipo, flores multicolores y arroyos de aguas transparentes que producían deliciosos sonidos acompañando el dulce canto de los pájaros, como había leído en el Corán.

Vete tranquila con ellos y acuérdate de nosotros cuando estés en el paraíso, le dije. Entornó los ojos, dibujó en su rostro una plácida sonrisa y nos dejó embargados de una paz indescriptible.

A la mañana siguiente y a eso de las once y media, fui al bar Oscar a tomar mi preceptivo café y leer las noticias del día en el periódico que amablemente me tenía reservado siempre Aníbal, el dueño del local.

Me encontré con mi amigo Martín, hombre de carácter alegre, extrovertido y optimista, pero que esta vez me pareció ver en su semblante una ligera tristeza. No llego a Navidades, me dijo. Necesito urgentemente un trasplante y dudo que me lo hagan. Ten confianza, Martín. Conozco a una señora que está muy bien situada. Hoy mismo hablo con ella y seguro que te ayudará.

Los agnósticos dirán que fue pura casualidad, pero lo cierto es que aquella misma noche llamaron a Martín del hospital de Valdecilla. Tenían dos pulmones dispuestos para él. La operación fue un éxito rotundo y a los quince días estábamos de nuevo juntos tomando nuestro café. Me preguntó por la señora para agradecerle el favor pero me negué a contarle toda la historia, que por otra parte creo que nunca hubiera creído, así que solo se me ocurrió decirle: Levanta la vista al cielo, reza algo si es que sabes y repite conmigo:

“GRACIAS FÁTIMA”.

Nota del autor.- Esta es la historia real de Fátima El Marrhadi. Una mujer nacida el uno de enero de mil novecientos cincuenta y siete en la ciudad Marroquí de Oujda y fallecida en la española de Palencia, el dieciocho de noviembre de dos mil quince. Sin lugar a duda, una santa. D.E.P.

ENERO 1939 «III AÑO TRIUNFAL»

Miguel González Quevedo

Finalizada la cruenta Batalla del Ebro el 16 de noviembre de 1938, las tropas franquistas planificaron la conquista de Cataluña y el 23 de noviembre atacaron a lo largo del río Segre consiguiendo algunas ventajas, pero el gobierno de la República envió rápidamente el 5º Ejército republicano al mando del Teniente Coronel Enrique Lister que, a costa de serias bajas, logró contener la ofensiva durante doce días y luego la crecida del Ebro, debido a las constantes lluvias, retrasó la continuación de las actividades.

El 3 de enero un ataque con carros de combate forzó una retirada republicana que aprovecharon las unidades del general Yagüe para cruzar el Ebro por la confluencia del Segre y atacar por el flanco sur.

El 5 de enero caen las poblaciones de Las Borjas Blancas y Artesa de Segre, la retirada republicana deja un gran sector desprovisto de defensores lo que obliga al Presidente del Gobierno a llamar a filas a los jóvenes de 15 y 17 años, la que fue llamada La Quinta del Biberón, al mismo tiempo convocó a los hombres mayores de 50. La desmoralización se adueña del ejército republicano que pierde parte de su capacidad de reacción.

El 12 de enero cae Montblanch y el 14 la población de Valls, el general Yagüe manda sus tropas marroquíes hacia la costa mediterránea y toman la capital de Tarragona.

Las Brigadas Navarras que, al mando del general Solchaga también habían atravesado el Segre aguas arriba, penetraron por la Cataluña Central y, encontrando una resistencia bastante endeble, llegaron por Igualada hasta situarse a la falda de la montaña de Montserrat que bordearon y, tras atravesar Esparraguera y Olesa de Montserrat, el día 25 de enero se encaminaron directamente hacia las colinas que hacen milenaria compañía a la mítica cumbre del Tibidabo, al atardecer por Las Planas llegaron a las orillas del pequeño y bucólico pantano de Collcerola.

Al inicio de la contienda las brigadas Navarras estaban al mando del general García Valiño del que sus tropas tarareaban un curioso estribillo “Aunque el general es joven y tiene cara de niño. Hay que joderse señores donde nos mete Valiño” pero a estas alturas de la contienda se había hecho cargo de estas divisiones el ya citado general Solchaga.

Establecido el campamento y desplegados por los lugares adecuados los centinelas necesarios para evitar un ataque por sorpresa, el resto de la tropa se dispuso a descansar y reponer fuerzas para el día siguiente. La calma era tensa ante la incertidumbre de la batalla que había que afrontar el día siguiente. Ciertamente desde que habían entrado en Cataluña no habían tenido ningún enfrentamiento importante con el enemigo, solamente algunas escaramuzas que habían acabado con la huida de sus enemigos, pero todos sabían que tras aquella ladera que los protegía había una gran ciudad que al día siguiente tendrían que conquistar, posiblemente fuese la última gran batalla de sus vidas.

Todos sabían lo que había ocurrido al inicio de la guerra con la fracasada toma de Madrid y la cantidad

de vidas que había costado. El día que les esperaba tras de la colina era la gran incógnita. A muchos de aquellos curtidos hombres que llevaban tres años luchando por la victoria de sus ideales y sus convicciones les costó coger el sueño aquella noche.

Al atardecer de aquel día 25 de enero la señora Vicenta se dirigió como cada día al bar La Unión Fraternal para pasar las últimas horas del atardecer charlando con los compañeros de trabajo y tomando un refresco. En aquel local se reunían los trabajadores del Matadero Municipal de Barcelona en los buenos tiempos para petar la charrada y en los malos, como los que estaban viviendo que muchos días no entraba ni un animal al que sacrificar y por lo tanto días de miseria en los que no se habían podido ganar ni el jornal mínimo, para ver de organizarse y planificar el día siguiente.

La señora Vicenta era una mujer joven de unos treinta años y una belleza de gitana guapetona, ejercía de viuda con dos hijos ya que al inicio de la contienda su marido que era payo se alistó en las filas de voluntarios que marcharon al frente a Aragón y unos meses después recibió una notificación de la Generalidad de Catalunya comunicándole que su esposo había sido dado por desaparecido en combate.

Ni corta ni perezosa dejó sus dos hijos a cargo de una de sus cuñadas y se fue al frente de Aragón a buscar a su marido. Estuvo unos cuantos meses siguiendo a las tropas sin obtener ningún resultado positivo, hasta que llegó un momento en que decidió volver a Barcelona y reintegrarse al trabajo en el matadero, al menos para asegurarse la subsistencia.

Sus hijos eran muy pequeños y cuando vieron a la

mamá se pusieron muy contentos, no se les ocurrió preguntarle —¿Qué hiciste en la guerra mami? al menos entonces. A lo mejor se lo preguntaron cuando ya fueron mayorcitos.

Aquella tarde en La Unión Fraterna había una junta especial y privada exclusivamente para los socios, una hora después los socios y socias abandonaron el local y se fueron perdiendo por las calles adyacentes al Mercado de San Antonio que era donde se encontraban y la mayoría se dirigió a sus casas o a avisar a algunos de sus familiares.

La señora Vicenta atravesó la Ronda de San Antonio y por la calle de la Cera se internó en el barrio del Raval, pasó por la Plaza del Padró y siguiendo por la calle Hospital cruzó la Rambla y por la calle Fernando llegó a la Plaza de San Jaime, detrás del Ayuntamiento llegó a la Calle Ataulfo, en el portón del número once aferró el llamador y dio un golpe fuerte para avisar al primer piso y luego un repique rápido que indicaba la primera puerta.

Unos instantes después el sonido de la puerta de un balcón que se habría le indicó que habían atendido a su llamada, en el balcón encima mismo de su cabeza apareció la silueta de su cuñada Rosario.

—¡Vicenta! ¿Qué pasa?

—Nada malo no te asustes, ¡Ábreme la puerta!

Una vez instaladas en el comedor, Vicenta le explicó el motivo de su visita.

—Verás Rosario, mañana tenemos que ir a las siete de la mañana a la Baja de San Pedro, con dos cubos cada una porque vamos a asaltar el depósito de aceite de la Generalidad.

—¿Pero te has vuelto loca Vicenta?

—No, que está todo organizado, no habrá ninguna resistencia o muy poca, todos están saliendo, huyendo y estará todo abandonado. Será el momento ideal para aprovisionarnos al menos de aceite porque no sabemos qué va a pasar. Los que vamos a este depósito somos todos del matadero y sus familias, no habrá ningún peligro, ya lo verás.

—Oye Vicenta, que a mí me da miedo.

—No seas tonta, además tenemos que avisar a Isabel y Magdalena, ahora ya no tenemos tiempo pero mañana a primerísima hora coges el metro con tus dos cubos y vas al Clot, levantas a Isabel de la cama y corriendo a la Baja de San Pedro, yo iré a la calle Vallespir y llegaré con Magdalena.

—¿De acuerdo?

—No sé...

—Déjate de cuentos, no pasará nada, si no lo haces verás como se pondrán si se quedan sin aceite.

—Bueno, vale, ya iré a avisarla.

—...

Todavía era de noche cuando en la salida del metro de la estación de Arco del Triunfo se encontraron las cuatro cuñadas y se dirigieron a la Baja de San Pedro. La calle se iniciaba en una pequeña plazoleta y en una de sus fachadas estaba el depósito de la Generalidad. El lugar estaba ya lleno de gente y Vicenta no tardó en contactar con sus compañeros de trabajo que le informaron que en el local no había nadie y que unos cuantos habían ido a una cerrajería cercana, donde el mismo encargado les dejaría las herramientas necesarias para abrir el recio portón que impedía la entrada.

La realidad fue que todo estaba bien previsto porque

en poco rato las puertas se abrieron y el tropel de personas que llenaban la plaza se lanzó de cabeza dentro del edificio. Tras atravesar la zona de entrada se encontraron en una gran sala en la que se veían tres enormes depósitos llenos de aceite lo que contrastaba con las tiendas y economatos de la ciudad que ya hacía unas tres semanas en las que no tenían para suministrar ni un litro del preciado líquido

La muchedumbre se abalanzó para llenar los cubos y bidones que llevaban cuando Isabel, que había sido la más lenta en llegar al brocal, se encontró con que el nivel del aceite había bajado tanto que para llenar su cubo tuvo que abocarse sobre el mismo brocal y, con la furia que empujaban los que seguían entrando, de un golpe cayó en medio del depósito, eso sí, sin soltar ninguno de los cubos que llevaba en cada mano.

A punto estuvo de hundirse en aquel oleoso líquido, aunque tuvo la suerte de que la solidaridad en la desgracia actuó con rapidez y varias manos femeninas pudieron aferrarla por los cabellos y la bata que llevaba y mantenerla en la superficie hasta que pudieron sacarla con sus dos cubos llenos de aceite.

Luego lógicamente tuvieron que ir escurriendo el aceite que se escurría de sus cabellos y sus ropas desde luego, evitando que fueran a parar al suelo y recogiendo en todo tipo de envases.

La vuelta hasta su casa en el Clot fue un pegajoso y al principio resbaladizo vía crucis que no olvidó nunca, pero tuvieron aceite para unas cuantas semanas.

Los hombres de la Brigada Navarra que habían pernoctado en las orillas del pantano de Vallvidrera, a media mañana recibieron la orden de iniciar el avance hacia la ciudad de Barcelona.

Subían por la ladera oeste de Collcerola, cruzaron la carretera de Sarriá a San Cugat y un viejo letrado de madera les indicó un desvío que llevaba a la casa donde falleció el poeta Jacinto Verdaguer, algún erudito se quedó con el deseo de visitarla pero no era el momento oportuno, arriba de la colina les esperaba la llamada ciudad de las bombas, llevaban tres años de tiros y bombas y solo les quedaba tener que meterse en ese fregado. Su anterior general les había metido en buenos fregados pero el que se les venía encima también daba la impresión de que sería divertido. Unos metros más arriba llegaron a la fuente de la Bulladera en una explanada amplia de dos niveles, el borde del más alto estaba protegido por una tosca valla de madera, cuando llegaron a ella se quedaron impresionados, ante ellos a sus pies apareció la imagen completa de la ciudad.

Al fondo a la derecha se alzaba la silueta de la montaña de Montjuich con el Castillo dominando el sur de la ciudad con la imagen de la población de Hospitalet y luego la llanura del delta del Llobregat.

Por una carretera directa a la ciudad avanzaba una columna de tanques, posiblemente entrarían en combate antes que ellos pues, aunque ya se encontraban casi en la ciudad, por toda aquella zona no se veía ningún tipo de actividad bélica, solamente veían a su izquierda como la compañía de la Legión que había pernoctado junto a ellos ya iba desplegándose y bajando hacia la ciudad.

Al frente veían en la lejanía la silueta del puerto, el barrio viejo de la ciudad y lo que les sorprendió fue contemplar el plano cuadriculado de las calles del ensanche. El silencio era total, parecía que la ciudad

todavía no había despertado. Aquel silencio intranquilizó a parte de la tropa ¿Qué trampa les estaban tendiendo los barceloneses? Aquello no era normal.

El alférez provisional Ángel González hacía rato que no se había movido del tronco de la barandilla en el que se había apoyado en cuanto llegaron. Sus ojos estaban fijos en un punto de la lejanía, concretamente en el que se juntaba la Torre de la Barceloneta con la tierra, con su tierra. Allí en pleno barrio de la Barceloneta había nacido hacía veintiún años, en la iglesia del Barrio, la de San Miguel, había sido bautizado y allí había vivido hasta los diez años, cuando murió de la temible tuberculosis su joven madre y su padre, después de casarse en segundas nupcias, se trasladó a vivir a Mallorca. Desde entonces no había vuelto en ninguna ocasión a su tierra, pero ahora que la tenía al alcance de la mano los recuerdos de su primera niñez se le amontonaban en la mente. ¿Y si el destino le había reservado que volviese para morir a la ciudad en que nació? Fue un pensamiento fugaz que intentó erradicar de su mente; aunque le costó un poco se le olvidó en el momento en que iniciaron la marcha, sin embargo durante el descenso al encuentro del ya inevitable combate, evocó su trayectoria vital desde el momento en que había estallado el alzamiento nacional en el ya lejano 18 de julio de 1936.

Ángel había nacido en el seno de una familia militar, su abuelo había pasado su vida en la milicia así como su padre y sus tíos, todos ellos militares del arma de infantería menos su tío Luis que en busca de mayores aventuras había ingresado en el cuerpo de los Guardias Coloniales y era como el Guadiana, que de vez en cuando renacía en España por unos meses y

luego desaparecía por las selvas guineanas.

El día 19 de julio de 1936, su padre y sus tíos que, desde que se había publicado la Ley de Azaña referente al Ejército, por voluntad propia habían pasado a la reserva se presentaron en la Capitanía General de las Baleares para ponerse a las órdenes directas del general Godet, el cual no pudo recibirlos pues ya estaba preparando con urgencia el vuelo directo a Barcelona para organizar la conquista de la ciudad que, de momento, parecía que acabaría quedando en manos del Gobierno, pero cuando pudo llegar a la Capitanía de Barcelona ya la batalla estaba decidida y el general Godet fue encarcelado y posteriormente ejecutado.

En Palma, el segundo de Godet los recibió junto a otros militares en sus mismas circunstancias y comenzaron a preparar la hipotética defensa de las islas.

En aquellas fechas Ángel se encontraba en Palma de vacaciones y les acompañó, pues el curso anterior lo había pasado en una academia militar de suboficiales en Bilbao e igualmente quiso ponerse a disposición del mando superior.

Su padre y sus tíos fueron destinados a las unidades a las que pertenecían antes de darse de baja en el Ejército y Ángel momentáneamente quedó destinado en la misma Capitanía, hasta que se produjera el momento en que pudiera desplazarse a Bilbao para reintegrarse con sus compañeros de curso.

Pasó un tiempo y un buen día el comandante Bayo del Ejército leal al Gobierno español, se presentó frente a las costas de Mallorca con el propósito de invadir la isla y derrotar al ejército rebelde.

La flota invasora se propuso desembarcar en la costa nororiental de la isla, entre otros puntos frente a Son Servera, donde ya les estaba esperando un destacamento llegado de Palma en el que se había encuadrado al joven Ángel. En los momentos previos al desembarco uno de los barcos lanzó unas andanadas de sus cañones, un obús estalló cerca de donde él se encontraba y recibió unas heridas leves en la frente, un bautizo de guerra que fue afortunado por la levedad, pero que pudo ser un aviso de cara al futuro.

El intento de invasión fue abortado rápidamente y ya no hubo en la isla ningún otro episodio bélico digno de mención, salvo la distracción de algunos de contar los aviones que salían con destino a la península a bombardear diversos objetivos y volver a contarlos a la vuelta para saber si volvían todos o alguno había sido derribado.

Posteriormente recibió la orden de trasladarse a la academia del norte y se apunta al recién creado curso de alférez provisional, lógicamente el Ejército necesita ampliar la nómina de oficiales y decidió proponer este curso para que en poco tiempo surgiesen oficiales para cubrir las bajas que se iban produciendo.

Pronto, en cuanto esta hornada de jóvenes oficiales obtuvo su titulación, el ingenio popular lanzó su veredicto: Alférez Provisional, Alférez Muerto.

Como no podía ser de otra forma, con su título en el bolsillo fue destinado a las Brigadas Navarras y desde aquellas tierras había ido avanzando, desmintiendo la lógica popular hasta bajar desde lo alto de la sierra de Collcerola por una torrentera hasta uno de los barrios altos de Barcelona.

El silencio mientras iban descendiendo era intrigante, ellos no habían entrado en la ciudad pero otras unidades ya hacía rato que habían sobrepasado los barrios periféricos y hasta ellos no había llegado ningún sonido que les indicase que se había producido un enfrentamiento. El trino de los pájaros era lo único que les envolvía. Llegaron a las primeras casas y en una esquina pudieron leer “CARRER BELLRES-GUARD” y unos metros más abajo bordearon un cementerio. La calle era en realidad un conato de calle, más bien era un camino con algunas casas intercaladas de las que en algunas ventanas se podía percibir que unos ojos curiosos observaban su paso. Aquello parecía irreal, cada vez algunos se iban intranquilizando más esperando que estallase la zarabanda.

Entraron a una zona en que la calle ya estaba adoquinada y al mirar el nombre vieron que ya había cambiado el nombre “CARRER DE SANT JOAN DE LA SALLE”, a su izquierda vieron un gran edificio que a primera vista era un colegio, un poco más abajo vieron que de un portón comenzaba a salir gente que, gozosamente y al grito de VIVA ESPAÑA, se dirigía hacia ellos, la tensión nerviosa que les había atenuado desde hacía rato se desvaneció de repente, los primeros que llegaron hasta ellos fueron tres sacerdotes, dándoles la bienvenida a los oficiales, luego se mezclaron con la tropa y abrazando a unos y a otros les agradecieron que al fin hubiesen llegado. Luego un grupo numeroso de jóvenes estudiantes los rodeó y, ya casi disuelta la formación, siguieron bajando todos juntos.

Al pasar cerca del Campo de Fútbol del Español, de un grupo de casas llegaron ondeando una bandera

española un grupo de falangistas vestidos de uniforme que se unieron a la fiesta, lo que aprovecharon los salesianos para despedirse de ellos y volver al colegio, de los estudiantes algunos se volvieron a su barrio pero otros siguieron para no perderse detalle.

De esta forma siguió el avance triunfal hacia el centro de la ciudad, muchas mocitas, falangistas o no, se cogían del brazo de los soldados y caminaban un rato a su lado, para aquellos veteranos de la guerra la entrada en Barcelona fue un carrusel de emociones.

Lógicamente poco a poco fueron conectando con otras unidades que estaban viviendo sus mismas sensaciones y ya al anochecer se retiraron a los cuarteles que les asignaron.

27.01.1939

Durante la mañana la compañía fue destinada a ejercer un control de carreteras a la altura de la calle Pedro IV con la Gran Vía, unos inmensos descampados con algunas masías aisladas que significaban los límites territoriales entre la propia Barcelona y San Adrián de Besós que, en algunas zonas del sur del río, ya son propiedad de esta población.

Una misión tranquila que lo máximo que pretendía era evitar la huida de los personajes más significativos del gobierno que ya hacía días que había iniciado el éxodo hacia la frontera francesa. Debido a esta circunstancia fue en realidad una forma de obtener un descanso tras las largas jornadas de camino desde el Segre y ser otras compañías llegadas en camiones desde la retaguardia, las que se dedicasen a esta labor.

Los cocineros de los puntos de descanso recibieron

la orden de esmerarse al preparar el almuerzo del día para que las compañías que más se habían destacado desde que entraron en Cataluña, pudieran celebrar debidamente la toma de Barcelona y lo que ya todos sospechaban el inicio del final de la guerra.

A media tarde se celebró una Misa de Acción de Gracias en la Plaza de Cataluña y, al acabar la misma, diversas compañías de las más destacadas en aquella campaña quedaron libres por unas cuantas horas para recorrer la ciudad al antojo de cada cual.

El alférez provisional Ángel González, acompañado de dos de sus mejores compañeros de armas, se dirigieron paseando por las Ramblas hacia el puerto, habían acordado aprovechar aquellas horas de asueto para asistir al Teatro Principal donde la dirección del mismo se había preocupado desde dos días antes a presentar un gran espectáculo como si en la ciudad no hubiese pasado nada, lógicamente la propaganda había corrido entre las tropas y eran muchos los que ya se habían provisto de las entradas para contemplar la actuación de la hermosa vedette Ingrid de Malmoe, la sueca más espectacular del Universo.

Habían reservado tres butacas en la tercera fila de platea y al comenzar el espectáculo se dispusieron a revivir unas horas que hacía mucho tiempo, desde sus épocas de estudiantes en Bilbao, debido al ajetreo de la campaña, no habían podido disfrutar.

Al apagarse las luces de la sala atacó la diminuta orquesta con un pasacalle alegre y festivo, al tiempo que comenzaba a subir el telón dejando al descubierto el panorama de una típica plaza Mayor de pueblo que bien podría encontrarse en cualquier lugar de España. De lo alto del gallinero, ocupado totalmente por los

soldados a los que el mando había repartido las entradas, surgió un ronco bramido causado por la emoción de sentir las notas musicales que les evocaban las fiestas vividas en sus lugares de origen antes del comienzo de la contienda. Tras una parada brusca de la música comenzaron a resonar las briosas notas de una jota, que ya por si sola hubiera enardecido más los ánimos, pero al momento el teatro dio la impresión de que iba a explotar cuando de los cuatro costados de las bambalinas surgieron las bailarinas que sin perder el ritmo de la jota se juntaron ocupando todo el espacio que representaba la plaza mayor del pueblo y allí siguieron punteando la danza acompañadas por el griterío y los piropos que llegaban de todos los ángulos del teatro y que se redoblaron al acabar la música y comenzar a bajar el telón.

La aclamación fue inmensa y tan continuada que el telón se tuvo que subir y bajar varias veces hasta que el regidor decidió bajarlo, porque si no paraba aquello duraría horas y horas.

Una pareja cómica interpretó la escena de una conocida zarzuela, un cómico excesivamente amanerado fue abucheado al principio, pero tenía muchas tablas y acabó haciendo reír a carcajadas al personal y fue muy aplaudido al finalizar su actuación.

Cuando volvió a salir el cuerpo de baile, de nuevo se revolucionó el corral al ver tantas bellezas juntas y no con unos trajes de tipo regional sino de verdaderas chicas de revista (aunque hay que concretar que de revista bastante lejana de la época actual).

Ya en la segunda parte del espectáculo los ánimos comenzaron a caldearse muchísimo más con la actua-

ción de la segunda vedette, una morenaza encantadora que además de muy guapa era muy simpática y buena vedette.

La expectación fue subiendo de tono a la espera de que apareciese en el escenario la gran vedette llegada del Norte de Europa.

Para preparar su aparición cuatro bailarines vestidos de frac evolucionaron unos instantes para acabar ocupando sus puestos a ambos lados de la escalera que había al fondo del escenario.

Surgió esplendorosa, con un ceñido traje brillantemente plateado y un tocado de plumas que ensalzaba la belleza de sus facciones y la perfección de su escultural figura.

Mientras bajaba las escaleras escoltada por los cuatro bailarines, el cuerpo de baile fue ocupando el escenario y la orquesta iba tocando suavemente los compases de un vals que se hicieron más fuertes cuando llegó abajo y comenzó a danzar con los caballeros que la acompañaban.

El griterío, que en toda la noche había revoloteado por todo el teatro, se convirtió en un silencio en el que solamente se escuchaban las notas del vals. La prestancia de aquella reina de la belleza había cautivado a todos los espectadores.

Unos segundos después desapareció todo el cuerpo de danza y la vedette se quedó sola en el centro del escenario, bajaron la potencia de las luces, su figura quedó iluminada por la luz de un potente foco y el brillo de las candilejas, lentamente avanzó hasta las mismas candilejas y desde allí lanzó un beso hacia el público que volvió a estallar en una nuevo griterío.

Sonriendo a diestro y siniestro, fue contemplando

como todo el patio de butacas y hasta el fondo del teatro la aclamaban.

—Bienvenidos muchachos, habéis acabado por conseguirlo, por fin habéis liberado Barcelona y nos habéis traído la paz.

Mientras se hacían más clamorosas las ovaciones, su mirada se cruzó con la del Alférez Ángel; realmente era un mozo con unas facciones hermosas y una sonrisa cautivadora. Desde hacía ya un rato sus miradas se habían cruzado unas cuantas veces acabando en una ligera sonrisa.

Ella se acercó a donde estaba sentado el mozo e inclinándose hacia delante le preguntó

—¿Cómo te llamas, alférez provisional?

—Me llamo Ángel —contestó el mozo con voz temblorosa por los nervios.

—Ángel... alférez provisional Ángel... ¿Cómo es posible que hayas llegado hasta aquí?, no era ese tu destino...

—Mi destino no ha querido privarme de contemplar tu belleza, ahora ya puedo morir por la patria.

—Desde aquí estamos muy separados, ven que te mereces un premio.

No se lo pensó dos veces y levantándose de la butaca se dirigió al escenario, cuando se encontró entre las bambalinas ella ya le estaba esperando, le cogió de la mano y fueron hasta el centro del escenario, allí ella se dirigió al público:

—Todos os merecéis un premio y por tanto esto es para todos vosotros...

Entonces se juntó a él y mirándole a los ojos le dio un ligero beso en los labios. La ovación volvió a estallar

en el teatro mientras ella volvía a cogerle de la mano y lo arrastraba hasta detrás de un decorado.

Una vez allí y fuera de la vista del público volvió a besarle, esta vez con verdadera pasión y se despidió de él diciéndole:

—Cuando acabe todo, si no has caído, ven a buscarme, serás mi ángel.

28.01.1939

A primera hora la Compañía recibió la orden de preparar la partida para primera hora del día siguiente, según las secciones unas tenían que cubrir diversas zonas de vigilancia y en la ciudad y las otras preparar y avituallar las necesidades de la Compañía.

Unos cuantos soldados y oficiales que tenían familiares en la ciudad recibieron los oportunos permisos para que se ausentasen unas pocas horas. Ángel, que todavía estaba soñando con la dicha que había vivido la tarde anterior, se sentía tan dichoso que todavía le parecía sentir la dulzura y pasión de los labios de la bella Ingrid, decidió aprovechar aquellas horas para ir a visitar a sus tíos Miguel e Isabel antes de abandonar la ciudad.

Tenía un lejano recuerdo de sus tíos y todavía no conocía a sus primos, Elvira, Miguel y Pilar que casi no habían salido de la pubertad pues eran varios años más pequeños que él.

Con el metro se dirigió al barrio del Clot y una vez salió del suburbano atravesó la avenida de La Meridiana y en seguida se encontró en el inicio de la calle Trinxant, en el segundo edificio que encontró

subió las escaleras hasta el primer piso y tocó unos golpes con el llamador.

La tía Isabel estaba preparando la comida y dejando por un momento los fogones fue a abrir la puerta. Su sorpresa y susto fue grande al encontrarse frente a ella un oficial del ejército ocupante.

Al instante le vino a la mente el saqueo oleícola de unos días antes, pero no tuvo tiempo para pensar, la sonrisa de aquel alto oficial ya le tranquilizó un poco pero al momento él le dijo alegremente:

—¡Tía Isabel! —y la abrazó dándole un par de besos en ambas mejillas.

—¡Ángel! Que ilusión... ¿Qué haces por aquí?

—Venir a veros en cuanto he podido, me hubiera gustado ver a los demás de la familia pero no tendré tiempo, mañana ya nos vamos de Barcelona.

—Pero pasa... ven deja tus cosas en este cuarto —le indicó el que había junto a la entrada al tiempo que llamaba al resto de la familia.

Ángel dejó el capote y la guerrera en la cama, así como la gorra de borla típica de aquellas campañas.

Mientras Isabel se volvía a meter en la cocina para acabar de preparar el condumio, los demás se sentaron alrededor de la mesa del comedor.

—Como te ha ido la campaña? —le preguntó el tío Miguel — veo que ya eres alférez.

—Ha habido de todo, más malos momentos que buenos, pero al fin ya hemos llegado hasta aquí... por fin hemos podido liberaros —acabó diciendo orgullosamente. La tía Isabel que entre las ollas había seguido la conversación, dejó los fogones y entró en el comedor enardecidamente.

—¡Liberarnos!... ¿de qué nos habéis liberado?...
Hambre y miseria es lo que nos habéis traído.

Isabel, por favor —suplicó su marido (que había estado a punto de decir por Dios pero pudo rectificar a tiempo ya que él era ateo de firme convicción).

Ángel se quedó atónito y sin saber qué hacer ni que decir, no sabía que sus familiares eran activistas adscritos de corazón al PSUC.

El tío Miguel intentó quitar hierro al asunto, pero ella tuvo tiempo de gritarle:

—Si tu madre te viera se volvería a la tumba, ¿Es que no sabes que unas horas antes de morir se puso a cantar con las pocas fuerzas que le quedaban La Santa Espina, en plena dictadura de Primo de Rivera? y cuando le dijeron algo en contra les contestó — ¿Prohibido? ¡Ja! A mí ya no me pueden prohibir nada.

Bueno, al fin consiguieron que callase y se pusiera a servir la comida mientras el páter familia procuraba excusarla, lo que poco a poco fue consiguiendo aunque el alférez no sabía bien a que venía todo aquello, tantos elogios y plácemes que le habían elevado a las alturas, caían por los suelos precisamente en casa de su familia.

De todas formas ya no se produjo ningún incidente más pues la conversación derivó en comentar las incidencias familiares de aquellos últimos años.

Al final llegó el momento de las despedidas que acabaron con los debidos ósculos de paz y Ángel fue al cuarto en el que había dejado sus pertenencias, salió del cuarto al momento hecho una verdadera furia: llevaba el capote y la guerrera medio doblada en un brazo y en la mano contraria la gorra de borla.... SIN BORLA, los pequeños de la casa, en medio de la anterior discusión, la habían cortado con unas tijeras.

—Rojos de mierda... al paredón tenéis que ir todos... sois la escoria, esto lo pagareis muy caro.

—Ángel por Dios —imploraba su tía— no te pongas así, dámela que te la coso en un momento.

—Ni un minuto continuó en esta casa, inmundicia de rojos.

De un portazo cerró a sus espaldas la puerta y remugando abandonó el edificio, tras los cristales del balcón y temblando por las consecuencias vieron cómo se alejaba en dirección a la Meridiana a buscar la entrada en el metro.

En realidad no tomó ninguna venganza familiar, bastante susto les dejó en el cuerpo pero ya no volvió a Barcelona más que esporádicamente para coger el barco hasta las islas, nunca de visita hasta al menos veinte años después, en el que hizo una pequeña estancia de pocos días con su esposa, pero nada interesado por la ciudad en sí.

Fue un alférez provisional que se libró de su destino como tal, sobrevivió a la guerra pero quedó muy tocado; tuvo que estar un par de años internado en un Hospital de Ronda con unos problemas graves en los pulmones que le dejaron secuelas para toda la vida. Cuando salió del hospital ya tenía el grado de teniente.

Estando hospitalizado lógicamente fue teniendo contacto epistolar con su padre, su madrastra que le había cuidado desde la muerte de su madre y su hermano Miguel, un poco mayor que él.

Un día recibió una carta de su hermano en la que le anunciaba su próxima boda con una mocita mallorquina de la población de Petra que, como muchas mallorquinas, se llamaba Catalina y le pedía que procurase conseguir un permiso para poder asistir

a la boda, en la carta adjuntaba una foto de la novia.

Ángel se quedó alucinado, Catalina era la mismísima Ingrid de Malmoe que triunfaba en el Teatro Principal de Barcelona.

Cuando acudió a la boda, al llegar a Palma en el muelle le estaba esperando toda la familia incluida la novia, él se quedó un poco embobado al mirarla pero se dio cuenta en seguida de que ella no lo había reconocido.

Su hermano mismo le comentó la anterior actividad de su futura consorte que era conocida en el ámbito familiar y los problemas que había tenido que superar para que sus padres la admitiesen en la familia, cosa que ya estaba superada.

De todas formas se dio cuenta en muy poco tiempo que las suspicacias seguían dominando la situación, en aquella Palma de mitad del siglo XX se contemplaba con recelo que la nuera del señor comandante procediera del mundo de la farándula y, sobre todo, del escandaloso género de la revista picaresca.

No obstante, la vida siguió su curso y la pareja fue favorecida a su debido tiempo de un parto en el que nacieron un par de gemelos, de los que solamente uno pudo sobrevivir.

EPÍLOGO.

Pero esto ya es otra historia, solamente deseaba describir unos hechos íntimos ocurridos durante los días en los que ya se estaba intuyendo el final de la Guerra Civil que asoló España entre 1936 y 1939.

De todas formas, estos personajes reales siguieron caminos distintos: Miguel murió por la entonces

temida tuberculosis en muy poco tiempo, Catalina volvió a ejercer de Ingrid buscando nuevos aires y los encontró en la misma Palma en la figura de un aviador italiano con el que se casó y se fue a vivir a Italia, por la zona de Turín. Hacia 1960 su hijo volvió a Palma para hacer la mili, seguía manteniendo la nacionalidad española y estuvo en contacto varias veces con su tío Ángel.

Ángel como hemos comentado acabó muy enfermo la campaña, pero terminó recuperándose y volviendo a Palma; allí conoció a una preciosidad de mujercita que no se parecía en nada a su espectacular cuñada, pero fue la mujer más bonita y dulce que he conocido, se llamaba Juana y era de Andratx, una bonita población de la costa suroeste de Mallorca.

Como dice un refrán catalán que “Viu mes el que piula que el que chiula”, “Vive más el que pía que el que silba”, Ángel llegó a nonagenario.

El comandante Miguel y su señora, inesperadamente pasada la edad de los cuarenta, tuvieron otro hijo al que le pusieron el nombre del recientemente fallecido, o sea Miguel.

PARIS DE LA FRANCE

Alicia Redondo Saussol

Cuaderno de viaje

Diciembre 2014

Queridas amigas:

No sé si me será posible reflejar en unos folios las sensaciones y experiencias de nuestro viaje a Paris. Podría simplemente enumerar los sitios visitados pero el cuerpo me pide expresar algo más.... Espero que la lectura de este relato os traslade, por unos minutos, a esos momentos que ya forman parte de nuestra vida.

“Cette histoire va pour mes madames, mes amies....”

La idea surgió, como cualquier otra conversación, un veraniego día de agosto en la playa de Caparica. Lo que comenzó siendo broma y pitorreo se fue consolidando durante la comida que hicimos en El Sigar a finales de Octubre. Voy a destacar el especial empeño de Mercedes Albarrán que nos fue contagiando su entusiasmo. Se presentó tarde, tarde... pero con el folleto de la agencia: “PARIS 416 Euros”... ¿recordáis?

Poco a poco fuimos tomándolo en serio...Salimos de allí brindando con el “Oh, lá, lá “ y el convencimiento de que era posible la aventura. Reuniones, cafelitos, crear grupo de WhatsApp, visitas a la agencia, presupuestos, cambiar días de planillas, estudiar planos y mapas en internet... Aquello empezaba a

tomar forma.... El hotel, el barco, los coches, el parking, bus turístico, ¿Sevilla ó Madrid?, el equipaje, el peso de la maleta, ¿que nos llevamos?, la tarjeta sanitaria.... ¡qué nervios! Pasaban los días, había que pensar en todo y todo iba quedando resuelto.

Se acercaba el momento de la partida y los WhatsApp echaban humo.... Nuestras otras Primaveras, que veían que nos íbamos y se lo iban creyendo, nos expresaban sus mejores deseos y suerte para la travesía... ¡Todo el día poniendo aviones, tacones y barras de labios en los mensajes...!

Cuando llegó la hora, a las 12 de la noche, todas puntuales en el cruce de la autopista y... ¡pa' Sevilla!... Naturalmente convidándonos por el camino en el Complejo Leo de Monesterio y haciéndonos las primeras fotitos. Por cierto, igual de ambientado de día que a las 2 de la mañana... ¡Vaya negociazo!

Tras algún pequeño error de itinerario, llegamos al aeropuerto de Sevilla, oscuro y solitario como el sólo. Eran las cuatro de la madrugada. Daba sensación de cerrado. Tras una llamada aparecieron los chicos encargados del parking que, sin más y a cambio de un recibo, se llevaron nuestros coches. Ahora sí que nos habíamos quedado más solas que la una... ¡La suerte estaba echada!

El hall del aeropuerto es viejo y bastante destartado. Impresiona de sucio y poco iluminado. Los bancos y asientos dejan mucho que desear. Un gran reloj de estación marcaba las 4.30 h. Aún quedaban 2 h. y pico para embarcar. Aprendimos divinamente el funcionamiento de la máquina de precintar maletas. Nos fijamos especialmente en un tipo con sombrero y perilla de aspecto anglosajón. Salimos varias veces a

fumar. Tomamos café, compramos agua.... En fin, se fue consumiendo el tiempo.

El embarque y el vuelo fueron perfectos. De noche cerrada, pasamos a un amanecer precioso y deslumbrante. Los rayos del sol nos anunciaban un gran día. Cuando, poco a poco, el avión iba bajando, las nubes negras y grises iban dejando paso a la visión, como un diseño de patchwork, de la campiña francesa en distintos tonos de verdes y ocre. Los pasajeros se iban espabilando y el comandante nos transmitía las gracias por haberlos elegido para volar. Mientras, las azafatas nos daban las indicaciones para el aterrizaje que, dicho sea de paso, fue estupendo y con aplausos incluidos.

Bajamos del avión y a medida que avanzábamos por las distintas zonas y pasillos, notábamos que ya estábamos en suelo francés. La megafonía y el aspecto del aeropuerto eran inconfundibles. En el hall de salidas nos estaba esperando nuestro conductor. Todo controlado a la perfección. Nos condujo hasta un monovolumen negro, tipo Equipo A, aparcado en la misma puerta de la terminal. Era un tipo franco argelino bastante amable pero que no hablaba una papa de español. ¡Íbamos como Señoras y ya estábamos en París!

El trayecto, de unos 20 Km., nos fue adentrando en la ciudad. Llegamos al hotel y, como el asunto iba perfecto, algo se tenía que torcer. Nos atendió una recepcionista bastante histérica que parecía estar poseída por el peor de los engendros. ¡Qué chillos y qué ademanes! Hubo un momento que pensé que estaba necesitada de un exorcismo... Todas sabemos lo que pasó, así que no voy a tomarme el trabajo de recordarlo.

Tras ese horror de discusión y para no perder más tiempo, dejamos el equipaje como pudimos y caminamos hasta el Boulevard Montmartre donde tomamos un café y unos croissants. Primera clavada de veintitantos euros para irnos ambientando. A continuación, por la Avenue Des Italiens, llegamos a la Place de la Opera que, con su magnífico Palacio de la Música hizo que el cabreo fuera disminuyendo. El día estaba espléndido y el sol nos ayudaba a disfrutar. Entramos en el famoso Café de la Paix, todo estilo Belle Epoque y después hacer algunas fotitos enfilamos la Avenue De la Opera, con sus elegantes fachadas, en dirección al Museo del Louvre. A mitad de la calle hicimos acopio de mapas y folletos en la Oficina de Turismo de la Rue Pirámides.

Al final de la avenida, de frente, el Grand Hotel du Louvre. Tras atravesar la Rue Saint Honoré, la Rue Rivoli y la arcada del museo, aparecimos en la espectacular Place du Carroussel. Teníamos delante una gran explanada con el Arc du Carroussel, (construido en conmemoración de las victorias bélicas de Napoleón) a la derecha y la Pirámide de Cristal, que da acceso al museo, a la izquierda. La mañana prometía... El bullicio y la multitud de gente paseando y admirando todo el entorno nos hacía sentir la importancia de este enclave tan pintoresco y cosmopolita.

Decidimos continuar hacia la Isla de la Cité bordeando el río. ¡Maravilloso Sena! Por toda la orilla se alineaban puestos de souvenirs y mercancía variada para el entretenimiento de los turistas. Tras pasar el Pont Neuf, nos detuvimos en el peatonal Pont des Arts. Observamos los miles y miles de candados que, según la tradición, enganchan los enamorados entre las rejas

de las barandas del puente para jurarse amor eterno, lanzando luego la llave al río. Es uno de los escenarios más románticos del mundo.

Por el Pont de la Change que antiguamente tenía casas encima, accedimos a la Isla de la Cité, origen de Paris. A la derecha el imponente edificio de La Conciergerie, palacio de los reyes franceses hasta el siglo XIV y luego prisión del estado. Observamos con detalle su Torre que emplaza el primer reloj público que se instaló en toda Francia. Era considerada la antesala de la muerte y muy pocos salían vivos de allí. Hoy día alberga el Ministerio de Justicia ¡Que autentico el lema de “Liberté, Egalité y Fraternité” que reza en su fachada! Lástima que la escasez de tiempo no nos haya permitido visitarla.

Continuando por el Boulevard du Paláis, a la izquierda, el Mercado des fleurs y más adelante la Place de Juan Pablo II con la Catedral de Notre-Dame. Dedicada a la Virgen María y escenario de la coronación de Napoleón. Un enorme árbol de navidad con bolas y cintas blancas ocupa el centro de la plaza y a sus pies, una estrella en el suelo nos señala el Km. 0 de las carreteras de Francia. Para visitar el templo había colas y gentes por todos lados. Accedimos al interior y sobrecoge su altura y sus espléndidas arcadas y vidrieras. Una escultura de La Piedad preside el altar mayor. Por fuera, sus torres, sus gárgolas, su campanario... ¡Gótico puro! Imposible no recordar la historia de Quasimodo y Esmeralda.

Volviendo a cruzar el río por el Petit Pont llegamos al Boulevard Saint Germain, plagado de tiendas, bares y restaurantes y paramos para comer. Es el eje de este a oeste del Barrio Latino junto con el Boulevard Saint-Michel que es el eje norte sur. Tras reponer fuerzas

con ese ragout de patatas con vaca que nos entonó el cuerpo, continuamos hasta los Jardines de Luxemburgo dejando al paso, a la izquierda, la Place de la Sorbona. No es el otoño época para visitar parques; todo estaba bastante desangelado: los árboles sin hojas, los arbustos sin flores y las fuentes apagadas.

Desde la Plaza de Luxemburgo vimos el Pantheon, cubierto por restauraciones.

Como nuestro estado físico era lamentable, al salir de los jardines, cogimos un autobús urbano que nos cruzaba el río en dirección al hotel. El famoso 27 nos llevó por la orilla derecha del Sena y a lo largo del recorrido pasamos por la Plaza y la Font de St. Michel, el Muelle des Agoustins, el Instituto de Francia que agrupa las Academias de Bellas Artes, Ciencias, Políticas y la Biblioteca Nacional. Descendimos en la Av. de la Opera y pusimos rumbo hacia la Plaza Concorde. Por los soportales de la Rue Rivoli, no hubo tienda de souvenir en la que no enredáramos ni gorro que no coronara nuestras cabezas.

Llegamos hasta la esquina de la inmensa Plaza Concorde, donde estuvo originariamente la guillotina en la época de la Revolución Francesa. Este sangriento escenario se llamó Plaza de la Revolución y, una vez terminadas las revueltas, tomo su nombre actual. Retrocedimos por diferentes calles hasta la Plaza Vendomme que nos quedó boquiabiertas del lujo: grandes abetos, de dos en dos, en distintos puntos del recinto adornados con enormes bolas y cintas todas en color dorado. Al encenderse parecían de oro. Los encontré preciosos. La entrada del Hotel Ritz y la Columna Vendomme estaban cubiertas por obras, aun así, las lonas simulaban su estructura. Los escaparates y el aspecto de las tiendas, los toldos y las fachadas

iluminadas... ¡pa perder el gusto pa siempre...!

A continuación, por la Avenue de la Paix, enfilamos hacia Plaza de la Opera.

Ya era completamente de noche. A media calle, en la puerta de la super joyería Tiffany´s un barullo de gente arremolinada contemplaba la actuación de un coro gospel que entonaban villancicos. A pesar del cansancio, nos entretuvimos a ver la actuación completa.

Y ahora sí, llegamos al hotel andando como pudimos y tras registrar las otras habitaciones bajamos a tomar algo en las cercanías. Después de un ratito de WiFi en el hotel de al lado picamos en la habitación un poco del jamoncito que habíamos llevado. ¡¡¡Vaya tela de día!!! Nos fuimos a dormir sin rechistar...

2º día

¿Habíamos descansado? Bueno unas mejor que otras... Yo francamente caí muerta.

El desayuno no estaba mal, salvo porque el comedor era pequeño y no podíamos sentarnos juntas. Desayunamos como pudimos y ¡en marcha!

Llegamos paseando nuevamente al Bv. Montmatre y no tardó en aparecer el bus turístico. El conductor nos canjeó el bono por los billetes sin problemas y nos facilitó planos de los recorridos y unos auriculares. El día estaba bastante desagradable: lloviznaba y hacía frío. Aun así, para no perder detalle del recorrido, nos acomodamos en el piso superior. Sorprendentemente oí mi nombre salir de una voz ajena a las nuestras, era gente conocida de Badajoz con un grupo de amigos.

Saludos y jolgorio. ¡Todo el open tour parlaba español!

Tras emprender la marcha con el gran cachondeo volvimos a pasar por la Opera y llegamos a la Place de la Madeleine con su templo de clara inspiración grecorromana y sus imponentes columnas de unos 20 metros de altura. Fue construida para mayor gloria de los ejércitos napoleónicos, antes de levantar el Arco del Triunfo. Me sorprendió que no tenga ventana alguna, y eso, al parecer hace que la sonoridad sea perfecta. Allí había que cambiar de línea y nos mudamos de autobús ¡Adiós paisanos, adiós...!

Toda la primera parte del trayecto fue la que habíamos hecho a pie y en el 27 el día anterior. Me gustó la sutil suficiencia con que reconocíamos los lugares....

Lo nuevo comenzaba en la inmensa Plaza de la Concordia, con su gran Obelisco Egipcio de Luxor y sus fuentes ornamentales. Enfilamos hacia los Campos Elíseos... y sencillamente maravillosos. Con razón se dice que es la avenida más famosa y hermosa del mundo - Casi 2 kilómetros de larga y 70 metros de anchura – En ambas aceras se alineaban cientos de árboles. Sobre las copas de los de la izquierda se veía la cima de la Torre Eiffel. Los dos laterales peatonales estaban llenos de puestos navideños: eran casetas blancas, todas iguales y perfectamente adornadas. Podíamos oír los villancicos que salían de ellas. El trasiego de gente de lo más variopinto era continuo. Al menos diez carriles de coches en circulación. ¡Grandioso! Creo que la noche del 31 de diciembre toda la calle se vuelve peatonal para que los franceses reciban el Año Nuevo. Y al fondo el espectacular Arco del Triunfo que, a medida que nos aproximábamos, se iba haciendo más imponente. La sensación me resulta

inolvidable.

La parada del bus estaba en una de las 12 avenidas que circundan la Place de Charles de Gaulle. Hay que rodearla para llegar a un subterráneo y aparecer debajo del Arco. La majestuosidad de sus 50 metros de altura impresiona. Lo mando construir por Napoleón tras su victoria contra los rusos y austriacos en Austerlitz. Tiene grabados en sus pilares los nombres de las batallas ganadas por sus ejércitos y por dentro los nombres de los generales del Imperio Francés. A sus pies está la Tumba al Soldado Desconocido de la Primera Guerra Mundial con su llama siempre encendida.

Como hay ascensor, iniciamos la subida al arco, después de hacer muy buenas migas con el vigilante de seguridad. En la primera planta hay una maqueta del monumento metida en una urna de cristal y tiendas de souvenirs. Una pared entera adornada con varias decenas de las insignias miliares de los Ejércitos Franceses nos indica la grandiosidad de Imperio Napoleónico y, al fondo, una escalera de caracol conduce a la terraza. Hacía frío y llovía pero aun así el espectáculo era inigualable. Las 12 grandes avenidas que salían de la estrella eran a cuál más vistosa. Sobre todo la Avenue de la Gran Armeé, que alinea el Arco del Triunfo con el moderno Arc de la Defense. Al fondo todos los rascacielos del distrito financiero de París, “la city” como bien dijo Mercedes Abril. En el lado contrario Los Campos Elíseos con la noria del carrusel a lo lejos. Veíamos La Torre Eiffel, la Basílica del Sacre-Coeur, la Torre de Montparnasse y sobre todo una variada gama de los tonos grisáceos de las pizarras de los tejados de París... ¡Ahhh.... era maravilloso y éramos unas privilegiadas disfrutándolo!

Todo el tiempo que pasamos en la terraza del Arco del Triunfo se me antoja insuficiente porque no te cansas de mirar para un lado y para otro.... Pero... ¡había que continuar la ruta! Bajamos y tras repetir algunas fotos en la explanada trasera, nos encaminamos hacia la parada del bus, en la Avenue Kleber que une la Place de L'Étoile con la Place del Trocadero. En un jardincito peatonal aprendimos divinamente la receta de los famosos creppes de Nutella. Compramos y probamos un par de ellos a un crep pero que los cocinaba con una plancha eléctrica encima de un carrito tipo bicicleta. ¡La repera!

Tras otro rato de recorrido, aparecimos en la Plaza del Trocadero el mejor sitio para contemplar la icónica Torre Eiffel. El autobús fue rodeando todo el recinto y la parada estaba en el Muelle Brandly , al lado del río. Por supuesto que había cola para los ascensores. ¡Es el monumento más visitado del mundo con 7 millones/año y nosotras estábamos debajo de él! Emocionante noooo... ???.... Los accesos eran desde los cuatro pilares de la Torre. El gentío era multitudinario y de lo más variado. Hasta le cantamos Cumpleaños Feliz a una chica lituana que estaba con su enamorado y su trozo de tarta con vela y todo en la fila de los tickets. Había casetas y kioscos de bebidas, más creppes, souvenirs y perritos calientes. Daba escalofrío estar bajo esa imponente mole metálica, ¡tardaron más de dos años en construirla para la expo de Paris en 1.889! Testigo de la dos guerras mundiales y de un sinfín de historias en el cine y la televisión... Pasamos el control de seguridad y... ¡para arriba! Los ascensores, infatigables y creo que muy seguros eran de cristal blindado y, mientras subíamos, podíamos

apreciar toda la estructura y engranaje de los tremendos hierros de la torre. Con el primer nivel, a 60 metros del suelo teníamos bastante....

El panorama desde la terraza era espectacular, El Sena serpenteaba y parecía un enorme hoyo separando París en dos mitades. Enfrente la Plaza del Trocadero, sus jardines y sus fuentes. A la izquierda, la isla artificial de los Cisnes donde se ubica la Estatua de la Libertad que regalaron los parisinos residentes en EEUU en 1.889 al municipio de Paris en el centenario de la Revolución Francesa, réplica de la de Nueva York que, a su vez fue regalada por Francia a EE.UU. en 1.886 para conmemorar su Declaración de Independencia. (Interesante, ¿no?). A la derecha se veían varios de los treinta y pico puentes que cruzan el Sena en su paso por la ciudad. Por detrás, los Campos de Mars con gente tumbada y paseando a pesar del frío y la lluvia. Al final de ellos, la Escuela Militar y detrás la Torre de Montparnasse. Un poco a la izquierda resalta la gran cúpula dorada del Hospital de Los Inválidos, donde están enterrados Napoleón y su hijo. Perdido entre la niebla, se adivinaba el Sacre-Coeur. Era interminable la vista... Ciudad y más ciudad por todos lados.

El horizonte lo delimitaban la línea del cielo y las edificaciones.

Subimos y bajamos varias veces por las dos terrazas de la Torre a las que teníamos acceso. Hacia un aire y un frío rusos. En la zona de la cafetería interior tomamos unos bocatas de pan y...??? ¡Ni se sabe!... Al parecer era ensalada de pollo. Eso sí, el buen vaso de la cerveza más cara que he pagado en mi vida, me supo a gloria bendita.

Alrededor de la 6 de la tarde descendimos de la Torre y nos encaminamos al muelle del bateau-bus que estaba enfrente. Ya anochecía.

Menos mal que el barco era cubierto y con calefacción. En la parte trasera, por una puerta de vaivén, teníamos acceso a una zona descubierta a la que salíamos de vez en cuando para hacer fotos y contemplar París la nuit. El recorrido era precioso. Todos los puentes, con diferentes luminarias, resaltaban magníficos entre la oscuridad. La Torre Eiffel centelleaba por encima del margen izquierdo. Pasamos por el Museo del Louvre, por Notre-Dame, la Conciergerie, por el Museo D'Órsay, rodeando toda la Isla de la Cité. Las orillas y sus edificios iluminados parecían de cuento... Al final, hay 8 estaciones, el barco da la vuelta y recorre la margen derecha. Nos bajamos a la altura del Puente de Alejandro III. Es el más espectacular. Comunica la explanada de Los Inválidos con la Plaza de la Concordia. Al paso, contemplamos el Grand Palais y el Petit Palais con escalinatas, puertas y ventanales de película. Hoy son sedes de museos con exposiciones de todo tipo.

De la serenidad y el silencio del río, pasamos al bullicio más absoluto de los Campos Elíseos. ¡Vaya movida! Los cientos de casetas blancas del mercadillo navideño estaban a tope y eran un hervidero de gente. ¡No había cacharro que no vendieran! Los árboles con bombillitas en azul y dorado parecían copas de champán. ¡Todo resplandecía! Paseamos y enredamos lo que se nos antojó. Tomamos churros, chocolate, sopa de cebolla... Alguna comprilla y de retirada.

Tras atravesar la Plaza de la Concordia... ¡Ay esa noria gigante iluminada!...

enfilamos por la Rue Real hacia la Madeleine. ¡Vaya callecita! Pasamos por el Restaurante Maxim's, la Pastelería Ladureé y un montón de escaparates alucinantes. De las fachadas colgaban luces en forma de racimos y chorreones y otras decenas de guirnaldas y filigranas de bombillas encendidas cruzaban la calle de acera a acera.

La Madeleine iluminada parecía todavía más imponente y gigantesca. Tuvimos la suerte de encontrar la parada de un autobús urbano que iba en nuestra dirección. Lo cogimos y nos quedó bastante cerquita del hotel.

Como no habíamos tenido bastante, todavía entramos en un par de tiendas más. Un ratito de WiFi y para las habitaciones. A pesar del cansancio, nos hicimos fotos acostadas y en el baño. ¡Casi me ahogo del hartón de reír!

3er. día

Salimos, después de desayunar, bastante más abrigadas por el frío que habíamos pasado el día anterior. También lloviznaba.

Hoy no teníamos que cambiar de autobús porque la misma línea del bus turístico nos llevaba hasta Montmatre... ¡Aaah la bohemia!

Tras callejear hacia la zona norte, pasamos por la Iglesia de la Trinité y llegamos a la Plaza de Blanche en el Boulevard de Clichy. La parada estaba justo enfrente del famoso Moulin Rouge. El más conocido cabaret de París, donde han actuado los artistas y cantantes más importantes del mundo. Posamos y nos fotografiamos en la puerta para continuar, por la Rue

Lepic, hasta el Café des Deux Moulins, escenario de la película Amelie. Al final de la calle, a la derecha, enfilamos la Rue des Abbesses hasta llegar a la Plaza des Abbesses donde, tras pasar una zona de setos, teníamos el Muro del je t'aime. De unos 40 metros cuadrados y con más de 600 azulejos en color azul esmeralda nos enseñaba a decir “te quiero” en 300 idiomas... ¡insólito! Visita obligada para todos los enamorados que pasan por París. Nos hicimos unas fotos chulísimas y... ¡Averíguete lo que pasó por la cabeza de cada una de nosotras!

Siguiendo nuestra gira pasamos por callejuelas estrechas, de cuevas empinadas y escaleras interminables que no estábamos por la labor de subir. Preguntando, preguntando llegamos al funicular que por 2 euros por barba nos remontó hasta lo alto de la colina de Montmatre (“Monte de los mártires”). Allí estaba la Basílica del Sacre – Coeur, completamente blanca, y todo París a nuestros pies... El enclave es un espectáculo. Por delante es un recinto extenso con una escalinata para acceder a la iglesia y todo rodeado de varias escaleras y jardines en pendiente primorosamente cuidados. Tiene unas explanadas como terrazas con barandas de columnata de muro de piedra desde donde los visitantes contemplamos toda la ciudad... ¡impresionante!... Al parecer, es la misma piedra la que, al mojarse, escupe calcita y eso hace que se mantenga ese impoluto color blanco.

Recorrimos en círculo todo el interior del templo. Había un Portal de Belén rodeado de cientos de velas encendidas por los fieles. Una imagen de San Antonio, Sta. Juana de Arco, maquetas del edificio, capillas a distintas devociones, vidrieras, arcadas.... Muy bonito ¡!. Levantando la vista, el centro de la Basílica y el Altar

Mayor están coronados por una enorme bóveda de mosaico bizantino que representa a Jesucristo Corazón de Jesús. ¡Espectacular!

La siguiente escala, naturalmente, era la Plaza du Tertre. Aquello era otro París y la esencia de la bohemia. Varias decenas de artistas con sus caballetes y lienzos ocupaban en centro de la plaza dibujando o pintando paisajes, retratos y caricaturas.... ¡qué vida!... Por supuesto que Mercedes posó como modelo con un resultado ciertamente insatisfactorio... Su frase fue: “El señor ha pintado una mujer guapísima, pero no soy yo”.

Alrededor todo eran terrazas de restaurantes adornadas de Navidad; con estufas y mantas rojas en las butacas para que los clientes se protegieran del frío.

Tras callejear un rato por los alrededores y patear rincones verdaderamente encantadores, nos sentamos en la plaza y desde luego que nos arropamos con las mantas. Tomamos unos mejillones típicos que, entre que eran enanos y el guiso estaba regular, a mí no me gustaron.

Eran casi las cuatro de la tarde y había que comer. Elegimos un restaurante un poco más abajo. Eran todos por el estilo. Menú turístico para probar los escargots y el paté a la campagne. Del entrecot de segundo plato, mejor no hablar. Eso sí, las patatas fritas super buenas. De postre tarta de no sé qué y mousse de chocolate.

En una salida al cigarrito, en la puerta, un violinista monísimo entonaba con su música villancicos navideños. ¡Otro bohemio!...

Salimos de allí casi a las seis, prácticamente de noche. Las luces tenían total complicidad con las calles que

íbamos bajando. Eran tenues y suaves. Nada de focos deslumbrantes. Los faroles colgaban de las fachadas de las casas como candilejas.

Había electricidad en el aire y daba la mágica sensación de que no había nada imposible...

Al llegar a la Plaza de Blanche, el Moulin Rouge y el boulevard Clichy con su luminaria nos devolvió al trasiego de coches y bullicio de gente. Vimos pasar un open tour y como no sabíamos si era el último, tras de esperar un ratito, nos montamos en un bus urbano que, según preguntamos al conductor, pasaba por las Galerías Lafayette. Yo veía que la dirección era la contraria y al insistirle al chofer me dijo que había sido un error. Nos bajamos en Pigalle. Después de todo, gracias a la equivocación, nos paseamos por la zona más erótica y picante de Paris. Todo eran tiendas y establecimientos a cuál más provocador. ¡Vaya escaparates!, no había instrumento ni vestimenta que faltara... Todo un mundo en torno a los sex-shop.

Un taxi, que el taxista hubo de habilitar para llevarnos a las seis juntitas, nos quedó en la puerta de las Galerías Lafayette. ¡Otro derroche de lujo!

Como es un recinto circular, desde el patio central en la planta baja, se veía que del mismo medio de su famosa bóveda, a cuatro pisos de altura, colgaba invertido un gigantesco árbol navideño todo brillante y con adornos que deslumbraban en tonos marrones, azules, rosas, blanco, dorados... ¡y que sé yo! Las simuladas raíces eran anaranjadas y la punta se apoyaba, en el centro del patio, sobre un expositor... ¿de qué?... Naturalmente que de ¡¡¡Chanel!!!... La iluminación de todas las balconadas de las distintas plantas era despampanante. ¡Vaya estilazo!, y eso que

el edificio, por sí solo es ya una joya. Había clientes comprando pero la mayoría, como nosotras, curioseábamos el entorno. Bueno, también tomamos un cafelito porque en todos los pisos, un par de balcones estaban destinados a cafetería.

Desde arriba, la planta baja era un rompecabezas perfectamente acoplado: las piezas eran los stand de Rolex, Dior, Lancome, Gucci, etc, etc.... Lo dicho, lujo puro y duro.

Eran las 8 de la tarde y el día estaba terminando. Nos asaltó una asignatura pendiente: el centelleo de las luces de la Torre Eiffel por la noche. Era un poco disparatado porque estábamos lejísimos. Pero como querer es poder, allá que decidimos encajarnos.

Tomamos en Opera un bus urbano que nos llevó a la misma Plaza del Trocadero. Unos 5 o 6 kilómetros de trayecto. El centelleo se produce durante cinco minutos a las horas en punto. Tuvimos que esperar con un frío de nieve hasta las 9 pero mereció la pena el esfuerzo. Es de esas visiones que se guardan en la retina para siempre.

Y ahora sí, volvimos al hotel. Había que preparar las maletas para la vuelta.

Nos recogieron en otro monovolumen Equipo A a las 5,45 h. y llegamos al aeropuerto sobre las 6 y pico. El vuelo salía a las 9,45 h. así que nos acomodamos en una cafetería y fueron pasando las horas. Hubo alguna última comprilla todavía.

Esta vez fue algo más complicado el embarque. Mandaron una maleta a la bodega y nos registraron un par de ellas a cuento de los botes de líquidos. Pero, bueno, la cosa no paso a mayores.

El trayecto se me hizo más corto. En menos de dos

horas aterrizamos en Sevilla. Recogimos los coches sin problemas y nos adentramos en la ciudad. Íbamos al parking de Plaza de Armas y por supuesto que nos trabucamos un poco en el recorrido pero finalmente llegamos y ¡a callejar un rato! El día estaba esplendido como casi siempre.

Llegamos a la Plaza Nueva y comimos en un local de la Plaza del Salvador.

Se nos metió en la cabeza ir a la Iglesia del Valle para rezarle a la Duquesa de Alba y nos dimos una buena caminata para que luego estuviera cerrada y quedarnos con las ganas. Pero bueno, así aprendimos donde está.

Un autobús urbano nos solucionó la vuelta y encima nos paseó por el Parque de María Luisa y La Torre del Oro. ¿Alguien da más?

El regreso a Badajoz fue sin incidencias. Sacamos los paraguas de M. José y los zapatos de Mercedes para las últimas fotos en el Complejo Leo y llegamos a casita sanas y salvas como si no hubiéramos roto un plato.

Muchas gracias por vuestra compañía.

Felizmente nos habíamos comido Paris en tres días... ¡y había que digerirlo...!

VIDAS

M^a Carmen Jaime Santamaría

Una luz intensa envolvía a todos y cada uno de ellos. Caminaban despacio, mirando al frente, sin comprender muy bien porque estaban allí ni como habían llegado. Mujeres y hombres de todas las edades, bebés en brazos de sus madres, hombres de cabellos blancos, adolescentes de mirada franca y piel tersa, jóvenes y no tan jóvenes.

Los había de todas partes del mundo conocido, Europeos, Americanos, Africanos, Asiáticos, y así hasta completar un mapa en el que todos tenían cabida. Todos tenían algo en común: sus vestiduras y su mirada eran idénticas.

Una túnica blanca les caía desde los hombros y les cubría los pies. Sus cabezas estaban adornadas con una cinta también blanca y debajo de ella sus ojos incrédulos, su mirada de asombro. Se miraban unos a otros intentando descubrir que hacían allí: de que conocían a su compañero de la derecha... esa cara la habían visto antes, el de la izquierda los observaba como si pensara lo mismo. Otros buscaban con la mirada a su compañera de vida, la que había seguido junto a ellos desde el día en que decidieron que nunca más estarían solos y juntos habían recorrido un largo camino. Ellas oteaban entre las cabezas para buscar al que un día les propuso recorrer ese camino. Unas veces los encontraba y otras no lo conseguían, simplemente no estaban. Los adolescentes se agruparon y miraron sus vestiduras tan alejadas de los vaqueros y las zapatillas que hasta aquel momento habían usado.

Se observaron unos a otros y emitieron algunos susurros, les parecía que levantar la voz, tan habitual en ellos, quizá rompería el momento extraño y lleno de paz en el que estaban inmersos. Intentaban, a través de sus miradas, descubrir el porqué de su presencia en aquel lugar desconocido, el porqué de sus vestiduras blancas, el porqué de la ausencia de sus padres, de sus abuelos, de sus hermanos, el cómo habían llegado hasta allí.

Ese viaje no era como los que realizaban con sus familias en las vacaciones o en los fines de semana: no, no lo era, pero al mirar las caras de sus compañeros ninguno pudo adivinar que ocurría. Todos estaban igual de sorprendidos, aunque todos ellos sabían que pronto acabaría aquella incertidumbre. Lo sabían porque al cabo de un tiempo, cuando el camino parecía llegar a su fin, buscaron los ojos del resto de las personas mayores que ellos y en sus miradas descubrieron que ellos sí intuían porque estaban allí, quizá ellos eran demasiado jóvenes para comprenderlo, y sus semblantes serenos les inyectaron paz y sosiego.

Se sintieron tranquilos y confortados y supieron que no estarían solos, que pronto sabrían que estaba ocurriendo, y que al final de aquel camino encontrarían respuestas. No lucía el sol, el sol que todos ellos, jóvenes y mayores conocían, pero la luz que les envolvía era mucho más brillante que cualquier día de verano cuando el rey del cielo calentaba durante horas su ocio de vacaciones.

Un poco alejada, una construcción semejante a una plaza circular con columnas parecía esperar su llegada, pero antes debieron pasar todos ellos a través de un laberinto que no era tal. Se internaron en él en grupos,

sin acuerdo previo y todos rozaron con sus manos el seto que lo conformaba. Todos llegaron a la plaza circular sin perderse en ningún momento y todos también dedujeron que era el laberinto más fácil que habían visto. Algunos pensaron que todo era un sueño del que pronto despertarían, otros se sintieron tranquilos y extrañamente felices, pero todos seguían sin comprender, a pesar de la intuición de algunos, que estaban haciendo allí, como habían llegado y que vínculo los unía en aquel extraño lugar.

La plaza estaba vacía y volvieron mirarse unos a otros. No había camino de salida y comprendieron que su peregrinar había concluido. Personas como ellos, igualmente vestidas, aparecieron por detrás de las columnas y su extrañeza fue aún mayor al comprobar que se dirigían a ellos en solitario, en pareja, en grupo. Todos sabían a quién debían buscar y al encontrarlos sus sonrisas y su semblante confiado y pacífico tranquilizó sus corazones extrañados. Algunos de ellos conocían a los recién llegados de detrás de las columnas; habían recibido tiempo atrás sus abrazos, su cariño, su consuelo y consejos.

Juntos se dirigieron a las columnas de las que habían aparecido momentos antes. Detrás de cada una de ellas arrancaba un camino que finalizaba en pequeñas plazas, con un libro de grandes pastas situado en el centro de ellas. Ya no podían verse entre sí, solamente se vieron acompañados por las personas que los habían buscado en la plaza circular, la más grande, aquella a la que llegaron sin saber que hacían allí.

Los libros descansaban sobre grandes atriles, y a pesar de la luz brillante que los envolvía a todos, otra luz, esta vez dorada, iluminaba cada uno de ellos. Las

hojas empezaron a pasar solas, sin que nadie las moviera ni hiciera ademán de hacerlo. Por cada uno de los libros desfilaron imágenes en movimiento como en una película. Ellos los miraron con extrañeza hasta que pasados los primeros momentos se dieron cuenta de eran sus vidas las que el libro les mostraba. No la vida presente, la que hasta ese mismo instante habían vivido, no, la que aparecía en aquellas imágenes era el futuro, la vida que les esperaba a partir de entonces. Se sintieron afortunados; nadie hasta ese momento, que ellos supieran, había tenido la oportunidad de saber que les deparaba el tiempo. Miraron con interés creciente todo lo que en los libros iba apareciendo.

Los adolescentes supieron que serían médicos, abogados, investigadores, deportistas de élite, algún escritor, un músico reconocido, se enamorarían, serían padres y madres de uno, de dos, de tres hijos...

Los bebés, en brazos de sus madres, no podían entender de qué iba todo aquello pero ellas sí, y vieron a sus pequeños dar los primeros pasos, su primer día en el colegio, su primer diente, su primer amor, su primer beso, que para ellos y para sus padres sería el primero de cada acontecimiento en sus vidas por estrenar.

Los que ya peinaban canas vieron sus vidas futuras de jubilados tranquilos, rodeados de nietos traviosos y cariñosos, aprendiendo de nuevo a disfrutar de los momentos entrañables de una vida sin sobresaltos.

Los de mediana edad descubrieron que sus vidas laborales darían un vuelco, unos para bien, otros para no tan bien, pero saldrían adelante con esfuerzo y sacrificio; se vieron a sí mismos en las bodas de sus

hijos, en las comuniones de sus nietos, en los cumpleaños de sus padres cuando cada año que pasa es un triunfo.

Los jóvenes, los que tenían una edad en la que ya no se es adolescente, observaron en sus libros sobre el atril como avanzaban en sus carreras, como creaban empresas de las que se sentirían orgullosos, como se levantarían una y otra vez a pesar de los malos ratos, de las noches sin dormir, de miles de números para salir adelante.

Todos vieron sus vidas futuras, sintieron las alegrías que les esperaban, las lágrimas que derramarían, el amor que les haría felices, las vacaciones al final de un año cargado de esfuerzo y trabajo, Navidades alegres, fines de año optimistas, primaveras verdes después de largos inviernos.

Todos se sintieron protagonistas de algo único y que no tenía explicación.

Los libros, donde aquellas imágenes habían dejado al descubierto el futuro, se cerraron todos a la vez y cada uno de ellos se quedó mirando sus pesadas pastas sabiendo que faltaba algo a lo que no habían tenido acceso. Ninguno había podido ver cómo sería su muerte, el fin de aquella vida que les había sido mostrada.

Se volvieron a sus acompañantes y éstos los miraron con cariño, sabiendo lo que esperaban de ellos. No hablaron, solo les señalaron con la mirada hacia donde debían dirigir la suya. Allí, alejado de todos, en una plaza semejante a la que todos ellos habían llegado, había un joven de mirada ausente; no estaba solo, dos personas le acompañaban, vestía igual que ellos y también tenía un enorme libro sobre un atril

donde había visto su vida futura.

Se dirigieron hacia él, y al verlo leyeron en su mirada porqué estaban allí, quienes eran los que habían venido a recibirles y les habían enseñado aquellos libros mágicos. Se miraron unos a otros, supieron quiénes eran, por qué se conocían, y descubrieron que su destino se había entrelazado hacía unas horas. Se rebelaron, pero fue solo un segundo de tiempo; en aquel lugar no había sitio para la rebelión ni para la ira contra aquel joven.

Allí todos eran iguales, no cabían rencillas, ni preguntas, ni tristeza; allí solo había paz y perdón; un perdón que se prolongaría por toda la eternidad hacia aquel joven que, en un momento de locura, había estrellado contra una montaña el avión que el mismo pilotaba, desmembrando familias, sueños, vidas; las vidas de las que él tenía que cuidar y no lo hizo, las vidas que todos habían comprobado que ya no vivirían. Pero no había lugar para la tristeza, para la rabia, para el enfado.

Tenían a su lado a seres que habían venido a recibirlos, sus seres queridos que ya habían superado el trance por el que ellos estaban pasando.

Se sintieron unidos otra vez, como aquella primera en la que, con pánico indescriptible, gritaron al comprender que sus vidas llegaban a su fin, algunas de ellas sin apenas empezar a vivirlas. Y se sintieron tan unidos que, al no haber lugar para la rabia, la tristeza, el enfado, dieron paso a lo que si tenía cabida, la Paz y el perdón eterno para aquel joven que, en aquella mañana del 27 de Marzo de 2015, estrelló su avión contra una montaña donde sus vidas quedaron truncadas para siempre.

METAMORFOSIS EN EL CONVENTO

José Luis Muñoz Arroyo

—Gabi, espera a que el tren se detenga por completo, primero bajaré yo con la maleta y luego te ayudo a bajar a ti.

—Sí, tito, no me moveré hasta que tú me avises.

Es una fría mañana del mes de octubre todavía no ha clareado el día y el tiempo es muy húmedo, no llueve con fuerza pero un incesante orballo lleva días empapando las tierras y los campos de esta comarca de Padrón.

Héctor es un joven de unos treinta y tantos, de complexión fuerte, cabello castaño claro, ojos verdes y profundos, pero su mirada denota una evidente tristeza. Viste un pantalón gris, una raída chaqueta de espiguilla en tonos parecidos al pantalón, corbata negra y brazalete de luto en la manga izquierda de la americana

El niño, mordisquea con desgana una mantecada de Astorga de las pocas que quedan del paquete comprado durante el largo viaje. Mira desorientado a todas partes, tratando de hacerse una idea de dónde se encuentra. En la estación no hay nadie que les espere, nadie que les alivie la pena que se refleja en sus rostros. No comprende nada, salvo que la tierra que pisa es muy distinta a su Málaga natal, la luz grisácea del incipiente amanecer, la fina lluvia que no cesa, el acento de las primeras voces que oye en la estación, todo es extraño para él.

Héctor, su tío, le da la mano y con la otra sostiene la maleta de cartón en la que lleva las pocas cosas que Gabriel va a necesitar en el internado. Ambos caminan torpemente por lugares de escasa luz y espesa niebla, llevan en el semblante las marcas inequívocas del sufrimiento por pérdidas recientes, el niño camina a al lado de su tío con el costado pegado a su muslo como queriéndole abrazar. Gabriel, cuando apenas tenía dos años, perdió a su padre después de una larga enfermedad pulmonar adquirida en campaña, casi tres años después fallece su madre de una muerte inexplicable y repentina de la que nadie conoce la causa. El tío Héctor suele decir a sus más allegados que murió de tristeza. Así que Gabriel o Gabi, como acostumbran a llamarlo, que todavía le falta un par de meses para cumplir los 5 años, ahora se aferra a su tío como única tabla de salvación. El chico empieza a espabilar el sueño y la fatiga del larguísimo viaje, ayudado por la fina lluvia que resbala por sus tiznadas mejillas, mira a su tío con ojos llorosos e inquisitivos:

-Títo, ¿a dónde vamos?

-Ya te dije en Málaga que íbamos a un colegio, pero es como una casa muy grande donde hay muchos niños como tú, que van a ser tus amigos con los que podrás jugar y pasarlo muy bien. También aprenderás a leer y escribir así podrás mandarme cartas contándome cómo lo pasas.

Gabi no responde, se queda pensativo, desconcertado, siente miedo y desamparo, empieza a notar frío, la destemplanza provocada por la larga noche pasada en el tren empieza a producir mella en él. El tío Héctor, se quita la chaqueta y se la coloca al niño por encima tapándole la cabeza a modo de capote. Gabriel aprieta en su puño un pequeño objeto imposible de precisar,

pero lo mira de soslayo vez en cuando dejando entreabrir un poco sus deditos. Héctor parece distraído, insensible a lo que ocurre a su alrededor, pero la tristeza de su mirada denota el sentimiento de la pérdida de su hermano, su cuñada y el desasosiego por el futuro de Gabi.

Tras una larga caminata en la dirección que había indicado el jefe de estación, se acercan al puente medieval, bajo el cual corretean cantarinas las aguas del Sar. Dan alcance a una señora vestida de negro riguroso de la cabeza a los pies, llevando un gran cántaro en difícil equilibrio sobre su cabeza, a la que después de dar los buenos días, le preguntan:

—Señora, ¿falta mucho para llegar al Colegio de huérfanos?

—¿O convento das monxas?

—Bueno sí, al internado de los huérfanos del ejército- responde Héctor, confuso por la frase.

—Está moi cerquiña, eu vou pra alá, lévolles o leite. Se queren lles acompañe.

—Pues sí, si no es molestia para usted...

—Molestia ninguna. ¿Veñen de moi lonxe?

—De Málaga, señora, en la otra punta de España- responde Héctor con marcado acento.

—¡¡Ay, Nosa Señora do Carme, qué peniña!! e con este rapás, tan pequeniño.

—¿Cómo te chamas meu rey?

—Me llamo Gabriel, pero casi todos me llaman Gabi.

El pequeño se sorprende de la forma de hablar de la mujer, no la entiende muy bien. Su tío le explica que en esta tierra se habla de forma muy distinta que en Málaga. Sigue la charla, hasta que la señora llama a la

puerta de la casona, calle del Carmen nº 9, El edificio se presenta enorme ante los ojos del niño, la puerta altísima acabada en un arco, la fachada dispone de grandes ventanales rectangulares que dan a la carretera. Aparece ante ellos una joven de veintitantos años que saluda sonriente.

Hola, Rosa, buenos días, pasa hasta la cocina y que te ayude Rafa con la leche

—¿Y este niño tan guapo cómo se llama?

—Me llamo Gabriel, pero casi todos me llaman Gabi-repite por segunda vez

—¿De dónde vienes, Gabi?

—Yo, de Mágala — responde el crío, lo que provoca la sonrisa de la empleada.

—Yo me llamo Sara y soy la cocinera del Colegio

—Qué suerte conocer a en primer lugar a la persona que hará la comida de mi sobrino, cuídemelo mucho-expresa Héctor casi suplicando

—Descuide usted, cuando vuelva a visitarlo no lo reconocerá de hermoso que se va a poner, se lo prometo.

—Podría avisar a la Superiora, por favor.

—Sí señor, ahora mismo, pasen al recibidor y esperen un momento, que enseguida les atiende.

La salita es amplia, luminosa y se ve muy limpia, decorada con unas macetas con plantas bien cuidadas, el mobiliario es austero, tan solo unos bancos de madera y una mesa no muy grande, las paredes blancas con un crucifijo y un cuadro de la Milagrosa.

Enseguida aparece en la sala Sor María, la madre superiora, persona enjuta, bajita de estatura, de ojos castaños y vivarachos pero de mirada dulce, todo en

su rostro refleja bondad, sus manos se esconden cruzadas bajo las amplias mangas de su hábito, seguramente para resguardarse del frío húmedo de la mañana otoñal que se mete hasta los huesos en aquel enorme “convento”. Esas manos que ahora aparecen blancas y muy cuidadas se alargan para estrechar la del recién llegado.

—Buenos días y bienvenidos, soy Sor María, la Madre Superiora Yo me llamo Héctor y el pequeño es mi sobrino Gabriel.

—Hola Gabriel, ¿no me das un beso?

Tras una breve resistencia inicial y con la exhortación de su tío, el niño cede y se deja besar con cierta desconfianza, por aquella desconocida que viste de forma tan rara.

—¿De dónde vienes, Gabriel?

—De Mágala – Otra vez la sonrisa provocada por la dificultad del chaval para pronunciar bien el nombre de su ciudad.

—Mira, Gabriel, te voy a regalar una cosita, es un estuche pequeño, se abre así, ves, dentro hay una virgencita, la puedes sacar... es la Milagrosa, y por la noche cuando te acuestes, la pones entre las sábanas y la verás relucir, ella estará siempre contigo para acompañarte. Gabi miraba atentamente sin entender muy bien toda aquella charla, pero estaba encantado con regalo tan curioso.

Mientras el niño se distrae metiendo y sacando la pequeña figura en su estuche, el tío Héctor y la Superiora hablan aparte en voz baja, casi en susurros. Héctor refiere la historia de la orfandad y Sor María no puede contener las lágrimas, aunque había sido informada por el Patronato de ese nuevo ingreso,

ahora se le presenta con toda su crudeza una tremenda realidad: Gabriel, a quien faltan un par de meses para cumplir los 5 años, es huérfano de padre y madre, le queda su tito Héctor que tendrá que regresar a Málaga enseguida para reincorporarse al trabajo. Hay algún caso parecido en el Colegio, pero éste le llega muy adentro a Sor María, al niño se le ve menudito, endeble, muy vulnerable... será el benjamín del colegio, el más desvalido sin duda, su adaptación no será fácil, nadie ingresó tan pequeño y desamparado hasta la fecha.

Sor María con el alma hendida por la pena, no tiene más remedio que tragarse las lágrimas y tratar de convencer al pequeño para que traspase el umbral, abriendo la puerta acristalada que da acceso al internado y dejando en el recibidor al Héctor, que acaba de prometer al niño varias veces seguidas, que volverá muy pronto a visitarlo. En ese instante, Gabi, rompe a llorar con todas sus fuerzas: “Tito, Tito, no me dejes por favor, quiero irme contigo, no quiero estar aquíiii... no, iiinooo...!!!”

Tras un intenso forcejeo acompañado del llanto desgarrado del chiquillo, Sor María sujeta firmemente a Gabi por ambas muñecas, tirando de él hacia adentro, mientras el niño lo hace en sentido contrario, hacia el portal, donde a través de la cristalera se vislumbra la silueta de Héctor sollozando y tapándose el rostro con las manos evitando presenciar la escena. Gabi tira con fuerza hacia el portal, apoyando fuertemente sus pequeños pies en el suelo embaldosado, encorvando su cuerpecillo menudo hacia atrás, tratando de oponer toda su resistencia, pero las fuerzas son muy desiguales y al fin el niño tiene que ceder, ahogándose en un eterno y desconsolado llanto.

Por fin Sor María, a base de dulzura, paciencia y palabras de consuelo, logra coger en brazos al pequeño Gabriel, al que besa en la cara empapada de lágrimas que resbalan todavía lentamente por sus mejillas. Ya lo acuna con suave balanceo frotándole la espalda, mientras todavía se oyen los suspiros entrecortados de un desconsolado Gabi, que está rendido por el esfuerzo, por el disgusto y por el largo viaje. Sor María se gira hacia la puerta de la capilla a la que se dirige para pedir ayuda a quién ella cree que es el único que puede dársela. La cara del pequeño, en brazos de la Superiora, queda ahora mirando hacia la puerta de entrada provista de cristales traslúcidos, a través de los cuales se observan dos manos apoyadas desde el exterior, que se van deslizando lentamente hacia abajo empapadas en lágrimas hasta desaparecer por completo, Gabi ya está casi dormido, cuando Sor María se sienta con él en brazos en un banco de la capilla, ahora solitaria e iluminada con la única luz natural que se cuela a través de las puertas laterales acristaladas. Del altar todavía se desprende un ligero aroma a incienso y cera derretida, una solitaria lámpara de luz muy tenue parece guardar el sagrario. En ese sacro silencio, la Superiora pide fuerzas para hacer de aquella criatura una persona sana y educada; más tarde le colocaría en su cuello un cordoncito azul con una medallita ovalada de la Virgen Milagrosa.

Los días van pasando con lentitud pero inexorablemente, y Gabi se adapta no sin ciertas dificultades, batallando con tareas tan simples como lavarse, vestirse, enfadarse con los cordones de las botas, abrocharse el mandilón...sin contar con la rigidez de los horarios, los madrugones, la disciplina, la misa donde con frecuencia se queda dormido...

El chaval es una ardilla, aprende rápido y además cae bien a todos, tiene “ángel”, su acento andaluz y esa forma de pronunciar Mágala contribuyen a incrementar su simpatía. Su cuerpecillo menudo, sus torpes andares arrastrando las botas un par de números mayor que el que le corresponde, hacen de él una especie de mascota que todos quieren acariciar, sobre todo las monjas y las empleadas de la casa. Entre todos intentan hacerle la vida agradable, aunque algunas noches sus sollozos incontinentes contagian a sus compañeros más cercanos de dormitorio.

Entre tantos cariños que el benjamín recibe, hay uno muy especial, el de la persona del Centro que el niño ve por primera vez, Sara, la cocinera que sale a recibir a la lechera el primer día y se encuentra con el rapaz. Sara, tenía una buena estatura sin llegar a ser una mujer alta, sino armoniosa y bien proporcionada, aunque un poco delgada. Su rostro por lo común tendía a una palidez nacarada, tan solo encendido en ocasiones por el rubor que seguía a los desencuentros con la jefa. Sara estaba dotada de una boca algo grande y nariz pequeña resultando un conjunto atractivo y seductor. Sus ojos negros tan pronto resplandecían como se apagaban fugazmente, por la dureza de su trabajo y el trato desagradable de Sor Pilar quien se encargaba de dirigir la cocina.

Desde ese primer instante se crea entre ellos una corriente de simpatía muy difícil de explicar con palabras. Sara queda prendada de esa criatura de ojos claros y profundos, pero de mirar nostálgico que piden desde sus entrañas una palabra, una sonrisa, una caricia. Sara lo ha visto tan delgado, endeble y vulnerable que desde ese primer día prometió que lo colmaría de atenciones aunque fuese a hurtadillas

proporcionando al chiquillo todo aquello que estuviera de su mano para proporcionarle una sobrealimentación o simplemente un regalo para su paladar.

Rafael, el hombre que hace de conserje, jefe de mantenimiento y de lo que haga falta, es el típico manitas que lo mismo te arregla un grifo que gotea, una cisterna que pierde agua, o te instala un enchufe, cambia cerraduras, coloca cristales...lo que haga falta. Tendría 25 o 26 años, de constitución fuerte y vigoroso, bien proporcionado y atlético. Su pelo castaño lo peina con raya a la izquierda echando el flequillo hacia atrás que en cuanto se le seca vuelve sobre la frente. Es un joven de andar pausado pero erguido y seguro de sí mismo. Nunca parece tener prisa por más que Sor Pilar le apremie a voz en grito, para hacer esto, aquello y lo de más allá, pues no podía ver a nadie tomarse la vida con sosiego.

Tanto Sara como Rafael están a las órdenes directas de Sor Pilar, una monja de unos cuarenta y tantos, de complexión fortachona, ancha de espaldas, un tanto varonil en sus andares como en las formas bruscas de dirigirse a los empleados y a los alumnos, a los que no duda en sacudir con lo primero que encuentra, ya sea una raqueta o el palo de un banderín. Las empleadas temen su presencia, siempre está nerviosa pareciendo más enfadada consigo misma que con los demás, de carácter hosco y difícil:

¡¡Sara, despierta de una vez!! Es la hora del desayuno de los niños y tú con tu parsimonia de siempre, espabila ya, por el amor de Dios, los horarios se cumplen a rajatabla.

Sí, hermana, ya voy – contestaba la joven con un hilo de voz y seguía a lo suyo con infinita paciencia.

Aunque era una mujer joven, Sara llevaba varios años trabajando en la cocina del colegio. El trabajo era duro, a veces cargaba con sacos de patatas de 20 kilos, movía pesadísimas ollas con las raciones para 153 niños, cogía cestos enormes de fruta, encima el sueldo era exiguo y las gratificaciones nulas.

Cierto día que la faena parecía ir con retraso, Sor Atila, como la llamaban los chiquillos, entró vociferando como de costumbre, abroncando a Sara porque la comida no iba a estar a su hora y que si los horarios son sagrados, que los niños no pueden esperar, que luego se retrasa todo lo demás...Como semejantes voces llegaran hasta la Comunidad, acudió la Madre Superiora para ver qué ocurría. Nada más entrar llamó su atención el aspecto pálido y enfermizo de la empleada que se hallaba sentada en una silla sudando frías gotas a través de su frente, a punto de desfallecer:

—Sara, tú no estás bien, ¿qué te pasa chiquilla?!- expresó con preocupación Sor María.

—No sé, Madre, hace días que no como nada, tengo dolor en el vientre, me fallan las fuerzas- su voz es susurro apenas audible.

—¡Pero si tienes fiebre! —dijo la religiosa al poner la mano sobre su frente - ahora mismo te vas a tomar una manzanilla con una aspirina y te metes en la cama, mañana si sigues mal te acercas a la consulta de don José, para que te eche un vistazo.

Rafael estaba continuamente arreglando desperfectos en la cocina, cuando no era el grifo del fregadero era una tubería picada, ora había que cambiar la ubicación de un enchufe, ora enmasillar un cristal de la ventana. Lo mismo encolaba sillas del comedor que trasteaba en la radio cuando no se recibía bien la

emisora.

Tantas idas y venidas a la cocina y territorios adyacentes, sirvieron para que el bueno de Rafael se fijara en Sara y cada vez las reparaciones en aquella zona resultaban más placenteras al empleado. Esa tarde de la bronca y posterior retirada de Sara al dormitorio de empleadas, llegó Rafael como de costumbre preguntando:

—Hermana, ¿no hay nada que reparar?

—Lo único estropeado aquí es la cocinera y a esa no creo que la puedas arreglar tú, o es que también sabes de medicina.

—No, pero a lo mejor puedo acompañarla al médico mañana, si es que ella no se atreve a ir sola.

—Pues mira no está mal pensado, total para lo que haces... pero eso tendrás que hablarlo con la Superiora

Rafael llevaba algún tiempo que no sabía qué inventar para pasar por la cocina y cruzarse con Sara, sus ojos se iluminaban cada vez que su mirada encontraba la de ella y ambos sonreían, ya queda dicho que Sara era además de una mujer sensible y eficiente, muy atractiva, aunque en estos últimos días se había deteriorado un poco debido a la crisis que atravesaba. El joven se prodigaba cada vez más en dirigir frases hacia ella mirándola con ternura y hasta compadeciéndose por verla tan desmejorada. Últimamente no dudaba en acercarse a la cocina a la hora de máxima faena para ayudar a Sara con la tarea ingrata de mover grandes pesos, a lo que la Sor no ponía objeciones con tal de que las comidas estuvieran listas a la hora prevista, la monja empezó a pensar que Sara no servía para ese trabajo.

Después de obtener el permiso de la Superiora para

acompañar a Sara al médico, la relación de la pareja salió fortalecida. Ambos tuvieron la oportunidad de hablar largo tiempo durante el recorrido hasta la consulta, en la sala de espera y en el trayecto de vuelta al Colegio.

Durante la consulta, don José tras unas breves preguntas y palpación del vientre de la enferma no necesitó nada más, Sara había contraído cistitis, una infección de orina. La chica había contado al médico que la higiene íntima en el colegio había de hacerse en pésimas condiciones, con agua fría pues era la única disponible, aunque fuera en pleno invierno y a las 7 de la mañana. Don José soltó entre dientes un “manda cara...” y extendió una receta con la medicación para Sara y una nota aparte para la Superiora, en la que recomendaba encarecidamente que tanto Laura como las demás empleadas del centro, tuvieran posibilidad de calentar agua para la higiene íntima. De hacer caso omiso de tal recomendación se vería obligado a tomar otras medidas, incluyendo dar parte a Sanidad.

—Seguro que las monjitas disponen de agua caliente en la comunidad— murmuró Don José.

Sara, dada su juventud, se curó pronto y aquella incomodidad matutina quedó subsanada. Rafael seguía cada vez más y más encariñado con aquella delicada joven que una vez superada aquella pequeña crisis, la mujer salió muy reforzada tanto física como sentimentalmente, con ganas de demostrar que era capaz de llevar la cocina con todas sus consecuencias, incluso soportar con estoicismo el carácter intemperante de Sor Pilar. A partir de entonces, pondría todo su empeño en cumplir la promesa que un día hiciera ante el tío de Gabi, procurando hacer al crío la vida lo más agradable posible, empresa que se vería

reforzada por el empeño que ponía Rafael quien también participaba en la empresa de agradar al benjamín del “convento”, porque los deseos de Sara eran los suyos; aquel pequeño sin padre ni madre, tenía ahora dos fuertes puntales en los que apoyarse con toda confianza. Rafael con tal de agradar a Sara no paraba de obsequiar a Gabi: unas canicas, unas chapas, unos cromos, un trozo de pan de higo... cualquier fruslería para tener contento al chaval al tiempo que agradaba a Sara a la que cada vez se sentía más unido.

Llegaron las fiestas del pueblo, la Pascua de Padrón, la villa se llenó de música a cargo de la banda municipal de Padrón y otras agrupaciones folclóricas que alegraban las calles con el sonido tan característico de esta tierra, la gaita; se engalanaron las casas y balcones con banderolas multicolores y luces en las calles, todo era bullicio y algarabía, gran salva de bombas pirotécnicas llenaban el aire con gran estruendo, el espolón tantas veces solitario, se presenta ahora abarrotado de gente llegados de todas las comarcas limítrofes, el paseo es en estas fiestas un río de personas abigarrado y colorista. A Gabi no le faltó su duro que envió su tío, para subir en los caballitos, en las barcas, o en los coches de choque acompañado de algún compañero mayor. Aparte las chucherías que consiguió de sus protectores, que en esa fiesta fueron especiales, incluyendo los churros y las típicas rosquillas que no faltan nunca en las fiestas de los pueblos.

Con la llegada de la primavera los escarceos amorosos de Rafa y Laura iban en aumento, empezaron los primeros contactos cuando los jóvenes, acompañados de la “carabina con corneta”, iban a la feria de Padrón para adquirir víveres para el colegio, en

esas situaciones entre la multitud de gente que deambulaba entre los puestos del mercado, se multiplicaban las oportunidades de darse la mano, intercambiar miradas y sonrisas cómplices, de rozar sus cuerpos sintiendo el tibio calor de la piel. Otras veces en el convento, con motivo de llevar a los cerdos los cubos con sobras de comida, de cualquier reparación en la cocina, o en la despensa, la pasión se apoderaba de ellos acelerando los pulsos por el miedo a ser descubiertos, los ojos brillantes hacían chiribitas y los ardientes besos ya no podían ni querían evitar, ese amor incipiente nadie podría detenerlo. El entusiasmo, el cariño y la confianza mutua de la pareja era tan evidente que la jefa, aquella “tormenta de alas blancas”, no tardó en percibir la relación de amor verdadero entre los dos empleados.

Al contrario de lo que ellos esperaban, la hermana Sor Pilar no puso ningún obstáculo a la pareja, la religiosa tosca y avinagrada, de carácter irascible, pareció aceptar con naturalidad aquel amor sincero y apasionado, mirando para otro lado ante los encuentros a solas de la pareja. Escarceos amorosos que dada naturaleza vigorosa de la juventud, provocaron los cuerpos a cuerpos más ardientes en los principios de verano cuando el sol estallaba entre los árboles del huerto, la temperatura del aire y el aroma de frutales en flor, excitaba la sangre avivando la pasión de la pareja que se entregaba al intercambio de besos y caricias; hasta que Sara, siempre Sara, recomendaba una pausa, influida por su negativa educación religiosa. Calmados los primeros ardores de la relación, el cariño, la armonía, la confianza, la felicidad de Sara y Rafa se reafirmaba progresivamente, lo que provocaba una sensación de plenitud,

preciado tesoro para poder afrontar las duras condiciones de trabajo: los pesos de las ollas, el exiguo sueldo, la falta de seguro, los veranos sin cobrar...

Al tiempo que se consolidaba el amor de la pareja, el interés de los empleados por el pequeño Gabi se hacía más y más patente. Las atenciones, los obsequios, el cariño era tan real, que llegó a provocar celos entre compañeros de la clase de pequeños.

El curso estaba a punto de finalizar, aquellos niños que con toda seguridad acudirían a sus casas para encontrarse con sus madres, hermanos, familiares y amigos, ya preparaban sus maletas y en sus rostros se evidenciaba el nerviosismo y la felicidad tras nueve meses de alejamiento.

A Gabi, se le notaba la tristeza en la mirada y el decaimiento del ánimo, la posibilidad de regresar a su “Mágala” era remotísima, el tito Héctor le había dicho en su última carta que hacía poquísimo que estaba en un nuevo trabajo y no tendría vacaciones hasta que cumpliera el año de antigüedad en la empresa. Rafael, que lo veía tan desanimado, trató de darle consuelo:

-Gabi, no estés triste, ahora en el colegio quedaréis muy pocos niños, las monjas os llevarán al río, al prado, a Santiaguíño... y a primeros de Julio, a una preciosa isla con un castillo magnífico, donde podrás jugar todo el día, ir a la playa, aprender a nadar y pescar. Ya verás Gabi, confía en mí, conozco bien ese sitio, es maravilloso.

-Bueno vale, pero este mes de me voy a aburrir, casi todos los de mi clase se van a sus casas.

-Eso ya lo tenía previsto, por eso en el cuarto de calderas te tengo preparada una sorpresa.

Rafael que como queda dicho servía para todo lo que

tuviera relación con reparaciones del edificio, había construido un triciclo con los restos de una vieja bicicleta y el tablero de un pupitre desvencijado, una vez repasadas las soldaduras lijado y pintado, el triciclo parecía recién sacado del escaparate de la juguetería de “El Cocherito” Esa misma noche se lo entregó al chaval que tardó en conciliar el sueño pensando en estrenarlo a la mañana siguiente. Fueron muchas horas de trabajo a escondidas del amigo Rafael convertido casi en un verdadero padre, aquello marcaría para siempre tanto al uno como al otro.

Han pasado muchos años desde aquella transformación surgida entre las paredes del viejo “Convento”, como llaman las gentes del pueblo al colegio. Los protagonistas de este relato existen, las circunstancias y los nombres (no todos) son producto de la imaginación. De la superiora, desconozco su final, Sor Pilar dejó los hábitos, la caridad no era su camino, ni el afecto y delicadeza con los niños su vocación, sin embargo supo comprender, aceptar y favorecer el amor de Sara y Rafael que siguen unidos a sus 86 años. Gabi es un empresario de Gijón, todavía conserva aquel pequeño objeto que encerraba con fuerza en su puño cuando se dirigía de la estación al colegio, un camafeo con una foto de la cara de su madre. En todos ellos se produjo una verdadera metamorfosis.

EL ABUELO

Lucas Remírez Eguía

¿Por qué desde hace unos días, cuando se levantaba por las mañanas, sentía como si la habitación girase a su alrededor? Tenía que sentarse en el borde de la cama, cerrar los ojos y esperar un poco a que todo volviera a la normalidad y se estuviera quieto. Todo: la lámpara, la cómoda, las paredes, la mesilla. Todo quieto, entonces, sólo entonces, se ponía de pie e iniciaba la ceremonia de vestirse. Primero las zapatillas, luego el batín encima del pijama.

Por la cocina ya se oía el sonido del lavavajillas que Pelagia había puesto en marcha.

“Papá mira que eres cabezón con esa manía de no querer venir a vivir con ninguno de nosotros”. Eso le dijeron sus hijos a los pocos días de morir su mujer. Pero él se mantuvo firme y entonces, llegaron a la conclusión de que había que ponerle alguien que se hiciera cargo de la casa unas cuantas horas al día, bastantes horas, y ese alguien fue Pelagia. Peruana de nacimiento, afincada en España desde hacía muchos años, pasaba de los cincuenta y tenía el temple suficiente como para bregar con un hombre de ochenta años acostumbrado a mandar en una empresa de componentes eléctricos con cerca de 60 empleados.

Para cuando él se levantaba, Pelagia, que tenía llaves de la casa, ya había recogido la vajilla de la cena de la noche anterior y preparado el desayuno. Luego se iba a comprar y al volver, arreglaba la casa y preparaba la

comida. Comía en casa y a eso de las cinco de la tarde, se iba, dejándole la cena hecha para que sólo tuviera que calentársela en el microondas. No se llevaban mal, después de casi 15 años; podía decirse que hasta se llevaban bien aunque había veces en que los dos caracteres fuertes chocaban, sobre todo al principio. Luego a Fulgencio, que ese es el nombre de nuestro personaje, se le fueron bajando los humos y entendió que su calidad de vida dependía en gran parte de Pelagia. Así que terminó por asumir que una desconocida mangoneara en la casa y ejerciera el papel de gobernanta, pero con un solo gobernado.

Desayunó mientras hojeaba el periódico que ella le había traído, se duchó y antes de vestirse le preguntó qué tal día hacía. "Bueno, con sol, aunque hace un poquito de aire. El termómetro de la farmacia de abajo marcaba 21°.

—¡El bastón! —Le gritó Pelagia, cuando ya iba a cerrar la puerta de casa para irse a la calle.

¡Jodido bastón! No se hacía a tener que ir con el bastón. La culpa era de la caída que tuvo hacía un par de meses al salir de casa. La verdad es que la culpable de la caída fue una baldosa que estaba semi levantada. Tropezó en ella y se cayó de bruces. Revuelo entre los peatones. Le ayudan a levantarse y le llevan a la farmacia próxima. Nada, unos rasguños en la rodilla derecha, en las manos y en la cara. Limpieza de las zonas afectadas y Betadine. "Convendría que se pusiera la antitetánica abuelo y debe tener más cuidado cuando ande". Abuelo... la mirada que le lanza Fulgencio al farmacéutico hace que desaparezca la sonrisa y el gesto de conmiseración conquie acompañaba sus palabras. Fulgencio no quiere darle explicaciones y se limita a darle las gracias.

Las explicaciones que les dio a sus hijos no les convencieron mucho pues, una vez que hubieron venido de Urgencias y ya con la antitetánica puesta, llegaron a la conclusión de que: "Lo mejor para papá es que vaya con un bastón cuando salga a la calle".

Esa fue la lista de su hija mayor. Separada, bastante neurótica, con dos hijos emancipados, se aburría y ejercía como si fuera un inspector de la guía Michelin. Como disponía de llave de la casa de su padre, se presentaba de improviso y se dedicaba a supervisar, tanto a Pelagia mientras cocinaba, "ya sabe, Pelagia, muy poquita sal, si es nada mejor, que luego a papá le sube la tensión", como pasaba el dedo por encima de los muebles, o se metía en el dormitorio de su padre y revolvía los cajones viendo qué tal andaba de ropa interior. "Nos tenemos que comprar un par de camisas de manga larga" y Fulgencio nunca sabía si es que ella también se iba a comprar un par de camisas o hablaba en mayestático. Como sabía la talla que usaba su padre, a los dos o tres días aparecía en casa con un par de camisas y Fulgencio, a regañadientes, reconocía que tenía gusto para elegir las. Así que ella fue la que dio la idea del bastón y dicho y hecho, al día siguiente se presentó con uno de contera de palta, cuya empuñadura de marfil representaba la cabeza de un galgo. Él no se hacía al bastón; cada dos por tres, Pelagia tenía que recordarle que lo llevara, incluso, más de una vez, tuvo que salir detrás de él hasta el portal con el bastón porque se le había olvidado.

No hacía mal día, la primavera había empezado a florecer y los tilos de la avenida desprendían un olor agradable y relajante. Fulgencio tenía buen aspecto, de estatura media, tez morena, él decía que de tanto tomar batido de zanahoria en el desayuno, cabello liso

peinado hacia atrás con amplias entradas; vestía una camisa de cuadros pequeños, azules y blancos, con el cuello abierto que dejaba asomar un pañuelo de yerbas, una chaqueta de ante, pantalones de franela y unos zapatos de sport. No representaba más de 70 años.

Caminaba despacio ya que le gustaba disfrutar del ambiente de la calle, del ir y venir de la gente. Era urbanita recalcitrante y su ciudad se la tenía pateada de arriba abajo. Cuando quería ver alguno de los barrios nuevos que habían construido en el extrarradio, cogía el autobús y se daba una vuelta contrastando la modernidad de las urbanizaciones, la cantidad de zonas verdes y la juventud de sus habitantes, con el entorno del centro de la ciudad, que es donde él vivía.

Siguió paseando despacio avenida abajo, al poco llegó a una cafetería y entró. "Buenos días D. Fulgencio, ahora mismo le preparo lo suyo". Se les había metido en la cabeza que debía tomar el café sin cafeína, "problemas de tensión", decían. Él, al principio, se negó pero después, al poco tiempo, decidió no discutir y desayunaba café descafeinado, por eso, cuando salía de casa por las mañanas, lo primero que hacía era entrar en la cafetería y tomarse un café solo bien cargado. Cuando iba a revisión al médico, que ahora llamaban de familia, y le salía la tensión un poco alta, su hija informaba: "Pues apenas toma sal, más bien nada" y él añadía: "Hasta el café lo tomo descafeinado".

Médicos, la de médicos que hay en el mundo y urólogos un montón, bueno pues cuando, hace años, le mandaron revisar la próstata, se encontró con que el urólogo que le correspondía era uróloga, una chica

joven y guapa. Al principio, cuando le dijo que se bajara los pantalones, se mostró un poco remiso pero viendo que no tenía más remedio, decidió tomárselo con humor y cuando la otra se puso los guantes y le dijo que se inclinara hacia adelante y se relajara, él contestó que relajarse se relajaba, pero a condición de que ella se hubiera cortado las uñas. Así era Fulgencio.

Pasó junto a la central de una de las entidades bancarias de la ciudad y entró en ella. Atravesó el amplio vestíbulo y al final, a la derecha, entró en una sala provista de confortables butacas donde, en una de las paredes, unas pantallas iban marcando el devenir de los valores bursátiles. El color rojo predominaba, lo que hizo que un señor que estaba sentado junto a la butaca que ocupó Fulgencio, le dijera: "Mal panorama, lo mismo es el momento de vender antes de que esto vaya más para abajo". "El día no ha hecho nada más que empezar, queda mucho todavía, tranquilo", le dijo Fulgencio mientras seguía con la mirada los cambios continuos de los valores en las pantallas.

Al cabo de un rato, se levantó y salió del banco. Siguió caminando por la avenida sin perder detalle de cuanto le rodeaba. De vez en cuando, alguien le saludaba, tenía muchos conocidos en la ciudad. Se detuvo delante del escaparate de una agencia de viajes. Había multitud de ofertas para ir a los lugares más recónditos del planeta.

"En cuanto me jubile, tú y yo nos vamos a ir de viaje a donde más te apetezca, los dos solos, a nuestro aire". Y ella le tomó la palabra y al poco de jubilarse le dijo: "¿Dónde nos vamos?". Fueron a una agencia y volvieron a casa con un montón de folletos de propaganda. Y lo decidieron: Portugal, Francia e Italia. Diez días a cada sitio.

Habían viajado poco. Durante los primeros años de matrimonio, la cosa no daba para viajes, mucho trabajo y muchas horas extra en trabajos particulares. Los hijos llegaron tarde y fue al tener el tercero cuando Fulgencio se decidió a establecerse por su cuenta; más trabajo todavía y más dedicación. Ella, bregando con la casa y los hijos. Con el tiempo entró en casa una mujer que le echaba una mano por las mañanas. Más tarde, cuando empezaron las cosas a ir bien, vino lo de comprar un apartamento en la playa y allí iba la familia a pasar el verano, mientras él seguía al frente de la fábrica hasta que llegaba la segunda quincena de agosto en la que se iba a descansar con la familia hasta principios de septiembre. Algún viaje hicieron pero sin salir de España. Él sí viajó al extranjero para visitar Ferias de Muestras de su especialidad. Por eso aquello de: "Cuando me jubile...". Y lo hicieron. Visitaron: Oporto y Lisboa y Coimbra, y Estoril y Paris, y Parma y Florencia y Venecia y Bolonia y Pisa y Verona y el lago di Garda y Roma y el Vaticano y...

Cuando volvieron, él reveló todos los carretes de fotografías y proyectaron las películas, grabadas con el tomavistas, en una pantalla enrollable que se desplegaba sujeta en un trípode y pasaban veladas enteras rememorando los momentos felices que habían vivido y asimilando todo lo que habían visto. Aprovechaban cuando los domingos venían a comer a casa sus hijos con sus familias y les organizaban sesiones demostrativas de todo lo que habían vivido, sobre todo ella, que ponía un énfasis especial cuando explicaba algo.

"Por favor caballero, me permite". Parado que estaba, viendo el escaparate de la agencia de viajes, dificultaba el paso a una chica con aspecto de sudamericana que

empujaba una silla de ruedas con un señor sentado en ella. Él también empujó silla. Sampedro, en su novela “La sonrisa etrusca”, le llamaba la “rusca”, él, desde el primer día, le llamó el veneno. Y el veneno se la llevó. Fue al poco de hacer el viaje, no habrían pasado siete meses cuando un reconocimiento rutinario lo detectó y la cosa fue fulminante. La quimioterapia poco pudo hacer, eso sí, debilitarla de tal manera, que para que saliera a la calle, la única forma era la silla de ruedas y él se encargó de ello. “¿Dónde quieres que vayamos a pasear hoy que hace muy buen día?”. “Me gustaría ver el paseo de la ribera, junto al río”. Y allí iban los dos, él empujando la silla con cuidado para que cualquier desnivel de la acera no le afectara. Ella sin perder detalle, intuyendo que, probablemente, fuera la última vez que viera aquello. Luego ya no tuvo fuerzas ni para aguantar el traqueteo de la silla.

El sonido monocorde del semáforo, acondicionado para invidentes, le trajo al presente. Atravesó la calzada y alcanzó la otra acera antes de que dejara de sonar. Siguió caminando y al poco se paró ante un edificio neoclásico, con unos enormes ventanales en la entreplanta. Unas escaleras de mármol, flanqueadas por dos figuras de bronce que sostenían unos candelabros, daban acceso a unas puertas de madera giratorias, acristaladas, que introducían al visitante en un vestíbulo con profusión de molduras florales de yeso, orlas y espejos, donde un conserje le daba los buenos días. El Círculo, era el nombre del edificio que albergaba una sociedad que, en tiempos, fue la referencia de la ciudad por la categoría económica, social y cultural de sus afiliados y hoy era una entidad caduca, aferrada a sus tradiciones, tratando de subsistir. A la izquierda, un inmenso salón, de suelo de

brillante tarima, salpicado de sillones y tresillos de cuero, rodeando mesas bajas de superficie de cristal o mármol. Fulgencio se dirigió hacia uno de los ventanales donde, retrepados en sendos sillones, dos hombres charlaban mientras contemplaban el panorama a través de las cristaleras.

Fulgencio saluda a la pareja, toma asiento e hizo un gesto a uno de los camareros que, al poco, se acercó con un vermut con dos cubos de hielo y un par de olivas y un cuenco con patatas fritas chips que daban la sensación de estar recién hechas. Los dos hombres eran amigos de Fulgencio desde hace muchos años. Al jubilarse, cogieron la costumbre de reunirse habitualmente en la Sociedad un poco pasadas las doce del mediodía. Allí comentaban la actualidad local, nacional, internacional y lo que hiciera falta, mientras degustaban un aperitivo. Cada día pagaba uno por riguroso turno. En el turno, hasta hace tres o cuatro años, entraba un cuarto amigo que empezó a dejar de acudir. El Alzheimer había hecho presa en él y poco a poco, le fue venciendo hasta que la familia decidió ingresarlo en una Residencia especializada en el trato con esa clase de enfermos. Desde que lo ingresaron, Fulgencio no había martes que no acudiera a visitar a su amigo. Se lo había tomado como un deber y lo cumplía a rajatabla. Normalmente iba en taxi, ya que la Residencia estaba a las afueras.

Los celadores y las enfermeras ya lo conocían y normalmente, para cuando él llegaba, ya lo tenían sentado en una butaca de mimbre, cerca de la galería que daba a un jardín. Fulgencio llegaba, se sentaba a su lado y comenzaba a hablar con él. Su teoría era que el otro sabía quién era y mantenía con él una conversación normal y corriente, con la diferencia que

sólo iba en una dirección, sin encontrar réplica o asentimiento por la otra parte. Su amigo, mientras él hablaba, permanecía con la mirada perdida en un punto indeterminado del jardín y el rostro inexpresivo. Había veces que miraba hacia él y entonces. Fulgencio le miraba fijamente al rostro tratando de atisbar alguna reacción. Nada, casi ni parpadeaba, pero no se desanimaba y seguía contándole cosas. Cuando se despedía de y salía a la calle, tenía una mala sensación que tardaba mucho en desaparecer. En la reunión del día siguiente con sus amigos y contertulios, la primera pregunta solía ser: “¿Cómo lo encontraste?” y la respuesta siempre la misma: “Igual”.

Contertulios..., ¡qué buenas fueron aquellas tertulias semanales en casa de Tote! Su amiga de la infancia Tote.

Llevaría viudo tres o cuatro años y un día, cuando iba a entrar a una cafetería, se dio de bruces con ella que salía deprisa. Siempre había sido una chica inquieta, movida y un tanto alocada. Sentados delante de un par de cervezas ella le puso al corriente de su vida. Hacía unos meses que había vuelto a su ciudad de nacimiento. Con tres hijas a las que había abandonado junto a su marido, cuando la mayor tenía seis años y la pequeña tres, ella se fugó con un camionero. Su marido las dejó a cargo de los abuelos maternos, de posición económica acomodada y emigró a Méjico donde montó una industria. Ella, educada en un colegio suizo, tocaba el piano y hablaba dos idiomas. Pasada su pasión por el camionero se fue a París y allí estuvo dando clases de español, inglés y piano. Pronto se integró en el París de la bohemia y los garitos de Montmartre y Pigalle dejaron de tener secretos para ella.

Con el tiempo conoció a un empresario egipcio y con él se fue a vivir a Alejandría. Cuando, al cabo de los años, su relación se rompió, volvió a París y allí estuvo viviendo hasta que algo le dijo que se había hecho mayor y debía volver a sus orígenes. Así que se volvió a España y se instaló en la casa que había heredado de sus padres cuando murieron. Con 60 años recién cumplidos, una hija fallecida y las otras dos, con las que había mantenido contactos esporádicos, que le habían hecho abuela y que vivían en lugares diferentes, decidió reorientar su vida y volvió a dar clase de piano y a organizar tertulias en su casa un par de veces al mes. A esas tertulias invitó y animó a Fulgencio a que asistiera.

“Seguro que te lo pasas bien, verás que gente más interesante conoces; de paso te servirá para evadirte del vivir cotidiano y monótono que llevas”.

Así que Fulgencio se animó y un atardecer se fue a casa de su amiga. Los tertulianos eran de lo más variopinto, no había duda de que eran gente interesante: Un crítico de cine del periódico local, un catedrático de Historia del Instituto y maestro de judo, un escarpatista homosexual, un numismático pareja del escarpatista, la dueña de una tienda de decoración, un pintor especializado en acuarelas y un anticuario salido hace poco de la cárcel, donde estuvo cumpliendo condenado por receptación de obras de arte robadas.

En medio apareció Fulgencio, a algunos conocía de vista aunque con la mayoría había diferencia de edad. La costumbre era que todos aportaban algo para picar mientras se hablaba en torno a un par de mesas bajas donde se ponía lo que hubiera para tomar. Fulgencio

desde el primer día que fue se autoproclamó el soumi-llier del grupo y colaboraba con un par o tres de botellas de vino, de buen vino. La dueña, de la casa, Tote, solía sorprenderles un día con un par de tortillas de patata, otro con pinchos morunos, couscous o sándwiches que se tardaba en adivinar de qué estaban hechos. La velada comenzaba allá al atardecer y terminaba bien pasada la medianoche. Alguna vez el anticuario llevaba unos cuantos porros “Para el que quiera compartir”.

Incluso, hubo una ocasión, en la que sacó un paquete y mientras deshacía el envoltorio comenzó a recitar: “Abres el sésamo de la alegría/ cáñamo verde kif de Turquía. Yerba del Viejo de la Montaña /el Santo Oficio te halló en España. Yerba que inicias a los faquires/ llena de goces y Dies Ires.

Verde esmeralda loa el poeta/persa tu verde vistió el profeta. Kif —yerba verde del persa— es /el achisino bhang bengalés. Charas que fuma en el diván /entre odaliscas el gran sultán”. “Si Valle Inclán escribió esto, no puede ser malo”, dijo al terminar, mientras acababa de desliar el envoltorio y aparecía una pipa para fumar kifi que, una vez montada, la cargó, la encendió y dio tres largas y profundas caladas, dejándola sobre la mesa y diciendo: “Si alguien quiere, a tiempo está”.

La tertulia había veces que alcanzaba un nivel elevado que a Fulgencio le sobrepasaba, pero, entonces, él permanecía atento y silencioso asimilando cuanto allí se decía y ponderando los argumentos que cada uno exponía. Se lo pasaba bien, muy bien podría decirse, y mantenía unas encendidas e ilustrativas discusiones con el crítico de cine, pues Fulgencio entendía de cine, sobre todo de cine clásico y sus

criterios eran apreciados por el crítico y el resto de los contertulios. Nombres de actores y actrices con sus filmografías, títulos de películas, corrientes cinematográficas, desde el surrealismo de Buñuel, al neorealismo de Rossellini y De Sica, pasando por la nouvelle vague de Truffaut o el modernismo de Welles. Un verdadero erudito era Fulgencio en ese tema. Le había gustado desde siempre y estaba suscrito desde hacía muchos años a revistas especializadas en la materia.

Las reuniones se celebraban normalmente los viernes o los sábados y Fulgencio no se perdía una.

—Pelagia, para esta noche no me prepare nada de cenar que cenaré fuera.

—No sé yo que comistrajos tomará con esos amigos tan raros. Con la señorita Tote suelo coincidir yo algunos días en el super y sólo la veo comprar cosas de poca sustancia, sin fundamento. Mucha cosa envasada.

La situación se prolongó durante tres o cuatro años pero de pronto todo empezó a torcerse.

El anticuario, de la noche a la mañana, desapareció e imaginaron que debía haberse metido en algún lío y decidió poner tierra por medio. Al catedrático le ofrecieron un puesto político y tuvo que cambiar de ciudad con lo que dejó de asistir a las reuniones. Y la anfitriona Tote, en uno de sus arranques, llegó a la conclusión de que la naturaleza le llamaba, que ya estaba bien de vivir rodeada de asfalto, de coches y de gente. "Algo me dice que tengo que irme a encontrarme conmigo misma y con la naturaleza", les soltó de sopetón en una reunión que organizó de despedida. Vendió su casa y se fue a vivir a una aldea, semivacía, perdida en el interior de la sierra, donde

sólo se oían, a lo lejos, los cencerros de las vacas que pastaban sueltas en el monte comunal, el ladrar de un par de perros pastores y el canto de los gallos al punto de la mañana.

Así que la tertulia se deshizo y Fulgencio se quedó sin esos momentos que le llevaban a experimentar otro mundo totalmente ajeno a su devenir diario.

“Hoy le he preparado para comer unas judías verdes muy buenas y un filete a la plancha con unas patatitas fritas”. Era lo primero con lo que Pelagia le saludaba cuando regresaba a casa: con el menú.

Comía despacio y después se sentaba tranquilo, en un sillón, a ver las noticias en la televisión y poco a poco, se iba quedando dormido. No le gustaba echarse la siesta en la cama, prefería hacerlo así. Normalmente se despertaba un poco antes de que Pelagia diera por terminada su jornada y ella, al despedirse, tenía por costumbre decirle lo que le dejaba preparado para cenar.

A partir de ese momento, cuando se quedaba solo en casa, era cuando algo no marchaba bien. Sentía unas sensaciones raras, como si la casa en su soledad se fuera haciendo más pequeña y una especie de claustrofobia se apoderaba de él, sobre todo, en invierno. Por eso, siempre que podía, se iba a la calle. En el Círculo había montada una partida de mus en la que muchas veces participaba; cuando llegaba tarde se sentaba y observaba la partida que jugaban los otros. Todo esto en la tercera planta del edificio, la dedicada a los juegos de mesa con un par de mesas de billar incluidas. Allí solía estar hasta las ocho u ocho y media de la tarde en que regresaba a casa.

Alguna tarde, muy de ciento en viento, cuando volvía

a casa y pasaba por delante de una iglesia, situada a escasos cien metros del Círculo, si eran más de las ocho y media, entraba. Entraba porque sabía que ya no había nadie. La misa vespertina era a las ocho y desde que terminaba, hasta la nueve, la iglesia permanecía abierta. Abierta y vacía. La iglesia es pequeña, predomina en ella el gótico, incluida la fachada principal. Adosada tiene una torre mudéjar. Su interior, compuesto por tres naves, está cubierto por bóvedas de crucería. La cabecera es románica y de su bóveda pende un Cristo grande, tallado en madera. Unos pilares poligonales separan las naves. A Fulgencio le gusta la austeridad de ese templo. Fulgencio no es practicante, es creyente a su manera. La última vez que estuvo en misa fue en el entierro de su mujer. Pero en la soledad y el silencio de esa iglesia, apenas iluminada por una lamparilla situada cerca del altar de piedra, y la tenue luz del atardecer que penetra por una claraboya de ónix, se encuentra bien. Se sienta en uno de los bancos traseros y su mente se queda en blanco, relajada, hasta el punto de que cuando sale no sabe en qué ha estado pensando, pero siente una sensación de sosiego y paz. Se dice que debe de volver pronto pero pasa tiempo hasta que vuelve a entrar.

Después de cenar se retrepaba otra vez en su sillón y entonces sí que veía de arriba abajo las noticias de la tele. Luego veía algún programa de debate o alguna tertulia. Había veces en que su hija le llamaba: "Papá esta noche ceno contigo, luego nos vemos una peli que he comprado mientras hacemos tiempo".

Hacer tiempo, hacer tiempo para que la diferencia horaria con Argentina permitiera a su nieto e hijo respectivo, salir de trabajar, conectarse a internet y establecer una videoconferencia. Veterinario, llevaba

dos años trabajando en la Pampa en una explotación ganadera. Aunque la correspondencia de correo electrónico era fluida, al menos una vez a la semana, se conectaba y se le podía ver en vivo.

Él había sido, cuando todavía no había terminado la carrera, el que introdujo a su abuelo en el mundo de internet y ahora Fulgencio no se arrepentía de las horas que había tenido que dedicar para ponerse al día. De hecho, muchas noches le daban las tantas buceando en red hasta que cansado se iba a la cama.

Así, nada más acostarse, se quedaba dormido, sin tiempo a que las paredes de la casa trataran de aprisionarle.

Probablemente tendría que acabar yéndose a vivir con su hija, aunque también podía ella venir a vivir con él. Tendrían que hablarlo, pero eso sería otro día; lo mismo que ir al médico a ver si le aclaraba lo de sus mareos y mientras, seguiría viviendo la aventura diaria y apasionante de la espera.

Junio 2009

EL BOTAFUMEIRO

Santiago de Ossorno

Por primera vez en mi vida no pasaría las navidades en casa rodeado del calor y cariño de los míos, la mala situación económica por la que pasábamos tras la temprana muerte de nuestro padre, impedía afrontar el coste de un billete de tren de ida y vuelta en segunda clase desde Padrón hasta Madrid, no he conseguido documentarlo pero serían alrededor de 400 pesetas de la época o incluso menos, unos 2,40 euros actuales al cambio; hoy nos puede parecer un precio ridículo pero entonces era mucho dinero, sobre todo para sacarlo de la insuficiente pensión de viudedad que debía mantener a diez criaturas hambrientas y desperdigadas por la geografía peninsular, a mí me tocó la china por ser el que más lejos estaba en ese momento.

Así que mi madre llamó al colegio para informar a las monjas y que fueran ellas las que me dieran a mí la mala noticia, pero al final me pusieron al teléfono y lo escuché de viva voz «hijo, lo siento mucho pero tendrás que quedarte en el colegio estas vacaciones porque no puedo pagarte el billete para viajar a Madrid». Antes las madres no se andaban por las ramas y te decían las cosas sin rodeos, hay que ponerse en su lugar, seguro que ella lo pasó mucho peor que yo, qué mal rato tuvo que pasar.

La ventaja de recordar esta historia casi sesenta años después de ocurrir es que el tiempo me ha hecho olvidar por completo el pesar que me causó la noticia y hoy me deja contarla como si le hubiera ocurrido a otro. No me quejo, seguro que había casos mucho

peores.

El año 1965 iba a ser santo y jacobeo, Pablo VI era el Papa de Roma y en la archidiócesis de Santiago de Compostela ejercía como eminentísimo cardenal arzobispo el doctor Fernando Quiroga Palacios, toda una autoridad eclesiástica de la época según cuenta la historia.

Llegó el deseado día de las vacaciones, la mayoría de los internos salieron de viaje hacia sus casas y solo unos pocos, en una foto de la época he contado que fuimos veintisiete los que nos quedamos, aproximadamente la cuarta parte del alumnado; pero no era momento para llorar, así que salimos al patio a jugar.

Uno de aquellos días las monjas nos hicieron una prueba de lectura en voz alta a todos los que nos habíamos quedado de primero y segundo, los chicos que estaban en preparación de ingreso y en ingreso al Bachillerato les parecieron demasiado pequeños para la misión que debían asumir; tampoco eran de dar muchas explicaciones, simplemente te ponían un texto de varias páginas en las manos y te ordenaban leerlas en voz alta y clara, cuidando la entonación, respetando las pausas, de pie y delante de todos en la sala de televisión.

Fui uno de los elegidos y durante las Navidades estuve leyendo ante ellas el texto que tenían preparado; obviamente no recuerdo nada del mismo, pero teniendo en cuenta para lo que estaba escrito seguro que estaría lleno de loas y alabanzas a Dios, a la Virgen, al Santo Patrón, a la Patria, al Ejército, a su Excelencia el Generalísimo y a nuestros padres que en Gloria estaban.

A principios de enero de 1965, nos revelaron el secreto que tan celosamente guardaban, iba a celebrarse un acto solemne en la catedral de Santiago de Compostela y el Ejército había decidido que uno de sus huérfanos leyera en su representación la Ofrenda al Santo Patrón; la Madre Superiora me comunicó que había resultado elegido para ser el afortunado lector, un alto honor del que debía sentirme orgulloso, también me avisó de que la catedral estaría llena de autoridades religiosas, militares y civiles y que tendría que esmerarme al máximo para leer la ofrenda sin cometer errores ni ponerme nervioso.

Pasada la fiesta de Reyes volvieron los alumnos ausentes de sus vacaciones en familia y el colegio enseguida retomó la rutina y disciplina habituales del curso, pero a mí me mantenían ensayando una y otra vez la lectura de aquel texto. Debo reconocer que algunas tardes me daban merienda especial para tenerme contento y eso me encantaba.

El día señalado, aunque la he buscado en internet no he encontrado referencia alguna en la prensa, nos trasladaron a todos en autobuses militares hasta la plaza del Obradoiro, entramos en la catedral y efectivamente el templo estaba repleto de gente; una monja me condujo a lo largo del pasillo central hasta los pies del altar, siendo objeto de las curiosas miradas de los fieles presentes, supongo que al verme tan canijo pensarían «pobre huerfanito» o algo parecido porque yo en esa época, aparte de tener una cara angelical, ya sabía poner carita de circunstancias cuando me convenía; ante el altar mayor aguardaba Su Eminencia Reverendísima, don Fernando Quiroga Palacios, vestido con indumentaria eclesiástica de gran gala y la mitra arzobispal sobre la cabeza, sentado

en una silla grande y solemne, una especie de trono dorado, si me llegan a decir que era el mismísimo San Pedro bajado del cielo me lo hubiera creído, el escenario y aquél señor imponían.

La monja encargada de dirigir mi intervención me dijo que cuando ella me avisase tendría que subir dos o tres peldaños de la escalinata ante el altar mayor, hasta dónde estaba preparado un micrófono ajustado a mi altura; no recuerdo más detalles, pero cuando la monja me avisó avancé, subí los escalones y me hincué de rodillas ante el arzobispo sintiéndome más solo y abandonado que nunca en aquella inmensa catedral, postrado ante el mismísimo pastor de Galilea, príncipe de los Apóstoles, en quién Jesús depósito toda su confianza «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder de la muerte no prevalecerá contra ella. Yo te daré las llaves del Reino de los Cielos. Todo lo que ates en la tierra, quedará atado en el cielo, y todo lo que desates en la tierra, quedará desatado en el cielo».

Su Eminencia, viéndome azorado y en trance, me hizo una seña con la mano para que me pusiera en pie; cuando me lo ordenó me acerqué al micrófono y procedí a leer la ofrenda de carrerilla, varias páginas escritas a máquina que casi me sabía de memoria de tantas veces como me la habían hecho leer en el colegio.

Empecé y acabé aquel largo discurso sin vacilar ni ponerme nervioso, siempre he tenido temple y buena voz para declamar (no así para cantar, en lo que soy una calamidad) y superé la prueba con buena nota; al acabar la ofrenda, Su Eminencia aplaudió y por simpatía (química) todos los fieles presentes lo imitaron, acabada la salva de aplausos me hizo otra

señal con la misma mano para que me acercase a él, me dio a besar su enorme anillo pastoral, lo cual hice piadosamente sin olvidar arrodillarme y agachar la cabeza respetuosamente, y me pidió que me sentase en el suelo, a su lado sobre la mullida alfombra que lo recubría, porque iba a disfrutar en posición privilegiada del famoso vuelo del botafumeiro.

Tengo entendido que monseñor el arzobispo era un gigante gallego de casi dos metros de altura y cien kilos de peso, hijo de un cabo de la Guardia Civil que luego fue profesor de escuela; era el menor de cinco hermanos y quedó huérfano de madre a los dos años de edad, así que teníamos algunas cosas en común, quizá por eso mostró mucha empatía conmigo. Imaginaos la impresión que debió causar semejante gigantón en un chico de diez años que era de los más bajitos de clase y posiblemente el más esmirriado.

Me senté, mirando de reojo alternativamente al arzobispo y a la monja, la buena mujer no me quitaba los ojos de encima, sonreía orgullosa del resultado de su trabajo; conviene entender que para un crío como yo, el escenario y los personajes podrían haberme impresionado dejándome aturdido. Pero, a pesar de nuestra corta edad, los pínfanos teníamos «mucha mili» encima y estábamos acostumbrados a no dejarnos apabullar por nada ni por nadie, aunque el miedo corriera libre por dentro.

Los tiraboleiros, encargados de hacer oscilar diecisiete veces el botafumeiro hasta conseguir un grado de inclinación respecto a la vertical de 82° , hicieron bien su trabajo; un espectáculo grandioso visto desde tan cerca, al pasar por delante oíamos y notábamos el aire que desplazaba aquél enorme incensario de cincuenta

y tres kilos de plata y metro y medio de altura y respirábamos de cerca la mezcla de carbón e incienso con que perfumaba la catedral. Posteriormente lo he visto en funcionamiento otras dos o tres veces más, de hecho cada vez que he visitado la catedral he tenido la buena suerte de verlo en acción, seguro que me reconoce al entrar aunque los dos hayamos cambiado de aspecto, a él le añadieron un baño de nueve kilos de plata y a mí me han caído encima bastantes kilos más y no de plata precisamente.

Al terminar el acto salimos a la plaza del Obradoiro, un militar de alto rango me saludó pasándome la mano por la cabeza revolviéndome el pelo rapado que tenía, porque en el orfanato nos cortaban el pelo con mucha frecuencia y casi a cepillo, supongo que para evitar piojos y por la propia cultura sanitaria castrense que imperaba en el colegio. Éramos tratados como soldados en miniatura, no es una crítica sino mi impresión, así eran las cosas y las veríamos con normalidad.

Acabado el acto de despedida en la explanada de la plaza, nos llevaron hasta un recinto militar cercano dónde nos sirvieron a todo el colegio y acompañantes un tentempié estupendo a base de chocolate caliente espeso y unos deliciosos bollos suizos, que desde entonces son mi perdición. Los militares siempre han sabido celebrar sus reuniones como es debido y aquel día no iba a ser la excepción.

Cómo me gustaría encontrar alguna referencia periodística de aquel día, hubo fotógrafos y las monjas nos comentaron en el colegio que habíamos salido en prensa, en fin, no descarto continuar la búsqueda y encontrar aunque sea un pequeño comentario de la ceremonia.

Al volver al colegio me esperaba otra sorpresa, hasta final de curso y también durante todo el curso siguiente fui uno de los lectores del comedor; mientras el resto del alumnado comía en completo silencio, uno de nosotros, por turnos rotatorios, leía en voz alta los libros que las monjas seleccionaban para nuestro fastidio porque durante la lectura no nos dejaban hablar ni enredar, que era lo que realmente nos gustaba.

Recuerdo que uno de aquellos libros era el «Luiso, María matrícula de Bilbao», de Sánchez-Silva y Luis de Diego, viejo conocido mío porque, tres o cuatro años antes en Valencia, mi padre —convaleciente de su mortal enfermedad— me hacía leerlo en voz alta en su dormitorio, unas páginas cada tarde al volver del colegio, para comprobar mi progreso escolar; estaba bien entrenado y quizá por eso me escogieron como lector.

ANÍS

Marta González Bueno

—¿Quién se queja? —Se oyó preguntar en un tono entre enfadado y autoritario.

La niña entonces se escondió entre las sábanas, temerosa de delatarse. Pasaron unos minutos expectantes, una eternidad para ella, y de nuevo se hizo el silencio. Bueno, sí a aquello se le podía llamar silencio, pues constantemente se oían las respiraciones profundas que venían de uno y otro lado, los ruidos de los muelles al darse la vuelta de forma más o menos violenta las niñas más revoltosas, las palabras sueltas dichas a media voz, que procedían de sueños inquietos, algunos escapes fisiológicos involuntarios... Ese dormitorio de 80 camas, el más grande de todo el internado, era un bosque de sonidos, inquietantes e intrigantes, que como los causados por el viento en las hojas de los árboles, en una noche sin luna, podía causar desasosiego y temor a los no iniciados en el medio.

Las internas sabían, sin razonarlo, que la mejor forma de sobreponerse a los posibles fantasmas era dormirse. Y lo lograban con facilidad, cansadas, como estaban, de unos horarios rígidos, de clases intensas, de horas de estudio en que lo más importante era hacer como que estudiaban, aunque estuvieran tejiendo sueños, de rezar en la capilla e incluso de ratos de recreo en los que corrían y jugaban hasta el agotamiento.

Pero la niña esa noche no podía dormir. Esperó un rato a que ese silencio ruidoso volviera a su monotonía

y cuando calculó que la monja vigilante ya había abandonado la vigilia, dio de nuevo rienda suelta a su particular desahogo y comenzó a emitir esa queja tenue que tanto alivio le producía. La monja no estaba cerca de su cama, así que, con suerte, no la oiría. Su camarilla estaba en un extremo de la gran sala, mientras que la cama de la niña estaba hacia la mitad. Pero, ay, la tela que delimitaba el espacio de la «chunda», (como llamaban entre ellas a la camarilla), que simbólicamente separaba dos mundos, no aislaba el sonido de su run-run, la realidad se imponía. Y, al poco de recomenzar su queja, se oyó de nuevo la pregunta, seca y concreta.

—¿Quién se queja? —Esta vez la pregunta denotaba intriga.

Otra vez la niña tensionó todo su cuerpo y conjuro todas sus fuerzas mordiendo un poco las sábanas para evitar ser descubierta. Pobre niña dolorida, que temía quizá ser reñida o castigada por su dolor. No hubo contestación, así que, de nuevo, se reanudó el conocido y monótono rumor nocturno. Las demás internas navegaban ya por sus sueños, en los que algunas tropezaban con fantasmas, y la mayoría gozaba de encuentros ficticios, de alegrías próximas y promesas cumplidas. mientras ella, despierta aún, seguía luchando con su dolor.

El sentido del oído de la monja debía estar en buenas condiciones porque la tercera vez que se reanudaron esos rítmicos y tenues lamentos por parte de la pequeña, la pregunta no surgió del extremo donde se encontraba la camarilla sino de la mitad aproximada de la gran sala del dormitorio, en el pasillo, cerca de donde se encontraba su cama. La niña no la había oído acercarse, en parte porque estaba concentrada en su

dolor, y en parte porque la monja, como buena vigilante, como lo eran la mayoría de las monjas, era experta en su oficio, sigilosa como un felino, de manera que no se detectaran sus movimientos, y con pupilas adaptadas a la oscuridad, para poder así descubrir conductas irregulares. No había escapatoria posible. Además, la pequeña doliente, en el fondo, quería delatarse, quería contestar, quería manifestar que era ella la que se quejaba, quería pedir ayuda, aunque su timidez y su miedo le impidieran hacerlo.

—¿Quién se queja? —preguntó de nuevo la monja, esta vez en un tono más de curiosidad y de verdadero interés.

—Soy yo —dijo con un hilito de voz la niña, incorporándose levemente.

La monja entonces se acercó a su cama,

—¿Qué le pasa? —preguntó en voz baja.

—Que no me puedo dormir madre, me duele mucho la muela.

Y la monja no la riñó, ni por no haber contestado anteriormente, ni por sus quejas sofocadas, solamente dijo:

—Ahora le traigo algo para que se le pase.

Ya solo esas palabras dichas en voz baja, sin excesiva ternura, pero con amabilidad, tuvieron un efecto relajante para la niña. No desapareció el dolor, pero dejó de necesitar quejarse a media voz. Había una pequeña esperanza, y eso era suficiente. Al poco tiempo volvió la monja con una medicina casera:

—Póngase este algodón en la muela y muerda, que se le pasará el dolor.

Se trataba de un algodón impregnado en un líquido

que, según parecía, adormecía el nervio de la muela. Al poco rato, la niña se durmió.

Hubo en adelante otras ocasiones en que el mismo remedio tuvo consecuencias similares. Hasta que llegaban las vacaciones y no había más remedio que visitar al dentista. Visitas en parte deseadas para eliminar los molestos dolores, aunque siempre temidas.

El bendito curativo líquido no era otro que el anís, (quizás estuviera bendecido, ¿por qué no?). Era empleado también para calmar otros dolores, como supo la niña cuando, ya adolescente, las molestias mensuales hacían su aparición y tenía que subir a la enfermería en busca de algún alivio. Con frecuencia se le ofrecía el mismo remedio.

Lo que no supo nunca es si el anís proporcionado provenía de las populares botellas que había en casi todas las casas de las familias, que no pudiendo hacer grandes dispendios, aquellos años difíciles en que nos tocó vivir, al menos contaban con esa pizca de alegría que aderezaba también la masa de las sabrosas rosquillas caseras de entonces y tan valoradas en la actualidad, con la vuelta a la repostería casera.

Pudiera ser que el líquido empleado proviniera de la infusión de anís estrellado, que muchos años más tarde, por consejo médico, empleó en sustitución del licor, con resultados parecidos. Pero los indicios parecen conducir al empleo del licor en directo, aquel que se comercializaba en las conocidas botellas de cristal blanco, que, una vez consumido el líquido que contenían, podían convertirse en un instrumento de música popular.

ES MUJER, LLEVA PENDIENTES

Francisco Antonio Álvarez López

Estoy convencido que a más de uno le puede extrañar o incluso molestar el título de este relato, pero a estas alturas de mi vida, he decidido tratar de hablar y actuar sin molestar a nadie, al menos intencionadamente, pero siendo consciente también de que no se puede agradar a todo el mundo.

Hace ya algunos años, cuando iba caminando detrás de un individuo con pelo más o menos largo, indumentaria dudosa y cuerpo no muy definido, pensaba: Será hombre o mujer. ¿Me acercaba un poco más y resolvía la duda. Es mujer... lleva pendientes.

Hoy no tendría validez esta deducción, pues la vida sigue su curso inexorable para bien o para mal. De todo hay.

Cualquiera puede llevar un pendiente, dos o tres. Me parece muy bien. Incluso admiro en alguna ocasión a quien los lleva rayando el ridículo, precisamente por el valor que tienen de no preocuparse por el qué dirán. Creo que lo importante es el respeto al vecino y no tanto la indumentaria.

Emilio Llamazares, tenía trece años cuando ingresó en la Inmaculada, procedente de Sevilla. Algunos veteranos le habíamos informado de las costumbres del CHOE y de algunos profesores e inspectores: El Sasa, el Pájaro, el Polinomio, el Foca, el Roca, etc. Como al día siguiente tendría clase con D. Luis Rejas, el Triqui, le advertimos que tenía unas gafas de cristales verdes tipo culo de vaso, y en cuanto se las

quitaba, no veía absolutamente nada.

Emilio se sentaba en primera fila, justo enfrente del profesor, y en un momento determinado en que el Triqui se quita las gafas para limpiarlas con un paño, no se lo piensa dos veces y cogiendo la tapa del pupitre con las dos manos, se la pasea por delante de la cara como diciendo: A que no me ves, a que no me ves.

D. Luis, que naturalmente algo veía sin gafas, abriendo unos ojos como platos, comenzó a gritar: Pero ¿usted es tonto? ¿Qué hace? ¿Está loco?... fuera de aquí, salga de clase inmediatamente. Y Emilio, agachando la cabeza, coloca la tapa del pupitre y sale despacio murmurando muy bajito, Pues algo sí que ve. Me engañaron, que vergüenza.

A Faustino Simancas no lo veía desde que acabamos Preu en Carabanchel Bajo y lo encontré años más tarde haciendo la mili en el Tercio Norte de Infantería de Marina. En el CHOE era ya un tío muy ocurrente. En una ocasión se tiró a la piscina con bañador y camiseta. Pero Faustino, ¿qué haces con camiseta? Es que estoy un poco resfriado, contestó.

En la mili le llamábamos “el pelucas” porque efectivamente, usaba peluca, pero al revés. Tenía una pequeña melena natural, cosa que no estaba permitida en el cuartel, así que lo que hacía era ponerse una peluca de pelo corto para ocultar su pelo y cuando salía a la calle de paseo, se quitaba el uniforme y la peluca, disfrutando de su negra melena.

Nunca más supe de Faustino. Alguien me dijo que acabó Marino Mercante, se enroló en un petrolero y a conocer mundo. Que tengas buena mar, compañero.

Desde hace algunos años, suelo tomar café en el bar

Puerta Bonita, que hay muy cerca de mi casa. Hablando con Manolo, el dueño, me dijo que el nombre se lo puso en recuerdo de la puerta del colegio Santiago de Carabanchel Bajo, General Ricardos ciento sesenta y tres. Dicha puerta del actual colegio, que anteriormente fue una finca de recreo de la reina María Cristina, llamaba la atención por su labrado forjado y acabó dando nombre a todo un barrio de Madrid conocido como Puerta Bonita.

Manolo era aspirino cuando estuvo en el CHOE y un día me comentó: ¿Te has fijado en el señor que hay al final de la barra? Viene casi todos los días y se toma una copita de aguardiente y un vaso de agua. Me gustaría presentártelo por la siguiente razón. Es pínfano, como tú. Lo supe al verle en la mano el libro “Colección pínfanos”. Me dijo que había estado en Padrón, la Inmaculada, Carabanchel y Valladolid, donde acabó la carrera. Aprobó unas oposiciones a Justicia o Interior, no lo sé concretamente. Hace dos años murió su mujer y aunque tiene una hija en Logroño, vive solo desde entonces. Seguro que tu compañía le podrá alegrar la vida. Te contaré una cosa pero que no salga de nosotros. Como te dije, siempre se toma una copa de aguardiente, y un vaso de agua, pero al revés, como el pelucas del que me has hablado. En la copita le hecho un poco de agua y el vaso se lo lleno de aguardiente.

Está bien, mañana mismo me lo presentas. Será un auténtico placer poder ayudar a un pínfano que lo necesita.

Y me fui a casa meditando y recordando cuando entré con cinco años interno en el CHOE de Padrón y Gabi cuidó de mi cuando más lo necesitaba. Calamidades y tristeza por la lejanía de nuestras familias, pero

con el calor humano y compañerismo arraigado en nuestro cuerpo. Algo que todo pínfano, siempre llevará muy dentro.

PATINES

Marta González Bueno

Un día más, en cuanto la fila se rompió, corrí hacia los cuartitos donde se guardaban los juegos. Algunos estaban impecables, los más recientes, los últimos que habían traído los Cristinos. Porque los antiguos alumnos, los Cristinos, cada año, nos obsequiaban con regalos, que las internas recibíamos con gran entusiasmo, lo más de lo más fueron las bicis, que tuvieron un éxito desbordante y duradero en nuestro pequeño mundo.

En los cuartitos se encontraban las cuerdas de saltar, las raquetas, pelotas y balones de diferente tamaño, los diabólos, los patines, las bicis... Algunos juegos iban quedándose viejos, de tanto usarse, o incluso de no usarse, que no todos tenían el mismo éxito, ya se sabe cómo son los niños. Otros se ponían periódicamente de moda y había que espabilarse mucho para disfrutar de ellos. Muchos se abandonaban de puro viejos después de haberse utilizado hasta la extenuación.

Casi todo se utilizaba mucho más de lo esperado, incluso entonces. De la obsolescencia no habíamos oído hablar. Todos los objetos eran de larga duración. Si los zapatos tenían la suela desgastada, se los llevábamos a la madre zapatera (sí, zapatera, ese era nuestro mundo femenino, sin cuotas), que los dejaba como nuevos.

Tampoco habíamos oído hablar de reutilizar, o de reciclar, o de consumo de proximidad, Pero los hechos demostraban que practicábamos todo ello mucho más

de lo que lo hacen los actuales gurús, que acaban de descubrir esa necesidad y nos martillean con sus recomendaciones y exigencias.

El aprendizaje era temprano. Cuántas veces hemos comentado aquella vez que se rompió el crucifijo nuevo que se había llevado a la capilla. Durante el empleo, (el tiempo de aportación que dedicábamos, por obligación, al mantenimiento de la casona) la mala suerte o directamente la torpeza, provocó su caída y ruptura. Afortunadamente no eran añicos y una interna corrió al estudio a por pegamento y se recompuso la pieza sin que nadie se percatara del arreglo. Ni entonces, ni en 30 años, al menos, que se sepa. Por cierto, que la solidaridad, uno de nuestros valores estandarte entonces, fue notable en esta ocasión, jamás se reveló el secreto que compartían, ni se volvió a hablar de ello.

Arreglos obligados y necesarios. Otros eran voluntarios y lúdicos. Ese era el caso de los patines. Había montones de patines, pues se reponían periódicamente, pero no se tiraban los viejos, que se amontonaban en los cuartitos.

Mis prisas diarias por llegar a los cuartitos de los juegos, venían motivadas por el deseo de conseguir unos patines, nuevos a poder ser, con ruedas en pleno rendimiento, que no se hubieran escapado las bolitas que proporcionaban el movimiento ágil y rápido. No siempre lo conseguía. A veces tenía que conformarme con patines de segunda, con correas medio rotas y rueditas renqueantes, pero mejor eso que nada.

La dificultad en conseguirlos y mi extremada afición, me llevaba a no quitármelos para montar en bici, cuando por fin llegaba mi turno y podía disfrutar de

las vueltas correspondientes por el patio, pocas, porque como he dicho las bicis tenían mucho éxito, todas queríamos disfrutar de ellas. Montar en bici con patines entrañaba un cierto riesgo, pero nunca me dijo monja alguna que eso podía ser peligroso y que no lo hiciera. Quizás en los patios, sin nosotras darnos cuenta, bajarán la guardia nuestras vigilantes e intentarán descansar un poco, también ellas.

Mi deseo por disfrutar diariamente de los patines, me condujo a maquinarse un plan alternativo para conseguir disfrutar de ellos todos los días: me iba a construir mis propios patines. No debía ser difícil, puesto que había muchos. Y, fijado el objetivo, comenzó el escrutinio sistemático de aquel montón de chatarra formado por patines en desuso. Aquello era una mina.

Todos llevaban una pequeña llave con la que aumentar o disminuir la longitud de la planta del patín, y con la que afianzar las ruedas adecuadamente. Solían estar en las fundas de los patines, pero había menos, quizás porque se extraviaban con facilidad, así que me hice con una para mi uso exclusivo y empecé a hurgar en la montaña de patines viejos, considerados ya inútiles. Había que verlos: trozos de delante, trozos de atrás, correas más o menos estropeadas, verdes o marrones, ruedas sueltas...

Resultó que de un patín se podía aprovechar la parte delantera, de otro la parte de atrás y de otros dos, que no tenían por qué ser pareja, las correas. Daba igual que fueran más claras o más oscuras, de un color u otro, lo importante era que conservaran la hebilla completa, y si estaban poco tazadas, tanto mejor. Más trabajo daban las ruedas, que había que elegir con cuidado: que tuvieran el juego de bolas completo, una

rueda entera de un patín, otra de otro, un poquito más ancha, (¡qué fastidio!), y seguir buscando hasta conseguir las ocho y alguna de repuesto por si acaso.

Mi trabajo dio sus frutos, conseguí unos patines exclusivos y en exclusiva, con los que pasé un estu-pendo curso de recreos en los que no me los quitaba como he dicho, ni para montar en la bici, ni para saltar a la cuerda, mucho menos para jugar al diábolo, o para competir en un seudo partido de tenis.

Me tocaría esperar unos años para recibir, de mi hermano mayor, unos Sancheski nuevos, el que fue uno de los regalos más deseados de mi vida.

EL VALOR DE LAS COSAS

María Blanca Blanquer Prats

Don Juan recordaba el periplo de sus destinos por toda la geografía española con un cariño especial su pase por Valencia, la vivienda cercana al río y frente al jardín de las sombras de los ficus y las risas infantiles, una ciudad grande en que los barrios característicos se fundían y se pasaba de uno a otro sin la sensación de ser un extraño a la comunidad acogedora en la que tuvo tantos amigos. Recordaba especialmente a Carla, la asistenta que ayudaba en las tareas de la casa y durante las vacaciones llevaba a su hijo, Pablito, un niño despierto y sonriente que iba a una escuela pública y al que le costaba aprender la aritmética; después de que él y su hijo jugaran un rato les sentaba en la mesa, les ayudaba a entender la magia de los números y terminaban hablando de las cosas de escuela, de los niños que copiaban los deberes y al final del curso fracasaban en los exámenes y aquellos que habían cumplido con sus obligaciones y conseguían el aprobado se burlarían de ellos de ellos. No, no debían hacerlo, por dignidad, por respeto hacia sí mismos.

El Coronel Fernández de Cárdenas pateó oficinas y despachos hasta conseguirle una beca para cursar el bachillerato en un colegio. Al producirse su traslado hubo algunas cartas, después alguna postal, finalmente el silencio que no borró el afectuoso recuerdo en algún rincón de la memoria...

Gabriel, su propio hijo, era demasiado inquieto y alegre para centrarse en los libros; pero consiguió que

hiciera un peritaje con el que, entonces, creyó que ya tenía el porvenir asegurado.

Su último destino, en Madrid, era un regreso al pasado en que vivió su infancia y, como suele suceder, surgió el problema del alojamiento que siempre habían previsto. Con su sentido del ahorro y la moderación de las costumbres habían guardado lo suficiente para afrontar la compra de un piso, bastante bien situado, tres habitaciones y un salón comedor en que distribuyeron los muebles destacando los antiguos y heredados que fueron joyas de la familia. Entre ellos estaba el piano; El piano adornó la casa paterna y fue su madre quien le enseñó a tocarlo; sus manos saltaban sobre el teclado como mariposas y sus dedos lo acariciaban con la ternura de la brisa rozando los pétalos de las flores. Ni la meditación ni la lectura le satisfacían tanto como los arpegios que brotaban de sus encontrados sentimientos, a veces tenues sonidos, otras alaridos del alma.

Joven se sentía el coronel González de Cárdenas para pasar a la reserva; le costaba asumir que aquella cena homenaje de despedida fuera la suya y aguardaba al siguiente día como el centinela que percibe algún peligro escondido. Porque el coronel sintió que sus estrellas se apagarían en la oscuridad de los armarios y sus galones se convertirían en juncos vencidos por la tormenta; otras ropas vestirían su cuerpo arrancándole el uniforme que había sido su propia piel. En adelante se oiría llamar Don Juan con más frecuencia que mi coronel y la vida le obligaba a enfrentarse en una guerra contra sí mismo en la que no hubiese querido participar y necesitaría de muchos amaneceres sin la campanilla del despertador para que sus ojos se abrían al vacío de las horas que iban que vendrían.

Se habitúo a salir con Gabriela por las mañanas, acompañarla en sus compras, compartir un aperitivo... Concertaba encuentros con los compañeros que seguían siendo sus amigos, y estaban orgullosos de aquel hijo que fue mal estudiante y ahora era buen trabajador que ocupaba un alto puesto en una empresa de ordenadores. Su mujer, Pilarina, era cariñosa y educada y ambos les habían dado una forma de felicidad desconocida con la llegada de sus nietas. Como padres compatibilizaban el cariño con la necesaria disciplina; como abuelos el amor no tenía limitaciones.

La primera y única vez que se enfrentó con Gabriel y Pilarina fue cuando ambos decidieron que querían ser autónomos; montarían su propia tienda y con los conocimientos que tenían y la simpatía que les caracterizaba el éxito parecía asegurado. Don Juan se alteró por la noticia; el proyecto le parecía temprano e inoportuno: Aún no habían pagado el piso y perder la seguridad de los sueldos era una temeridad cuando los gastos de arrendamiento y suministros, los compromisos económicos con proveedores, las dificultades de los comienzos... Sería mejor esperar un poco, conseguir algún ahorro para afrontar al menos una parte del costo de las instalaciones...

Las reflexiones no tuvieron la esperada respuesta; Gabriel y Pilarina no compartían sus temores y era tal el entusiasmo que no hubo argumento alguno que les convenciera. Buscaron una planta baja, solicitaron el material y abrieron las puertas un cinco de septiembre ofreciendo un pequeño refrigerio a todos los que se acercaran por allí.

Durante los primeros meses apenas entraban escola-

res a ver si les arreglaban sus tabletas; después empezaron a vender, pero no pudiendo ofrecer la totalidad de marcas y modelos su oferta era limitada y los potenciales clientes declinaban. Recurrieron a sacar fotocopias y material de escritorio y aún masaron meses hasta que los primeros ordenadores se vendieran aunque el balance del primer año fue totalmente negativo; así ocurrió en el segundo y se repitió en el tercero en el que ya estaban tan endeudados que se plantearon que al menos uno de ellos recuperase su antiguo empleo; pero la marcha repentina había generado rencores y ambos fueron rechazados. Peregrinaron por toda la ciudad, llamaron a todas las puertas; la situación no era buena, el país estaba en una crisis económica y en vez de contratar se reducían las plantillas. Jamás comentaron ante los padres sus problemas, sonreían, disimulaban, las cosas mejorarían con el tiempo...

No pudiendo hacer frente a las obligaciones las casas suministradores les retiraron el material, sin ingresos no podían hacer frente a la amortización de los préstamos y se presentaron las primeras demandas judiciales por impagos. Llevaban meses sin pagar la cuota hipotecaria sobre la vivienda, los intereses de demora la habían duplicado y al atender a los requerimientos se había producido el embargo: Solo quedaban nueve días para el lanzamiento y se veían en la calle con las dos niñas pequeñas.

Era el anochecer cuando llamaron a Don Juan para decirle que necesitaban reunirse con él. Ellos, que podían entrar y salir de su casa, no necesitaban de un aviso previo y por tanto tenía que tratarse de algo serio y de suma gravedad. Oyó sus palabras balbuceantes, angustiosas, sinceras por primera vez después de un

largo periodo de silencios... D. Juan temía que el cúmulo de reproches que almacenaba su garganta afloraría si se atrevía a hablar. Se levantó despacio y dio varias vueltas en la habitación. Después volvió a sentarse y preguntó.

—¿Cuánto debéis?

La respuesta era desalentadora; él jamás podría asumir el pago de tan alta cantidad ni tenía medios a su alcance para resolver el problema planteado.

—Bien —les dijo—. Dadme un par de días y veré lo que se puede hacer.

Una noche de insomnio; de luces que se apagaban y encendían; de idas y venidas al cuarto de baño y la cocina, de llantos de Gabriela y suspiros de Don Juan. El amanecer les recibió con dos grandes manchas blancas alrededor de las pupilas.

—Todo lo que tenemos es esta casa —le dijo a su esposa—. Si la vendemos tal vez podamos pagar la deuda de los hijos. Buscaremos otra con un alquiler asequible.

A primera hora acudió a varias inmobiliarias para averiguar el valor de su vivienda en el mercado y la información fue bastante coincidente pero, con la recesión económica, el incremento del paro y las restricciones en los créditos sería muy difícil de vender y necesitarían armarse de paciencia y resignarse a lo que alguien quisiera darles por ella. En cuanto a los alquileres asequibles solo pensar en alguna marginal y en el extrarradio

Lo que pudieran sacar era menos importante que la urgencia; no podían arriesgarse a que las semanas y los meses pasaran porque el tiempo corría en contra suya y solo quedaba la esperanza de que les concediese

una hipoteca.

El siguiente día se personó en el banco. No podía ver al director porque estaba ausente. Era difícil concertar una cita porque tenía muchos compromisos concertados. El empleado se prestó a ayudarlo y en cuanto le dijo que se trataba de solicitar un crédito frunció el ceño y como forma para echarle de allí le tendió amablemente la mano. La economía estaba en crisis y la política bancaria no pasaba por su mejor momento.

Regresó al día siguiente. Y al otro. El tercero, como los anteriores, se dirigió al secretario: Necesitaba ver al director y no se iría allí hasta conseguirlo. Esperaría el tiempo que hiciera falta, tal vez encontrara un hueco... Al cabo de una hora pasó junto a un hombre alto, con gafas y escaso pelo que parecía muy apresurado y, sin embargo, al verle se detuvo.

—Perdone que le pregunte... ¿No es usted el coronel González de Cárdenas?

—Sí. Juan González de Cárdenas.

El desconocido parecía visiblemente emocionado.

—¡Dios mío! ¿Cómo es posible? ¡Don Juan! ¡Cuántas veces me he acordado de usted.

—Lamento que flaquee mi memoria... tal vez pueda salir de la confusión en que me encuentro.

Aquel rostro desconocido era toda una sonrisa y en los ojos liberados de cristales brillaba una lágrima. Tendió la mano hasta el antebrazo de don Juan y lo rodeó con sus dedos.

—Soy Pablo Sánchez, don Juan, Pablito, el niño al que usted enseñaba la aritmética y gracias a usted pudo hacer el bachiller... Pablito, el hijo de su asistentita... Han pasado muchos años y es lógico que

no me recuerde pero usted está igual que en mi memoria y le hubiera identificado en cualquier lugar.

—¡Pablito! ¡Por Dios bendito! ¡Quién iba a decirme que te volvería a ver! ¡No sabes cuantas veces he pensado en lo que habría sido de ti. ¿Cómo está tu madre?

—Falleció hace unos años; pero jamás olvidó a su familia ni a usted. Son penalidades que te trae la vida... ¿Qué le trae por aquí, don Juan?

—Precisamente eso, las penalidades. Llevo tres días intentando hablar con el director y parece que no es posible...

Pablo se echó a reír; era una risa tenue anegada de ternura.

—Nada es imposible para usted Don Juan. Por favor, acompañeme.

Le empujó suavemente hacia esa zona que creyó vedada, hasta ese despacho en cuya puerta había un rótulo que ponía “Director”, la cerró tras ellos, le invitó a acomodarse en una butaca y él mismo preparó dos tazos de café humeando que quedaron sobre el velador.

—¿Esto es lo que parece, Pablo? ¿Es este tu despacho? ¿Eres el director?

—Así es don Juan; empecé como un simple auxiliar; he trabajado mucho y muchas horas para llegar a esta meta que no todos alcanzan y, humildemente, me siento satisfecho de haberlo conseguido. Cuénteme, Don Juan... Cuénteme... ¿Cómo está la familia?

Y don Juan le contó cómo estaba la familia ante los primeros achaques de la edad y la energía de las adoradas nietas; Gabriel... Gabriel era el problema, un buen hijo como pocos, trabajador y buena persona

pero el salto generacional ya se sabe... cada uno tiene sus criterios, sus puntos de vista, la experiencia y la cautela chocan contra la intrepidez y las expectativas y a veces las cosas salen bien, aunque no era ese su caso... las cosas no le habían ido bien, su pequeño negocio se había ido a pique y estaba a punto de que le desalojaran...

Le habló como si estuviera solo y expresara en voz alta sus pensamientos. El despacho tenía grandes ventanales sobre un patio interior desolado y solo se oía el canto de un pajarillo nacido para volar y cuyas alas apenas podían moverse en la jaula que le tenía prisionero. Él también era prisionero, los grilletes que le impedían moverse nacían del amor pero pesaban como el hierro. Las posibilidades de vender inmediatamente su casa eran nulas y había pensado en hipotecarla para salvar la de su hijo.

Pablo le había escuchado atentamente; apenas levantaba la mirada del suelo y entrelazaba los puños apretándolos hasta hacer que los nudillos palidieceran.

—¿Y dónde van a vivir si venden el piso para salvar el de Gabriel??

Don Juan González de Cárdenas bajó los ojos hasta sus propias manos unidas, retorció los dedos y una tosecilla le aclaró la voz.

—El porvenir para nosotros es un recorrido breve; siempre habrá una forma de atravesarlo

Pablo enderezó la espalda y apoyó los brazos en la butaca.

—Entiendo que el mundo de las finanzas le es ajeno y sería conveniente que analizásemos todos los aspectos de la situación pero no creo que sea necesario de un bien que cuando se supere esta recesión recuperará

su valor en el mercado; tampoco es preciso que Gabriel le dé un adiós definitivo a la suya. Según me dice quedan solo tres días para que se celebre la subasta del inmueble y ahí sí que podemos intervenir; la relación entre los habituales postores suele someterse a pactos previos que se establecen entre ellos y si mi banco concurre podemos conseguir ser el único postor y que nos la adjudiquen por el precio de salida. Como es habitual en estos casos, pasado un tiempo también nosotros la subastaríamos, personalmente me ocuparé de que no acuda nadie y entonces recurriremos a la venta directa a algún testaferro de Gabriel para que su nombre no aparezca.

—Algo así como una estafa porque el banco no cobrará lo que se le debe... y lo que me pides es que sea cómplice del engaño...

—Digamos que se trata de una maniobra financiera como tantas en las que nos metemos. Tal vez me he expresado mal, pero no pretendo ofenderle, sino devolverle algo que tanto como usted me dio...

Don Juan estaba mucho más sereno que los días anteriores; había recobrado la paz interior y su mente estaba tan clara como un amanecer...

—No se ha expresado mal, al contrario, ahora tengo las cosas mucho más claras. Hay que saber cuándo se gana y cuándo se pierde y en ambos casos respetar al enemigo.

—Nadie tiene por qué saberlo; quedará entre nosotros.

Don Juan levantó la cabeza y le miró de frente. -

—¿Qué le hace suponer que eso me importa? No, Pablo, no. De ningún modo quiero esa clase de favores

que atentan a mis principios. No quiero mentir ni defraudar a nadie. No pertenezco a ese mundo y la sola idea de trampear y engañar me repugna.

—Don Juan, por favor, no quiero que esto termine así... le debo mucho...

—No joven; no me debe nada y yo tampoco quiero deberle a usted.

Don Juan se levantó despacio como si la vorágine de los pensamientos se hubieran enrollado en la musculatura y le impidieran desenvolverse.

—Es que me siento fatal... no sé en qué me he equivocado...

—Ese es su problema, el problema que no se resuelve con la aritmética que le enseñé.

El sol brillaba en todo lo alto; los veladores estaban llenos de gente y los comercios se disponían a cerrar; de repente no tenía prisa; podía pasar por un establecimiento cercano a la Gran Vía en que el encargado le atendió. Empezó el camino de regreso, no hacia su casa sino a la de Gabriel.

—¿Qué ha pasado en el banco, papá? ¿Tienes novedades?

—Ha sido una visita muy constructiva hijo, me ha servido para rendirme a la evidencia y desdramatizar la situación. Tengo una propuesta para vosotros.

—Tú dirás.

—Somos una familia y hemos de estar juntos en las buenas y en las malas. No tenéis dinero, ni trabajo, ni contamos con otros ingresos que los de mi pensión que al menos nos darán de comer a todos. El embargo de vuestra casa es inevitable pero os vendréis a la

nuestra, bastará con que nos desprendamos de algunos muebles. El país saldrá de esta crisis y no tengo la menor duda de que conseguiréis un empleo y seréis capaz de manteneros solos.

Don Juan González de Cárdenas vio que dos hilos de agua brotaban de las pupilas de su hijo y las manos temblorosas se aferraban a las suyas.

Gabriel dio un paso atrás.

—Sé que algo ha salido mal pero lo importante es que siempre estáis cuando os necesito. La casa es pequeña y como cuatro personas...

—¡Faltaría más que tantas cosas viejas que almacenamos ocupen el espacio que mis hijos y mis nietas necesitan... Preparadlo todo y avisad a las mudanzas, cuando llegue el día no quiero que estéis aquí...Y ahora he de irme porque tu madre protestará si llego tarde a comer...

Doña Gabriela se enteró de todo lo que había pasado; una decepción más con las persona no iba a amargarles la vida, su hijo volvería a casa, todo sería como empezar de nuevo y ya imaginaba las risas de las niñas por las habitaciones.

—Tú sabes lo que pasará después... Aunque encuentren otro trabajo tardarán mucho tiempo en poder tener su propia vivienda y las niñas crecerán y necesitarán más espacio...

—Cuando llegue ese momento y si aún estamos aquí se lo daremos; buscaremos una residencia, no tendrás que preocuparte ni de la limpieza ni de la compra, nos atenderán si estamos enfermos...

Doña Gabriela le miró con dulzura y tomo sus manos entre las suyas.

—¡Quién nos lo iba a decir! A cuantas pequeñas cosas renunciamos para tener un ahorro, comprar nuestra propia casa y no recurrir a esos asilos que ahora llaman residencias donde se espera a la muerte sin otra compañía que la soledad...

—Eso no ocurrirá mientras nos tengamos el uno al otro y, sinceramente, con la familia que tenemos, no creo que estemos tan solos como imaginas., Y ahora, si me permites, voy a tocar por última vez mi piano.

Las primeras notas de El Lago de Como, se expandieron por toda la casa y traspasaron los cristales; era su pieza favorita, la que su madre interpretaba cuando se le resistía el sueño... que siempre le pedía en los cumpleaños...

El sol lucía en todo lo alto; algún peatón acortaba el paso o se detenía para oírle. La música hablaba a las personas, a los árboles y a los pájaros de la belleza de las sonrisas.

UN CURSO EN EL CHOE DE PADRÓN

Ángel Asensio Abuja

Acababan de empezar los años 50 del siglo XX y un día más el "Changai" a Vigo y La Coruña parecía haber perdido todas sus fuerzas, ya no podía más, llevaba casi un día de recorrido lleno de traqueteos y aún no había completado su viaje.

El Pínfano mantenía la boca abierta entre bostezos y admiración, era la primera vez en su vida que veía el mar, en su tierra, el mar se disfrazaba de espigas y tierra parda, los oteros, cerros, alcores, tesos, ocupaban el lugar de los grandes barcos.

Desde que conoció su admisión en el CHOE de Padrón, su cabeza no había dejado de dar vueltas, todo eran preguntas:

¿Cómo sería el colegio?

¿Bonito?

¿Grande?

¿Qué comida le darían?

¿Los compañeros, cómo le recibirían?

Por fin el tren, entre quejidos de sus achacosos hierros, paró. El letrero de la estación lucía el nombre de Padrón colgado de la airosa celosía.

No había mucha gente esperando al tren, el andén se fue llenando de viejas maletas de madera con cierres herrumbrosos, pesadas como el mercurio, difíciles de manejar por muchachos de corta edad que oscilaba entre los 7 y 9 años.

Habían transcurrido entre 15-20 horas desde que salimos de nuestra ciudad de origen, estábamos hechos polvo, nuestros ojos llenos de carbonilla, a pesar a las advertencias que nos daban nuestras madres, ¡No te asomes! ¡Ten cuidado con la carbonilla!

Pero qué más daba, nos encaminábamos a empezar un nuevo curso, allí, donde nos habían dicho que las meigas y trasgos gobernaban los destinos y que había que tenerlas en cuenta.

La considerable distancia hasta el Colegio, las pesadas maletas, las fuerzas ya escasas, la temprana edad, todo ello componía una sinfonía de incomodidad.

Pasar el puente sobre el Sar, bajo la imponente silueta del Convento de los Dominicos, encaminar la carretera hacia Ribeira y aparecía el Caserón del CHOE.

La entrada recoleta, aseada y ordenada con la pequeña imagen de la Inmaculada contribuía a serenar el ánimo.

Estábamos allí para los próximos nueve meses, eso, yendo bien las cosas, que se podrían alargar hasta doce y empalmar con el siguiente curso, con mala suerte y si en casa no hubiera recursos para mantenerte durante el verano, el viaje no constituía el problema, contábamos con el pasaporte del Patronato.

Una vez dentro del Colegio, las blancas cornetas de las monjas que salían a recibirte, sus azules hábitos, todo resultaba impresionante.

Después del momento triste de las despedidas empezaba la inmersión en el internado.

Te adjudicaban un número y el nombre y el apellido pasaban a un segundo término, ya eras el 71 o el 18, el

que te correspondiera, tus nuevas ropas te lo recordaban continuamente, la situación de la cama también contribuía a ello, respondía al orden numérico.

Comenzaba el discurrir de los días con los ¡Viva Jesús! al despertar.

La Misa en aquella Capilla tan recoleta, las casullas del cura con su variación de color según la Liturgia del año, rojo, morado, verde, amarillo sin olvidar el azul celeste del Día de la Inmaculada.

Luego el desayuno, el Montañas Nevadas, Gibraltar, las clases.

Cuando los pínfanos bajaban al recreo, se notaba, ya lo creo que se notaba. Partidos de fútbol, pídola, el clavo, cualquier juego era un festival.

Los jalones del curso estaban muy marcados: el Domund a recorrer Padrón con la hucha del chinito o negrito... la que te correspondía, sin olvidar nuestra contribución que fijaban las Monjas en función de las pesetas de que disponíamos y que ellas nos guardaban en aquellas cajas de madera que tenían algo de misteriosas.

La Inmaculada, el día que comíamos pollo y patatas fritas, como correspondía a una gran solemnidad.

Nochebuena, cuando nos acostábamos el 24 de Diciembre a las 8 de la tarde y nos volvíamos a levantar a las once y pico para estar dispuestos para la Misa del Gallo, luego cantar los villancicos de rigor junto al Nacimiento e incluso catar algún trocito de turrón.

Los Reyes, cuando esperaban en nuestros pupitres los modestos regalos que nos habían dejado Sus Majestades ¡qué momentos más jubilosos!

La Cuaresma ya no era tan alegre, todo lo contrario,

aquellos grandes paños morados que tapaban las imágenes, los interminables Vía Crucis con sus «flectamus genua», las visitas para los Oficios Cuaresmales en esa época al Convento de los Dominicos de interminables y empinadas escaleras, todo muy lúgubre.

También eran duras las escaleras que nos llevaban al Santiaguíño pero las subíamos con un ánimo muy distinto, más alegre, íbamos a gozar de aquel paraje granítico en el que la leyenda decía que el caballo del Apóstol Santiago dejó las marcas de sus cascos.

Enseguida llegaba Pascua Florida y las Fiestas de Padrón, podíamos salir al Ferial, sito en el Espolón, custodiado por Rosalía de Castro y gastar las escasas «perras» que podíamos disponer.

El año corría como el viento y empezábamos a probarnos las marineras y el calzado para ir a Pontevedra a los exámenes de fin de curso, en aquellos rudos camiones del Ejército. Examinarnos por libre y jugar nos así el curso a una carta y de ella dependía el confort de las vacaciones de verano.

Pero qué más daba...

Habíamos sobrevivido a un curso más en el CHOE, fortaleciendo nuestra amistad. más bien nuestra hermandad, y eso no nos lo podía quitar nadie.

Y al año siguiente, vuelta a empezar, otro curso, tal vez otro internado, la Inmaculada, El Bajo, El Alto, el Santiago de Valladolid...

Al cabo de los años convivimos minuto a minuto, compartimos alegrías y penas y hemos acrisolado el orgullo de ser PÍNFAÑOS que comenzó en Padrón.

CAMINO ABIERTO A LA VIDA

Antonia Brandón Lancha

En el silencio del amanecer de un día cualquiera de primavera, Carlos miraba el horizonte y sonreía envuelto en sus pensamientos.

Quedaban atrás los añorados días de una infancia protegida por los suyos, para dar paso a una adolescencia difícil y complicada en la que solo contaba con el sabor de la soledad...

En su interior bullía el resentimiento contra el «mundo», contra todo lo que le rodeaba, contra todo lo que pusiese límites a su ansia de libertad.

Quería vivir, vivir con mayúsculas, respirar el aire puro para sumergirse después en un cúmulo de contradicciones, de fuerzas encontradas: libertad-dependencia... amor-rechazo... ilusión desencanto... todo lo que supone la realidad del mundo interior de un adolescente que quiere romper sus cadenas, aunque, en muchas ocasiones, esas cadenas sean imaginarias.

Cabizbajo y contrariado sale de su habitación —su recinto sagrado—, baja la escalera, abre la puerta y respira el aire puro de la mañana y piensa que tiene que ir al Instituto... dicen que es «su deber».

Camina, se adentra en la ciudad entre la algarabía o el silencio de la gente y el ruido de los vehículos que circulan por la calle con rumbo aparente... marcado de antemano... observa a los individuos que transitan, de forma consciente o inconsciente, en su ir y venir por

las avenidas, familias que buscan un lugar para desayunar antes de desplazarse a sus quehaceres, personas solitaria que se hunden en sus pensamientos sin perder la dirección, amigos que charlan animadamente... toda una realidad que le lleva a plantearse interrogantes:

¿A dónde van?

¿Cuál es su destino?

¿Qué buscan?

Y ¿qué esperan de la vida...?

Son preguntas que repite en su interior, encuentran eco en su mente y acaba haciéndoselas él mismo:

¿Qué busco en mi vida?

¿Cuál es mi destino?

¿A dónde quiero ir con mi vida...?

No encuentra respuesta en la maraña de pensamientos que le inunda, que invade y nubla todo su ser.

Le gustaría encontrar salida... respuesta...

Continúa deambulando y sus pasos le llevan a un parque cercano, se sienta con el corazón abierto a la realidad y la mente plena de cuestionamientos.

Observa a un runo que cruza los jardines con una pequeña mochila a la espalda... va saltando, contento de la mano de su madre.

Es hora de empezar el día y... seguro que va al Colegio alegre por encontrarse con sus amigos.

—A mí también me llevaban de la mano no hace mucho tiempo... pero llega el momento en el que tengo que soltarme y he encontrado el vacío, un vacío que me supera, que sobrepasa mis límites.

—Rechazo la mano que me guiaba, pero desconozco aún el rumbo de mi vida.

—Tengo que aclarar mis ideas, mis pensamientos...

Vuelve a preguntarse:

¿A dónde quiero ir con mi vida...?

¿Cuál es el sentido?

El aire de la mañana, los rostros de la gente, le despiertan de su inanición y siente la necesidad de encontrar salida.

Ve las flores que brotan con vitalidad nueva en los setos dando color al paisaje y a la vida y... sin pretenderlo, viene a su mente la imagen de la semilla... el jardinero siembra con cariño en la tierra abonada, y el sol y el agua realizan la tarea de transformación en una bella planta que, a su vez, da albergue a la flor.

De repente descubre que su vida está pasando por esas etapas... siembra... transformación... cambio... nuevo resurgir... y encuentra el sentido.

Su vida, como la planta, está germinando y un día se abrirá plenamente a la luz y el color y la alegría que nace en el interior, se abrirá a todo lo que le rodea, junto con otras personas —otras plantas— con las que tiene que convivir en armonía.

Piensa que la vida tiene un sentido, una Meta que le llevará a la realización personal en línea de Trascendencia.

Todo tiene una razón de ser.

Se va aclarando su mente, sin que desaparezcan todos los interrogantes y puede decir que hoy, en esta mañana de primavera, siente que es necesario reconciliarse con la vida y con lo que le rodea para construir y encontrar caminos.

Con estos pensamientos y con "algo" de claridad en el corazón y en la mente inicia el camino para encontrarse con sus compañeros en un día más de clase... que para él será diferente.

NO LO DIGAS, ESCRÍBELO: NUESTRO LIBRO

Antonio Benítez Ballesta

En los inicios de la Asociación, en una de las primeras reuniones del Día del Pínfano, dos antiguos compañeros de clase se encuentran junto a la barra del bar del hotel donde se celebra la convención anual de los pínfanos y las pínfanas, después de muchos años de no saber nada el uno del otro, se saludan, se abrazan efusivamente, después de la sorpresa del encuentro, comienzan una atropellada conversación....

¿Te acuerdas cuando...?

La conversación, aunque alegre, es inconexa, llena de interrupciones, se quitan la palabra el uno al otro, se ríen, se lamentan, se emocionan, de vez en cuando, una cariñosa palmada en la cara, un fugaz y tenue golpe en el hombro. Toman aire, se hace el silencio, se miran y casi sin querer, claman los dos a la vez...

¡Qué tiempos aquellos!

El más locuaz, ante el esporádico silencio de su amigo, comienza un soliloquio de forma inesperada, exclama...

¡Por fin! ¡Qué tranquilidad! ¡Hemos llegado a un buen puerto de la vida! Se acabaron, las mareas, las tormentas, las tempestades, los vientos a favor y en contra, hemos llegado y, lo que es mejor, con los deberes bien hechos.

¿Cabe mayor satisfacción?

Durante esa travesía, hemos sido niños y niñas, adolescentes, hombres y mujeres, padres y madres, hasta abuelos y abuelas. Hemos vivido y seguimos viviendo, situaciones personales y familiares, excelentes, muy buenas, buenas, normales, aceptables y como no también desastrosas, muy malas, malas, desagradables e incómodas. Por otra parte, hemos ejercido una trayectoria de estudiante con grandes dosis de internado, donde nos hemos labrado y ejercido y seguimos ejercitando una vida profesional, en ocasiones circunstancial, deseada, imprevista etc. en definitiva vida en su conjunto, a la que hemos hecho frente con mayor o menor éxito. Todo absolutamente, todo lo hemos vivido y seguimos viviendo con más o menos intensidad, salpicados tanto de glorias como de miserias. Ese es nuestro pasado, pero hoy y todavía nos queda mucho por andar, tenemos por delante, nuestro presente y nuestro futuro, en ello nos empeñamos con las mismas ganas que lo hicimos en nuestro pasado.

Silencio, el amigo oyente quiere oír al compañero ganador de varios concursos de redacción en la Inmaculada en la fiesta de la patrona del colegio, le deja hablar, permanece a la expectativa. Su amigo, se pregunta... Pero... ¿Qué es el pasado? Y continúa...

Fácil pregunta y aparentemente fácil respuesta, así las cosas, podemos concretar que el pasado es todo lo que hemos vivido. Dicho así, parece una respuesta sencilla y aplastante, pero no nos engañemos, la respuesta encierra muchas dificultades y para muestra varios botones.

¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Dónde? y lo que es más complicado ¿de qué forma? hemos soportado el pasado.

Estas cuatro cuestiones, abundan en la calidad, cantidad y espacio de tiempo del pasado de nuestras vidas y que forman parte y son continuidad de la pregunta y la respuesta inicial. Es aquí, en la contestación a esas cuatro cuestiones donde se plantea la dificultad. Un símil, nos ayudará a entender esta problemática. Nuestro pasado es esa mochila invisible que llevamos a cuestas sobre nuestras espaldas, llena de recuerdos que pueden ser de pesos variables, livianos o excesivos, de condiciones buenas o malas. Es claro que, en ocasiones nos gustaría parar en el trayecto de la vida, abrir la mochila y arrojar de forma intencionada, todo aquello que por voluminoso, pesado y de mal olor, nos está acompañando en este viaje, dejarlas al borde del camino o en el contenedor de nuestra existencia que desafortunadamente no es reciclable. Pero es evidente que cargando o no con ellas, forman parte de nuestra trayectoria personal. Pero ocurre que a nuestra mochila por usada y ajada, le aparecen roturas por las que sin querer se nos escapan los momentos del pasado incluidos los más alegres y de los cuales sentimos una marcada nostalgia o dicho de otra forma “morriña” y que quisiéramos conservar tan intactos, como fueron y ocurrieron el primer día. El orador, le pregunta a su amigo oyente...

Se te ocurre ¿Como evitarlo? Respuesta breve pero sincera del compañero...

Ni idea ¿Cómo?

Yo te lo aclaro. Se me ocurre una idea, lo podríamos evitar, colocando la mochila en la parte delantera al lado del pecho y de esta forma, ver y controlar su estado de conservación y los posibles defectos o deterioros y con ello repararlos antes de que de su

interior se fuguen o caigan en el olvido aquellos momentos que queremos conservar. Es evidente que esto es imposible, por dos razones, la primera porque la vista, la memoria se vuelven perezosas, selectivas y muy exigentes, y la segunda porque delante, de forma obligada, debe estar el presente y el futuro. Inquieto, el amigo que sigue atentamente las consideraciones del compañero pregunta ¿Entonces que se te ocurre hacer?

¿Cómo puedes evitar perder aquello que queremos recordar? Retoma la conversación...

No encuentro otra solución más segura y viable que reflejarlas en un libro, en nuestro libro. El libro que, en nuestra sociedad actual, sí que es el mejor compañero del hombre y de la mujer, coincidirás conmigo que este, el libro, ha desbancado al perro con creces del primer puesto de la amistad del hombre y no porque haya luchado para ganarse tal honor, sino por que hoy se han cambiado las tornas, y el hombre y la mujer, se han convertido en los mejores amigos del perro. Hemos conocido perros bondadosos, estúpidos, agresivos e inteligentes, pero hoy día muchas personas no podrían vivir sin ellos. Los griegos, decían que una casa no es un hogar si no tiene una golondrina anidando bajo su alero, y en mi opinión una casa no es un hogar si no tiene un libro de sus memorias. El amigo, le interrumpe, bueno bien pero un tanto extrema esa consideración....

Lo acepto, pero date cuenta y ya conoces que por mi sangre corren gotas andaluzas, prosigamos. Volvamos al tema. Si, si, te hablo de un libro en el que todos seamos protagonistas y autores a la vez, un libro que mantenga vivos los recuerdos, los sentimientos, los escenarios, las circunstancias de cómo, cuándo y

donde ocurrieron los hechos. De esta forma, nos despreocuparemos y aliviaremos el peso sobre nuestras espaldas, así mismo, tendremos la garantía de que su contenido será imperecedero y que en los momentos más insospechados se convertirá para nosotros/as en nuestro buen compañero de viaje. Un libro que acurrucado en un rincón de nuestra librería, no solo signifique el recuerdo, sino que a su vez sea una muestra de nuestra existencia de vida para la segunda, tercera y posiblemente hasta la cuarta generación. Se dice que una familia con memoria es más familia.

Ahora el que toma la voz cantante es el que ha permanecido en silencio.

De acuerdo, la solución, no me parece descabellada, en absoluto, no es mala, pero en cualquier caso, parece una misión casi imposible y atrevida que, alguien o unos pocos con la mejor de las intenciones escriban sobre la vida y el recuerdo de unos muchos. ¡Que atrevimiento!... ¿Cómo podemos evitarlo? De nuevo, vuelve a la carga verbal el orador...

Insisto, todos tenemos miles de anécdotas que contar, episodios más o menos afortunados, experiencias, sensaciones de vida etc. Pero no se trata ni queremos reflejar la biografía de todos/as de cada uno/a no, en nuestro caso, solo necesitamos recopilar las circunstancias que rodearon, nuestras vidas en aquellos tiempos en los que sufrimos o disfrutamos en calidad de internos en los colegios de la Inmaculada y Carabanchel Bajo.

¡Cuántas veces! habrás comentado y relatado las anécdotas más graciosas o pintorescas, de tú estancia en estos centros de internado y estudio, en ocasiones

por ser reincidentes, hasta nos podrían tachar de pesados, de aburridos de contadores de batallitas. Vamos a evitar estos cariñosos reproches, para ello, vamos a proponer y ofrecer nuestra colaboración, para ello, debemos lograr que una parte del contenido de nuestras mochila se descargue en un libro y de esta forma, ya no nos preocupen perder o tirar a la papelera de reciclaje aquello que te pueda interesar o nos pueda interesar a muchos, de esta forma aliviaremos el peso a soportar y tendremos más y mejor ordenada nuestra mochila del pasado por otra parte a disposición del presente. Así que un consejo...

Si estás de acuerdo conmigo... Te repito, no lo digamos, vamos a escribirlo... ¿Te parece?...

Me parece, pero hay un problema.... ¿Cuál? Pregunta intrigado el amigo orador...

Muy sencillo...yo no sé me explicar como tú lo haces, te diré que me resulta muy fácil recordar, pero muy difícil contarlo y todavía peor el escribirlo.

De acuerdo, no es fácil escribirlo, pero eso es lo de menos, lo importante es recordarlo que para escribirlo académicamente estará la Asociación, seguro que si logramos sacar adelante la idea, la Asociación se encargará de todo, crear el equipo, ordenar y corregir los trabajos y lo que es hoy sumamente difícil, lograr editarlo.

Escúchame bien, te vuelvo a aquella frase de autor desconocido, muy popular entre los pínfanos/as «Aquello que ha ocurrido, si no se cuenta o escribe, parece que nunca ocurrió» y a nosotros la vida en los internados, en el compañerismo, en la solidaridad y como en el matrimonio, en lo bueno y en lo malo, sí

que ocurrió... ¡no lo tiremos por la borda! Muy animado continúa hablando el iniciador de la idea....

Además, si se te da mal escribir, tienes pereza o no quieres, ya sabes que en un libro, no solo vale el escribir, también tiene vital importancia al recordar, ponerle cara, a personas, lugares, monumentos, etc. ya conoces aquella famosa frase «Una imagen vale más que mil palabras» si puedes, busca en el fondo de tus cajones, de tus cajas de cartón o metálicas, hurga en el baúl de tus recuerdos y recopila cuantas fotos sea posible de aquellos tiempos en los que conviviste con más de un centenar de compañeros, inmersos en la vida de estudiante interno y en Madrid, arropados por el uniforme, jóvenes atrapados, es decir (atrapados en el trapillo) o lo que es lo mismo fotos en las que se desprenden, de las imágenes en blanco y negro la veteranía, la experiencia de ser interno, la amistad que esos años gozábamos hasta las cejas, esas fotos que seguirán siendo tuyas pero que facilitarán en gran medida el proyecto del libro.

¿Y después qué...? Después... Como ya te he dicho, entra la Asociación de Huérfanos/as del Ejército, esta dará el espaldarazo final a tu colaboración, tras complicadas y complejas gestiones, seguro que llegará a materializarse el libro, ella, se encargará de todo lo referente a su publicación y puesta en servicio, a cambio de nada, pero en favor de muy buenas causas. Un nuevo, silencio surge entre los dos amigos recién encontrados... ¡Acepto tu propuesta! Sonrisas y promesas de futuro... El orador, le garantiza, seguro que si sale adelante, saldrá bien y muchos de nuestros a antiguos compañeros nos lo agradecerán.

Ahora es el oyente quien se gira y solicita, al camarero.... ¡Dos cañas! Que la idea se lo merece.

Ambos levantan sus vasos, se miran el uno al otro,
brindan por la idea, la convención del Día del Píñano
continúa...

HASTA DONDE EL CORAZÓN LLEGUE

Paloma Martínez de Tejada Gil

Era una calurosa noche de verano del 98, ansiosos por la esperada y tardía llegada del bus que nos traería al pequeño Jatri. Algo que nos producía mucha expectación, pero que a la vez deseábamos mucho.

Éramos varias familias las que estábamos esperando la venida de esos niños que no parecían llegar nunca y pensando que después de un largo viaje estarían muy cansados, pasarían con nosotros unos días muy intensos en los que viviríamos por lo menos una gran experiencia tanto para ellos como para nosotros.

Después de casi una hora y media de retraso por fin vimos llegar el bus, ya estaban aquí, estábamos nerviosos por saber quién sería nuestro niño, teníamos muy pocas referencias de él y por fin ya habían llegado; cuando se abrieron las puertas y empezaron a bajar del bus niños con caritas de susto, intentábamos buscar y saber cuál sería el nuestro, solo sabíamos que tendría alrededor de 5 años, pero con esa poca información poco podíamos descubrir, al fin y al cabo eran todos muy parecidos, eran unos pequeños niños al borde casi de la desnutrición. Aunque para algunos era la segunda vez que venían a pasar el verano con familias españolas. En las caras de estos pequeños se reflejaba la dura e injusta vida que les había tocado vivir.

Según bajaban del bus se iban colocando en fila, el

estado general de esos niños era casi lamentable, algunos venían hasta sin zapatos, solo con una pequeña bolsa de plástico atada a la cintura con una cuerda y cuatro galletas, más una pulserita hecha de piedras para las madres españolas como único equipaje. Viajaban con sus monitores, todos ellos saharauis, que les iban nombrando y entregando a cada familia. Nos acercaron aquel pequeño y asustadizo niño de una timidez y sumisión total.

Intenté abrazarlo y me di cuenta de que era como algo terrible para él, al fin y al cabo venía de un lugar donde las mamás son las únicas que abrazan y yo era una extraña. Por fin habían llegado y lo único que queríamos era llegar a casa y comenzar esos días de vacaciones para él, intentando que todos disfrutásemos lo más posible.

Después de tantas horas de tensión y de espera llegamos a casa y ver la carita de sorpresa por lo que él estaba descubriendo fue todo un espectáculo, muy emocionante. Era muy tarde y lo único que deseaba era dormir.

Después de bañarlo y tomar un vaso de leche lo metí en la cama. Me quedé observándolo un ratito cuando vi que se levantaba y se tumbaba en el suelo. Me tiré más de medianoche metiéndolo en la cama y él bajándose al suelo una y otra vez. No había manera de que comprendiera que la cama era donde tenía que dormir.

Así transcurrió esa movidita noche para los dos.

Al día siguiente y bien tempranito me levanté para empezar y programar lo que sería su primer día con nosotros. Lo primero era equiparle, venía sin ropa ni siquiera tenía unos zapatos, Me llamó la atención que

cualquier cosa, hasta lo más cotidiano, le producía sorpresa. Como los grifos, ponía el dedo debajo para que dejase de salir el agua poniendo todo empapado, los cristales de las ventanas con las que se daba coscorriones constantemente, las escaleras de la casa que subía a gatas con mucho miedo. Él no había visto nada de esto jamás. Vivía en una jaima en un campamento de El Aaiún. Si no hubiese sido por la pena que me producía esa situación me hubiera reído, era algo increíble.

Por fin salimos a la calle para coger el coche, cuando de repente se puso a reír a carcajadas y al preguntarle qué le pasaba se puso a negar con la cabeza, no podía ser que una mujer condujera un coche, eso divirtió a mis hijos y a mí, terminamos todos riéndonos, aunque en el fondo el pobre iba muerto de miedo, no se fiaba un pelo de que una mujer fuera capaz de llevar un coche.

Emocionante fue la llegada al gran centro comercial donde descubrió que las puertas de cristal se abrían y cerraban al detectar a las personas, Jatri se pasó entrando y saliendo un buen rato, me miraba como preguntándome cómo era posible que eso pasase.

Por fin, después de un largo rato de abrir y cerrar puertas, le convencí de que teníamos que seguir, teníamos que comprar, fuimos de tienda en tienda para equiparle, empezando por la zapatería, la cara del vendedor era un poema, tuvimos que probar varios zapatos hasta dar con su número. Cuando conseguimos ponerle los zapatos, él se puso de pie mirándose los pies y mirándose con sorpresa, sin saber si eso que de repente le habían colocado lo tendría que llevar un ratito o todo el tiempo.

Al fin y al cabo él estaba acostumbrado a sus callos y durezas, ya no le dolían, le molestaba mucho más tener que llevar esas cosas llamadas zapatos en los pies.

Después de un largo rato entre la zapatería y ropas, de estar quitándose los zapatos a cada momento y yo poniéndoselos, le convencí de que tenía que dejárselos puestos, aunque yo sabía que no le gustaba nada.

Lo más importante ya estaba, me angustiaba que fuera descalzo, era hora de continuar con la compra del supermercado, eso sí que le entusiasmó, cogimos un carro y empezamos con nuestra compra; al ver que yo metía lo que necesitaba dentro, él comenzó a meter en el carro todo lo que veía. Otra vez intenté explicarle que solo había que coger lo que se necesitaba, pero él seguía metiendo cosas y yo sacándolas, tengo que reconocer que ha sido la compra más divertida que he hecho nunca.

Por fin, volvimos a casa. Empezaba ya el día a día con normalidad. Sabiendo que tendríamos que hacer una serie de cosas diferentes, se trataba de que este pequeño disfrutara de algo que ni sabía que existía. Nos quedaba la visita al dentista y al oculista. Estos niños cuando vienen tienen una serie de carencias tan enormes, tanto de alimentación como de cualquier otro tipo, que cuando están aquí hay que intentar remediarles lo más básico, tampoco están demasiado tiempo como para ponerles en forma, así que el oculista y el dentista es lo primero, muchos necesitan gafas o no tienen dientes y eso se intenta arreglar.

Poco a poco empezó a integrarse, a jugar con mis hijos y con otros niños, aunque conmigo seguía teniendo sus reservas porque yo era una mujer y eso

no le permitía darme un abrazo con las ganas y naturalidad que seguramente le hubiera apetecido.

Empezó a comer y a adaptarse a la vida de aquí. Quitando alguna cosa que le seguía asustando de una manera exagerada. Intentamos que se bañara en la piscina y eso fue tarea casi imposible. Ahora, después de tanto tiempo, me pregunto qué pensaría, que le pasaría por la cabeza para tener tanto pavor. Igual creía que le dejaríamos ahogarse.

Pobre, ahí sí que le vi llorar y decidí no insistir, a pesar del calor de ese verano.

Fueron pasando los días y aquel tímido niño se fue integrando. Sabíamos que tendría que volver y, poco a poco, el sentimiento de tristeza se apoderaba de todos. Era casi seguro que nunca más volvería, solo nos quedaría el contacto por carta y con el tiempo ni eso.

Llegó el momento de su marcha, los organizadores nos habían dado una serie de recomendaciones para que la hora de separarnos fuese lo menos triste posible.

Ellos habían pasado un verano que nunca más volverían a pasar.

La costumbre era mandarles regalos a sus hermanos y madres. Pero lo mejor de todo era ese dinero con el que poder comprar cosas, todas ellas de primera necesidad.

La recomendación era coserles en los dobladillos del pantalón un rulito con dinero para que no lo descubrieran jamás los padres, nos habían dicho que era muy importante que fuese así. Tenía que llegar directamente a las madres, ellas sabrían darle el uso adecuado al dinero, tenían la seguridad de que siempre se emplearía bien.

Otra cosa sería la ropa, los juguetes o cualquier otra

cosa, eso lo llevarían en una maleta siempre. Maleta más grande que ellos, pero que no importaba si la tenían que arrastrar, era su maleta, su gran tesoro, y la llevaría a su lugar de origen, aunque posiblemente no volviera a utilizarla nunca más, serviría esa maleta para jugar o para llevar algún animalito de un lugar para otro.

Llegó el triste día de la despedida, a diferencia de la llegada se juntaron todos los niños en el mismo lugar, llenos de regalos y todos más gorditos, limpios, peinados y con grandes maletas, llenas de cosas no solo para ellos sino también para las familias. La pena de dejarlos marchar se mezclaba con la alegría de saber que sus familias estarían ansiosas por volverles a ver. Y quién sabe si hay suerte y podrían repetir otro año.

Nos encontramos con los monitores, que volvían a pasar lista y después de un gran abrazo iban subiendo otra vez al bus que les llevaría hasta el avión ya de vuelta a casa. Las lágrimas y el sentimiento de vacío inundaban aquel lugar. Sabíamos que era posible no volverlos a ver.

Como era de esperar, pasó el tiempo y cada vez supimos menos de ellos. La tristeza del principio se convirtió en costumbre hasta dejar de doler y al final hasta olvidar. Han pasado muchos años y aunque alguna vez he recordado aquellos momentos y he pensado que sería de aquel pequeño niño, nunca más volví a saber de él.

Hasta hace unos meses que me pidió amistad por face un chico de unos veintitantos años. Tengo que reconocer que al principio rechacé de inmediato la amistad, no tenía sentido que me pidiese amistad un

marroquí. Aunque me quedé pensando y me di cuenta de que ese chico se llamaba como aquel pequeño niño saharauí que pasó un verano conmigo.

Me entró un poco de angustia, lo había rechazado del todo y era incapaz de encontrarlo.

Pensé en no torturarme, podía ser él o no. Posiblemente Jatri sea un nombre muy común en Marruecos.

Hasta hace poco que me volvió a llegar una solicitud de amistad con el mismo nombre. Era el mismo chico de la otra vez, no se había dado por vencido y lo volvió a intentar. Ahora sí que sí, era Jatri.

Hablamos mucho, largo y tendido, se sentía muy orgulloso de haberme encontrado, estaba estudiando en la universidad de Argel y presumía de mamá española, me enseñaba por todos los sitios, les decía a sus amigos que su madre de aquí era como las que salían en las películas americanas. Ahora todos sus amigos quieren conocerme. Ya habla español algo mejor, aprendió a escribir aunque con muchas faltas de ortografía, pero es capaz de comunicarse conmigo.

Lo cierto es que aquel pequeño niño desnutrido ha crecido, sigue acordándose de aquello a pesar de los años, fue una experiencia para todos. A día de hoy me quedan todavía muchas dudas si es justo traerse niños para que conozcan y vivan lo que ellos jamás podrán tener. ¿Es bueno ponerle la miel en los labios?, aunque sabemos que muchos no llegan a mayores por la cantidad de carencias y las condiciones que se encuentran.

Me preguntó si es mejor dejarles en su medio y que no conozcan nada más, a fin de cuentas lo que no se conoce no se echa de menos. Es triste saber que todavía hay personas que viven en unas condiciones

tan extremas y aun así son capaces de sonreír y hasta ser felices con poquito.

He aprendido que la felicidad hay que buscarla, que tener sueños es gratis y maravilloso, que la vida es un momento, que una sonrisa a tiempo puede alegrar a los demás. Que no siempre somos capaces de valorar lo que tenemos, que lo que condiciona la vida de las personas es el lugar y la familia donde naces. Que a pesar de las desigualdades hay cosas que pertenecen a todos sin diferenciarnos.

Que no solo hay estrellas en el cielo, que algunas están en la tierra y con sus actos y su vida nos iluminan. Solo tenemos que creer en ello; al final siempre las encontraremos.

EL BELÉN

Natividad Jaime Santamaría

En los años setenta, hubo una película titulada «Se armó el Belén», la protagonizaba Paco Martínez Soria, era entretenida sin grandes pretensiones y en mí evoca un sentimiento especial; en la madrugada del cinco de octubre (hace ya bastantes años) mientras la veía en televisión, sentí los dolores de parto del que iba a ser mi tercer hijo; tenía dos niños. Ya hacía tiempo que con mi marido habíamos decidido su nombre, si era niño, se llamaría Jorge y si como deseábamos era una niña se llamaría Belén y, mira por dónde, estábamos viendo esa película cuando empezó a llamar a la puerta.... Me pareció una grata coincidencia y como se cumplieron nuestros deseos de que fuera una niña, ese es su nombre.

Todo esto puede servir de preámbulo al relato que bien podría llevar el título de la película.

Cuando en verano, en días de calor extremo deseaba un poco de fresquito, me parecían muy lejanos los momentos en que el frío me haría quedarme en casa. Sin embargo, los días pasan, se acaba el calor, el otoño toca a su fin.

Estamos en Diciembre, el invierno todavía no ha entrado de forma oficial, hoy ha amanecido un día estupendo, cielo azul, un sol que brilla espléndido pero como hace ya un montón de días sopla un fuerte viento y hace frío, los ánimos de salir a la calle se desvanecen; ya veo que será otra clásica tarde “de sillón y mantita”, en otros lugares, dirían “brasero y falda camilla”.

Hemos terminado de comer, casi me he adormecido acurrucada en el sofá al calorcito de la calefacción, tengo un libro en las manos que casi se me cae cuando me sobresalto, me parece escuchar que alguien toca el timbre, luego, ante la insistencia me doy cuenta de que suena de verdad; ¿quién llamará a estas horas? quien sea se muestra impaciente. Cuando abro la puerta entra corriendo mi nieta, es como un torbellino, mientras, de forma atropellada pregunta ¿yaya, ya podemos?, ¿yaya, ya es el momento?, ¿lo tienes todo?, por fa, por fa ¿empezamos ya? Casi no acierto a adivinar a que se refiere y a que vienen tantas prisas; cuando logro calmarla y hacer que hable despacio se me enciende la bombilla, caigo en la cuenta de lo que intenta decirme y entiendo su estado de nerviosismo.

Ella acude a un colegio religioso y no hace demasiados días que empezaron a hablarle de la Navidad, le explicaron su significado y le contaron las tradiciones propias de esta celebración. Cuando vino a verme quiso que le contara cosas del Niño Jesús, y al recordar que en casa me había visto poner el Nacimiento en años anteriores, preguntó: ¿Yaya, cuando se pone el Belén?, ¿podré ponerlo contigo? No podía negarme, de hecho, no le suelo negar nada pero le di largas y le dije que lo pondríamos una vez pasada la fiesta de la Inmaculada. En días posteriores le fui respondiendo a un montón de preguntas relacionadas con la Navidad. Y ahora, aquí estaba, se había cumplido el plazo, había llegado el momento y como cualquier niña de su edad estaba impaciente por empezar. Salió lanzada hacia la habitación que habíamos destinado para ese fin.

Ya hacía días que su abuelo había traído a casa todas las cajas que contienen todo lo necesario para montar

el Belén así que sin perder tiempo empezamos a desembalar y clasificar todas las cosas. En un apartado las figuras, otro grupo con animales, en otro todas las casas, luego los puentes, el río, las piedras, los árboles, las luces, los papeles, las telas, ... etc.... etc.

Miramos si hay figuras deterioradas por si hay que sustituirlas. De todas formas, habrá que comprar alguna porque cada año salen novedades.

Una vez todo ordenado llega el momento de empezar el montaje.

Primero había que montar el escenario, para eso tenemos una mesa en forma de ele que da mucho juego. Ahora hay que forrar la pared con un papel que tiene un paisaje adecuado y que es muy bonito. Después hacemos desniveles en el terreno y para eso empleamos cajas de distintas formas y tamaños. Una vez hecho, toca cubrir todo con telas; me sirven unos manteles en los que domina el verde y a continuación echamos por encima serrín de distintos colores y algo de gravilla. Dejo que ella vaya haciendo. De vez en cuando me mira para ver si lo está poniendo bien y yo, asiento.

Conforme vamos avanzando, mi nieta no para de hacer preguntas: ¿Yaya, tú de pequeña también hacías el Belén? ¿Tenías muchas figuritas? ¿El río también lo hacíais con plata? ¿Ayudabas a tu mamá? ¿¿¿¿???

Quiero contestarle a todas sus preguntas pero... ¡han pasado tantos años!

Empecé a recordar, todo quedaba tan lejano que tuve que esforzarme, solo tenía 4 años al morir mi padre y por tanto hubo pocas Navidades pasadas en familia; mis recuerdos se reducían a muy poca cosa: una pared forrada con un papel azul y pegadas en él algunas

estrellas de papel de plata, (seguramente procedían de algún paquete de cigarrillos), del montaje se encargaba papá y las casitas eran de corcho y tenían el techo rojo y unas ventanitas. Durante un montón de años las tuvo guardadas mamá y al final se las dio a mi hermana cuando nació su primer nieto. No recuerdo en absoluto ninguna figura, ni siquiera las más tradicionales. No pude contarle mucho, después de morir papá ya no se puso más. Hasta aquí llegaban mis recuerdos del Belén de casa.

Si que recuerdo con un poco más de precisión como era el Belén del colegio. No es de extrañar ya que allí pasé muchas Navidades

Se instalaba en la antecapilla; era una sala grande que como su nombre indica estaba antes de entrar a la capilla. Todo un lateral se empleaba para montar el Belén; era grande, muy bonito y lo recuerdo espectacular; quizás se deba a que yo era muy pequeña y las cosas se magnifican.

Las monjas se tomaban su tiempo, empezaban los preparativos con bastante anticipación. A veces, si nuestro comportamiento lo merecía, nos dejaban que participáramos en su elaboración. Lo hacían con desniveles, las montañas parecían de verdad, su color marrón claro como la canela supongo procedía de papel de embalar arrugado; no faltaba ni un detalle. Aquí el río con su puente, allá el ángel encaramado a un árbol anunciando la buena nueva a los pastores que estaban rodeados de corderos. Por allí alguna casita con sus habitantes, el castillo en lo más alto, en la lejanía los reyes montados en sus camellos sin faltarles los pajes. En lugar predominante el portal con unas figuras preciosas y a él poco a poco se iban

acercando los pastores con sus regalos. Cuando llegaba el día de Reyes, se ponían delante del portal unos reyes que ya habían abandonado sus camellos y postrados, ofrecían el Oro, el Incienso y la Mirra. Tampoco faltaba un cielo estrellado.

Siempre estaba en el mismo sitio, siempre parecía el mismo pero cada año tenía nuevos matices y a las que pasábamos la Navidad en el colegio nos alegraba contemplarlo. Allí cantábamos algunos villancicos preciosos; no eran los tradicionales, puedo decir que no los he oído tan lindos.

La gente del pueblo que venía a celebrar la Misa del Gallo, entraba a visitarlo y ensalzaban la labor que habían hecho las monjas.

Al contarle todo esto a mi nieta tengo que explicarle también que son los presentes que los Reyes llevan al Niño ¿qué es el incienso?, ¿y la mirra? son palabras que ella no ha oído nunca y no puede entender. Mientras tanto nuestro Belén va tomando forma; ya están colocadas las casitas formando pueblecitos en los que no falta una placita, en el centro, la fuente con la mujer del cántaro, la castañera, la vendedora de fruta, un panadero, un herrero, algún hombre con zurrón, otro llevando al burro de la rienda. A la salida del pueblo ponemos la posada y también un huerto con sus tomates y zanahorias sin que falten algunas herramientas: “jadíco”, pala, regadera... Por el campo, un pastor guiando una yunta de bueyes, una pastora seguida por una hilera de patos...

En un risco hemos colocado al ángel anunciador al que los pastores miran asombrados mientras se calientan alrededor de la lumbre; sus corderos, andan entre la hierba muy cerca de la cascada que cae al río

hecho de plata al que bordeamos con piedras, en su ribera, colocamos un par de pescadores y una lavandera con su librito y su cesto lleno de ropa; también ponemos un par de puentes que lo cruzan. No muy lejos hay una granja con su pajar; por allí merodean cerditos, pollitos, gallinas, gallos, pavos y alguna vaquita, también una jaula con conejos y en un rincón un ponedero con huevos. Tampoco falta el molino con sus sacos de harina y un pequeño estanque con patos y cisnes. Aquí y allá vamos poniendo árboles, arbustos y hasta algún ratoncito que otro corriendo entre las piedras.

No puede faltar el castillo del rey, es más grande que las casitas, tiene torreones y lo situamos en lo más alto con un guardia a su puerta.

En un rincón, como si fuera una cueva, colocamos el portal, inconfundible con su estrella en lo alto y dentro el Niño Jesús, María, San José, la mula y el buey. Este año me he tomado la licencia de poner a la entrada una pareja de la Guardia Civil que me han mandado desde Andalucía que por lo visto allí es bastante típico y la verdad es que queda graciosa.

Hasta allí van llegando los pastores llevando sus presentes; uno un pollo, otro un conejo, no falta una hogaza de pan, una jarrita de leche? ¿o puede ser miel?, entre dos pastores llevan un corderito... Los Reyes aún están lejos, faltan días para que lleguen. Poco a poco se irán acercando.

Vamos dando los últimos toques, miramos si falta algo, encendemos las luces de colores que hemos ido poniendo entre las casitas y vemos que nos ha quedado precioso; mi nieta aplaude entusiasmada mientras da el último repaso y pregunta: ¿te gusta?,

¿verdad que ha quedado bonito? Lo damos por terminado; hemos pasado unos ratos entrañables y de mucha complicidad.

Ahora hay que llamar a la familia para que nos dé el visto bueno; conforme lo van visitando, la nena les da explicaciones de cómo lo hemos hecho y les avisa: “se mira pero no se toca”, solo ella tiene esa potestad. Está emocionada y pide que hagan fotos para poder enseñarlas a sus compañeras y profesoras.

No es un Belén con pretensiones ni tecnología pero está hecho con mucho cariño.

En días sucesivos ella se encargará de darle movimiento, irá cambiando las figuras de sitio, los pescadores irán recorriendo el río buscando buena pesca. Los animalitos parecerá que tengan vida propia porque no estarán nunca en el mismo sitio. Los pastores se irán acercando cada vez más al portal siguiendo los caminos marcados y los Reyes cruzarán el puente para llegar a tiempo de adorar al Niño.

Cada día el Belén será distinto, ella se encargará de encender las luces que además al encenderlas tienen fondo musical de villancicos. Disfrutará así y yo más viéndola.

LA GALENA

Francisco Antonio Álvarez López

A mediados de los años sesenta, me encontraba yo interno en el CHOE de Carabanchel, Madrid, donde mi principal distracción era escuchar la radio por la noche con un aparato un tanto arcaico ya por aquel entonces. Se trataba de una radio galena. Consistía aquel instrumento en una cajita de plástico con un cable que hacía de antena, otro cable que conectaba al radiador que había al lado de mi cama y un pequeño auricular.

En cierta ocasión y por mera curiosidad, pues era todo un misterio que aquello funcionara sin enchufarlo a la corriente y pilas que ponerle, abrí la cajita para ver su contenido y todo el misterio consistía en una bobina, un diodo y un condensador variable. Increíble que aquello tan simple funcionara, pero lo cierto es que así era para mi goce, diversión y entretenimiento.

Después de mi internado en Madrid, estudié en Valladolid la carrera de Magisterio la cual, una vez terminada, comencé mi andadura profesional en un pueblecito del norte de la provincia de Palencia.

Allí pasé los primeros años de mi nueva vida, recorriendo todo aquello que hasta entonces era desconocido para mí, como es el maravilloso arte románico de toda la provincia palentina.

El pueblo que me asignaron era más bien pequeño, agrícola y ganadero, con su preciosa iglesia románica

—por supuesto—, una pequeña ermita a la salida, donde comienza la montaña, mi escuela y el río que serpenteaba todo a lo largo del campo comunal donde pastaba el ganado.

En la escuela solo tenía un grupo de alumnos por lo que había niños de los dos sexos y de distintas edades. Es inevitable que siempre hay alguien que sobresale por alguna circunstancia y a mí me llamó la atención desde el primer momento Toñin, un niño de apenas ocho años que acudía puntual todos los días, un tanto desaliñado pero siempre sonriendo.

Preguntando a unos y otros, pude averiguar que la madre de Toñin, una viuda llamada Isabel, tenía otros dos hijos, Manolito y Maribel, sin más ayuda para su mantenimiento que dos cabras, unas cuantas gallinas y una pequeña huerta en la parte posterior de su casa, apenas una cabaña con las paredes de adobe y con el piso de tierra.

Pronto llegaría la Navidad y aquella tarde le dije a los niños que hicieran una redacción sobre la misma y que aprovecharan para pedir un regalo a los Reyes Magos.

Una vez recogidos todos los trabajos, leí con avidez el relato de Toñin, pues estaba muy intrigado en saber que podía pedir aquel niño tan humilde. Fue una grata sorpresa para mí ver aquel contenido y se me agolparon en la memoria recuerdos imborrables de mi vida de internado. Toñin pedía a los Reyes nada más y nada menos que una radio, porque se había enterado de que algunos vecinos del pueblo tenían aquel extraño artefacto por el que se oían toda clase de cosas maravillosas.

Inevitablemente sonreí con una satisfacción indescriptible porque vislumbraba el desenlace de esta

agradable historia.

Mi radio galena del colegio de Madrid, que yo había tenido guardada como un pequeño tesoro desde hacía tantos años, ya tenía un heredero: Toñin, el hijo de Isabel.

Aquel sábado por la mañana y a primera hora, fui con mi radio galena envuelta en una caja de cartón y entregándosela a Isabel, le dije: Estos son los Reyes de Toñin, pero, por favor, en absoluto le diga que yo formo parte de este asunto. Esto es cosa exclusiva, como digo, solo de los Reyes Magos.

Pasadas la Navidades y ya de vuelta a la Escuela, se me presenta Toñin con su galena en la mano diciéndome a voz en grito: Mire señor maestro. Los Reyes Magos existen. Claro que existen, Toñin. ¿Como has llegado a saberlo? Porque esto nunca me lo podría haber comprado mi madre.

Aquella cara feliz me contagió una alegría tan grande que cada vez que me acuerdo de Toñin con su regalo en la mano, imposible reprimir una sonrisa en mi rostro, una gran paz interior y tantos recuerdos hermosos de mis noches de internado oyendo mi radio galena.

BELLOS RECUERDOS

Luis Rodríguez Varea

*Dedicado a mis «casi» hermanos PÍNFA-
NOS.*

En distintas ocasiones participé en los Concursos literarios con motivo del Día del Pínfano, y en tres de ellas y al margen de la alegría de colaborar, conseguí tres segundos premios y por ello recibí mis correspondientes preciosas estatuillas del PÍNFA-NO/A, lo cual y es natural me colmó de satisfacción, ya que escribir y recordar temas sobre nuestros Colegios, se me antoja algo difícil pero también verdaderamente emocionante, porque al tratarse de asuntos del CHOE, es que me animo y me inspiro, y pienso que nosotros somos personas de categoría, ya que nuestros años en los respectivos Centros, nos sirvieron y valieron de acicate para abrirnos todas las puertas y dificultades de la vida.

Me viene a la mente a modo de trampolín que me introduce en retroceso en un enigmático túnel del tiempo el verano de 1953, que tras mi primer año de ingreso en La Inmaculada, acudí al pueblo de mi infancia, allá en el antiguo Protectorado de España en Marruecos, y en el primer domingo de las vacaciones veraniegas, mi madre (que gran mérito, valor y enorme sacrificio entonces quizás incomprendido por nuestra parte de nuestras madres), me hizo ir a Misa con el uniforme de PÍNFA-NO.

Que dificultad encuentro al relatar aquella emoción al acercarme a Comulgar con mi pantalón corto, mi

chaqueta con el escudo sobre las solapas y mi gorra al estilo militar apoyada sobre mi mano derecha, y sobre todo lo que llamó la atención en la abarrotada Iglesia Parroquial de San José, y posteriormente en toda la localidad entonces llamada Villa Sanjurjo (hoy Alhucemas).

¿Qué significaba aquel uniforme? ¿Qué era un PÍNFANO? ¡Creo que se enteró todo Marruecos!

Y memorizando con gran alegría aquellos años, aquellos eventos y tantas aventuras, casi sin darme cuenta vuelvo a introducirme en el citado túnel, y recuerdo entre otras muchas, una de las grandes travesuras:

Sería sobre el Curso 1.955/56 y ya en Carabanchel Bajo (Colegio Santiago), con motivo de la Festividad de nuestra Patrona «La Virgen Inmaculada», se había engalanado monumental y preciosamente el Altar de la Capilla, formándose una especie de escalera que culminaba con la preciosa estatua de la Madre de Dios.

Todo verdaderamente encantador, pero... ¿Como habían construido los bien ordenados escalones?

Aquí entramos mi pandilla de íntimos (Pereyra, Matos, Emilio (q.e.p.d.), Zamora, Poch, Padilla el canario... etc.), cada uno ocupaba en los pasillos un lugar estratégico para vigilar y dar el posible ¡Queo!, ¡queo!, Pereyra y Emilio junto a este cronista, entramos por la Sacristía y con gran sorpresa y mayor alegría descubrimos que debajo de las blancas sabanas habían montado los distintos escalones con unos largos tablones y... ¡y con preciosas y encantadoras latas de cinco kilogramos de leche condesada!

¡Menudo tesoro escondía nuestra Santísima Virgen! No era cuestión de perder el tiempo. Así que cogimos

una que reemplazamos con unos ladrillos de las obras de reformas de la piscina y... ya nos figuramos todos la continuación.

Días después, y tras los empalagos y las respectivas descomposiciones de campeonato, quizá la siguiente semana ¡Fuimos todos castigados!

Aun hoy nos preguntamos ¿cómo se enteraron? ¡Solo Dios lo sabe!

Los PÍNFAÑOS/AS (palabra que siempre uso en mayúsculas), somos o formamos “familia”. No tenemos parentesco de consanguinidad, pero un día compartimos aulas, comedor, recreos, dormitorios... y a veces tuvimos incluso más vivencias y roces que con cualquier autentico hermano, y cada cual nos rodeamos a lo largo de aquellos años de internado de unos compañeros, amigos íntimos, ”tu grupo” a los que llegamos a apreciar y querer como a un hermano de verdad, y que jamás lo olvidamos en el transcurso de nuestras vidas, y cuando tenemos la suerte de encontrarnos (muchas veces gracias a nuestras Reuniones), es una de las grandes alegrías y satisfacciones que la vida y sobre todo el TODOPODEROSO nos regala y concede.

EL DÍA DEL PADRE

Natividad Jaime Santamaría

Hoy es uno de los muchos días de invierno en los que sopla el viento con fuerza y hace mucho frío, toca quedarse en casa y solo apetece acurrucarse en el sillón en compañía de un buen libro o mirar la televisión. Desde hace días, lo que hay, es un bombardeo continuo de anuncios, casi no se han apagado los ecos de la Navidad en los que se anunciaban diversidad de productos a cada cual mejor, eran fechas en las que da la impresión de que estemos en la obligación de regalar a todo el mundo, hombre, mujer, amigos, niños, compañeros.... Después llegó San Valentín; todo para los enamorados: flores, perfumes, libros, ropa etc. Los grandes almacenes saben tocar la fibra sensible. Ahora llega el día del padre, vuelven los consejos, hay que agradar a papá y comprar todo lo que de forma muy sugerente te anuncian, no falta de nada, desde relojes, móviles, libros electrónicos hasta viajes maravillosos...incluso billetes de lotería especial para ese día; es difícil elegir lo que más le va a gustar.

Ya he visto bastante, cojo el libro e intento meterme en la historia, leo y releo pero no soy capaz de concentrarme aunque me gusta de verdad; mi mente vuela años atrás.

No recuerdo bien cuantos años tenía, seguramente, entre 13 y 14.

Estoy en Aranjuez, en el colegio, mi hogar durante los nueve meses que dura el curso desde que llegué con 7 años, es la hora del recreo del mediodía, estamos

en el patio acristalado entretenidas jugando en los bancos de granito, unas a las piedras y otras a las tabas mientras nos llega el turno de montar en bicicleta; las han traído los Cristinos junto a patines, balones y otros juegos en su última visita y hacen las delicias de todas nosotras.

Hablamos de temas intrascendentes, contamos nuestras cosas y algún que otro chiste o anécdota, también hay tiempo para quejarse de algo, dentro de un internado no hay demasiados temas de conversación, las monjas nos dicen claramente que estamos allí para educarnos y estudiar. Ya es el mes de Marzo, el sol calienta y se está a gusto. En un momento todo cambia, una de nosotras hace una pregunta: ¿recordáis que se celebra hoy?, de momento la miramos sin saber que quiere decir y entonces ella misma nos lo aclara: HOY ES EL DIA DEL PADRE.

Se hace el silencio, todas sabemos que es San José, para mí además tiene significado especial ya que era el nombre de mi padre y es el de mi hermana pequeña. En la capilla hemos rezado el “septenario” pero ninguna habíamos pensado en esa celebración. Yo digo entonces muy seria “os dais cuenta lo que supone celebrar el día del padre en un colegio de huérfanas”, se hace el silencio y una rompe el hielo sugiriendo la idea de que contemos cuando y como fuimos conscientes de que ya no teníamos padre. Nos parece bien.

Una tras otra vamos desgranando nuestros recuerdos haciéndonos partícipes de lo que sucedió años atrás.

Yo tengo que remontarme mucho ya que mi padre murió cuando solo tenía cuatro años, me veo junto a mi hermana vestidas de negro de pies a cabeza lo

mismo que mi madre y en mi mente hay muchas lagunas de los años inmediatos al fallecimiento; con el tiempo se fueron llenando gracias a los recuerdos que contaban los que estaban a mi alrededor: así sé que perdí la gana de comer hasta el punto de preocupar a mi madre, también he sabido que como un perrito fiel acudía al cementerio en cuanto tenía ocasión, pero otras muchas cosas han quedado para siempre en el olvido..., no tengo recuerdos de vida en familia, ni de navidades ni de cumpleaños, ni siquiera de vivir con un bebé en casa. No obstante, algunos “flas” se repiten con asiduidad.

Vivo en un pueblo y en aquellos años todavía los niños jugábamos en la calle, no había peligro, además al ser una calle estrecha raramente circulaba algún vehículo. Tampoco había distinción de sexos, niños y niñas jugábamos juntos y lo mismo hacíamos carreras, pensábamos alguna travesura o hacíamos banderetas con las que adornábamos la calle el día del patrón con una buena “chocolatada”; todos éramos una piña y cualquier cosa servía para hacernos felices. Fue una tarde en que la diversión se trasladó a casa de uno de los niños al que habían regalado una máquina de cine cuando fui consciente de mi condición de huérfana; todos formamos una fila para acceder a la sala de proyección, (el comedor de su casa), había que pagar 10 céntimos, cuando llegué yo, el dueño le dijo al que cobraba “a esta no le cobres que no tiene padre”, yo entré tan ufana y siempre he recordado ese momento.

En otra ocasión, en la calle, uno de nuestros entretenimientos consistía en empujar la puerta de un establecimiento y salir corriendo, aunque lo hacíamos en todos, teníamos predilección por un quiosco cuyo dueño era muy mal carao y al que teníamos verdadero

pánico aunque eso no impedía hacerle siempre la misma jugarreta. Pues bien, uno de esos días al salir corriendo perdí un zapato, aquel hombre que siempre salía tras nosotros a ver si pillaba a alguno se hizo con él y se lo llevó a su tienda imenudo trofeo! yo lloraba desconsolada. ¿Cómo iba a presentarme en casa sin zapato? Mi madre me mataría. En aquel momento nos reunimos todos y se formó un comité (todo chicos) para ir a suplicarle que me lo devolviera y el argumento esgrimido como no podía ser otro fue: “es que no tiene padre”, seguro que tocaron su fibra más sensible porque el zapato volvió a mí poder.

En los pocos recuerdos que guardo de mi niñez, siempre aparece una señora que vende chucherías: tiene yoyos, combas, peonzas, pistones (una especie muy simple de petardos), litones, caramelos, pirulís y toda clase de golosinas que nos hacen suspirar a todos los niños, pero mi objeto de deseo son unas gafas de sol de plástico; cada vez que las veo suspiro por tener unas.

Un día, llega un niño del grupo corriendo, viene de “catequesis” y nos dice: hoy nos ha dicho el cura que todos los muertos resucitarán el último día. Me quedo mirándole y le contesto: ¡qué bien, así mi papá me comprará unas gafas de sol! Siempre he tenido presente ese momento. Hoy, seguramente hubiera deseado cualquiera de los muchos objetos de alta tecnología con los que disfrutaban nuestros niños.

Ya me toca el turno de bici, una a una hemos ido contando con cierta emoción nuestras experiencias de aquellos años que aunque lejanos vamos rememorando en cuanto hay ocasión, hemos pasado un rato en el que en algunos instantes nuestros ojos se han arrasado de lágrimas. Ha sido nuestra manera de

celebrar EL DIA DEL PADRE.

Monto y empiezo a dar vueltas al patio mientras en la mente siguen presentes los emotivos momentos recién vividos.

He estado tan ensimismada con mis recuerdos que no he oído llegar a mi hija; no sé cuánto tiempo lleva observándome, veo que me mira y me pregunta «¿Qué te pasa mamá? parece que estás lejos de aquí», la miro y solo acierto a responder: no pasa nada hija, estaba pensando en la gran suerte que habéis tenido tú y tus hermanos de tener un padre con el que disfrutar, nunca podrás ni imaginar lo mucho que yo llegué a necesitarlo y cuanto lo añoré. En estos días la televisión machaca tanto con el día del padre que he rememorado momentos vividos.

Han pasado muchos años, pero la pérdida de mi padre siendo tan niña me ha acompañado toda la vida.

ICHA CANDISA

Luis Rodríguez Varea

Seguramente, nadie creerá este relato. Es igual. Allá cada cual con el crédito que le merezca

1.- INTRODUCCIÓN

Mi pueblo, como veremos, es muy especial. Es único.

Nació como localidad en 1925 (sólo quince antes que yo) y a los treinta y un años de su existencia (1956) murió como tal.

Y no fue debido a un terremoto (como sucedió en Agadir por ejemplo) ni a ninguna catástrofe de esa índole, sino simplemente y por un motivo “político”, perdió su nombre por otro, igual sucedió con sus calles, paseos y plazas. Cambió la moneda y las costumbres, la religión y hasta el idioma y la nacionalidad.

¿No parece cosa de brujería?

Si todo esto fue verídico, totalmente real y posible; no nos debe extrañar lo que me sucedió.

2.- VIAJE A LO DESCONOCIDO

Aproximadamente a unos veinte kilómetros de su salida del recorrido Villa Sanjurjo a Melilla, en un lugar que los conductores de las agencias de viajes La Valenciana y la CTM., conocían con el nombre de “la parada de Abdelasis”, donde existía un enorme castaño junto a otro gigantesco algarrobo (en África todo

se me antojaba exageradamente grande), ubicado en una inhóspita y extensa región conocida por los nativos con el nombre de Arbaá de Taurit, y después de cruzar a pie el río Nekor con el agua a la altura del pecho en algunos trechos, y subir caminando a continuación hasta dos horas monte arriba por senderos de acémilas, llegamos a un poblado o cabila llamado Benimashan, y me quedé sorprendido que a mis doce años, todos los numerosos chicos marroquíes y al verme huían despavoridos y asustados de mi presencia.

Pregunté a mi anfitrión Abdelasis Musa Jach Amar, sobre dicha y anómala circunstancia, y este sonriendo me explicaba que jamás hasta esa fecha un pie europeo había hollado aquel su pueblo, y que lo mismo que los españoles en Villa Sanjurjo amenazaban a los niños traviesos: "Va a venir el moro Musa a llevarte con el saco", allí las mamás nativas decían a sus hijos y por los mismos motivos. "Va a venir el español Pepe a cogerte".

Abdelasis era el jefe, dueño o patriarca de aquella escondida localidad de escasamente doscientos habitantes; administraba la totalidad de sus bienes y proveía de todos y múltiples enseres necesarios y vitales para la subsistencia. Además era "Santón", una especie de sacerdote, abogado y juez. Tenía por ello la facultad para bautizar, casar, solucionar toda clase de conflictos o pleitos... etc. Por ello y entre sus apellidos se le añadía el apelativo de "Jach", que significaba que había peregrinado en La Meca, ciudad santa y sagrada del mundo árabe.

Gran amigo de casa y de toda mi familia desde nuestra llegada a Marruecos en 1.942, no es de extrañar y

por ello fácil de comprender, que conocido ya a grandes rasgos, como después de mil rogativas y debido a mi constante tozudez, mi madre accediera por fin en permitir la realización de aquel fantástico viaje o traslado a aquella fabulosa excursión o aventura a lo inhóspito y desconocido, donde “era cierto”, jamás había llegado un extranjero.

Mil continuadas sorpresas me esperaban en aquel rústico, destartalado, misterioso y escondido lugar, pero nos limitaremos a describir la espantosa e increíble “leyenda” jamás oída, vivida ni siquiera imaginada por un pequeño hombre de sólo una docena de años.

Después del solemne y sabroso banquete en honor del español invitado especial, vino la conversación propiamente dicha.

A unas palmadas de un tal Adeltader, un anciano muy cercano a los cien años, respondieron todas las bien jóvenes mujeres que nos habían servido, con una reverencia de cintura, bajando la cabeza con sumisión y ausentándose para ir ellas a comer. (Siempre aparte y después de los hombres).

El “Jefe” era un extraordinario y simpático interprete, siempre con la sonrisa sana y emanando alegría en cualquiera o insignificante de sus palabras, gestos y facciones. Verdaderamente inspiraba total confianza.

No adivino el porqué, o quizá porque mi amigo así lo provocó, empezaron a hablar de las Sagradas Escrituras.

Yo estudiante de segundo de bachillerato, naturalmente estaba más o menos al corriente de las cuestiones más sencillas o elementales (menudos “capones” me había ganado del padre Mateos en el

Instituto), tales como aquello del Paraíso Terrenal con Adán y Eva por allí corriendo y jugando sin conocer la vergüenza ni el pudor, bueno hasta que comieron la sabrosa y apetitosa famosa manzana, por culpa e incitación de la culebra (al mencionar al ofidio, se cruzaron entre ellos unas miradas extrañas de inteligencia, y que yo no comprendía). El castigo de expulsión del Edén, el pecado de adoración de los falsos dioses, la entrega de los Diez Mandamientos, la travesía del desierto por la tribu de David, lo relativo a Abraham y el por casi poco sacrificio de su hijo Jacob (que es la fiesta del borrego de los musulmanes), la llegada de Jesucristo y así un etcétera muy largo de materias bien sencillas de conocer.

Aquellos sorprendidos señores presentes, respetados ancianos con largas barbas blancas, sentados en cuclillas alrededor de la baja mesa repleta de vasos multicolores conteniendo rico, aromático, sabroso y humeante té, se hacían unas raras cruces sobre sus frentes y pechos totalmente incrédulos, exclamando a cada instante y no dando crédito a lo que oían y no podían ni remotamente concebir como un chico con doce años, podía almacenar tantísima sabiduría y más aun tratándose de materias sagradas, y por ello de suma importancia y seriedad.

Era imposible decían y exclamaba a cada instante, y se quedaban boquiabiertos y como maravillados. Me miraban y observaban como un superdotado (ipobre de mí!). Total que mis inicios de permanencia en aquel mundo, no podía empezar de mejor manera.

También a su vez, aquella asamblea de ancianos me explicaron una solemne verdad (para ellos claro) que Abdelazis iba traduciendo palabra a palabra frase a frase con tono de voz siempre muy comedido y con

sumo aire de misterio.

Si ellos abrían los ojos como asombrados y gesticulando, demostrando en todo momento cierto terror en sus manifestaciones, observando de reojo a cada instante hacía los rincones, y hablando bajito y con suma cautela para que nadie nos oyera. Yo iba de sorpresa en sorpresa y miraba a mi traductor interrogándole y no dando crédito a aquella para mi fabulosa leyenda, pero mi suplicante mirada solo encontraba y aumentaba mi asombro, cuando mi intérprete iba afirmando y traduciendo todo literalmente y con rotundidad, no dando oportunidad a la mínima duda. No sé si estaban todos “sugestionados”, fanatizados o bajo los efectos de alguna droga. ¿Estaría soñando? Ojalá se tratase de un sueño.

La cuestión es que con mi corta edad, y por precoz o espabilado que pudiera ser, escuché aterrado y en primicia “necesaria y forzosamente”, una escalofriante narración, creencia, historia o leyenda tan extraña y rara, tan misteriosa que dudo que otro ser humano la haya escuchado ni por supuesto imaginado.

3.- EL ICHA CANDISA

Icha Candisa en castellano equivale al “Demonio”. Sólo se presenta o aparece al hombre adulto, nunca a los niños o menores y jamás a las mujeres. (La palabra sagrada hay que arrojarla al fuego, antes de ponerlas en labios de una mujer”); y solamente visita al hombre mayor que por alguna trasgresión o mala conducta y vida desordenada lo merezca. Es pues un castigo impuesto por el Soberano de los Infiernos.

Siempre en un lugar apartado y solitario aparece en

forma humana de una mujer bellísima. Es tanta la sugestión y esplendor que muestra, que es imposible no mirarla a los encantadores y preciosos ojos. En ese momento quedas prendido y totalmente hechizado antes esa deslumbrante e inimaginable belleza, y no se puede evitar (una poderosa atracción o fuerza interior te obliga) a lanzarte hacia ella, a su brazos abiertos, a sus carnosos labios llenos de lujuria, con el ardiente e incontenible deseo de poseerla.

En ese preciso instante se transforma en una culebra o en un mulo, siempre en una de estas dos formas y jamás bajo otro aspecto. Si adopta la forma de serpiente, te muerde y te inyecta un potente y lento veneno, que a los tres o cuatro tres días falleces irremisiblemente víctima de unas fiebres elevadísimas. Si se transforma en mulo, te propina una coz que te produce tal traumatismo, que como máximo a los seis o siete días mueres igualmente sin remedio, con unos dolores terribles y fiebres insoportables.

No hay ciencia humana (la conocida por ellos), producto ni intervención de santones, curanderos o brujos, que pueda sanar este mal producido por Satanás.

Sólo hay un modo, que es rarísima excepción, y que pudieras salvar la vida; pero es gracia y potestad del mismo Demonio.

Se te vuelve a presentar en su forma de bella hembra exuberante con su gran esplendor y belleza, y voluntariamente accede y consiente que la poseas sexualmente; en cuyo caso salvas la vida, pero nunca te integrarás en la sociedad ni a tu vida anterior, sino que vagarás errante todos los días como un loco “endemoniado”, poseído por el mismísimo Diablo, y

todos te rechazaran y huyeran de tu persona.

¡Quizás era mejor y preferible la misma muerte!

Este increíble relato y no menos terrorífica leyenda, contado por aquellos respetables y serios ancianos, y viendo sus semblantes de circunstancias y máxima formalidad, te ponían los cabellos de punta, era espantoso verlos y oírlos. Estaban totalmente convencidos de toda la narración.

No tuve más remedio que acudir a Abdelazis en busca al menos de algo de ayuda o cierta tranquilidad; pero fue totalmente al revés. Mi terror subió de tono, si eso aún era posible, cuando mi amigo me afirmaba todo categóricamente y con rotundidad; cuando además me añadió el modo de llamar o provocar la visita del Icha Candisa, claro que eso era un gran secreto y nunca jamás debería hacerlo o usarlo, ni por supuesto contarlo o divulgarlo, si no eras “Santón”.

Pones la palma de la mano derecha apoyada sobre el dorso de la izquierda, y en esta postura mueves ambos dedos gordos, (que han quedado uno frente al otro)), de atrás a adelante, simulando el avance de una serpiente, y de este modo le llamas, invitas o incitas para que venga a tu lado.

¡Ya era bastante, ya era demasiado!

Esta fantástica historia me dejó helado, como traumatizado. Naturalmente no podía creer en nada de eso, pero el miedo se me lo metieron desde el colodrillo al calcañar, y de todas las maneras tenía forzosamente que respetar sus ideas, sus creencias y su fanatismo.

¡Menos mal que no se presentaba a la gente joven! Lo cual ya era bastante consuelo.

Terminada mis vacaciones de quince días, por llamarlas de algún modo, y habiendo adquirido sobre

el terreno unas experiencias extraordinarias y sorprendente de esa raza, regresamos a Villa Sanjurjo, ¡a la civilización!, y me prometí firmemente olvidar solo una tenebrosa cuestión: La terrorífica historia del dichoso Icha Candisa.

Pero..., estaba muy equivocado. No terminaría tan felizmente, como simple curiosa y pasajera anécdota. Los días continuaron y la vida me deparaba y me reservaba una extraordinaria sorpresa y una muy amarga vivencia. Me esperaba un encuentro con el condenado Demonio.

¡Vivir realmente y presenciar personalmente estos efectos del Diablo!

¿Sería posible?

4.- SIMON

En la esquina de la manzana de mi casa, situada en la calle Guis, que desembocaba perpendicularmente a la Avenida José Antonio, donde estaba el establecimiento de ultramarinos “Casa Navazo” existía una tienda de pequeñas dimensiones dedicada al trabajo del cuero y reparación de calzado, regentada por un amigo y vecino llamado Simón; para mí era paso obligado diario, y al margen del saludo siempre hablábamos de mil cosas y reía de tal modo tan agradable y simpático, que te contagiaba con su buen carácter y talante.

Le comentabas cualquier ocurrencia y te contestaba:

—Esonoposible (Eso no es posible). Esotamentira (Eso es mentira). Tu tener poca achuma (Vergüenza).

Con mi hermano Pepe y al ser cinco años mayor que

yo, tenía bastante más confianza; y con él siempre hablaba de fútbol (ambos eran forofos del Real Madrid) y... bueno de fútbol y de mujeres.

Simón de unos cuarenta años, era un verdadero y fenomenal artesano del cuero, poseía unas manos magistrales para repujar y moldear toda clase de pieles; hacía botas altas preciosas a medida, reparaba toda clase de calzado, forraba muebles, hacía bolsos, cojines, cartucheras y toda clase de encargos, Lástima que el material era rudimentario y antiguo, y el local solo una especie de trastero con un altillo, de solo unos escasos metros cuadrados.

Transcurrido como un par de años, un día y como hacía diariamente, pasé junto a la zapatería de nuestro amigo Simón y lo encuentro derrumbado, llorando desconsolado y totalmente desconocido y ¿cómo voy a explicarme?, ¿cómo se me iba a creer?... Había y tenía poderosos y suficientes motivos para llorar:

¡Tenía la cabeza al revés!

Si, efectivamente hemos leído bien. Presentaba la barbilla para adelante y la cara para atrás. Los ojos desorbitados y enrojecidos. La faz desencajada aparentando risa sardónica. Los cabellos de punta. ¡Era un verdadero monstruo! Se quejaba de dolores horribles, pero no se le veía el mínimo rastro de sangre y estaba ardiendo, con temperatura muy elevada. Todo su cuerpo sudando y temblando con exageración.

Naturalmente me asusté una enormidad y no daba crédito a lo que estaba presenciando. Ansioso por socorrerlo le pregunté implorando los motivos de su estado, si había sufrido algún accidente de circulación, alguna caída desde cierta altura..., y lastimeramente, balbuceando me relató lo siguiente:

—Había escapado de su mujer (esposa) por ir con una misialcajaba (prostituta) bellísima que había encontrado en la calle Insorent (efectivamente era la calle de las mujeres de la vida), y cuando fue a acostarse con ella, ansioso de amor como un gamero (burro) (palabras y expresiones textuales), ella se convirtió repentinamente en un mulo y le dio una tremenda patada aquí mismo (se señalaba a su barbilla), y que no recordaba más, pues perdió el conocimiento y lo recobró la noche anterior dentro de su pequeño negocio, tirado sobre el suelo y todo totalmente desordenado.

Los resultados de su escalofriante y tremendo relato estaban a la vista. Enmudecí impotente, temblé de pánico y miedo, un gran terror me invadió, quedé como petrificado.

Enseguida recordé toda la fantástica leyenda de aquellos ancianos de Benimassan. Todo coincidía tal como me lo habían relatado. Pero..., pero indiscutiblemente no podía ser verdad. No podía creerme nada de todo esto.

Corrí aterrado en busca de mi hermano Pepe para solicitar ayuda y protección. Cuando lo encontré y volvimos a la zapatería de nuestro común amigo Simón, este ya no estaba y la calle se encontraba llena de curiosos. Nos contó el dueño del cafetín, igualmente vecino, que se lo trasladaron en una ambulancia al hospital.

A los tres días y según comentaron, moría retorciéndose y enroscándose como una verdadera culebra, presa de horribles dolores y con fiebres bien altas. (Estos síntomas hoy me recuerdan las manifestaciones propias del tétanos).

¿Todo esto es o fue verdad? ¿Es sólo verdad a medias? ¿Es un cuento chino o una fábula? ¿Quizás una leyenda que se va transmitiendo de boca a boca y de generación a generación?

Lo que sí es totalmente cierto es que fui testigo presencial de todo ello, y me limito a narrar con total exactitud lo que primeramente oí, y luego vi y presencié, transcurrido un par de años.

Cuento lo que me describieron con total formalidad aquellos respetados ancianos del poblado berebere, y lo que posteriormente le sucedió a mi pobre vecino el zapatero; que por cierto todo coincidió exactamente como me lo habían contado en Arbaá de Taurit aquellos señores de largas y blancas barbas, que indiscutible mente no eran amigos de bromas, y por consiguiente hablaban con total seriedad. No admitían chistes, gracias ni tonterías con las “las palabras sagradas”. Sólo traducían e interpretaban versículos de su Religión con suma respetuosa formalidad y seriedad, y sobre todo total y firmemente convencidos.

Evidente y personalmente al ser cristiano, europeo y por consiguiente de costumbres occidentales, no creo nada de aquello (para mí simple leyenda); pero ellos si lo creían a ciencia cierta y sin la mínima duda, quizás influenciados por el fanatismo de sus propias creencias y respetada Religión.

Que tiempos tan maravillosos, y que cosas extrañas vivimos en nuestro encantador pueblo Villa Sanjurjo. ¡El mejor del mundo!, pero también una localidad única por sus raras y propias peculiaridades.

5.- FINAL

¿No es mi pueblo extraño y muy especial?

El día 8 de septiembre de 1925, se llevó a cabo la operación militar hispanofrancesa, que pasaría a la historia como el Desembarco de Alhucemas (Marruecos).

Tras la pacificación del Rif, apresado el insurrecto Abdel-krim, el Rey Don Alfonso XIII premia al general Sanjurjo con la laureada de San Fernando, lo nombra marques del Rif y le promete poner su nombre a un poblado recientemente creado, en lo que era un verdadero desierto, en la punta noroeste de la bahía de Alhucemas (120 kilómetros de Melilla) y así nace mi pueblo: VILLA SANJURJO.

En abril de 1956 (31 años después), se le concede la independencia a Marruecos, y mi pueblo Villa Sanjurjo, desde ese momento se llama ya Alhucemas, y todos los nombres castellanos pasan a adquirir nombres árabes; ya no pertenece a España sino al Reino de Marruecos. Se cambia la moneda, la religión, las costumbres, el idioma... ¡Se cambia todo! ¡Todo se vuelve al revés!... todo parece obra del mismísimo Diablo. ¡Perdón!, del Icha Candisa.

FIN.

NOTA.- Julio Verne, del que hoy nadie duda, es considerado como uno de los más grandes clásicos de narraciones de aventuras y viajes fantásticos, empezaba algunas de sus obras del siguiente modo tan original...

TRÁNSITO

Carmen Jaime Santamaría

Tránsito Heras se estaba mirando en el espejo de su cuarto de baño. Aún no se podía creer lo que hacía menos de una hora le había dicho su hija Tina.

Hacía una semana que Cristóbal, el padre de Tina, había muerto y venían de la Misa que se había celebrado en la parroquia. Ya en su casa, en la de Tina, se habían sentado en el sofá mientras el padre de sus dos nietos, Roberto, trasteaba en la cocina improvisando algo para comer.

—Dile a tu marido que no haga tanto ruido, hija, que parece que en vez de preparar comida estuviera conduciendo una excavadora. Por Dios que estruendo, me va a estallar la cabeza.

—Vale mamá, ahora se lo digo... recuéstate un poquito mientras pongo la mesa.

—Para tumbarme estoy yo; lo que me tenía es que haber ido con tu padre que parece mentira la faena que me ha hecho.

Tina miró a su madre mientras se dirigía a la cocina. No quería estallar tan pronto con el cuerpo de su padre aún caliente y la pena que le subía por dentro, a oleadas, dejándola casi sin aliento. Su padre el ser más bueno y cariñoso que había conocido se había ido para siempre y ella aún no era capaz de admitirlo. Tendría que ir superando las distintas etapas del duelo pero aún era pronto. Se imaginaba llegando a casa de sus padres con sus hijos por las tardes a la salida del colegio y veía a su padre en su sillón con el periódico o

un libro en las manos. Los besos a sus nietos, a ella misma, su talante, siempre de buen humor, la sonrisa permanente mientras les daba a los niños cualquier chuchería comprada pensando en ellos. Y después las voces de su madre protestando por todo.

—Por Dios hija ¿de dónde salen estos niños tan sucios y despeinados?, parecen que vienen de la guerra, anda llévalos al cuarto de baño que se laven un poco, me van a poner todo perdido.

—Sí mamá... como tú digas. Y vienen del colegio; por eso vienen así, porque juegan y se pelean entre ellos como todos los niños del mundo a estas horas de la tarde. Y a mí me gusta que salgan así, quiere decir que son felices y que han disfrutado del día. El baño se encargará de devolverles el aseo que tanto te preocupa.

—Tiene razón la niña, son niños- decía el abuelo- anda venid que vamos a merendar.

—Tú quieto ahí; ni se te ocurra entrar con ellos en mi cocina, ya voy yo que sois capaces de dismantelar mi trabajo de todo un día.

Y así tarde tras tarde cada vez que iban a verlos. Su padre callaba y obedecía sin rechistar lo que su madre ordenaba y los niños se refugiaban alrededor del abuelo en busca de la chuchería que guardaba.

—Eso, tú dales lo que se te antoje —volvía a la carga su madre— los estás malcriando, que desastre de hombre yo me tengo que hacer cargo de todo, eres una nulidad, anda dame el periódico que llevas las manos llenas de tinta.

Y así siempre; protestando por todo, sin una muestra de cariño, parecía que era incapaz de demostrar que lo quería, que los quería a todos.

Él callaba y se desprendía del periódico o de cualquier cosa que a su mujer le molestara.

Tina no quería estallar con su padre recién enterrado, pero su madre parecía no darse cuenta, seguía protestando por su muerte como si fuera una más de las cosas cotidianas que le molestaban de él, que eran todas.

Los niños comieron y se fueron a jugar al cuarto de los juguetes.

Tránsito empezó a hablar acelerada, a trompicones como si el mundo entero estuviera contra ella.

—Supongo que no pretenderás que me quede en ese cuarto lleno de trastos de los niños, es el único que tienes libre pero es muy pequeño, una semana ha sido suficiente, así a partir de ahora Borja compartirá su habitación con Tinina y yo me quedaré con el cuarto de la niña. Ya está avisada la mudanza, me traeré mis cosas más necesarias aunque no sé cómo las voy a distribuir en tan poco espacio. Pero en fin haré lo que pueda...Cerraré el piso y ya veré que hago con él y con los muebles.

Tina miró a su marido y pensó que era el momento. Ni duelo ni nada. Su madre pensaba mudarse a su casa y eso no lo iba a consentir. Ya no.

Interrumpió lo que estaba diciendo y que ya había dejado de escuchar

—Mamá...

—Y bueno cambiarán algunas cosas en esta casa...

—Mamá...

-No te creas que estos niños van a seguir haciendo lo que les dé la gana...

—¡Mamá! —gritó Tina .

—¡Qué, hija! ¿Qué pasa? No me grites, me he quedado viuda pero no sorda.

—Mamá, escúchame bien porque no lo voy a repetir. No vas a venir a vivir con nosotros. Nadie va a cambiar de habitación, ni tus cosas van a necesitar espacio. Nada va a cambiar en la vida de mis hijos porque tú no vas a tener ningún poder para hacerlo. Esta semana, después de la muerte de papá, me ha parecido que debías estar con nosotros para que asumiéramos todos juntos su pérdida, pero he tenido suficiente y me ha sobrado. He hecho caso omiso de tus insinuaciones pero ahora voy a hablar muy clarito.

Pura abrió la boca con intención de contestar pero su hija no le dejó.

—Mira mamá; Pensaba plantearte la situación de otro modo, pero tú te has adelantado y no tengo más remedio que decirte lo que pienso. Y escúchame hasta el final. Bastante triste estoy por mi padre como para enredarme en una discusión contigo. Lo que tengo que decirte hace mucho tiempo que debí hacerlo. No lo hice por mi padre, por no darle el disgusto de no volver a ver a sus nietos, ni a mí. Tú no lo hubieras consentido después de hablarte, pero papá ya no está, y estoy segura de que aprueba lo que voy a decirte.

Tránsito no salía de su asombro al escuchar a su hija y aunque intentó hablar de nuevo, Tina se lo impidió llevándose el dedo índice a los labios.

—Ya sé que te cuesta mucho trabajo escuchar, mamá. Lo tuyo siempre ha sido hablar y hablar, queriendo tener razón en cada momento, mandando toda tu vida, imponiendo tus más absurdas normas a todos nosotros, pero aquí en mi casa, no. No vas a venir a vivir con nosotros, te lo repito. Mis hijos se van a criar

como Roberto y yo decidamos y tú no vas a intervenir en su educación. Bastante tuvimos y mi hermano y yo durante toda nuestra infancia y juventud.

Mis hijos no pasarán por eso. Ni por lo que pasó papá. Él me lo contaba todo ¿sabes?

Tus malos modos, tu insana obsesión por la limpieza que te impedía que tomara el café de media tarde por no ensuciar las tazas, aquellos ridículos trapos en los pies para que sacara brillo mientras caminaba por el piso y no dejara huellas, la humillación que suponía para él hacerlo sin poder ni siquiera protestar. Papá te quería mamá, me lo decía, pero convertiste su vida, sobre todo desde que se jubiló, en un sinsentido constante protestando por todo lo que hacía; sí salía, si entraba, si comía, si no comía, si te hablaba, si no te hablaba.

Hiciste de tu vida un reproche hacia a él de la mañana a la noche y él callaba por no discutir contigo. Pero también te molestaba que no discutiera. Le tirabas los periódicos sin que terminara de leerlos, todo te molestaba; que leyera, que de vez en cuando saliera a tomar un café con los amigos. Dejó de hacerlo por no oírte al volver. Por no escuchar tu verborrea constante echándole en cara que te dejara sola, que no te dejara un poco de tranquilidad, en fin que nada era de tu gusto. Ibas a ver a tu amiga Carola a la tienda y le dejabas como un pasmarote en la puerta esperando a que terminaras de hablar y de tomarte el café.

Él te esperaba durante más de una hora viendo pasar a la gente y preguntándose porque no se iba a su casa y te dejaba allí cuanto tiempo quisieras. Temía tu reacción y no le compensaba, así que hizo de aquellas esperas una forma de escapar a tu control. Allí en la

puerta podía fumar lo que quisiera sin escucharte...

Mi hermano huyó al extranjero en cuanto pudo, con Claudia, por no aguantarte mamá. Sabía que te entrometerías en su vida y su matrimonio se resentiría, así que puso tierra de por medio. No te gustó Claudia, ni Roberto pero te hubiera dado igual cualquier otro que hubiéramos escogido. Como no pudiste impedir que mi hermano se marchara y dirigir su matrimonio, lo intentaste con el mío sabiendo que Roberto es bueno y que jamás te iba a faltar al respeto, ese respeto que tú impones que no es otra cosa sino miedo, miedo a tus reacciones por no salirte con la tuya.

Mamá, mi hermano y yo echamos siempre de menos la madre cariñosa y comprensiva que nuestros amigos tenían. Nunca consentiste en que ninguno viniera a merendar, ni a vernos cuando estábamos enfermos, ni a hacer los deberes. Siempre éramos nosotros los que íbamos a sus casas y nos llamaba la atención los cuartos desordenados, las cocinas llenas de tazas, tostadas, cola caos y migas por la mesa. Y las risas; eso es lo que más nos impresionaba, las risas de nuestros amigos mientras su madre nos ponía la merienda y reía también, sin importarle las migas ni el cola cao derramado.

Fuimos unos niños tristes mamá. Papá intentaba que no lo fuéramos pero tu talante siempre arisco nos lo impedía. Protestabas al vernos con el baby sucio, por los calcetines caídos, por las carteras a medio cerrar. Nada te complacía, tu vida era, y es, la limpieza enfermiza, el orden obsesivo, que nadie sacara los pies del tiesto. No, mamá, ahora ya no. Papá se ha ido para siempre y te diré por si no lo sabes que se ha dejado ir. Su enfermedad te molestó tanto que llegaste a decirle que no tenía nada, que todo lo hacía para mortificarte.

Mortificarte a ti... que ironía.

Tú que has hecho de la mortificación a los tuyos tu modo de vida. Así que papá no puso empeño en curarse. Me dijo que no le importaba irse, que lo sentía por los niños a los que adoraba, pero no se veía con fuerzas para enfrentarse a su enfermedad contigo. Y ahora hace un momento acabo de oírte lo último. Que papá te ha hecho una faena muriéndose. Es lo que me faltaba por oír de ti mamá. Ni muerto lo dejas en paz. No sé a quién vas a imponer tus normas, mamá, pero a nosotros no. Estaremos aquí siempre que nos necesites pero viviremos solos, y tú en tu casa harás exactamente lo que te dé la gana que para eso es tuya, pero esta es la nuestra.

—Pero Tina si ya he avisado a la mudanza... ¿qué quieres que haga ahora?

—¿Eso es todo lo que se te ocurre? No has entendido nada mamá. La mudanza... no va a haber mudanza, ya te lo he dicho.

Tránsito reaccionó señalando a su yerno con el dedo.

—Ha sido cosa tuya Roberto siempre supe que no eras trigo limpio. No son palabras de mi hija son tuyas que no me puedes ver. Lo mismo que Claudia esa mosquita muerta que se le ha ocurrido salir de cuentas cuando tu padre se estaba muriendo. Pero esto no va a quedar así. Tened por seguro que al final me pediréis de rodillas que venga a vivir con vosotros.

Roberto se levantó meneando la cabeza y se quitó del medio, aquella mujer terminaba con su paciencia.

Tina contestó a su madre.

—No será así, lo sabes. Yo ya no tengo que fingir para no disgustar a papá. Le propuse venir a vivir con

nosotros cuando cayó enfermo pero no quiso. Por nada del mundo quería enfadarte. Le dije que tú siempre estabas enfadada que aquí estaría tranquilo pero no consintió. Y en cuanto a Claudia ¿pretendes que se ponga de parto a una orden tuya?... no puedo creerlo.

—Entonces soy una mala madre, por lo visto no os he querido a ninguno.

—No, mamá, no eres una mala madre. Sé que nos has querido mucho, lo mismo que a papá, que nos has cuidado siempre pero eres tan controladora, tan mandona, tan relimpia, estás siempre enfadada, hay que hacer lo que tú quieres en momento, nada te complace, y yo estoy cansada. Lo siento, no que no vengas a vivir con nosotros, eso sé que es una decisión acertada, siento que seas así y que nada te haga cambiar. Te lo dije hace años que lo tuyo necesitaba de un médico pero, como siempre, hiciste caso omiso. Y te quiero mamá te quiero mucho pero mi decisión está tomada. Y ¿sabes lo que te digo? que cada vez que llego a casa desordeno las revistas y dejo la cocina sin rematar solo por no ser como tú. Es que tiemblo solo de pensarlo. Me importa un pito que los niños desordenen su cuarto; mucho mejor, señal de que juegan que es su obligación; después lo ordenamos juntos y santas pascuas.

Tránsito se quedó por una vez callada viendo que aquella vez no podía con su hija. Dijo que no tenía hambre y que se iba a echar un ratito en la habitación de Tina.

Tina pensó en aceptar pero luego lo pensó mejor. No podía mostrarse débil en ese momento. Sería darle ventaja a su madre y ya la conocía. La quería pero la conocía y muy bien.

—No mamá, Roberto te acompañará a la tuya. Te prepararé un túper para cuando tengas hambre y esta noche te llamaré a ver cómo estás.

—Así me pagas lo que he hecho por ti y por tu hermano. Todos los sacrificios para que nada os faltara, ya lo sabía yo, lo sabía muy bien. La de cosas que no compré para mí solo para que tuvierais siempre de todo en la mesa...

Lo decía secándose unas lágrimas inexistentes.

—Vamos mamá; afortunadamente no tuviste que hacer sacrificio ninguno. Papá te tuvo siempre como a una reina mora y a nosotros no nos faltó nunca de nada, no me vengas con cuentos de posguerra que te queda lejos. La abuela sí que pasó el quinario, no intentes apropiarte de su sufrimiento. Y te diré que sé que no tendrás problemas económicos mientras vivas, papá se preocupó siempre de tu bienestar por si se iba, como así ha sido.

Tránsito se levantó muy digna y dijo con retranca

—No hace falta que tu marido me lleve, que no se moleste. Pediré un taxi.

—Muy bien mamá como prefieras. Te llamo esta noche, y recapacita un poco en lo que te he dicho aunque solo sea por una vez en tu vida. Abrígate que hace frío.

Tina besó a su madre que torció el gesto relatando algo inaudible.

Y allí estaba Tránsito Heras delante del espejo del cuarto de baño pensando en lo que había pasado en casa de su hija. Se colocó el cuello del vestido negro de luto y le habló al espejo.

—Y ahora, Tránsito, ¿a quién vas a mandar? ¿A quién

vas a reprochar? Estás sola y nadie te va a escuchar ni obedecer.

Se colocó un mechón de pelo rebelde y se contestó a sí misma

—Contigo, Tránsito, me pelearé contigo mientras me quede aliento. Yo no puedo vivir sin mandar y sin que se haga mi santísima voluntad. Nací así y así moriré. Así que espabila que te has quedado viuda pero aún te quedan dos hijos y dos nietos, más uno en camino, amén de un yerno y una nuera y queda mucha vida por delante. Esto no se ha terminado.

Te lo digo yo, Tránsito, no se ha terminado. Aquí, en el espejo, te espero cada mañana y pobre de ti si no está bien limpio.

INCENDIO EN PADRÓN

Miguel González Quevedo

Aunque el tiempo crea una nebulosa en los recuerdos hay algunos que tengo fijos en la mente, lo que ocurrió en el momento estelar del episodio y otros que tengo más difuminados, los antes y después inmediatos.

Habíamos acabado de cenar y como era costumbre en diversas épocas habíamos tenido un rato de recreo antes de subir al dormitorio.

Este rato de esparcimiento lo teníamos normalmente en el largo y ancho pasillo que en la planta baja iba desde el patio hasta el salón. Hacia la mitad del pasillo se juntaba con otro que llevaba a los Waters y las escaleras que subían hasta el segundo piso, que era donde se ubicaba el dormitorio. Solo en los meses de mayo y junio salíamos al patio pues todavía había luz de día.

Igualmente había la excepción de los que estaban enfermos o convalecientes de alguna enfermedad que después de cenar se iban directamente a la cama.

Aquel día como era habitual a la hora prevista subimos al dormitorio. Al llegar arriba había un pasillo donde se formaba unas tres filas, supongo que por orden de clases, antes de entrar en el propio dormitorio.

En aquella época a mí me tocaba en uno de los últimos puestos de las filas, pasado el tramo de escaleras que quedaban a mi derecha.

De pronto sentí unos gritos que procedían de la entrada del dormitorio entre los que creí identificar la palabra “fuego” y al instante vi como algunos de las primeras filas se veían arrollados por los que ya estaban dentro y que salieron corriendo y asustados.

El efecto fue inmediato, los ciento treinta o más alumnos se lanzaron escaleras abajo todos a la vez lo que provocó que en el primer rellano que encontraron se formase una gran meleé, quizás provocada por la caída de algunos de los primeros en llegar allí

Como yo estaba al final de las filas y no soy muy rápido en tomar decisiones cuando de correr se trata me quedé de los últimos. La verdad es que miré hacia la entrada del dormitorio y no vi nada de fuego ni resplandor de llamas por lo que aunque no estaba totalmente tranquilo tampoco me preocupé demasiado.

Desde lo alto de la escalera miré hacia el rellano y allí había una verdadera montaña de chavales unos encima de los otros, mientras que por el siguiente tramo de escaleras iban bajando los que habían podido escapar de aquella ratonera.

De los que habíamos quedado arriba algunos intentaron pasar corriendo por encima de los caídos y aunque alguno lo logró vi como otros al intentar pasar eran atenazados por los tobillos para que los fueran sacando del atolladero.

Desde aquel momento decidí que el menda no se arriesgaba a pasar y que lo enganchasen y quedar inmerso en la montonera. No recuerdo si la idea fue mía o si vi que algún compañero la había tenido antes y consideré que aquella era la solución, el caso es que crucé una pierna sobre la barandilla, luego la otra y me

quedé con el cuerpo colgando del vacío.

Poco a poco, con las manos aferradas a la barandilla y los pies entre los barrotes de la misma comencé a bajar. Todo fue bien hasta que llegué al descansillo pues también allí una mano me agarró del tobillo ¡madre mía!, que terrible dilema, me quedaba allí, colgando del vacío, hasta que todo se fuese despejando o me salía la venada malvada y me liberaba de aquella garra que me impedía continuar mi descenso.

Me agarré más fuerte a la barandilla y con la pierna libre comencé a patear al que me agarraba hasta que me soltó, Rápidamente seguí avanzando y aunque noté que alguno más intentaba cogerme la verdad es que no lo consiguieron.

Al llegar al nuevo tramo de bajada salté a la zona de los escalones y bajé tranquilamente.

Creo recordar que una monja me recriminó diciéndome que podía haber caído al vacío, pero no fue una verdadera regañina.

Los que íbamos llegando al piso inferior nos íbamos colocando en fila esperando que acabasen de bajar todos y luego seguimos allí un rato que se me hizo muy largo hasta que volvimos a subir ya normalmente al dormitorio.

Así lo viví y así lo cuento, espero que otros también nos envíen sus recuerdos.

SILENCIO AL AMANECER

Carlos Piserra Velasco

Es una historia imaginaria que se adentra en el futuro con retazos de la vida real. Andrés es un viejo pínfano que ingresa en una Residencia, en donde recibe las visitas de su nieto y las atenciones de su cuidadora.

Amanecía. Un cielo azul, semejando una inmensa carpa cubría toda la sierra de Madrid, en donde habían proliferado las llamadas Residencias para Mayores. Pero, ¿que mayor se tenía que ser para ingresar en una? Andrés tenía 85 años y no se consideraba mayor. Sin embargo, hacía unos meses que sus hijos, Carlos y María, habían decidido ingresarle en la Residencia Los Cármenes, sin duda una de las mejores. Estaba situada en un lugar privilegiado, desde donde se contemplaban unos amaneceres espectaculares, captándose la salida de los primeros rayos de sol con singular belleza. Como todas las mañanas, Anita, después de dar los últimos toques al aseo personal de Andrés, le sentó en la silla de ruedas y le colocó frente al ventanal desde el que gustaba contemplar la espléndida vista que se divisaba de la carretera que subía hacia el puerto de Navacerrada. Su mirada se posó en el primer coche que divisó a lo lejos siguiéndolo con la vista hasta que se perdió detrás de una curva. Volvió al punto de partida observando un nuevo vehículo, esta vez una furgoneta blanca, con la que repitió la misma operación. Y así una y otra vez.

Llevaba en la Residencia desde antes de la primavera

de aquel mismo año, y a pesar de la resistencia que opuso, no tuvo más remedio que aceptar lo que ya habían decidido sus hijos. Los tiempos habían cambiado mucho, y las formas de vida no eran las mismas que había conocido de pequeño. Recordaba que cuando salía del colegio en que estaba interno y se juntaba con sus amigos, jugaban con el abuelo que convivía con ellos. Solo Pablo, el más pequeño de sus nietos al que se encontraba muy unido, le dio ánimos como si fuera a la guerra : ¡No te preocupes abuelo!, que cuando llegue el verano y vayamos a Becerril, iré a verte todos los días.

Recordaba con frecuencia su paso por los Colegios de Huérfanos del Ejército, en los que ingresó cuando su padre, militar de profesión, falleció en un fatídico accidente. La situación en que quedó su madre, viuda con tres hijos pequeños, era desesperada y no tuvo más remedio que mandar a sus dos hijos mayores primero, y luego al más pequeño, a los colegios de huérfanos. Gracias al Ejército los tres habían conseguido salir adelante. Luis, el mayor, siguió la carrera de su padre ingresando en la Academia de Zaragoza. María estudió medicina, y Andrés, el pequeño, cursó la carrera de comercio, destacando en el sector del seguro agrario, llegando a ser director de una importante empresa. Comentar anécdotas y sucesos sobre los colegios en que había estado, era un tema que gustaba a su nieto Pablo, con el que pasaba gran parte de su tiempo, procurando no caer en la figura del “abuelo batallas”.

Además de las visitas de su nieto, otra satisfacción que tuvo al ingresar en la Residencia fue conocer a la cuidadora que le habían asignado. Anita era una her-

mosa serrana, atractiva y lozana, de abundante delantera y escote generoso, que le alegraba la vida cada vez que revoloteaba a su alrededor, y más cuando se inclinaba sobre la cama para ayudarle a levantar. No pasaba de la treintena y ya había tenido más de una relación sentimental, pero ya no era como antes “hasta que la muerte nos separe”, sino que “al terminarse el amor” cada uno se iba por su lado. ¡Ay, Anita, si yo tuviera cincuenta años menos, jamás te dejaría escapar! Ahora era un coche rojo el que circulaba por la carretera en dirección al puerto de Navacerrada. ¡La de veces que la había recorrido cuando salía de viaje para visitar a sus clientes de Segovia!

A decir verdad sus hijos venían a verle todos los fines de semana, excepto cuando sus ocupaciones o las condiciones meteorológicas no lo permitía. Su nieto Pablo siempre venía a verle, ora con sus padres, ora con sus tíos, pues sus hijos, Carlos y María se turnaban en las visitas. Así habían pasado varios meses desde que llegó a la Residencia, a la que poco a poco se fue acostumbrando, y en ello mucho tuvo que ver Anita.

Vio llegar la primavera vistiendo los árboles y plantas con sus mejores galas. Los árboles lucían un manto de hojas verdes y frescas, el suelo cubierto de césped sembraba una inmensa alfombra verde, y las flores alegraban la vista de los residentes cuando salían a pasear por los jardines que rodeaban la Residencia. ¡Ya falta poco abuelo!, le había dicho su nieto la última vez que vino a verle. ¡Pronto me darán las vacaciones y nos vendremos a la sierra! Solo pensarlo le producía una inmensa alegría. Tan ensimismado estaba en sus pensamientos que hasta que no estuvo cerca de la habitación no oyó la voz de su nieto.

¡Abuelooooo... que ya estoy aquí! De repente se abrió

la puerta y Pablo entró como un cohete para abrazar a su abuelo. ¡Pirata!, exclamó Andrés cariñosamente, ¿de modo que ya estáis en el chalet de Becerril? (y mientras esto decía pensaba “¡claro, en mi chalet, que lo compré yo!”). Si abuelo, ayer tarde llegamos nosotros y mañana vendrán los tíos y los primos. ¿Y no hay un sitio para mí? Se arrepintió de haberlo dicho, pues el niño no entendía de aquello. La pregunta quedó en el aire sin contestar al abrirse oportunamente la puerta y aparecer Anita que había oído las voces de Pablo, a quien había cogido un especial cariño. ¿Vais a quedaros en la habitación, o preferís salir al jardín?

Sin esperar la respuesta cogió la silla de Andrés y le sacó al jardín seguidos de Pablo, y cuando estuvieron confortablemente instalados a la sombra de un pino, inició la conversación preguntando a su abuelo. ¿y en el primer colegio que estuviste al morir tu papá, estabais juntos niños y niñas? Sí, y fue una suerte, recuerdo que algunas eran muy guapas y nos las echábamos de novias. ¿De novias?, preguntó extrañado Pablo. Bueno, es un decir, de preferidas o algo así. Cuando las mamás nos llevaban “paquetes”, ya sabes, galletas, leche condensada, chocolate..., lo compartíamos con ellas, y a veces jugábamos juntos. ¿Y a ti te gustaba alguna? ¡Pues claro Pablo, tu abuelo ha sido muy ligón! Había una que se llamaba María. ¡Anda, como mamá! ¿Pusiste a mamá su nombre por ella? No, fue una casualidad, pues cuando cambié de colegio no la volví a ver hasta pasados cincuenta años. ¡Venga Pablito, que tengo que llevar a tu abuelo al comedor!, exclamó Anita, que se había deslizado hasta ellos sigilosamente. ¡Jo, que fastidio!, bueno, ya me contarás como os volvisteis a encontrar después de tanto tiempo, le dijo a su abuelo a la vez que le daba

un beso de despedida.

Mientras Pablo se dirigía a coger la bicicleta que había dejado a la puerta del jardín, Anita empujó la silla hacia la entrada de la Residencia. Andrés, ha tenido mucha suerte con tener un nieto como Pablo, pues es un chico estupendo. Si, Pablo y tú me estáis alegrando los últimos años de mi vida, y mira, ya no me parece tan mala la Residencia.

Y así fueron pasando los cálidos días del verano. Algunos fines de semana sus hijos le llevaban al chalet a pasarlos en familia, pero el que no faltaba ni un solo día era Pablo, cumpliendo así su promesa de ver a su abuelo todos los días mientras estuvieran en la sierra. Andrés estaba feliz, los amaneceres le alegraban al ver a su Anita traerle el desayuno y sentirla cerca cuando se inclinaba para colocarle la servilleta. ¡Dios mío, que mujer!, exclamaba sin apartar la mirada. Y luego venía Pablo, a que le contara cosas de los colegios en que estuvo de pequeño.

¡Abuelooooo...! Esta vez sí oyó a su nieto que como una tromba entró en la habitación. Sabes abuelo, hoy me quedaré a comer contigo, pues mis papás y los tíos se van a pasar el día a Segovia. Querían que fuera con ellos, pero yo les he dicho que no, que tenía que venir a verte. ¡Bien dicho pirata!, lo vamos a pasar estupendamente. Primero, dile a Anita que hoy no comeré en el comedor, y que nos suba dos menús a la habitación, que tengo un invitado muy especial. ¡Ah, y que le añada un par de helados! Ya está, ya se lo he dicho. ¿Qué me vas a contar hoy?

Pues mira, una historia apasionante que sucedió en el segundo de los colegios en que estuve cuando tenía tu edad. Se llamaba Colegio de la Inmaculada, y allí se

estudiaban los cuatro primeros cursos de bachillerato. Ya no éramos niños, pero tampoco mayores, y no podíamos salir solos a la calle. Jesús, Pedro y Manuel eran de los mayores, y algunas veces les habían pillado fuera del colegio. Estaban hartos de estar encerrados y planearon escaparse para ir muy lejos del colegio. Durante algún tiempo reunieron algún dinero y algo de comida, y un buen día lo hicieron, ¡vaya si lo hicieron! Se llevaron las capas y ropa de abrigo, pues aunque era el mes de mayo todavía hacía frío, especialmente por las noches. Además Pedro se llevó una pistola que había encontrado en su casa.

Al principio todo fue bien, gozando de su recién estrenada libertad. Se dirigieron a Badajoz, y al pasar por los pueblos, compraban pan y comida descansando en los prados que había al lado de la carretera. Dormían en casetas abandonadas utilizando las capas y ropa de abrigo como mantas, lavándose y bañándose en los manantiales y ríos que encontraban en su camino. Pero al terminarse el dinero y la comida, no se les ocurrió otra cosa que matar a una oveja de un rebaño que pastaba tranquilamente en un prado. Le quitaron la piel y la ensartaron en un palo, asándola como los vaqueros en las películas del oeste.

Les supo a gloria, pues llevaban dos días sin comer, pero el pastor que cuidaba el rebaño dio la voz de alarma y les denunció a la Guardia Civil, que ya tenía noticias de su desaparición. Al llegar al colegio fueron castigados, pero contentos porque allí no les faltaba de nada. Pablo, que había escuchado muy atento, le preguntó ¿y tú no fuiste? Bueno, lo llevaron con mucho secreto, y cuando nos enteramos, algo de envidia si me dieron, pero después me alegré no haber ido, pues al final lo pasaron muy mal.

Aquel día de finales de agosto Pablo llegó más temprano que otros días. Después de besar a su abuelo le explicó, abuelo, hoy he venido antes porque voy a ir con mi padre a que me hagan una prueba para jugar al fútbol. ¡Caramba!, exclamó Andrés, ¡voy a tener un nieto futbolista! Y esto le dio pie para contar que en otro colegio, el de Santiago, algunos alumnos jugaban en clubes de fútbol, incluso de segunda división. Recuerdo uno, José Luis Barreda, que perteneció a la cantera del Real Madrid. Y tú abuelo, ¿no jugaste al fútbol? ¡Claro que si Pablito!, al fútbol y a otros deportes, ¡yo era muy deportista! Era el portero del equipo y jugábamos contra otros colegios, como el de huérfanos de la Policía o de la Marina al que llamábamos el CHA, a diferencia del nuestro que era el CHOE.

El verano tocaba a su fin. Anita, ¿qué colonia usas, que huele tan bien? Nada de colonia Andrés, agüita clara y limpia de la sierra con jabón de lagarto, le contestó con ese desparpajo que tanto gustaba oír. Le encandiló ver como se contoneaba levantando la persiana y descorriendo las cortinas. Ya quedan pocos días para que se terminen las vacaciones, y hoy le voy a poner muy guapo para cuando venga su nieto. Lo que tu digas Anita, yo me dejo hacer por ti lo que quieras. Hecho un primor, oliendo a limpio con un pequeño toque de la colonia que Andrés guardaba celosamente en su armario, fue como le encontró Pablo cuando llegó dando sus consabidas voces.

Abuelo, me dijiste que habías vuelto a ver a María, la niña que te gustaba de tu primer colegio. ¿Cómo la encontraste? Todo fue casual. Nos reunimos un pequeño grupo y organizamos un Encuentro a los

cincuenta años de haber salido, creando una Asociación de antiguos alumnos de ese colegio que se llamaba de Las Mercedes. Nos reunimos un montón de antiguos alumnos y alumnas, entre las que se encontraba María. El Encuentro fue muy emotivo con todos, pero revistió un especial significado con ella. ¡Qué historia tan bonita! ¿Y qué pasó después?

Pasados seis años un antiguo alumno que había creado una Web para los pínfanos tomó contacto con nosotros, y juntos creamos una Asociación de carácter nacional. Mira, ayer me llamó el Delegado de Madrid para decirme que vendrán a verme en septiembre para contarme cosas del Día del Pínfano de este año. ¿Te he contado en que consiste? Siiiiii, abuelo, me lo has contado muchas veces. Es la Fiesta Grande de la Asociación, hay una cena o copa de bienvenida, se celebra la Asamblea General, se canta La muerte no es el final, se hace turismo, se celebran concursos, y al final os despedís en la comida del adiós. ¡Qué bien te lo has aprendido Pablito! ¡Pues claro abuelo, me lo has contado montones de veces! Si, pero se te ha olvidado algo, ¡Los campeonatos de mus y ajedrez!, que precisamente propuse que se celebraran en la Asamblea del VI Día del Pínfano en Málaga. ¿Y los has ganado alguna vez? Alguna, alguna Pablito, pero no me acuerdo cuantas.

Y terminaron las vacaciones. Andrés echo de menos las visitas de su nieto, que volvieron a espaciarse hasta los fines de semana. Los días en septiembre eran más cortos y las hojas de los árboles comenzaban a teñirse de ocre y amarillo. Los días transcurrían lentamente mientras la sierra se dormía en su letargo invernal. Por las tardes le embargaba un halo de nostalgia al recordar a su nieto, oyendo al atardecer mugir letanías

de silencio a las vacas de un prado cercano.

Aquel día del mes de septiembre iba a ser muy especial. El día anterior recibió una llamada de Ernesto, el Secretario de la Asociación para decirle que si no había inconveniente él y José Antonio, el Delegado de Madrid, le irían a visitar. La noticia le produjo una gran alegría y desde entonces no pensaba en otra cosa, pues este año su salud no le permitió asistir al Día del Pínfano. Le habría gustado participar, como hacía todos los años, pero en mayo no se encontró con fuerzas para desplazarse a Cádiz, lugar en que este año se celebraba el magno acontecimiento. Pasadas las doce de mediodía llegaron a la Residencia Ernesto y José Antonio, eran la nueva savia de la Asociación por la que tanto habían luchado. Venían acompañados de una mujer que rondaba los cincuenta.

Mira Andrés, le dijo José Antonio muy ceremonioso en su cargo de Delegado, es Paloma, una pínfana que recientemente se ha incorporado a la Junta Directiva y que ha querido venir a conocerte. Paloma se acercó y le estampó un par de besos a la vez que Andrés exclamaba ¡pero si eres una chiquilla muy guapa!, y sacando su talante conquistador no pudo por menos que añadir, ¡me hubiera gustado conocerte hace treinta años! Aquí se come temprano, así que os quedáis a comer, espetó Andrés a continuación sin dar opción a réplica. He pedido que nos preparen una mesa para los cuatro, y mientras comemos me contáis como ha sido este año el Día del Pínfano, el XVI ¿no? No Andrés, corrigió Ernesto, el XVII. El I fue en el 2004, y estamos en el 2020.

Durante la comida los tres visitantes comentaron de forma pormenorizada como había transcurrido el XVII Día del Pínfano que como ya sabía Andrés se

había celebrado en Cádiz con visitas a Jerez y Doñana. En el programa tradicional se habían ido introduciendo algunas novedades, como los Campeonatos de mus y ajedrez. Durante el año tenían lugar las fases eliminatorias en las diferentes Delegaciones, y los ganadores competían durante la celebración del Día del Pínfano, siendo premiados los tres primeros clasificados. ¿Quién gana este año el campeonato de mus?, preguntó Andrés intrigado. Manu Delgado, le contestó solícita Paloma. ¡Ah, Manu!, buen jugador, en dos ocasiones nos arrebató el título. ¿Y dónde se ha decidido celebrar el XVIII Día del Pínfano? Probablemente sea en Segovia, se apresuró a contestar José Antonio, aunque algunos proponían Canarias, pero se ha decidido dejarlo para más adelante. ¿Y en Segovia hubo un colegio de huérfanos? Preguntó intrigada Paloma. Si, dijo Andrés, que se conocía todos al dedillo, no exactamente en Segovia, sino en Santa María de Nieva, un colegio para varones donde se estudió primaria y bachillerato. Seguro que lo organizarán muy bien, pues Segovia tiene mucho que ver. Cuando se despidieron a media tarde, Andrés no pudo contener las lágrimas agradeciéndoles la visita que le había hecho pasar un rato tan agradable. Todavía en la puerta, sintió a su lado el tibio calor del cuerpo de Anita que cariñosamente apoyada en su hombro le empujaba hacia el interior de la Residencia. ¡Vamos Andrés, es Vd. un sentimental, vamos para dentro que ya empieza a refrescar!

El otoño llegó silencioso, de puntillas, como si no quisiera llamar la atención. Por el jardín se extendía una tenue neblina cuya transparencia permitía adivinar sus árboles y plantas, y cuando salía tímidamente

el sol, exhibía su manto de hojas secas. Su frágil atadura cedía a la embestida del viento o de la lluvia, cayendo alrededor de los árboles en montones desiguales cubriendo el césped y los caminos de tierra. Las flores, marchitas en su hermosura, se deshojaban cayendo al suelo fatigadas, conscientes de haber cumplido su ciclo vital. Hojas y flores revoloteaban en el aire y caían al suelo dibujando formas arabescas difíciles de descifrar.

Como todas las mañanas, aquel sábado de noviembre, Anita entró a oscuras en la habitación de Andrés y comenzó a levantar la persiana y a descorrer las cortinas. Las gotas de una tenue y pertinaz lluvia empezó a cubrir los cristales de la ventana. ¡Vamos Andrés, que hoy es sábado y vendrá a verle Pablito! Cuando se giró y miró hacia la cama tuvo una premonición. Andrés permanecía inmóvil tendido en la cama sin incorporarse como era su costumbre.

Se acercó con cautela inclinándose sobre su lecho, y al no percibir signos de vida avisó rápidamente al médico de la Residencia, que certificó el fallecimiento de Andrés por paro cardíaco mientras dormía.

El corazón del viejo pínfano había dejado de latir, y en aquel triste amanecer se hizo un silencio sepulcral.

ZAMORA AÑO SANTO DE 1999

Luis Prada Canillas

A quienes lean este relato, a su juicio dejo el que lo crean o no pues la historia es verdadera y el protagonista es quien lo está escribiendo.

El día 23 de febrero del año 1920 nací en Zamora capital, en aquel entonces en una vivienda de nueva construcción, hoy ocupada por una "Perla" en la conocida calle de Santa Clara. De una familia numerosa (en total 16 hijos tuvo mi madre), hice el número 14 y llegué a conocer a 11 hermanos.

En principio quedé huérfano de padre en 1929 y, años más tarde, también de Madre. En el transcurso del tiempo, por fallecimiento, en la actualidad solamente viven cuatro (un varón y tres hembras).

Independientemente del tiempo que haya pasado desde el fallecimiento, a todos ellos, los recuerdo con cariño.

De mis primeros años recuerdo lo que todos los niños en nuestros ratos de recreo; los juegos infantiles: dola o pídola, el burro las bolas, el aro (con este artefacto era un artista), el diábolo, la comba etc., etc.

A los seis años comencé a ir al Colegio Público (llamado vulgarmente de los Descalzos, en donde con buen aprovechamiento, eso decían los Maestros, a los tres cursos realicé el examen de ingreso en el Instituto de Segunda Enseñanza con aprobado (1929), año que coincidió con el fallecimiento de mi Padre, y al haber sido éste militar, solicitaron y fue concedido, junto con

otros dos hermanos, el ingreso en el Colegio de Huérfanos de Infantería, sito en la Ciudad de Toledo, donde pasé siete años, terminando en dicha ciudad el Bachillerato Superior en Ciencias y Letras (Junio de 1935).

Se puede decir que los primeros años juveniles, hasta cumplir los dieciséis años, los pasé estudiando (además de jugar) en el Colegio de Huérfanos en compañía de otros internos, que en total sumábamos unos seiscientos alumnos, entre mayores y menores divididos en seis compañías tantas como naves dormitorio-, teniendo muy buenos recuerdos ya que siendo el más joven en todos los cursos, era muy querido por el resto de los compañeros. Independientemente de las clases en el Instituto, en el Colegio también teníamos clase y profesores, es decir casi todos aprobábamos cada curso.

El Colegio estaba en las afueras de la ciudad, y para ir como nosotros decíamos a la capital nos poníamos el uniforme de gala, los pequeños el traje marinero y los mayores la chaqueta cruzada pantalón largo, todos de color azul; para salir a la Vega baja a jugar o de paseo el traje de diario, pantalón gris y baby.

Hacíamos gimnasia (esto casi todos los días del año), jugábamos al fútbol, al frontón, baloncesto y sobre todo atletismo puro, disfrutando en algunos casos de las instalaciones de la Escuela Central Militar, carreras pedestres, jabalina, peso, disco, saltos etc., en resumen, propio de nuestros años juveniles.

Cada Compañía tenía galonistas con la suficiente autoridad para imponer castigos leves (dar vueltas al patio, estar de plantón cierto tiempo, etc.). En los meses de verano nos daban permiso para acudir a la

casa materna, y el que quería se apuntaba para ir a Navacerrada un mes o dos, donde utilizábamos las instalaciones que allí tenía la Escuela Militar de Montaña. En el año 1934, tuve el gusto de pasar en aquel lugar dos meses, recorriendo montañas y lugares (Siete Picos, La Mujer Muerta, La Maliciosa, Laguna de Peñaranda, Valsaín, La Granja y Cercedilla). Lo pasamos todos los colegiales muy bien.

Al haber aprobado el sexto curso del bachillerato en el año 1935, (finales de la primavera), me convertí en Bachiller Universitario en Ciencias y Letras, creyendo por mi edad (15 años), ser el dueño del mundo y nada más lejos de la realidad. La vocación era la de ser militar, ya que lo había sido mi padre y también lo eran dos hermanos mayores, y para eso, como el Gobierno de la República había legislado que los exámenes de Ingreso en las Academias serían como el primer año de Ciencias de la Universidad, tuvimos que quedarnos en el Colegio (renunciar al verano y a la familia) para preparar los exámenes de ingreso antes del mes del otoño del año 1936, siendo mis compañeros de estudio: Ámez , Cabezudo, Castro, Fernández, Albérich, Escarda, Montaner, Vargas, Soria, Vera, Egaña y como Inspector el señor Puebla.

El colegio era un edificio grandioso, con varios talleres: sastrería, carpintería, imprenta, metalistería y mecánica. Su almacén de víveres y demás materiales, diversas clases y estudios para las distintas asignaturas, pudiéndose haber primera enseñanza, también la segunda, curso regimental, oposiciones, taquigrafía y mecanografía. Tenía amplios dormitorios (para cien o más internos), amplios comedores, tres patios para nuestros juegos y divertimentos, frontón y un gimnasio.

La vida cotidiana se desarrollaba a toque de timbre, se puede decir que era a imagen y semejanza a un cuartel o a una academia militar. Al primer toque de timbre del día, es decir a las siete de la mañana, empezábamos con el aseo, formación para el desayuno, clases, algún que otro recreo, llegando la hora de ir al comedor sobre la una del mediodía y en mesas para catorce internos, luego descanso y nuevas clases hasta las cinco y media de la tarde, hora de la merienda y a su terminación paseo y al finalizar el mismo estudio, cena a las ocho de la noche, silencio y a los dormitorios.

Podemos decir que la nuestra era una vida tranquila, como colegiales internos, respetando las normas y convivencia entre todos, a pesar de nuestras distintas edades (entre seis y dieciocho años). Hubo una especie de altercados con los mayores, creo que fue por el año 1934, solicitando más libertades y menos disciplina, que se saldó despidiendo del "cole" a los que les parecieron más revoltosos, y como incidente dentro de un colegio militar tuvo resonancia a nivel nacional, siendo uno de los que nos visitó para que dejáramos de incordiar, el general Queipo de Llano, destinado en la Inspección del Cuerpo de Carabineros. La cosa no pasó a mayores, aunque nosotros perdimos los derechos "Cristianos" teniendo aprobado el curso Regimientoal y una vez incorporados al Ejército a los tres meses te hacían Cabo y a los seis siguientes te ascendían a Sargento.

Comienza el año 1936, y cuando estábamos finalizando nuestra preparación con la máxima ilusión, orgullosos de ser futuros Cadetes, la nación esta intranquila y revuelta con toda clase de rumores, y llega después de varios sucesos, quema de conventos e iglesias, asesinato desde el Gobierno, el día 18 de

julio, día que va a cambiar muy mucho nuestras vidas y que más adelante relataré.

Nuestra odisea comenzó ese mismo día o el siguiente, 19 del mes de julio, el Director habló con nosotros para defender el Colegio contra las fuerzas de la República para lo cual nos proporcionaron armamento y municiones. De esta forma pasamos de estudiantes a soldados a favor del levantamiento militar. En esta situación, recibimos órdenes de pasar al edificio de al lado (Hospital Tavera), a las órdenes del comandante Villalba, para impedir que las fuerzas del Gobierno y sus milicias, comandadas por el General Riquelme, entraran en la ciudad de Toledo donde pasamos defendiendo dos días, en el día 22 como ya era imposible mantener la defensa, pues se había rendido la fábrica de armas, decidieron retirarse hacia el Alcázar.

En esos dos días independientemente de contribuir a la defensa, pudimos ver los bombardeos de la Aviación utilizando aparatos de las Líneas Aéreas Postales Españolas (LAPE), con bombas que no pasarían de los cincuenta kilogramos de peso ya que eran lanzadas a mano. Observar como desde la cúpula del edificio con un fusil ametrallador tenían a las fuerzas republicanas en la Vega Baja y campo de tiro de la Academia a raya (posteriormente nos dijeron que habían tenido unas quinientas bajas por heridos). También vimos al capitán Bádenas en un balcón que daba a la carretera de Madrid con un fusil esmeiser, por lo menos así se pronunciaba, contener a los blindados que se querían abrir paso hacia Toledo.

Sigamos el relato, en ese momento dejamos de estar a las órdenes de los militares y pasamos nuevamente a ser personas civiles. Recibimos la orden de salir sin

armas, acompañando a los enfermos del hospital y que los dejáramos en la primera casa que encontráramos para luego unirnos al capitán médico, que también salía con nosotros para dirigirnos todos juntos hacía el Alcázar.

En nuestro camino, el médico fue requerido cerca de la puerta de Bisagra para que atendiera a unos heridos y a nosotros nos indicó que siguiéramos y le esperásemos en la Plaza de Zocodover, como pasaba el tiempo y no se presentaba nos acercamos hasta el Hotel Lino, cerca de la plaza, para esperarlo pero más tarde nos enteramos de que después de haber atendido a los heridos fue fusilado por los milicianos. Cuando estábamos en el hotel entraron las fuerzas republicanas (milicianos de la CNT), pasando a la situación de detenidos.

Como se iba haciendo de noche, al parecer, preguntaron al general Riquelme que hacían con nosotros ya que éramos huérfanos de militares, ignoramos lo que contestó, lo que si es cierto es que nos mandaron salir y fuimos con los que nos escoltaban hasta el Nuncio (manicomio), donde pasamos dos días. En el camino hasta ese lugar, pasamos como vulgarmente se dice, las de Caín. Cerca de Correos, nos paró un numeroso grupo de milicianos, la mayoría con clara borrachera, que al enterarse de quienes éramos, comenzaron a gritar "estos son los hijos de puta de los guardias civiles" (en nuestro Colegio, antes de incorporarse a la defensa del Alcázar, habían estado aposentados la mayoría de ellos de guarnición en los pueblos antes de ser concentrados en la Capital, dejando sus prendas de uniforme en el "cole", de ahí la confusión con hijos de militares), empezándonos a apuntar con los fusiles y escopetas, gracias a que en Correos hacían guardia

una escuadra de Guardias de Asalto, que al ver el cariz que tomaba el asunto nos sacaron de esa concentración, calmando a los más exaltados, indicando a los que nos acompañaban que siguiéramos nuestro camino.

En el manicomio nos encerraron en un cuarto que utilizaban, según decían, para locos furiosos, era muy pequeño y todo cerrado, con un simple ventanuco en la puerta a la altura de la cara; echados no podíamos estar todos (dos nos teníamos que quedar de pie), por la mañana se presentaba aporreando la puerta para que abriéramos el ventano un loco, decía ser el Rey, nos recitaba unos cuantos decretos y se iba. Otro día nos sacaron a otra celda mayor con rejas al pasillo, al objeto de asear nuestro cuarto y había que ver la cantidad de visitas de los internos que pasaban por allí para vernos.

A pesar de ser registrados al amigo Vargas, afiliado a F. E., no le encontraron unos recibos que tenía a su nombre, los hizo papelitos y todos a comer papeles. Hablando de comidas lo que nos daban eran las sobras de los menús que tuvieran los "locos". La última noche se presentaron unos guardias de Asalto con otros milicianos y nos condujeron a la cárcel provincial, me parece que esto fue la noche del 24 o 25 de julio, por el único motivo de ser hijos de militares.

En la Prisión Provincial estuvimos hasta el día 23 de agosto en que fue asaltada por los milicianos de la CNT, a nosotros, después de haber estado atados con sogas de cáñamo de dos en dos, nos quitaron la ataduras y nos llevaron primero —para dormir— a una casa que tenían requisada, creo que de un comandante de Artillería, y después al hogar de las milicias de CNT, donde estuvimos hasta el día 26 de agosto que fuimos

trasladados a Madrid, donde nos dieron un salvoconducto por veinticuatro horas y nos dejaron en libertad.

En estos días, desde la entrada en la cárcel hasta que fuimos libertados, pasaron bastantes cosas, como es natural, que si la memoria no me falla relato a continuación. En el traslado a la cárcel provincial, conocimos lo que nosotros denominamos "echa con escopetas y fusiles". Simplemente era un tazón lleno de leche y como ésta quemaba tardábamos bastante tiempo en beberla, amenazándonos con tal armamento pues tenía prisa y el que más y el que menos, pensábamos que estaría envenenada.

Los quince primeros días aproximadamente, estuvimos sin salir para nada de la habitación dormitorio, charlando entre todos (éramos unos veinte presos) y sobre todo contando chistes, faceta ésta en la que eran maestros dos policías de la secreta que también estaban detenidos. Cuando pasado ese tiempo salimos al patio nos encontramos, entre otros, al Director del Colegio (comandante retirado don José Gómez de Salazar), curas, abogados, comerciantes, militares, el hijo de Moscardó (Luis), republicanos, monárquicos etc.

Entre los curas había uno que era francés, destaco este dato por ser un hecho fundamental y muy principal que fue valorado a la hora de dejarnos libres, y a nuestro Director se le ocurrió la idea de aprovechar una de las horas del "recreo" en que nos diera clases de francés y así todos los colegiales (doce), nos reuníamos en una de las esquinas del patio para la clase, que hacíamos en voz casi gritando que todos se enteraban, y muy principalmente un miliciano importante que estaba en la enfermería. Esta es la segunda

vez que la Divina Providencia iluminó a nuestro Director, la otra fue el que siempre que nos preguntaran lo que fuera, contáramos la misma historia.

El hijo de Moscardó, mi tocayo, conocía a mis hermanos y por eso, aunque era unos años mayores, tuvimos buena amistad, jugando al ajedrez y charlando, contándonos respectivamente nuestras cuitas. Las mías se resumían en pocas palabras, toda mi familia residía en la Zona Nacional (en aquel entonces los sediciosos), y como es natural no tenía noticia alguna de ellos. La de él eran peores, había hablado con su padre, la célebre conversación difundida por todos los medios de comunicación, que se resumía en pocas palabras, los interlocutores del Jefe de Milicias, el coronel Moscardó y su hijo, "que entregue el Alcázar de lo contrario matarán a su hijo; y al confirmarlo el hijo, la respuesta fue que muera como un patriota y encomiende su alma a Dios. Besos y pueden fusilarlo pues el Alcázar no se rinde", Aunque esto no lo cumplieron de inmediato, si lo ejecutaron el día 23 de agosto.

Por otra parte también tenía a su madre detenida y a su hermano pequeño (Carmelo). Independientemente de todo esto me contó que él estaba en el Alcázar para intervenir en su defensa, pero su padre lo llamó y le ordenó que se fuera a casa para acompañar a su madre y hermano, contestándole que lo hiciera al revés que su madre y hermano entraran en el Alcázar como sucedía con muchas familias de guardias civiles, cosa que a la que totalmente se opuso su padre. No obstante comprendió que para defender el Alcázar con su familia dentro sería un problema más a tener en cuenta. Aunque a él le hubiera gustado quedarse y ayudarle.

Uno de nosotros (Manolo Castro) que ya venía arrastrando una enfermedad, fue ingresado en la enfermería de la cárcel, donde hizo amistad con ese miliciano que antes mencionaba como importante.

Nuestra mayor sorpresa fue la tarde noche del día 23 de agosto en que la cárcel fue asaltada por las milicias de la CNT, todo fuimos atados de dos en dos y uno de los milicianos, que se pasó todo el rato mirándome, se acercó y me dijo "muchacho, quítate eso", señalando a un escapulario de la Virgen del Carmen, como le contesté que no podía, lo cual era cierto pues estaba anudado y no me salía por la cabeza, él dio un tirón y rompió el cordón y como gracia me espetó "ves como sí".

Antes de salir del dormitorio un cura nos dio la absolución general, ya que nos temíamos lo peor. Cuando íbamos iniciando la marcha, aparecieron unos milicianos los cuales dando unos gritos preguntaron por los del Colegio de Huérfanos, que digan quienes son; a medida que nos presentábamos les pareció que éramos muchos —en total doce—, nos desataron separándonos de las filas y al manifestarle que teníamos un celador, el señor Puebla, también fue suelto.

Más tarde nos enteramos de que había intercedido por nosotros el miliciano que estaba en la enfermería, por la amistad que había tenido con nuestro compañero Castro, quien había estado ingresado en la enfermería ya que según él había comprobado que lo único que hacíamos era estudiar y jugar.

Al salir de la cárcel fuimos a dormir a una casa requisada y a la mañana siguiente nos llevaron a los "acuartelamientos" de las milicias de la CNT, donde estuvimos hasta la tarde del 26 de agosto. En este

lugar también estaba la esposa del coronel Moscardó, la cual nos ayudó, al amigo Cabezudo y a mí, a recoger los desperdicios de una fuerte vomitona que padecíamos al terminar de fumar nuestro primer puro, fue requerida por los milicianos para que nos atendiera.

Durante los días que permanecemos con los milicianos, todo su empeño fue tomarnos declaración para decirles lo que habíamos hecho desde el inicio del levantamiento. Aquí otra vez la Providencia Divina en la persona del Director del Colegio (nos había recalcado que siempre que nos preguntaran contestáramos todos aproximadamente lo mismo), es decir: en el Colegio estudiar, en el Hospital de Tavera atender a los enfermos, ya que al dejarlos en el Hotel Lino ya no tuvimos más contactos.

El día 25 de agosto, el alumno Egaña, se acercó al Jefe de los milicianos, titulado el "Granadino" requiriéndole con la energía propia de sus 16 años — dos meses más joven que yo—, si nos iban a matar o qué pensaban hacer con todos nosotros, esto le cogió por sorpresa y le indicó que hoy mismo lo resolverían. De inmediato nos llamó a cuatro que escogió al azar — uno de ellos yo—, y nos colocó uno a uno en cada esquina de la habitación, es decir bien separados, y a continuación pasó a tomarnos verbalmente declaración, con distintas palabras más o menos todos coincidíamos, llegando a la conclusión de que tenía que ser verdad pues ninguno de nosotros sabía lo que nos iba a preguntar. En definitiva nos participó que quedaríamos en libertad y nos llevarían a Madrid.

El "Granadino", cuyo nombre completo era Domingo Rodríguez Machado, Jefe de las Milicias, ya intervino —dicho por él—, en los sucesos de octubre de 1934,

con gran prestigio dentro del Sindicato de la CNT, aunque de por sí, como luego contaré, era un pistolero sin escrúpulos.

En la charla que tuvo con nosotros manifestó que estuvimos más para allá —fusilados—, que para acá, sobre todos los mayores que ya se afeitaban, si bien los dos más pequeños de siempre estábamos libres. Tenía la gala el que hasta ese día 25, con su pistola, había matado a 43 facciosos, sin que contara los fusilamientos en masa. Igualmente nos dijo que cuando asaltaron la cárcel a las mujeres no las sacaron, pero como entre ellas estaba la esposa del coronel y su hijo pequeño, preguntó a éste tú con quién quieres estar con tu madre o con tu hermano, la contestación fue quedarse con su madre, y nos dijo de buena se libró ya que su hermano ha sido fusilado a la salida de la Ciudad.

Los pocos días que pasamos con ellos siempre íbamos con escolta armada, debido a que los milicianos de la UHP, creo que ahora es UGT, querían que fuéramos entregados para fusilarnos. Dimos paseos por el campo, nos bañamos en el río Tajo, que bien lo necesitábamos para quedar limpios y nos hicimos unas fotos con el saludo anarquista —las manos levantadas entrelazadas por encima y hacía atrás de la cabeza—, fotos que se publicaron en la prensa de entonces.

Finalmente el 26 de agosto nos trasladaron a Madrid, en donde la F.I.J.L. (Campamento General de Milicias Libertarias del Puente de Toledo) nos proporcionaron un salvoconducto valedero hasta que llegáramos a nuestros domicilios "por no tener tendencias políticas", facilitándonos el "Granadino" un durito de plata a cada uno pues tenía las cartucheras llenas.

Como a los colegiales que estaban en Navacerrada, ya los habían traído a Madrid, al Colegio de Huérfanos de Caballería, sito en Carabanchel, nos incorporamos nosotros y los que no teníamos familia en la zona republicana quedamos de internos, los demás se fueron a sus casas. Pasados unos días fuimos trasladados a la ciudad de Aranjuez, al Colegio para Huérfanas de Infantería, donde separadas de nosotros habilitaron unas dependencias (las monjitas que no portaban hábitos son así).

La vida en Aranjuez fue muy similar a la que hacíamos en Toledo, diana, aseo, estudios, recreo, comidas, etc., todo en horarios fijos. Los mayores salíamos de paseo en grupos, los demás en fila de a dos. Por ser hijos de quienes éramos no estábamos bien vistos entre los vecinos, teniendo en cuenta las circunstancias de un levantamiento militar, sin embargo sucedió una cosa curiosa, al parecer tenían noticias de que íbamos a ser trasladados a un pueblo de Valencia (Oliva), llegando a manifestarse para que eso no sucediera, ya que pensaban que estando nosotros no serían bombardeados, en lo que estaban totalmente equivocados pues no únicamente la aviación hizo varias veces acto de presencia, entre otras, bombas incendiarias que cayeron en el "cole", también la artillería nos obsequió durante algunos días, ya que por allí operaron las brigadas internacionales. Cuando ponían en el cine alguna película rusa en sesión especial, nos invitaba el comité, lo cual nos enemistaba todavía más con el vecindario.

A mediados del verano del año 1937, nos pasó una cosa muy curiosa, por eso la cuento, estando en una de las ventanas del "cole" que daban a la calle Gobernador, una de las principales, pasó bastante deprisa

un joven que nos pareció era uno de los alumnos que en la cárcel había estado con alguno de nosotros, Egaña, y a pesar de pronunciar su nombre él no se daba por aludido, nos extrañaba que si fuera él no pasara a vernos, un buen día ya no volvimos a verle. Finalizada la guerra en 1940, nos encontramos los dos en Madrid y al comentarle lo que había sucedido con uno igual a él en Aranjuez me dijo: no estabais equivocados era yo y podéis figuraros que tenía que disimular para no darme a conocer, el caso es que con un enlace pensaba pasar a la Zona Nacional, como así fue, y lo primero que me encargó fue que a los del Colegio de Huérfanos ni conocerlos. Le faltaba un brazo, que siendo cabo perdió en combate, y en ese año tenía la graduación de Alférez Provisional. Años más tarde volví a verlo en Madrid con la graduación de coronel, caballero mutilado.

En los meses que pasamos en el Colegio de Aranjuez, el Comité del Pueblo, a los mayores, nos solicitaban para algunos trabajos: participar en hacer refugios, recoger cosechas, hacernos cargo de la Biblioteca del Hogar Cultural, etc. Uno de los huérfanos externos, que tenía un cargo dentro del Partido Socialista, nos avaló a unos cuantos para que nos dieran carnet de las Juventudes Socialistas, en caso contrario no hubiéramos estado documentados, lo cual era motivo para ser detenido.

Al llegar el mes de marzo de 1938, fuimos llamados a quintas por el Ayuntamiento de Aranjuez (la quinta del biberón) llevándonos a Madrid como reclutas.

Como quintos pasamos una temporada en un cuartel, sito en Las Ventas y posteriormente en Conde Duque incorporados al Cuarto Batallón de la 12ª Brigada

Mixta, donde terminamos de completar nuestra instrucción militar, marchas, desfiles por la Gran Vía, denominada Avenida de Rusia, maniobras etc.

Al final del mes de junio, día de San Juan, nuestro Batallón se incorporó a la defensa de la Casa de Campo, pasado el río Manzanares y fuertemente atrincherados. Para mí fue una sorpresa ver, bien sujetos al suelo en la parte posterior de la trinchera y antes de los habitáculos hechos para dormitorios, unos tiradores (tirachinas grandes), para utilizar desde allí el lanzamiento de bomba de mano; por otra parte, después de utilizar el dormitorio tuve que darme un buen masaje de "aceite inglés" que me proporcionaron los veteranos (con mucha guasa). Uno de los días me tocó en el puesto de escucha, por todas partes (era de noche) veía sombras de enemigos y moverse piedras, en mi vida he pasado más miedo, menos mal que pasado un cuarto de hora, que me pareció una eternidad, apareció el relevo. A primeros del mes de julio recibimos la orden de volver al acuartelamiento, ya que a la Brigada la habían hecho de "choque".

Mientras hacíamos prácticas, despliegue, aproximación, cruzar con careta antigás el campo de maniobra, gaseado con humo inofensivo etc., el Estado Mayor, — casi todos extranjeros—, dio el visto bueno para cumplir nuestro nuevo cometido. Antes de salir a cumplir la primera orden, tuvimos la desgracia de tener que presenciar el fusilamiento de un miliciano, con orden de muerte firmada por el Presidente de la República Manuel Azaña, ya que desde la trinchera había intentado pasarse al enemigo y que, como éstas tenían forma quebrada, lo único que alcanzó fue la misma un poco más lejos; el fusilamiento se realizó en Madrid y en el Patio del Palacio Real. El piquete lo

formaron los sargentos más veteranos, ya que nuestra quinta y la de mayor edad nos negamos a formar parte.

Tuvimos la suerte de que cuando nos trasladaban al lugar que fuera para reforzar a otros combatientes, recibimos contraorden por haberse terminado el fregado (esto sucedió dos veces), menos cuando en tren pasando por Tarancón y Cabeza de Buey, donde nos bombardeó la aviación nacional y dejando éste en camiones llegamos a Villanueva de la Serena (Extremadura - Badajoz) y marchas a pie por esas tierras hasta Herrera del Duque y pasando el río Guadiana por un vado, acampamos. Uno de los días tocaron generala (falsa alarma), pero estando nuestra escuadra de guardia en un montículo con rancho en frío para dos días, recibimos de cerca el saludo de un mortero, día 13 de agosto, en el llano se desarrollaba el combate, al poco rato llegaba a caballo un enlace con la siguiente orden "han tocado retirada, sálvese el que pueda".

Cada uno de nosotros inició la retirada por su cuenta y como empezaba a ser de noche, otro y yo nos pusimos a descansar. Al amanecer nos fuimos en dirección hacia las tropas nacionales (en el camino nos encontramos a un arriero con una mula y aproveché para montar en ella y hacer el camino más tolerable), pasado un cierto tiempo nos dieron el alto unos soldados cuyo cabo tenía galones de color verde. Nos entregamos y al decirle que era alumno del Colegio de Huérfanos de Infantería, me llevaron al puesto de mando al frente del cual estaba un teniente coronel (media brigada de las fuerzas de Cazadores de África), el cual después de charlar me indicó que como estaba de operaciones iría con ellos (por la noche me ponían de vigilancia), hasta llegar al pueblo de Zorita, don-de

me entregaron en el campo de concentración sobre el día 20 de agosto.

En este campo casi todos los prisioneros eran de nuestra Brigada, ya que había recibido un buen varapalo en los combates del día 14. El campo más bien era un centro de clasificación de prisioneros, donde nos dieron toda clase de facilidades para conectar con los familiares; por carta me puse en contacto con ellos y nada más recibirla, según me contaron después, movieron todas sus influencias para que me pusieran en libertad. Telegramas de los Gobernadores Civiles y Militar avalándome, en uno se informaba que era hermano de un oficial fallecido en campaña (no daban el nombre); por otra parte todo el día estuvieron en la Ciudad Universitaria los teléfonos de campaña para comunicar a otro de mis hermanos (capitán) lo que sucedía, y fue a éste al que primero vi en Zorita, con tan buena suerte, día 23, que estaba al llegar la Junta de Clasificación, por ello solicitó permiso para sacarme del campo de clasificación — aunque el Alférez Comandante Militar de la plaza le puso algunos reparos—, lo cual no motivó que lo destituyera en el acto y como militar de mayor graduación se proclamó él, llevándome a la fonda del pueblo para pasar la noche, si bien antes pasamos por el hospital, regentado por unas monjas, para que me diera una ducha y con jabón y zotal despiojarme, yéndose a buscar unos pantalones, camisetas y zapatillas, abandonando el ropaje militar.

Al presentarse a la Junta de Clasificación y contarle al general lo que había sucedido, el mismo (don Salvador Música Buhigas), le indicó que había hecho bien, a continuación me llamaron (día 24), manifestando directamente al general que una vez efectuada

la declaración no figurara para nada en las listas oficiales, agradeciéndole tal deferencia, ya que desde ese momento estaba en completa libertad.

Por los medios habituales de autostop, una vez en camiones y otra en coches ligeros, llegamos a Cáceres capital (día 25), y por los mismos medios hasta Salamanca, donde un amigo le prestó el coche oficial para que nos trasladaran a Zamora. Precisamente ese día era mi santo y todos los familiares recibieron una gran alegría.

Los primeros días de estancia en casa, inolvidables, fueron felicitaciones de familiares y amigos, pero un buen día llegó una comunicación del Gobierno Militar dándome por prófugo al no haberme presentado cuando me llamaron a filas a mi quinta. Tuve que recurrir al general para que me facilitara un certificado de la situación, el cual recibí de inmediato, dejando así aclarada mi legalidad. Resuelto el problema, pasé a la situación por tres años de Caballero Legionario, prestando servicios en la 12^a Bandera, en la Representación (Talavera de la Reina), en la Plaza Mayor y finalmente en el Banderín de enganche del Puente de Vallecas (en este Cuerpo fui tratado con cierto respeto, ya que anteriormente otros tres hermanos habían sido oficiales), licenciándome el 1 de noviembre de 1941.

De visita al Colegio de Aranjuez, donde había pasado unos meses, me enteré de que el Director (Sr. Zaracibal) había recibido una comunicación del Ayuntamiento informándole que había muerto "gloriosamente" en defensa de la República. Menos mal que sabían mi pase a la zona nacional. Ya licenciado, efectué oposiciones a plaza del I.N.P., primeramente como interino y después por oposición al Cuerpo

Técnico, donde pasando por Jefe de Negociado, Jefe de Servicio y Jefe de Departamento, me jubilé en la situación de Jefe Superior de Administración.

Estoy casado, padre de tres hijos, dos nietos y durante todo ese periodo fui:

Llamado a filas nuevamente cuando los “maquies”.

Delegado Provincial de Excautivos.

Inspector Provincial del Movimiento.

Consejero Provincial por votación del I.N.P.

Consejero Provincial del Movimiento.

Vocal de la Junta del Club Náutico.

Vocal del Zamora Club de Fútbol.

Regidor de una Cofradía de Semana Santa.

Todo ello, como es natural en distintas épocas, constatando ahora, que mucho han cambiado las cosas, unas para mejor, otras para peor, pero sigo sosteniendo que los pilares fundamentales son: el individuo, su familia, su municipio y sus representantes dentro de una democracia orgánica.

NOVIEMBRE Y NARANJAS

M^a Carmen Jaime Santamaría

En noviembre las tardes son cortas; la noche aparece en cada una de ellas casi por sorpresa, como si el sol cansado de tantas horas de trabajo durante el verano y parte del otoño, tuviese prisa por irse a descansar.

Pliega sus rayos cada día más temprano y nos deja sin su luz cálida y brillante; huérfanos de largas tardes de playa, música, copas y confianzas con los amigos; de interminables juegos con los niños, de paseos y helados, esperando la noche para disfrutar de su frescura, de la fragancia de la dama de noche, de la luna que empuja con fuerza a ese sol que se resiste a desaparecer y que al llegar el otoño, desfallecido y sin fuerzas, se retira cada día más temprano para cargar su brillo y energía, y volver a ser el mismo en la primavera, tímidamente al principio y con toda su fuerza en verano, dándonos de nuevo la vida que se aletargó en el invierno.

Una de esas tardes de Noviembre, salí a la calle para dar un pequeño paseo. No me desagrada el invierno. Quizá al ser el verano tan largo aquí en el Sur, deseo casi obsesivamente la llegada de las primeras lluvias y reviso mi ropa de invierno demasiado pronto, como si con desear un poco de agua o de frío y contar jerséis de lana, prendas de abrigo y comprobar el estado de los paraguas tantos meses olvidados, le diera un empujoncito a ese frío tan esperado.

Salí a la calle sin rumbo fijo .Solo quería que me diera un poco el aire de la noche, pues hacía rato que el sol

se había puesto y las farolas iluminaban las calles. Una fina llovizna caía sobre la ciudad, presagio de una noche lluviosa y desapacible que al igual que las anteriores se estaba convirtiendo en la costumbre del otoño. Por eso el paraguas era mi fiel compañero desde hacía muchos días. Di la vuelta a la manzana y enfilé la calle Virgen del Sol por detrás de mi casa.

Esa tarde algo me llamó la atención; una furgoneta blanca con las luces de posición encendidas y las puertas traseras abiertas estaba aparcada en un lateral de la calle, lejos de la frutería del barrio. Dentro un hombre joven jugaba al ajedrez él solo, y ofrecía unas cajas de naranjas con un cartel encima de una de ellas en el que se leía: «NARANJAS DE LA ALGABA RECIEN COGÍAS»

Las cajas sobresalían del suelo de la furgoneta de modo que las naranjas estaban llenas de gotitas del agua fina pero persistente que caía. Me paré un momento y el hombre me preguntó si quería naranjas.

—¿Seguro que son buenas?

—Recientitas señora

—¿Cómo va la partida? —le contesté, pues la verdad es que no llevaba intención de comprarlas.

—Bien, hago alguna trampa y voy ganando, pero así se me hace el tiempo más corto; pruébelas usted que son muy buenas de verdad.

Me ofreció una, la cogí y empecé a quitarle la piel poquito a poco mirando como continuaba su partida. Yo no sé jugar al ajedrez y cualquier persona que lo hace me parece casi magia. Encuentro ese juego o deporte bastante complicado.

Fue en ese momento, cuando el aroma de la piel de naranja llegó a mi nariz, un recuerdo ya lejano vino a

mi memoria. Es cierto que los olores evocan sentimientos y recuerdos del pasado. Un simple lapicero de madera te hace volver a tus años de infancia esforzándote en escribir correctamente, un cajón donde están las mantelerías de Navidad, te hace revivir las felices y las no tanto. La caja donde guardas las ropitas de tu bebé con su olor a colonia, te hace sentirte madre joven otra vez. El olor de una pastilla de jabón te transporta a los tiempos en que no había gel y tu baño dependía de ese humilde trozo de jabón de olor.

Esa naranja encendió el recuerdo de las meriendas en María Cristina. Los meses de noviembre en Aranjuez eran lluviosos, muy lluviosos y nuestros recreos transcurrían debajo de las marquesinas que daban al salón de actos del patio de pequeñas.

Hacía frío y nos quedábamos de vez en cuando calladas viendo caer la lluvia que chorreaba de los canalones. Mirábamos con nostalgia los tilos del jardín, esperando la lejana primavera cuando ayudábamos a recoger su fruto. Parecía que no iba a dejar de llover nunca y nuestros juegos estaban guardados en los cuartitos del pasillo de los pianos esperando el buen tiempo.

A la hora de la merienda las monjas traían unos grandes cestos de pan y otros de onzas de chocolate que comíamos con gusto en corrillos y entre risas. Algunos días traían también unos cestos de naranjas frías y ásperas por fuera, pero deliciosas por dentro.

Al quitarle el primer trozo de piel unas gotitas de su zumo salían disparadas hacia nuestros ojos que lagrimeaban de la irritación.

Después de comerlas las manos se quedaban frías,

llenas de chorreones de zumo y con las yemas de los dedos algo amarillos del esfuerzo al pelarlas. Corríamos al lavabo y en la pila grande bajo el chorro de agua fría nos quitábamos los restos de la estupenda naranja; pero algo de olor quedaba durante el resto de la tarde y a mí me gustaba en la Capilla y en la hora de estudio llevarme las manos a la nariz y recordar el olor de aquella naranja de la merienda que me había dejado las manos frías pero que me supo a gloria.

Todo eso recordé mientras comía la naranja que el ajedrecista de la furgoneta me había ofrecido. Él me sacó de mi ensimismamiento:

—¿Está o no está buena?

—Estupenda —le contesté—. ¿Son tuyas?

—Sí, antes no las vendía, eran para la familia y amigos que venían a cogerlas, pero ahora ya sabe usted... la crisis.

Me llevé 2 kilos de naranjas y de recuerdos, y dejé al hombre de la furgoneta con su partida de ajedrez que ganaría con alguna trampa.

Seguía lloviendo, pero continué mi paseo. De vez en cuando me llevaba las manos a la nariz y me volvía a ver de uniforme, muy pequeña, un tanto desvalida, en el recreo con un montón de compañeras comiendo una estupenda naranja, y esperando que el sol volviera a dejarse ver para seguir con nuestros juegos infantiles: los patines, las bicicletas, los balones...

Y es que un olor te transporta a lugares y hechos sencillos que los habías olvidado, sin saber que anidan en el fondo de tu alma para aflorar cuando menos lo esperas y que te hacen recordar que un día fuiste niña.

CAIDA DEL BURRO

Juan Andrés Álvarez Pérez

Se trata de una carta, que se publicó en Punto de encuentro (foro) de estas mismas páginas, para nuestro compañero Antonio Muñoz Arroyo.

Antonio sostenía que me tenía que acordar de él, porque habíamos estado juntos en el Parque Móvil Ministerio, además de fumarnos algunos cigarrillos juntos en Arturo Soria, antes de entrar al colegio.

Yo no me acordaba y así se lo decía, hasta que publicó una fotografía de él con la capa y gorra puestas. De manera, que le dije "Ahora sí te recuerdo", a lo que él me contestó "Ya era hora de que te cayeras de la burra".

Después le escribí esta carta, que titulé "Caída del burro".

«Amigo Antonio: yo también creo acordarme de tu voz de entonces.

Respecto al pitillo a medias, es muy posible, porque en aquellos tiempos, nunca pude con uno entero, además que el lugar era a propósito, caso de volver con tiempo de sobra. No me gustaba regalar mi tiempo libre al colegio.

No recuerdo haber estado en el PMM con algún Pínfano, lo que no invalida, que tú lo recuerdes.

En lo que creo estas equivocado es en lo de caer de la burra, seguramente porque nunca me monté en una; sin embargo, en una ocasión sí me lanzó un burro por los aires.

Me había invitado un amigo de la familia a coger brevas, con la fresquita, en unas higueras en el campo

de su padre señor Franciscano. Para esto, teníamos que salir de casa antes de amanecer. Solo tomé del desayuno el vaso de leche, para no hacer esperar al hombre. Una vez subido en el asno, mi madre me puso en la mano derecha un trozo de pan de pueblo.

De aquel pan redondo de medio kilo y que aguantaba toda una semana en ponerse duro si se guardaba en la cómoda arropado con las sábanas nuevas. En él, había hecho un “hoyito” y dentro del mismo había vertido un chorro de aceite consolidado con azúcar.

Con la mano izquierda sostenía las riendas, así que tenía que aviarme solo con la otra y con mucho cuidado daba pequeños mordiscos, de manera que no se derramase nada.

Prácticamente yo no tenía que guiar, pues el burro seguía al mulo que montaba mi amigo José María.

Llevábamos medio camino andado cuando, de repente, se paró el burro y empezó a rebuznar. Había olido a una burra en celo y él, que lo estaba permanentemente, lanzó una doble coz, con ambas patas a un tiempo, que dio conmigo en tierra y echó a correr hacia la burra, donde le esperaba el dueño de la misma con un garrote en la mano. Por lo visto, este pedazo animal era el más ferviente y asiduo amor mañanero, por lo que ya le habían tomado la medida a base de “Palo Seco”.

Desde donde se encontraba la burra hasta el lugar donde yo estaba junto al mulo, vino mi amigo dándole estacazos.

Al verme sentado en la misma posición que caí, tan campante, después de dar una voltereta en el aire y comiendo el “hoyito” de pan, con aceite y azúcar, exclamó:

—¡Pero Juanillo! ¿Tú no te espantas de ná? —añadiendo— ¿Has visto como se le quita al burro la calentura? A base de “Jarabe de Palo”.

El dolor que me produjo la caída no fue mucho, porque la pista de aterrizaje se encontraba un poco más alta que la alzada del jumento, es decir, el camino discurría por donde en invierno las correntías de agua. Fue una caída vertical de poca altura pero probando con mi propio cuerpo el descenso, al igual que los posteriores súper jets “V/Stol” (Vertical or short take-off and landing).

Tanto el mulo como el burro estaban herrados, y yo puede ser que esté errado con respecto a caer de la burra como dices.

Abracetes.

Hechos ocurridos el verano de 1952 en Rociana del Condado, Huelva, y relatados en Tenerife, verano de 2005

VAMOS A EXAMINARNOS

Miguel González Quevedo

RECUERDOS DE PADRÓN

La vida de las personas está llena de días y meses anodinos, días iguales unos a otros en los que prácticamente todo está regulado por la monotonía.

Pero qué interesantes son los días en que “algo” hace que se produzca una variedad en nuestra vida.

Ahora nuestros nietos en ocasiones nos advierten “mañana vamos de excursión” con la felicidad que da cambiar de la rutina diaria. La verdad es que yo no recuerdo haber hecho una excursión durante los días de curso escolar en los ocho años que estuve en Padrón o, mejor dicho, solamente dos días recuerdo que nos llevaron a Santiago con motivo de la celebración de dos Años Santos para ganar el Jubileo y, como eran unas semanas antes de los exámenes, aprovechábamos para darnos cabezazos contra el santo das Croques en el Pórtico de la Gloria, para pedirle ayuda que a varios buena falta nos hacía.

Las excursiones verdaderas sí que se hacían al menos una al año para los que teníamos que pasar el verano en el colegio, circunstancia que a mí me ocurrió no todos, pero si algunos años.

De todas forma había un día, al final del curso en el que después de almorzar bajábamos vestidos con la marinerita de los domingos al patio donde nos estaba esperando un camión de los de transporte de tropas del ejército, subíamos a la caja y nos acomodábamos

en los bancos de madera, una monja subía con nosotros y otra iba en la cabina con el conductor.

Entonces comenzaba una pequeña pero peliaguda aventura, salíamos del patio y ya en la carretera íbamos hasta el puente sobre el Sar que cruzábamos, seguíamos por el Espolón hasta enlazar con la carretera nacional en dirección a Pontevedra, el día comenzaba en plan excursión.

Pero qué poco duraba la ilusión porque el trayecto hasta la ciudad se nos hacía cortísimo y casi sin darnos cuenta ya estábamos en el paseo donde se encontraba el Instituto donde teníamos que examinarnos.

Afrontábamos entonces el periodo de los nervios y las angustias que se iban acrecentando mientras esperábamos en un largo pasillo que daba a las aulas por un lado y por el otro a un patio interior donde algunos chicos del instituto jugaban o se entrenaban en las canastas de baloncesto.

Vagamente recuerdo que por la mañana se hacían los exámenes escritos de diferentes materias y por la tarde nos teníamos que enfrentar a los orales que a mí personalmente me infundían más respeto, por no decir miedo, que los de la mañana.

Al mediodía volvíamos a subir al camión y nos trasladábamos a un colegio de niños ciegos que estaba regido por las Hermanas de la Caridad de San Vicente de Paul, o sea de la misma orden que las que había en Padrón. Allí comíamos y después íbamos a un campo de juego muy amplio donde jugábamos un partido de fútbol informal con los chicos invidentes; entre ellos había algunos que eran completamente ciegos, pero otros tenían diferentes grados de ceguera.

Ellos jugaban con una pelota especial que en su interior tenía piedras u objetos que sonaban al rodar la pelota y de esta forma podían localizar donde se encontraba, el problema era que nuestras espinillas no emitían ninguna señal de aviso y ellos era peligrosísimos cuando disparaban la pierna hacia donde creían que estaba la pelota. La verdad es que no recuerdo si alguna vez consiguieron meter ningún gol, pero bueno esto no tenía ninguna importancia.

Antes de volver al instituto hacíamos una pequeña parada en la Iglesia de la Virgen Peregrina, patrona de la ciudad y como teníamos encima los exámenes de la tarde nuestras súplicas de ayuda salían disparadas hacia el cielo. Posiblemente algún aprobadillo por los pelos fuese por la intercesión de la Virgen.

Si los exámenes de la tarde terminaban pronto, ya completamente relajados, teníamos la oportunidad de que nos llevasen hasta el puerto de Marín donde durante un rato contemplábamos la Escuela Naval, aquella en la que transcurría la película “Botón de Ancla”.

Ya de vuelta al cole, sin darnos cuenta, a veces éramos tan cortitos que cantábamos aquello de “Señor conductor meta marcha, meta marcha, meta marcha” no pensábamos que cuanto más marcha metiese antes volveríamos al cole.

Sí al cabo de unos pocos días venían las notas con todo aprobado, habría resultado una fabulosa excursión.

UN CUADERNO AZUL

M^a Carmen Jaime Santamaría

Julia se levantó temprano como era su costumbre. La adquirió en su época de colegio hacía ya de eso muchos años, pero el hábito no dejó de acompañarla durante toda su vida. Ni siquiera ahora que, ya jubilada, podía quedarse en la cama cuanto tiempo quisiera, era incapaz de levantarse más tarde de las 8 de la mañana.

La terraza del apartamento de la playa presentaba un aspecto deprimente. La noche anterior se habían reunido un grupo de amigos para dar por terminado el verano. La velada se prolongó hasta bien entrada la madrugada y las copas semivacías, los ceniceros repletos de colillas, restos de cacahuets, pistachos y almendras campaban a sus anchas entre las mesas y el suelo.

Lo tenía que haber recogido ayer —se dijo— pero estaba tan cansada... Cargó la cafetera y se puso manos a la obra.

Pronto estuvo todo en orden y se sentó a tomarse su primer café mañanero, el último de ese verano que terminaba. El equipaje estaba preparado en su habitación. Por la tarde emprenderían viaje hasta la ciudad donde sus nietos los esperaban desde hacía 15 días. Tenía ganas de verlos y darles mimos y achuchones.

Darí­a un último paseo por la playa. Se puso un pantalón corto y unas playeras, las gafas de sol y un

sombrero y salió de casa. Su marido había salido temprano a su partida de golf y no volvería hasta la hora de comer.

Bajó hacia el puerto y cruzó por delante del restaurante La Escollera, vacío a esa hora de la mañana. Reservó mesa y cruzó, más bien saltó, el murete que separaba el paseo de la playa. Los responsables del Puerto les habían hecho una jugarrera a los veraneantes levantando ese muro, por seguridad, pero el caso es que había que hacer malabarismos para acceder a la playa.

Cuando llegó a la arena notó el fresco viento de levante en su cara. El mar estaba en calma, y por su orilla paseantes como ella daban su adiós al verano. Hacía solo unos días la playa estaba llena de gentes despreocupadas, niños felices jugando en la arena y cuerpos tumbados al sol apurando sus rayos. Hoy los niños habían desaparecido en pos de sus padres y todos habían vuelto a la rutina interrumpida por los días de descanso.

Su intención era llegar hasta el centro comercial por la playa y dar la vuelta. Eso le llevaría unas dos horas. Pero al llegar al chiringuito amarillo y ver gente sentada tomando café, le apeteció hacer lo mismo y decidió hacer un alto en el paseo.

Le supo a gloria bendita y fumó un cigarrillo.

Pensó que el mar estaba precioso; parecía que miles de candelitas se habían encendido en su superficie efecto de sol que lo bañaba sin descanso. Su mirada iba del mar al cielo y se encontró a gusto, se sintió viva y dio gracias a Dios por estarlo.

De repente algo llamó su atención. De una papelera cercana, llena hasta los bordes, sobresalía algo que no

era habitual. No eran las botellas de agua, ni de refresco, ni restos de comida de los bañistas. Se acercó y lo que vio le dejó un poco perpleja. Un cuaderno de pastas azul marino con apariencia de hule estaba tirado en la papelería sobresaliendo de todo lo demás. Hacía mucho tiempo que no veía un cuaderno así. No tenía espiral; dos grapas mantenían unidas sus hojas.

Estaba un poco doblado y los bordes de sus hojas se curvaban hacia fuera. Estaba sucio y ajado, pero no resistió la tentación de cogerlo.

Se sentó de nuevo sin atreverse a abrirlo.

Limpió las pastas de hule con una servilleta de papel y después de unos segundos de indecisión lo abrió por el centro. Estaba escrito con una letra picuda y fácilmente legible, pero lo hojeó primero pasando sus páginas rápidamente. Le pareció que estaba profanando algo que no le pertenecía; pero por otro lado estaba tirado en la basura a disposición de cualquiera que quisiera cogerlo.

Se decidió por fin y empezó por el principio.

Sus ojos iban desentrañando aquellas palabras que alguien había escrito. Eran hermosas, sencillas y llenas de ternura. Prosa y verso libre se entremezclaban sin orden aparente pero el resultado era de una belleza asombrosa. No pudo levantarse de la silla hasta que hubo terminado de leer todo el cuaderno.

¿Quién ha escrito esto? —se dijo— y sobre todo ¿cómo había llegado hasta allí, a un cubo de basura?

Tanta belleza en unas pocas páginas para terminar como un desperdicio...

Pidió otro café pues no tenía interés ninguno en continuar su paseo.

No había ninguna dirección, ningún nombre, nada que pudiera identificar el autor de palabras unidas en frases tan bellas.

Volvió a pasar las páginas deteniéndose en cada una de ellas buscando algo que le pudiera dar una pista. Ya había concluido cuando observó que la pasta azul y la última página estaban pegadas por sus bordes. Las separó con cuidado para no romperlas y allí encontró lo que buscaba; un ex libris con un nombre. Úrsula Haza. Hurgó impaciente entre las dos páginas pegadas por si hubiera alguna dirección pero no había nada más.

Emprendió el camino a casa después de leer varias veces el contenido del cuaderno. Cada vez que volvía a sus páginas le parecía más bello, más entrañable y sincero. Se prometió a sí misma que haría lo posible por encontrar a la autora de ese regalo inesperado.

Al llegar a casa le comentó a su marido lo ocurrido.

—Buscaremos en internet —le dijo— es la única opción que se me ocurre.

Así lo hicieron. Julia se retorció las manos de impaciencia mientras él tecleaba Úrsula Haza.

Hubo suerte; una Úrsula Haza aparecía como matrona de un hospital en Zaragoza. Pero la referencia era de hacía 6 años. Julia pensó que era un buen principio. Seguiría la estela y seguro que legaba a buen puerto.

Durante la comida en La Escollera no dejaron de hablar del asunto. Tejieron un plan y se prepararon para al llegar a la ciudad poner manos a la obra.

Llamaron al hospital donde les dijeron que efectivamente Úrsula Haza había trabajado allí como matrona pero que se había jubilado hacía 6 años.

No, no podían facilitarles su dirección lo sentían mucho.

Miraron entonces en las páginas blancas y allí estaba; una dirección de Zaragoza y un n^o de teléfono.

Julia llamó y preguntó por Úrsula Haza; una voz de mujer le contestó que la señora ya no vivía allí, ella era su inquilina desde hacía un año.

—Sí, se dónde vive ahora —le dijo— en un pueblecito del pirineo Aragonés; Bielsa.

Le dio las gracias por su información y transmitió a su marido el deseo de ir hasta allí para verla.

Al día siguiente emprendió viaje en AVE hasta Zaragoza, y después un par de autobuses bastante cómodos la dejaron en Bielsa, su destino.

El pueblo era de una gran belleza que la cautivó desde el primer momento. Soplaba un vientecillo agradable y un poco fresco a causa de los primeros fríos de otoño.

Bielsa, rodeada de una barrera natural de montañas, parecía estar —en cierto modo— prisionera de ese medio natural, de las montañas.

Buscó una casa rural encantadora para pasar la noche y esperó impaciente el amanecer.

Temprano, siguiendo su costumbre, se dirigió al Ayuntamiento donde le dieron la dirección de Úrsula.

Por un sendero estrecho con hileras de hayas a ambos lados se accedía a una casa de piedra no demasiado grande. Un gran balcón central lleno de flores de lo más variopinto daba la bienvenida al traspasar la puerta de madera de dos hojas —antigua pero bien conservada— que estaba situada debajo.

Dos ventanas con cortinas de encaje recogidas, completaban la fachada.

A su llamada acudió una mujer de mediana edad secándose las manos con el delantal. Le explicó quién era y que deseaba ver Úrsula Haza.

—Espere un momento —le dijo y desapareció, no sin antes franquearle la entrada a la casa.

Pasados unos minutos por la escalera situada en un lateral del vestíbulo bajó una enfermera perfectamente uniformada.

Julia le explicó el motivo de su visita detalladamente y cuando terminó la enfermera amablemente la invitó a subir.

Una habitación espaciosa, soleada y perfectamente ordenada le dio la bienvenida.

Sentada en una silla de ruedas frente a la ventana de cortinas de encaje, una mujer de cabellos blancos peinados con esmero permanecía quieta con sus ojos fijos en la montaña que se divisaba tras los cristales.

—Doña Úrsula, han venido a verla —dijo la enfermera.

Julia se puso frente a ella y observó una cara todavía joven pero que miraba sin ver.

—Tiene Alzheimer —dijo la enfermera—. Vive en esta casa desde hace dos años cuando la enfermedad le impidió seguir viviendo sola en Zaragoza. No tiene familia y somos tres para cuidarla. Dos enfermeras y la cocinera que hace las tareas de la casa, también el jardinero que cuida del pequeño jardín trasero y de las flores del balcón.

Julia se dio cuenta de la esmerada decoración, de los jarrones con flores frescas, de la cama inmaculada y

formuló una pregunta de la que sin terminar ya se arrepintió de haberla hecho.

—¿Quién paga todo esto?

—Su desgracia, por horrible que parezca —contestó la enfermera.

Julia escuchó entonces como Úrsula había perdido a su marido y a sus dos hijos en los atentados del 11-M. Estaban en Madrid por negocios y viajaban en uno de los trenes. Desde entonces la depresión se apoderó de ella y cuando por fin salió, la enfermedad tomó el relevo. Ella se dio cuenta de los primeros síntomas y tomó las medidas necesarias para cuando no pudiera hacerlo.

Contrató a un abogado, compró la casa e hizo testamento y dispuso su traslado a Bielsa para cuando la enfermedad estuviera tan avanzada que sus decisiones no fueran las correctas. Las indemnizaciones por los asesinatos de su marido e hijos pagaban su vejez y enfermedad.

La enfermera se dirigió entonces a una vitrina y la abrió mientras decía:

—Aquí tiene cuadernos como el que ha encontrado en la playa, ella misma ordenó en que sitio debían ir.

Julia se acercó y pasó la mano por ellos. Eran efectivamente iguales al que ella tenía. Contó 63.

Cogió uno y preguntó:

—¿Puedo?

—Naturalmente —contestó la enfermera— a ella le hubiera gustado que lo hiciera. Eran su tesoro máspreciado.

Leyó un poco de cada uno de los que cogió y tuvo la misma sensación que el día de su paseo por la playa.

Cada párrafo, cada estrofa, cada descripción de paisajes y hechos cotidianos contenían una sensibilidad que solo las mentes privilegiadas poseían. La alegría y el dolor se entremezclaban para convertir los escritos de Úrsula Haza en un tesoro que no merecía estar escondido en la vitrina de una casa en el Pirineo.

Salió de allí con una idea en la cabeza que puso en marcha al llegar a la casa rural. Llamó al abogado de Úrsula y concertó con él una cita en Zaragoza. La recibió al día siguiente y le contó todo lo referente al cuaderno, su visita a Úrsula y por fin se decidió a proponerle su idea.

—Quisiera que se publicaran. Merece la pena que los amantes de la buena lectura conozcan estos manuscritos.

—No puede sacarlos de allí —le contestó el abogado—. Doña Úrsula lo dejó muy claro en su testamento. Nada saldría de la casa hasta que ella muriera.

Julia se quedó pensativa unos momentos.

—Podría escanearlos y luego transcribirlos yo misma en un ordenador... los cuadernos no saldrían de la casa y yo tendría posibilidad de enviarlos a las editoriales.

—Siendo así... dígame cuando quiere hacerlo y le mandaré un notario que levante acta de lo que usted va a hacer.

—Mañana mismo —contestó Julia.

Dos días después volvía a su ciudad con una cartera llena de las transcripciones de los cuadernos azules. Los había leído en su totalidad y en ellos estaba contenida toda una vida de experiencias, de amores, de viajes, de dolor inmenso, de alegrías, de sentimientos, de impotencia ante la enfermedad que ella sentía acercarse implacable, y también de su entereza

para afrontarla.

La admiración de Julia ante los escritos de aquella mujer admirable creció mientras buceaba en sus cuadernos. Encontró también la explicación del que fue abandonado en la playa.

Úrsula había viajado al sur en busca de sol y mar cuando diagnosticaron su enfermedad. En la playa en la que pasaba sus veranos Julia, encontró la paz que necesitaba para afrontar la angustia que sentía al saber que sus facultades pronto estarían mermadas. Ya no podría escribir y esto le hacía sentir un inmenso dolor.

Quizá alguna vez nos hemos visto sin saber que nuestras vidas se iban a cruzar por casualidad —pensó Julia mientras leía las experiencias de Úrsula en aquel lugar del sur de España.

Una mañana la autora de los cuadernos decidió abandonar uno de ellos en un banco del paseo marítimo como si de un book crossing se tratara. Quizá pensó en compartir con alguien su vida que poco a poco ya no sería suya.

Julia se alegró de que Úrsula nunca supiera su destino, hasta que ella lo encontró.

Comenzó entonces la tarea de enviarlos a las editoriales. A todas les adjuntaba la historia de Úrsula, y la forma en que los cuadernos habían llegado a su poder. Con las cinco primeras no hubo suerte. Usaron las mismas palabras literalmente: actualmente no estamos interesados en este tipo de escritura.

Por fin un día recibió lo que esperaba con ansiedad y casi con desesperanza. Estaban interesados.

Julia se puso en contacto con el abogado y le dijo que a partir de aquel momento él se encargaría de los

contactos con la editorial. Su misión había concluido. Los cuadernos de Úrsula Haza verían la luz y todo el que quisiera podría disfrutar con su lectura.

Pasó el invierno y recién comenzada la primavera, con el azahar explotando en los naranjos, Julia recibió un paquete. Allí estaba el libro. Sencillo, de pastas blandas de color azul marino y con su título en grandes letras:

LOS CUADERNOS AZULES DE ÚRSULA

Sintió que la alegría desbordaba su corazón. Tenía que ir a Bielsa a entregárselo a su autora.

Cuando llegó la encontró en la misma posición que la primera vez. Sentada de frente al gran ventanal, mirando sin ver la montaña.

Le entregó el libro y Úrsula volvió un segundo la cabeza. Julia creyó ver en sus ojos un atisbo de brillo, como si entendiera lo que estaba sucediendo.

Sujetó el libro entre sus manos y volvió a su posición.

Julia salió de la casa y antes de tomar el sendero de hayas miró hacia atrás por última vez.

Le pareció que una mano le decía adiós moviéndola levemente.

—Será la enfermera —pensó—, lo que estoy imaginando sería demasiado hermoso.

Al llegar de nuevo el verano Julia volvió a la playa. Los Cuadernos de Úrsula estaban en todas las librerías. Las críticas habían sido excelentes y se sentía satisfecha de su labor. Con un ejemplar en la mano se dirigió al paseo marítimo y en un banco solitario lo dejó.

Al volver de su paseo el libro había desaparecido.

Esta vez no terminará en la basura —se dijo— alguien

que recoge un libro abandonado sabe de book crossing, es sensible, le gusta la lectura y lo volverá a dejar en un buen lugar para que alguien igual de amante de los libros lo encuentre.

Úrsula murió dos años después. Durante este tiempo Julia la visitó en numerosas ocasiones viendo como su vida se apagaba poco a poco.

El día que el abogado le comunicó su muerte fue por última vez a Bielsa. La enterraron mirando a las montañas, las mismas que la acompañaron en su lenta carrera hasta el final.

Dejó todo su patrimonio a la Asociación de Víctimas del Terrorismo.



ASOCIACIÓN DE HUÉRFANOS DEL EJÉRCITO

<https://www.pinfanos.es>

secretario@pinfanos.es
c/ Joaquín Costa, 6
28002 Madrid

Este libro se terminó de editar el
siete de junio de 2023

